EL CAPITALISMO GLOBAL Y LA CRISIS DE LA HUMANIDAD

William I. Robinson



siglo veintiuno editores

ÍNDICE

sociología y política

el mundo del siglo XXI

traducción de
MYRNA ALONZO
VÍCTOR ACUÑA SOTO
ALÍN ACUÑA ALONZO

EL CAPITALISMO GLOBAL
Y LA CRISIS DE LA HUMANIDAD

WILLIAM I. ROBINSON





siglo xxi editores
CERRO DEL AGUA 248, ROMERO DE TERREROS, 04310, CIUDAD DE MÉXICO
www.sigloxxieditores.mx

siglo xxi editores, argentina
GUATEMALA 4824, C1425BUP, BUENOS AIRES, ARGENTINA
www.sigloxxieditores.com.ar

anthropos editorial
LEPANT 241-243, 08013, BARCELONA, ESPAÑA
www.anthropos-editorial.com

–

Catalogación en la publicación

NOMBRES: Robinson, William I., autor | Alonzo, Myrna, traductora | Acuña Soto, Víctor, traductor | Acuña Alonzo, Alín, traductora

TÍTULO: El capitalismo global y la crisis de la humanidad / por William I. Robinson ; traducción de Myrna Alonzo, Víctor Acuña Soto, Alín Acuña Alonzo

DESCRIPCIÓN: Primera edición. | Ciudad de México : Siglo XXI Editores, 2021. |

COLECCIÓN: Sociología y política. El mundo del siglo XXI

IDENTIFICADORES: ISBN 978-607-03-1128-4 | ISBN-E 978-607-03-1129-1

NOTA: Traducción de: Global capitalism and the crisis of humanity

TEMAS: Capitalismo – Historia – Siglo XXI | Poder (Ciencias sociales) | Clases sociales | Globalización

CLASIFICACIÓN: LCC HB501 R6318 | DDC 330.122

–

primera edición, 2021

isbn 978-607-03-1128-4

isbn-e 978-607-03-1129-1

primera edición en inglés, 2014

título original: global capitalism and the crisis of humanity

AGRADECIMIENTOS

Todo trabajo intelectual es colectivo y parte del proceso social del mismo. El trabajo colectivo detrás de este estudio incluye literalmente miles de personas que han contribuido a mi propio desarrollo intelectual y político, muchas de las cuales no conozco personalmente. Lo mejor que puedo hacer para reconocer mi deuda es mencionar aquí a aquellas personas que más inmediatamente proporcionaron una ayuda invaluable en la investigación y la preparación de este estudio y aquellos que fueron las fuentes más cercanas de inspiración. Para empezar, no puedo agradecerles lo suficiente a Mario Barrera y Kent Norsworthy, quienes leyeron y comentaron cuidadosamente cada capítulo. Mi exestudiante de pregrado Anaiya Mussolini, una joven brillante y multitalentosa, leyó el manuscrito completo, sugirió dónde podría mejorarlo y me ayudó a darle formato a las notas finales. Xuan Santos hizo comentarios importantes al borrador del capítulo cinco.

No creo que mis estudiantes de posgrado en el programa de doctorado de la Universidad de California –algunos de los cuales han defendido sus tesis y son ahora colegas– se den cuenta de qué fuente tan importante de inspiración han sido. Entre ellos, quiero expresar un especial agradecimiento (en orden alfabético) a Yousef Baker, Verónica Montes (ahora doctora Montes e investigadora de la Universidad del Sur de California), Steven Osuna, César "Che" Rodríguez, Amandeep Sandhu (ahora doctor Sandhu), Xuan Santos (ahora doctor Santos y profesor asistente de sociología en la Universidad Estatal de California-San Marcos), Jeb Sprague y James Walsh

(ahora doctor Walsh). Hay muchos más, tanto de licenciatura como de posgrado, que es imposible mencionar aquí.

También me gustaría dar las gracias a amigos y colegas de varias asociaciones profesionales a las que pertenezco. Estas incluyen: la sección de Economía Política del Sistema-Mundo de la Asociación Americana de Sociología; la Asociación de Estudios Globales (capítulo de América del Norte); y la Red de Estudios Críticos del Capitalismo Global (http://netglobalcapitalism.wordpress.com/). Entre los muchos colegas activos en estas tres asociaciones profesionales y otras que han apoyado mi propia carrera a lo largo de los años, generosamente me han extendido invitaciones y han estimulado el desarrollo de mis ideas (incluso aunque estén en desacuerdo con ellas) quiero dar un especial agradecimiento a Christopher Chase-Dunn, quien ahora dirige el Instituto de Investigación sobre Sistemas Mundiales de la Universidad de California en Riverside; Jerry Harris, secretario de organización de la Asociación de Estudios Globales (América del Norte); Leslie Sklair, profesor emérito de la Escuela de Economía de Londres; Mark Hrubec, director del Centro de Estudios Globales de la Academia Checa de Ciencias; y los finados: Immanuel Wallerstein de la Universidad de Yale y Giovanni Arrighi. Un agradecimiento especial a Juan Manuel Sandoval y a mis amigos y compañeros de la Red Mexicana de Acción Frente al Libre Comercio (Remalc) y al Seminario Permanente de Estudios Chicanos y de Fronteras del Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH) de México.

Gracias también, en orden alfabético, a Berch Bergeroglu, Jesse Díaz, Linda Elder de la Fundación para el Pensamiento Crítico, Flacso (Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales) en Costa Rica y Guatemala, Sam Gindin, Asafa Jalata, Adam David Morton, Georgina Murray, Radmila Nakarada de la

Universidad de Belgrado, Dawn Paley, Leo Panitch, Marielle Robinson-Mayorga, Manuel Rozental y Saskia Sassen, Jason Struna, Lilian Vega y colegas de la Universidad Centroamericana en El Salvador, y Deniz Yukseker. Mis disculpas a quienes haya omitido incluir aquí inadvertidamente. Gracias a los tres revisores anónimos de Cambridge University Press y a mi editor, Lewis Bates. Agradezco al Comité de Investigación del Senado Académico su generosidad en el financiamiento, a través de dos becas, de parte importante de la investigación realizada en este estudio.

Finalmente un agradecimiento muy especial para mis queridos amigos y colegas, Myrna Alonzo y Víctor Acuña Soto, los traductores de la presente edición. Ambos son economistas y autores en su propio derecho y realizaron una traducción fiel e impecable de los conceptos.

LA PANDEMIA DEL CAPITALISMO GLOBAL

PRÓLOGO A LA EDICIÓN EN ESPAÑOL

¿Quién hubiera previsto que la crisis del capitalismo global madurase tan rápida y profundamente en tan sólo seis años desde que publiqué, en 2014, la edición original en inglés de la presente obra? Los acontecimientos suceden tan rápidamente que cualquier observación sobre la coyuntura corre el riesgo de quedar desfasada al momento de salir publicada. Mientras escribo estas líneas en junio de 2020, la economía global ha experimentado un colapso desatado por el coronavirus, mientras que centenares de miles –más bien, millones– de personas en Estados Unidos y alrededor del mundo han tomado las calles en una verdadera insurrección contra el racismo a raíz del asesinato por agentes de la policía del afroestadunidense George Floyd. El estado policial global quedó en pantalla completa ante el mundo luego de que los gobernantes estadunidenses desplegaron todo el dispositivo represivo de las fuerzas policiacas y militares contra los manifestantes.

Difícilmente se podía subestimar el alcance del colapso económico desatado por el brote viral. Varias agencias internacionales estimaron, a los tres meses de la pandemia, que hasta dos mil millones de personas habían perdido su sostén y al menos 500 millones fueron arrojadas a la pobreza, millones enfrentaban hambre, hasta 500 millones de pequeños negocios podrían quedar en la quiebra, y que para 2020 la economía global experimentaría una contracción de hasta 10%. La clase capitalista trasnacional (CCT) se empeñó en trasladar la carga

de la crisis y el sacrificio que imponía la pandemia a las clases trabajadoras y populares. Los Estados capitalistas alrededor del mundo aprobaron rescates masivos para el capital mientras se escurrieron de esta piñata unas migajas para las clases trabajadoras. Los gobiernos estadunidense y europeos asignaron al menos 8 mil millones de dólares en préstamos y subsidios a las corporaciones privadas, aproximadamente equivalente a todas sus ganancias en los dos años anteriores a la plaga, lo que la revista The Economist calificó como "el rescate más grande de la empresa privada en la historia." Mientras estos miles de millones de dólares se acumularon en la parte más alta de la pirámide social global, la pandemia dejó a su paso más desigualdad, más tensión política, más militarismo y más autoritarismo.

Pero como expongo en el presente estudio, antes del coronavirus el capitalismo global ya enfrentaba una crisis multidimensional. Si bien la cuarentena impuesta por la mayoría de los gobiernos del mundo dejó a la economía global prácticamente paralizada durante varios meses, la pandemia no hizo más que profundizar la crisis estructural subyacente. En particular, la pandemia puso de manifiesto tres cuestiones relacionadas con la globalización capitalista que es objeto de estudio de este libro. Primero, dejó en claro que la suerte de cualquier comunidad en el planeta está inseparablemente ligada con la de la humanidad en su conjunto, en tanto que la implosión económica subrayó el grado de dependencia que todos tenemos del sistema globalizado de producción, finanzas y servicios, controlado por la CCT y sus agentes políticos en los Estados capitalistas. Segundo, y como consecuencia de esta dependencia mutua, hizo evidente que la "conciencia planetaria", que entró a nuestro vocabulario a finales del siglo XX de cara a los primeros años de la globalización, es más que

nunca una realidad arraigada en la “aldea global”. Y tercero, subrayó que, si queremos resolver los urgentes problemas que aquejan a la humanidad, tales como el colapso ecológico, la guerra, la pobreza, la desigualdad, la enfermedad y la enajenación, tenemos necesariamente que llevar a cabo un enfrentamiento frontal con los poderes fácticos en el sistema capitalista global para restarles el control que esos poderes ejercen sobre los medios de nuestra existencia.

Si bien en su dimensión estructural el sistema enfrenta el problema insoluble de la sobreacumulación y el estancamiento secular, la crisis también entraña una dimensión política, la de la legitimidad o de la hegemonía, de tal manera que el sistema se acerca a una crisis general del dominio capitalista. Frente al colapso de la legitimidad del sistema imperante, tal como discuto en el capítulo cinco del presente estudio, ha habido una rápida polarización política en la sociedad global entre una izquierda insurgente y fuerzas ultraderechistas y neofascistas que han logrado adeptos en muchos países alrededor del mundo. Desde 2014 han llegado al poder una cábala de líderes autoritarios y fascistas, entre ellos Donald Trump en Estados Unidos, Narendra Modi en la India, y Jair Bolsonaro en Brasil, mientras partidos ultraderechistas han logrado conseguir un punto de apoyo en varios países de Europa, América Latina y Asia.

El trumpismo y otros movimientos ultraderechistas y neofascistas alrededor del mundo representan una respuesta ultraderechista a la crisis del capitalismo global. Constituyen intentos contradictorios de refundar la legitimidad del Estado frente a las condiciones desestabilizantes de la globalización capitalista. Las crisis de legitimidad generan políticas desconcertantes y contradictorias de gestión de crisis que aparentan ser esquizofrénicas en el sentido literal de elementos

inconsistentes o en conflicto. Esta gestión de crisis esquizofrénica nos ayuda a entender la naturaleza contradictoria de la dominación política en la época del capitalismo global, así como el resurgimiento de las fuerzas ultraderechistas y neofascistas.

Tanto la izquierda como la ultraderecha recurren a la misma base social de los millones que han sido devastados por la austeridad neoliberal, el empobrecimiento, el empleo precario y relegación a las filas de la humanidad superflua. El nivel de polarización social global y desigualdad es ahora sin precedente. El 1% más rico de la humanidad controla más de la mitad de la riqueza del planeta mientras que el 80% más bajo tiene que conformarse con apenas 5.5% de esa riqueza. Mientras se extiende el descontento popular contra esta desigualdad, la movilización ultraderechista y neofascista juega un papel crítico en el esfuerzo por parte de los grupos dominantes de canalizar dicho descontento hacia el apoyo a la agenda de la CCT, la misma disfrazada a menudo en una retórica populista.

El orden social se está desmoronando, pero una toma fascista está lejos de ser inevitable. Hemos de recordar que el trumpismo y las demás respuestas ultraderechistas y neofascistas a la crisis surgen a lo largo del mundo reactivamente a la rebelión de las clases trabajadoras y populares. Mientras escribo estas líneas, surge con mayor tenor la voz de las élites reformistas, alarmadas por el deterioro de la hegemonía, la insurgencia de la derecha neofascista y la creciente oleada de luchas populares de tendencias progresistas e izquierdistas. Estas élites buscan rescatar el sistema de sí mismo. Hemos de respaldar dichos proyectos reformistas en la medida que atenúen las peores depredaciones del capitalismo global y que nos saquen del umbral de la guerra y el fascismo. La clase obrera global necesita amplias alianzas, incluyendo a

los elementos reformistas de la élite trasnacional. Pero la reforma del capitalismo históricamente se ha logrado menos por la ilustración de las élites, que por las luchas de masas desde abajo que obligan a las élites a reformar. Pero, al final, la resolución de la crisis de la humanidad pasa por el derrocamiento del capitalismo global y su reemplazamiento por un proyecto de socialismo democrático.

WILLIAM I. ROBINSON
LOS ÁNGELES, JUNIO 2020

INTRODUCCIÓN: UNA CRISIS DE LA HUMANIDAD

"Todos verán lo que aparentas ser;
sólo unos pocos sabrán lo que eres."
MAQUIAVELO[1]

Nuestro mundo está ardiendo. Nos enfrentamos a una crisis global sin precedentes en cuanto a su magnitud y alcance global, el grado de degradación ecológica y de deterioro social, y la escala de los medios de violencia. Es un tiempo de grandes turbulencias, cambios trascendentales y desenlaces inciertos; lleno de peligros, incluyendo la posibilidad muy real de colapso así como la amenaza creciente de los sistemas represivos de control social para contener las contradicciones explosivas de un capitalismo global en crisis. Sin duda los desafíos planteados por los graves conflictos de nuestros días son demasiado grandes para la usual complacencia académica. Creo que la tarea más urgente de cualquier intelectual que se considere orgánico –o políticamente comprometido– es abordar esta crisis. Todos estaremos al menos de acuerdo en que el capitalismo global es un sistema altamente inestable y surcado por la crisis. Si queremos evitar las consecuencias desastrosas de ésta, debemos entender tanto la naturaleza del nuevo capitalismo global como la de su crisis. Este libro es un intento de contribuir a tal comprensión.

En este libro aspiro a analizar y teorizar la crisis global desde la perspectiva de la teoría del capitalismo global. Sigue existiendo un amplio debate sobre la naturaleza del orden mundial del siglo XXI y sus crisis contemporáneas. Desde hace más de veinte años me ocupo centralmente de estos asuntos,

buscando sobre todo construir un marco teórico para situarlos, específicamente una teoría del capitalismo global.[2] El mundo en el que Karl Marx analizó el capital ha cambiado radicalmente. El enfoque del capitalismo global ofrece un poderoso marco explicativo para entender la crisis. El análisis de la globalización capitalista no sólo dice algo acerca de la naturaleza de la crisis, sino que también da la pauta para investigar una amplia gama de procesos sociales, políticos, culturales e ideológicos del siglo XXI. Siguiendo a Marx, queremos enfocarnos en la dinámica interna del capitalismo para entender la crisis. Y siguiendo la perspectiva del capitalismo global, queremos ver cómo el capitalismo ha evolucionado cualitativamente en los últimos decenios. La crisis del sistema en su conjunto que enfrentamos no es una repetición de episodios anteriores como el de los años treinta o los setenta, precisamente porque el capitalismo mundial es fundamentalmente diferente en el siglo XXI.

¿De qué manera, específicamente, el capitalismo mundial es diferente ahora que durante episodios de crisis anteriores? En mi opinión, la globalización constituye una época cualitativamente nueva en la evolución continua y abierta del capitalismo mundial, marcada por una serie de cambios cualitativos en el sistema capitalista y por nuevas articulaciones del poder social. He destacado cuatro aspectos propios de esta época. El primero es el surgimiento de un capital verdaderamente trasnacional y un nuevo sistema global de producción y finanzas en el que todas las naciones y gran parte de la humanidad han sido integradas, ya sea directa o indirectamente. Hemos pasado de una economía mundial en la que los países y las regiones estaban vinculados entre sí a través de los flujos comerciales y financieros en un mercado internacional integrado, a una economía global, en la que las

naciones están vinculadas más orgánicamente a través de la trasnacionalización del proceso de producción, de las finanzas y de los circuitos de acumulación de capital. Ningún Estado-nación puede permanecer aislado de la economía global o impedir la penetración de la superestructura social, política y cultural del capitalismo global.

El segundo es el surgimiento de una clase capitalista trasnacional (CCT), un grupo de clase que ha atraído a contingentes de la mayoría de los países alrededor del mundo, de norte y sur, y ha intentado posicionarse como una clase dominante global. Esta CCT es la fracción hegemónica del capital a escala mundial. Tendré más que decir sobre la CCT en el capítulo uno. El tercero es el surgimiento de aparatos de un estado trasnacional (ETN). El ETN está constituido como una red informal compuesta por organizaciones trasnacionales y supranacionales, junto con Estados nacionales, que tienen como función organizar las condiciones para la acumulación trasnacional y por medio de las cuales la CCT intenta organizar y ejercer institucionalmente su poder de clase. Hablaré más del ETN en los capítulos dos y tres. El cuarto aspecto son las nuevas relaciones de desigualdad, dominación y explotación en la sociedad global, incluyendo la importancia creciente de las desigualdades trasnacionales sociales y de clase en relación con las desigualdades norte-sur geográficamente o territorialmente concebidas. Analizo estas nuevas relaciones en varios capítulos.

La globalización capitalista es un proceso en curso, inconcluso y abierto, contradictorio y conflictivo, impulsado por fuerzas sociales en lucha; es estructura en movimiento, emergente, sin estado final consumado. En dialéctica, emergente significa que nunca hay un estado acabado, sólo un proceso abierto impulsado por contradicciones, en este caso por la lucha continua entre las fuerzas sociales contradictorias en

todo el mundo. Si queremos entender el capitalismo global y su crisis, debemos, en primer lugar, centrar nuestra atención analíticamente en las configuraciones de estas fuerzas sociales contradictorias antes de centrarnos en las formas en que se institucionalizan y se expresan en procesos políticos, culturales e ideológicos.

Empecé a escribir sobre la globalización a principios de los años noventa. Mis ideas se han desarrollado a través de una serie de investigaciones concretas e históricas que implican mucha inducción más que métodos más abstractos y formalizados de derivación o deducción. Una idea fundamental de mi teoría del capitalismo global es que no podemos entender esta nueva época a través de los paradigmas existentes Estado-nación-céntricos que pretenden explicar la dinámica política y económica mundial como interacciones entre Estados-nación y competencia entre clases nacionales en un sistema interestatal. He seguido debatiendo con muchos colegas y compañeros los fundamentos de mis afirmaciones teóricas, demostrando su utilidad explicativa a través de dos estudios histórico-empíricos importantes, ambos sobre América Latina, así como de varios artículos y comentarios en distintas publicaciones centrados en la naturaleza preñada de crisis del sistema global.[3]

En 2008, cuando el capitalismo mundial se precipitó en su recesión más severa desde la depresión de los años treinta –lo que algunos llaman la Gran recesión–, dirigí mi atención más a fondo al tema de la crisis global, específicamente a la ocurrencia y el significado de las crisis de acumulación y de legitimación en el sistema global –las cuales serán explicadas a continuación–. Aunque el presente estudio aborda la teoría del capitalismo global incluyendo las tesis específicas de la CCT y del ETN, remitiría a los lectores a mis trabajos anteriores para una exposición más completa de esta teoría. Mi objetivo central

en este libro es elaborar y aplicar esta teoría en relación con la crisis global. La idea para este libro surgió de tres ensayos sobre el tema de la crisis global. El primero, publicado en 2007, Beyond the theory of imperialism (Más allá de la teoría del imperialismo), debatió la idea de que el resurgimiento del intervencionismo estadunidense a raíz de los atentados del 11 de septiembre de 2001 contra el World Trade Center y el Pentágono podría explicarse como un "nuevo imperialismo estadunidense" dirigido a competir con los rivales por los recursos del Medio Oriente y restablecer la hegemonía de Estados Unidos en el sistema internacional. En vez de ello, vi este intervencionismo como una respuesta a la crisis del capitalismo global, en particular, una ofensiva para integrar violentamente nuevas regiones al sistema capitalista global y militarizar la acumulación frente a las tendencias al estancamiento. El segundo, The crisis of global capitalism: Cyclical, structural, systemic? (La crisis del capitalismo global: ¿cíclica, estructural, sistémica?), publicado en 2010, argumentó que bajo el colapso de 2008 había una crisis estructural de sobreacumulación que amenazaba con volverse sistémica, y que la CCT se había volcado a tres mecanismos: la acumulación militarizada, el asalto y el saqueo de las finanzas públicas y la frenética especulación financiera, dado que las posibilidades de colocar el excedente en actividades productivas se agotaban. El tercero, Global crisis and twenty-first century fascism: A U.S. case study (Crisis global y fascismo del siglo XXI: un estudio de caso de Estados Unidos), escrito junto con Mario Barrera, fue publicado en 2012. Identificamos tres respuestas a la crisis global en medio de un conflicto político y una polarización crecientes en todo el mundo: resurgimiento de una respuesta de izquierda, popular y radical, desde abajo; un impulso reformista de las élites globales; y una respuesta neofascista.[4] Éstos son,

en líneas generales, los temas que desarrollo con más detalle en este libro.

Hoy se habla mucho de la crisis. La mayoría de los comentaristas se refieren a la crisis económica que data de la debacle de los préstamos subprime de Estados Unidos que comenzó a mediados de 2007 y fue seguida por el colapso financiero global de septiembre de 2008 y la Gran recesión. La crisis que estalló en 2008 con el colapso del sistema financiero global surge de contradicciones en el capitalismo global que se expresan en las tendencias inmanentes a la crisis y en una serie de cambios durante los últimos treinta años que habían servido para posponer "la hora de la verdad".

Un factor clave en este libro es lo que considero como los elementos socioeconómicos (o materiales) subyacentes y causales de la crisis, o lo que en el léxico marxista llamamos las contradicciones internas del sistema capitalista. Además, debido a que el sistema es ahora global, la crisis en cualquier lugar tiende a representar crisis para el sistema en su conjunto. En este trabajo intento analizar los orígenes causales de la crisis global en la sobreacumulación así como en las contradicciones del poder estatal. El sistema no puede expandirse porque la marginación de una porción significativa de la humanidad de la participación productiva directa, la presión a la baja sobre los salarios y sobre el consumo popular en todo el mundo y la polarización del ingreso han reducido la capacidad del mercado mundial para absorber la producción mundial. Al mismo tiempo, dada la configuración particular de las fuerzas sociales y de clase y la correlación de estas fuerzas a escala mundial, los Estados nacionales se ven apremiados para regular los circuitos trasnacionales de acumulación y compensar las contradicciones explosivas inherentes al sistema.

Sin embargo, quiero evocar aquí el concepto de crisis global en un sentido más amplio. Las dimensiones de la crisis global son múltiples y mutuamente constitutivas –económica, social, política, cultural, ideológica y ecológica, sin mencionar la crisis existencial de nuestra conciencia, de valores y del propio ser–. Existe una crisis de polarización social, es decir, de reproducción social. El sistema no puede satisfacer las necesidades ni asegurar la supervivencia de millones de personas, tal vez la mayoría de la humanidad. Hay crisis de legitimidad estatal y de autoridad política, o de hegemonía y dominación. Los Estados nacionales se enfrentan a una espiral de crisis de legitimidad, ya que no logran satisfacer los reclamos sociales de las clases trabajadoras y populares locales que experimentan una movilidad descendente, desempleo, aumento de la inseguridad y grandes penurias. La legitimidad del sistema ha sido cada vez más cuestionada por millones, quizá miles de millones, de personas de todo el mundo, y enfrenta nuevos desafíos contrahegemónicos. Las élites globales han sido incapaces de contrarrestar esta erosión de la autoridad del sistema ante las presiones mundiales por una economía moral global. Y como un dosel que envuelve todas estas dimensiones, ésta es una crisis de sustentabilidad que tiene sus raíces en un holocausto ecológico que ya ha comenzado, expresado en el cambio climático, el cénit petrolero y el inminente colapso de los sistemas agrícolas centralizados en varias regiones del mundo, entre otros indicadores. Más allá de la situación económica, queremos explorar estas distintas dimensiones así como identificar la manera en que están interconectadas. Mi noción de crisis global se capta mejor en la noción de crisis de la humanidad, mediante la cual me refiero a una crisis que está alcanzando proporciones sistémicas, amenaza la capacidad de sobrevivencia de miles de millones de

personas y levanta el espectro del colapso de la civilización mundial y su degeneración en una nueva “Edad oscura”.

LA TEORÍA DEL CAPITALISMO GLOBAL Y SUS CRÍTICOS: UNA RESPUESTA

Se ha escrito mucho sobre la crisis del capitalismo mundial desde una perspectiva histórico-materialista y crítica.[5] Lo que distingue a mis argumentos en este libro es que se desarrollan desde la perspectiva de la teoría del capitalismo global, como se resume arriba. Parte de mi objetivo aquí es plantear mis discrepancias con los trabajos sobre la crisis que provienen de los enfoques críticos existentes. Mis proposiciones sobre el capitalismo global han sido objeto de debate y crítica desde una serie de espacios teóricos y políticos, entre ellos los marxistas tradicionales, los teóricos del sistema-mundo, los especialistas en relaciones internacionales y colegas que provienen de mi propia perspectiva crítica de la globalización. Entre otras cosas, los críticos aducen que: elimino el Estado-nación; no reconozco la acumulación desigual; dejo a un lado el imperialismo y su práctica de Estado en Estados Unidos; ignoro la diversidad local, nacional y regional atribuyendo la causa de todo al capitalismo global, y sobreestimo la medida en que la globalización ha igualado las condiciones para la producción y el intercambio de valor a través del espacio en el sistema global. Estas críticas y mis respuestas han sido publicadas como intercambios en varios debates de revistas especializadas.[6]

Algunas críticas no pueden ser tomadas en serio dada la tergiversación, e incluso ignorancia, de mi trabajo, la naturaleza ideológica de los planteamientos o el afán por defender paradigmas a los que los críticos están profundamente adheridos sin tener en cuenta la evidencia histórica y empírica.[7] Algunos críticos, por otra parte, basan sus objeciones en las

mismas categorías y marcos conceptuales de los paradigmas cuyos supuestos cuestiono, de manera que la crítica se vuelve tautológica. No obstante, otros han planteado cuestiones importantes que intento responder en el presente estudio. En el capítulo uno reviso algunos temas generales con respecto al capitalismo global y los capitalistas trasnacionales. En el capítulo dos examino lo relacionado con los aparatos del ETN. Estos dos primeros capítulos no pretenden reiterar la teoría de la CCT y el ETN, sino que son complemento de lo que he escrito anteriormente sobre estos temas. El capítulo tres aborda el tema del imperialismo y el Estado de Estados Unidos, así como el de la acumulación desigual. El capítulo cuatro analiza el colapso de 2008 y sus secuelas desde la perspectiva del capitalismo global. El capítulo cinco explora las modalidades de dominación y control social que están evolucionando en el siglo XXI frente a los retos desde abajo al capitalismo global. El capítulo seis plantea algunas conclusiones generales y posibilidades para el futuro. Los lectores encontrarán que hay varios temas que, a riesgo de parecer redundante, he entrelazado a lo largo del libro: la trasnacionalización del capital; la importancia del concepto de ETN; la acumulación desigual de capital; el imperialismo y el Estado de Estados Unidos; los inconvenientes de un marco de análisis centrado en el Estado-nación; y la naturaleza histórica del sistema capitalista mundial. Si bien el lector que quiera la historia completa narrada aquí debe leer el libro de principio a fin, he diseñado cada capítulo de manera que se obtenga beneficio de la lectura de cualquiera de ellos por sí solo.

En lo que queda de esta introducción responderé varias de las críticas más frecuentes a mi obra y abordaré algunas cuestiones metodológicas y epistemológicas. Los lectores que

quieran entrar de lleno al tema de la crisis tal vez deseen pasar directamente al capítulo uno.

¿FIN DEL ESTADO-NACIÓN?

Quizá la crítica más frecuente a mi trabajo es que considero que el Estado-nación está desapareciendo o que es irrelevante para el capitalismo global. Típica de esta acusación es la posición del politólogo británico Paul Cammack, quien en una diatriba dice que mi teoría postula "el fin del Estado", "el fin del Estado nacional por completo", "la desaparición de los Estados nacionales", y que el Estado-nación está "destinado a salir del escenario histórico en este preciso momento" (Cammack, 2009: 85-98). Aconseja que "acepte que los Estados nacionales tienen un papel cambiante pero continuo en el sistema capitalista global" y abandone la idea de que el capital se ha convertido en "extraterrestre en lugar de expandirse a través de numerosos territorios". Nunca he utilizado el término "extraterrestre". De hecho, mi argumento es precisamente que a medida que el capital se trasnacionaliza se expande a través de numerosos territorios nacionales mediante los circuitos de producción globalizados. La frase "espacio supranacional" que evoco con frecuencia no se refiere a la suplantación del espacio, sino al espacio supranacional como acumulación a través de muchos territorios nacionales. Por lo tanto, es necesario reconcebir la relación entre la trasnacionalización del capital y los territorios nacionales particulares. En términos más generales, es necesario repensar la espacialidad del capital. En épocas anteriores, los capitalistas estaban basados en gran medida en territorios nacionales particulares y se dirigían a "sus propios" Estados nacionales para hacer valer sus intereses de clase. Estos intereses consistían tanto en organizar las condiciones para la acumulación dentro de sus respectivos

territorios nacionales y disciplinar a la fuerza de trabajo dentro de estos territorios como en competir con los capitalistas nacionales de otros países por mercados y recursos alrededor del mundo. A medida que el capital se ha vuelto global, los grupos dirigentes dentro de las clases capitalistas nacionales han interpenetrado a través de las fronteras nacionales mediante una serie de mecanismos y acuerdos. Esta CCT emergente opera a través de las fronteras en numerosos países y ha tratado de convertir al mundo entero en un sólo campo unificado para la acumulación global.

Otra de las recriminaciones hechas frecuentemente por mis críticos es que yo creo que los capitalistas trasnacionales "no tienen interés en el estado local de ninguno de los territorios en que están activos" (Cammack, 2009). Lo que he argumentado es que dado que los capitalistas trasnacionales operan en numerosos países recurren a los gobiernos locales (nacionales) de los países en los que operan. Al igual que en épocas anteriores, ellos requieren que estos estados locales (nacionales) provean las condiciones para la acumulación dentro de sus respectivos territorios, incluyendo la disciplina laboral. Recíprocamente, los administradores locales del Estado capitalista nacional están presionados, como lo estuvieron en el pasado, por el poder estructural del sistema capitalista. La legitimidad de estos estados y la reproducción del estatus de las élites estatales como estratos privilegiados dependen de su capacidad para atraer, y retener, la acumulación, ahora globalizada, a los territorios sobre los que ejercen autoridad política. La competencia entre los Estados nacionales para atraer al capital trasnacionalmente móvil se vuelve funcional al capital global y a su capacidad de ejercer un poder estructural sobre el poder directo de los estados, es decir, sobre el proceso de formulación de las políticas de los Estados nacionales, de la

misma manera que anteriormente el capital nacional ejerció lo que algunos denominaron "poder de veto" del capital sobre el Estado. De este modo, la existencia continuada del Estado-nación y del sistema interestatal parece ser una condición central para el poder de clase del capital trasnacional y para la reproducción del capitalismo global. Las corporaciones trasnacionales, por ejemplo, a principios de los años noventa, pudieron utilizar las instituciones de diferentes Estados nacionales para desmantelar continuamente las estructuras reguladoras y otras restricciones estatales a la operación del capital trasnacional en un proceso de "desregulación mutua". Estos temas, que desarrollo más adelante, son fundamentales para comprender la crisis global, que involucra en parte la disociación entre una economía globalizada y un sistema de autoridad política basado en el Estado-nación.

William Carroll, sociólogo que estudia el entrelazamiento trasnacional de las juntas directivas de las corporaciones, hace eco de otra crítica frecuente a mi teoría. Señala que en mi teoría, la localidad es trascendida y que prescindo del lugar. Presento, dice, un "dualismo abstracto" entre lo global y lo nacional/local; veo lo global y lo nacional/local como "mutuamente excluyentes" (Carroll, 2012: 365-373). Sin embargo, yo he criticado duramente los dualismos global-nacional/local e insistido en que lo global emerge de las contradicciones surgidas dentro de lo local/nacional y el sistema de Estados-nación, que está anidado en lo nacional. "Lejos de que lo 'global' y lo 'nacional' sean campos mutuamente excluyentes", he afirmado, "lo global se encarna en las estructuras y los procesos sociales locales" (Robinson, 2004a: 110). He mostrado cómo lo global y lo local/nacional están interpenetrados y mutuamente constituidos, cómo las trayectorias de integración al capitalismo global están

condicionadas por, y emergen de, las historias nacionales y regionales particulares y por la contingencia, y cómo los agentes y los procesos locales moldean la trayectoria de los procesos globales en una interacción dialéctica tanto como lo global afecta a lo local o lo nacional. En cuanto a la variación local en el sistema global, afirmé en mi estudio de 2003 sobre Centroamérica, entre otras partes:

> La transición del Estado-nación a la fase trasnacional del capitalismo implica cambios que tienen lugar en cada país y región individual en reciprocidad y en interacción dialéctica con los cambios de importancia sistémica a nivel del sistema global. Un enfoque crítico de los nuevos estudios trasnacionales debería ser la exploración de la dinámica de cambio a escala local, nacional y regional en tándem con el movimiento a nivel del conjunto global. El interés debería recaer en cómo el movimiento y el cambio en el todo global se manifiestan en países o regiones particulares, pero centrándonos en la reciprocidad dialéctica entre los dos niveles [...] La globalización se caracteriza por transformaciones relacionadas, contingentes y desiguales. Evocar la globalización como una explicación de los cambios históricos y de las dinámicas contemporáneas no significa que los acontecimientos o cambios particulares identificados con el proceso estén ocurriendo en todo el mundo y mucho menos de la misma manera [...] Significa que los acontecimientos o los cambios se conciben como una consecuencia de las relaciones de poder y de las estructuras sociales globalizadas. En el estudio del desarrollo y el cambio social en Centroamérica [...] el centro del análisis es la mediación de distintas fuerzas sociales en la dialéctica de las transformaciones que tienen lugar a nivel del sistema global y las transformaciones en naciones y regiones particulares. No se

puede entender nada sobre la sociedad global sin estudiar una región concreta y sus circunstancias particulares; una parte de una totalidad en su relación con esa totalidad. Todo conocimiento está históricamente situado y [...] requiere una síntesis nomotética e ideográfica. Lo general siempre (y solo) se manifiesta en lo específico; lo universal en lo particular (Robinson, 2003a: 55-56).

La acusación de que desestimo al Estado-nación suele ser reactiva (una respuesta a mi crítica del Estado-nación-centrismo o marco de análisis basado en el Estado-nación). El Estado-nación-centrismo se refiere tanto a un modo de análisis como a una ontología conceptual del capitalismo mundial. En esta ontología, que domina las disciplinas de las relaciones internacionales y la ciencia política, la teoría del sistema-mundo y la mayoría de los enfoques marxistas de la dinámica mundial, el capitalismo mundial está formado por clases nacionales y Estados nacionales que se encuentran en un movimiento constante de competencia y cooperación en alianzas inestables. Estos paradigmas del Estado-nación ven a las naciones como unidades discretas dentro de un sistema más grande –el sistema-mundo o el sistema internacional– caracterizado por intercambios externos entre estas unidades. Las unidades clave de análisis son el Estado-nación(al) y el sistema internacional o interestatal. Los paradigmas Estado-nación/interestatal colocan un esquema determinado sobre la realidad compleja. Todo tiene que caer dentro del esquema –su lógica, la situación que describe–. Las explicaciones no pueden estar fuera del esquema. En este sentido, los paradigmas centrados en el Estado-nación son como vendas en los ojos. Los hechos, sabemos, no "hablan por sí mismos". Estas vendas nos impiden interpretar los hechos de una manera nueva que proporcione un

mayor poder explicativo respecto a los nuevos desarrollos en el mundo de finales del siglo XX y principios del XXI.

El esquema también establece cómo recopilamos e interpretamos los datos. La mayoría de los datos sobre la economía global, por ejemplo, provienen de agencias nacionales de recolección de datos y han sido desagregados de una totalidad mayor (la economía global) y luego reagregados y encasillados por Estado-nación. Éste es precisamente el error cometido por Paul Hirst y Graheme Thompson en su frecuentemente citado estudio, Globalization in question (también cometen el error de definir la globalización en términos del comercio y no de las relaciones de producción) (Hirst y Thompson, 2009). Como observa Peter Dicken:

> La unidad convencional de análisis de la economía global es el país. Prácticamente todos los datos estadísticos sobre la producción, el comercio, la inversión y similares se agregan en "cajas" nacionales. De hecho, la palabra "estadísticas" originalmente denotaba hechos recopilados sobre el "Estado". Sin embargo, ese nivel de agregación estadística es cada vez menos útil a la luz de los cambios que se producen en la organización de la actividad económica [...] porque las fronteras nacionales ya no "contienen" los procesos de producción de la forma en que lo hicieron alguna vez, necesitamos encontrar la manera de incorporar lo que está tanto por debajo como por encima de la escala nacional –romper las restricciones de las "cajas nacionales"– para entender lo que realmente está sucediendo en el mundo. Una forma es pensar en términos de circuitos y redes de producción. Éstos atraviesan y cruzan todas las escalas geográficas, incluyendo el territorio delimitado del Estado (Dicken, 2007: 13).

La crítica del Estado-nación-centrismo no se refiere a la evocación de la organización política evidente del capitalismo mundial en Estados-nación discretos que se relacionan unos con otros en el sistema interestatal. ¿Cuál es la naturaleza o el significado de estas unidades discretas y de su interacción? ¿ha cambiado el significado de esa relación? Decir que la globalización implica la superación del Estado-nación como principio organizador del desarrollo capitalista no significa el fin del Estado-nación o que el Estado sea ahora irrelevante. Lo que significa es que necesitamos retornar a una comprensión del Estado-nación como categoría histórica más que como categoría inmanente, una institución que fue resultado de la forma particular en que se desarrolló el capitalismo como sistema histórico. El tipo de pensamiento categórico que aqueja a los paradigmas del Estado-nación termina por cosificar el Estado-nación, de modo que, por ejemplo, las categorías de centro y periferia, extremos opuestos de la acumulación polarizada, deben necesariamente corresponder a Estados-nación territorialmente definidos. Los paradigmas del Estado-nación son incapaces de captar el carácter trasnacional de muchos procesos y acontecimientos contemporáneos como el comercio mundial, los conflictos internacionales y el desarrollo desigual –procesos que analizo en este volumen desde una perspectiva capitalista global– porque encasillan los fenómenos trasnacionales en el marco Estado-nación/interestatal.

Estos paradigmas enfrentan la trampa del teoreticismo. Por teoreticismo me refiero al desarrollo de análisis y proposiciones para ajustarse a los supuestos teóricos. Dado que los paradigmas del Estado-nación aceptados establecen el marco de un sistema interestatal formado por estados, economías y capitales nacionales en competencia, entonces la realidad del siglo XXI debe ser interpretada de tal manera que se ajuste a

este marco de una forma u otra. Como discutiremos en el capítulo tres, el teoreticismo en el estudio de la globalización obliga a muchos, en el mejor de los casos, a seguir el dualismo esquizofrénico de David Harvey de las lógicas económica y política: el capital es económico y globaliza, mientras que los estados son políticos y persiguen una lógica política estatal basada en el territorio.[8] La teoría debe iluminar la realidad, no hacer que la realidad se ajuste a ella. Las teorías moldean los procesos de pensamiento de los investigadores, dan los fundamentos de sus marcos analíticos, guían sus proposiciones e hipótesis de investigación. Ellas llevan a los investigadores a adoptar ciertas metodologías, a enfocarse en ciertos conjuntos de datos y hechos empíricos y a pasar por alto otros, o a interpretar estos conjuntos de datos de una determinada manera. La investigación crítica implica la capacidad de abandonar o ir más allá de los paradigmas establecidos que se dan por sentado aún cuando las condiciones sociales e históricas que dieron lugar a estos paradigmas sufren transformación.

Los enfoques centrados en el Estado-nación cosifican las instituciones al sustituirlas por las fuerzas sociales y luego darles un carácter fijo en explicaciones causales, de modo que, por ejemplo, al explicar la dinámica política y económica global los Estados nacionales son dotados de agencia. Instituciones como los estados, sin embargo, no son actores con vida independiente propia; son producto de fuerzas sociales que las reproducen y las modifican, y que son causales en las explicaciones históricas. Las fuerzas sociales, en redes complejas y cambiantes de conflicto y cooperación, operan a través de múltiples instituciones. Debemos centrarnos no en los estados como macroagentes ficticios sino en constelaciones de fuerzas sociales históricamente cambiantes que operan a través

de múltiples instituciones, incluyendo aparatos de Estado que están en proceso de transformación como consecuencia de las agencias colectivas.

El razonamiento deductivo y la exposición lógica y crítica de las proposiciones y los conceptos teóricos son sólo la mitad del proceso de producción de la teoría científica. La otra mitad es la investigación empírica inductiva. Cuando los datos empíricos y los hechos históricos no corresponden a las predicciones de las teorías, debemos cuestionar la validez de nuestras teorías. Por ejemplo, según la lógica predictiva del sistema-mundo, el marxismo y otras teorías críticas de la dinámica política mundial, deberíamos estar presenciando en los últimos años una rivalidad interimperialista y un proteccionismo creciente, pero no hemos visto ninguno de los dos. Del mismo modo, estas teorías tienen problemas para explicar por qué Estados Unidos después de su ocupación de Irak abrió ese país a los inversionistas de todo el mundo en lugar de reservarlo, bajo la cobertura de la ocupación, para los inversionistas de Estados Unidos. Mi principal objeción a estas teorías y otras interpretaciones radicales del momento histórico mundial es que toman categorías históricamente contingentes y específicas como Estado-nación, capital nacional e imperialismo, y las convierten en una estructura inmutable, fija, cosificándolas en este proceso.

Para superar la manera de pensar Estado-nación-céntrica, debemos tener en cuenta que el estudio de la globalización es fundamentalmente un análisis histórico. Cuando olvidamos que el Estado-nación es un fenómeno históricamente limitado, cosificamos al Estado-nación y, por extensión, al sistema interestatal o el sistema mundial fundado en los Estados-nación. Cosificar algo es atribuir un estatus de cosa a lo que debería ser propiamente visto como un conjunto complejo y

cambiante de relaciones sociales que ha creado nuestra práctica y que no tiene un estado ontológico independiente de la agencia humana. Cuando olvidamos que la realidad a la que se refieren estos conceptos son nuestros propios conjuntos de relaciones sociales que están en un proceso continuo de transformación y les atribuimos, en cambio, una existencia independiente, entonces estamos cosificando. Los estados son conjuntos de prácticas y relaciones de poder institucionalizadas; "puntos de condensación" de las relaciones de clase/sociales, para evocar la terminología de Poulantzas. La pregunta es, ¿cómo entendemos las relaciones sociales y de clase contenidas en los estados? ¿Cómo pueden estas relaciones sociales y de clase insertarse en instituciones o redes más allá de los Estados nacionales, en instituciones y redes que son trans o supranacionales? ¿Cómo defienden sus intereses a través de las instituciones los grupos sociales y de clase que operan trasnacional o globalmente?

Dado que el capitalismo global se hunde actualmente en la más grave de sus crisis en decenios, comprender de modo certero la naturaleza del sistema se ha convertido en un asunto político candente si queremos responder de manera efectiva a la depredación que la crisis ha desencadenado en amplios sectores de la humanidad. Esa comprensión requiere una ruptura paradigmática con los modos de concepción centrados en el Estado-nación, y justifica un breve comentario en materia de metodología y de concepción u ontológía.

NECESIDAD DE UN ENFOQUE HOLÍSTICO Y DE NUEVOS CONCEPTOS: ANÁLISIS ESTRUCTURAL Y COYUNTURAL

La realidad es multidimensional. Nuestro estudio de ella debe involucrar diferentes niveles de análisis. El objetivo de nuestro estudio debe ser simplificar la realidad compleja de una manera que ayude a explicar patrones y resultados, siempre y cuando tengamos en cuenta los problemas de inferencia que pueden resultar de nuestras simplificaciones. Como dice Chase-Dunn, "no tiene sentido hacer un mapa que sea tan complicado como el territorio" (1998: 215). El capitalismo global, al igual que la realidad social en general, es siempre una síntesis compleja de múltiples determinaciones y de coyunturas históricas. Por coyunturas me refiero a momentos históricos, todos los cuales son únicos, que reúnen circunstancias particulares y contingentes, incluyendo la agencia y la conciencia humanas, en una variedad infinita de combinaciones con los procesos estructurales subyacentes. El sistema capitalista mundial es estructura en movimiento, evoluciona constantemente de una manera indefinida que comprende tanto el compás de ciclos, tendencias y regularidades como contingencia y agencia. La estructura y la agencia no son un binario antagónico sino una unidad que debe ser integrada en nuestras metodologías y ontologías de investigación del mundo a través del análisis histórico y de coyuntura. La especificidad coyuntural de gran parte de lo que sucede en el mundo no niega las estructuras más profundas, que marcan y circunscriben a las coyunturas, sino que se nutre de ellas. Debemos distinguir las dimensiones estructurales y las

coyunturales en una situación dada dentro de la unidad interna de esa situación. La estructural es aquella que no puede ser alterada por un agente o conjunto de agentes dado durante un período de tiempo determinado –ceteris paribus–, mientras que la coyuntural es aquella que puede ser alterada por un agente o conjunto de agentes dado en ese período de tiempo.[9]

Los resultados sociales (lo concreto) son la síntesis compleja de múltiples determinaciones y las "leyes" del capitalismo son principios abstractos sujetos a mediaciones complejas. Esto quiere decir, como he insistido a lo largo de mi obra, que lo general sólo se manifiesta en lo particular, o lo real histórico, de modo que las tendencias causales (la expansión de las relaciones capitalistas, la dinámica de la acumulación, etc.), ubicadas debajo de la apariencia de la superficie, se manifiestan a través de mediaciones complejas y contingencias que no están predeterminadas y que son impulsadas por la interacción de la agencia con la estructura. Existe un movimiento recíproco entre lo general y lo particular –por ejemplo, podemos encontrar transformaciones semejantes provocadas por el capitalismo globalizado en cada país y región, como el surgimiento de fracciones de la élite orientadas a lo trasnacional, la trasnacionalización del Estado, nuevas actividades económicas vinculadas a la economía global, polarización social, entre otras–. Pero tal movimiento no obedece tanto a las leyes como a la coyuntura histórica a través de la cual las leyes se manifiestan de impredecibles e ilimitadas maneras posibles. Por ejemplo, la lucha por maximizar la ganancia es una ley de la acumulación, pero lo que significa realmente esta lucha en un contexto histórico particular puede tomar un número infinito de formas. Al analizar estas situaciones históricas queremos evitar la confusión entre los elementos coyunturales y los estructurales.

La contingencia, la agencia y las coyunturas que implican la unión de múltiples cadenas causales de una manera singular en cada circunstancia histórica, hacen que los resultados históricos sean indefinidos y no tan predecibles como asumen los positivistas. Sin embargo, a nivel de la estructura profunda hay una determinación subyacente, es decir, el proceso de producción y reproducción social que es nuestro "ser de la especie" y los fundamentos materiales de nuestra existencia. En términos generales, el materialismo histórico como método intenta comprender la relación dialéctica entre las particularidades de nuestra existencia (como especie, como un colectivo que habita el planeta) y las condiciones y los procesos estructurales subyacentes que vinculan a éstas con lo general y lo universal de nuestra existencia. Queremos entender cómo lo particular concreto está constituido por fuerzas sociales más generales y abstractas. La economía global –es decir, los procesos globalizados de producción y reproducción social– ejerce una determinación estructural subyacente en este nivel de estructura profunda. Estudiar la estructura profunda significa estudiar el capitalismo, sus leyes y dinámicas subyacentes, las cuales en el nivel del análisis abstracto no han cambiado en la época de la globalización. La tarea de una buena ciencia macro-social es descubrir el caleidoscopio de articulaciones entre la estructura profunda, la estructura y la coyuntura como distintos niveles de análisis que son causales del cambio social abierto.

No es tarea fácil identificar la dialéctica entre estructura y agencia. Es importante que evitemos tratar los procesos políticos e ideológicos como producto de las relaciones entre sujetos dotados de conciencia y libre albedrío, descuidando las relaciones sociales (estructurales) que impulsan estas prácticas políticas e ideológicas y que constituyen sujetos comprometidos

en ellas. Centrarse sólo en la coyuntura es confundir la mera apariencia con la esencia; centrarse sólo en lo estructural es reduccionismo.[10] Mi propio enfoque ha ponderado múltiples determinaciones y distintos niveles de análisis, en particular, la articulación de los niveles estructural y coyuntural (es decir, comportamiento/agencia) a través de un nivel de análisis estructural-coyuntural mediador, que media, "hacia adelante", a la agencia y, "hacia atrás", a la estructura.[11] La agencia de los individuos y los grupos está configurada y habilitada por las estructuras sociales. En el presente estudio, como en otras partes, me esfuerzo por centrar el análisis en lo estructural-coyuntural y moverme "hacia atrás" y "hacia adelante" desde ese centro.

Éste debe ser un cometido histórico, no en el sentido de que no existen regularidades estructurales subyacentes, sino de que éstas están siempre y sólo se manifiestan en circunstancias históricas reales en las que entran en juego la contingencia y la agencia. El capitalismo mundial es un proceso singular. Un enfoque holístico comienza con el sistema global y contempla las subpartes o unidades más pequeñas, como el Estado-nación, como parte del todo más amplio. Asimismo, es necesario distinguir entre la existencia de una unidad (tanto en un sentido histórico y empírico como en un sentido analítico) y las diversas formas en que esa unidad encaja en el todo más amplio a lo largo del tiempo. Como he señalado anteriormente, una analogía biológica es útil, de modo que un atributo o característica particular de un sistema, por ejemplo, los Estados-nación y el sistema interestatal, puede seguir existiendo a medida que cambia sus funciones. La tarea es analizar no sólo las fuerzas y las agencias sociales y de clase que operan a través de estas subunidades, sin cosificar el Estado, sino también los grandes cambios del sistema a nivel

del capitalismo mundial o del todo global que enmarcan (y limitan) las posibles constelaciones de fuerzas sociales y de clase.

Es durante los momentos no de equilibrio sino de crisis, cuando la intervención de la agencia puede ser más efectiva en el logro de un cambio estructural. Las crisis son coyunturas clave en las que se vuelve posible un cambio estructural y en raros momentos históricos, sistémico significativo, es decir, cuando todas las cosas no son iguales (ceteris paribus) porque se revelan las fisuras de la estructura. Explorar la crisis global implica un análisis coyuntural anidado en un enfoque histórico y basado en el análisis estructural. Nuestro cometido requiere las nuevas herramientas conceptuales de la CCT, el ETN y el capitalismo global (como algo distinto del mundial) para poder captar la evolución del capitalismo en los últimos años, comprender el sistema global del siglo XXI, los procesos trasnacionales en curso e intervenir tan eficazmente como sea posible para evitar una catástrofe.

Finalmente, una advertencia: éste no pretende ser un estudio exhaustivo de la crisis global. Ello requeriría mucho más de lo que se puede lograr en este breve trabajo; de hecho, requeriría muchos volúmenes e implicaría muchos años. Me veo obligado, por lo tanto, a simplificaciones inevitables. Existe asimismo mucha literatura con la que no me es posible trabajar. Mi deseo es hacer una modesta contribución para nuestra comprensión de la crisis contemporánea y para avanzar hacia una agenda de investigación colectiva muy amplia sobre ella.

[1] Maquiavelo, 1981:63-64. Entender esta frase es entender la distinción entre el santuario interno del poder y la apariencia exterior del poder.

[2] Véase, en particular, Robinson, 2004a; 2008:capítulo 1.

[3] Véase, entre otros, Robinson, 2011: 2-6; 2010b; 2009a: 331-344; 2007a: 5-26; 2006: 4-29; 2004b: 441-447 2003; Robinson y Barrera, 2012: 4-29;.

[4] Para referencias completas de estos artículos véase la nota anterior.

[5] Estas obras son demasiadas para enumerarlas aquí. Entre las que he encontrado útiles (a pesar de mi desacuerdo con sus interpretaciones), están: Konings, 2010; Chossudovsky y Marshall, 2010; Marazzi, 2011; Meszaros y Bellamy, 2010; McNally, 2010; Tabb, 2012.

[6] Véanse los simposios en las siguientes revistas: Theory and Society (2001, vol. 30, núm. 2); Science and Society (2001-2002, vol. 65, núm. 4); Critical Sociology (2012, vol. 38, núm. 3); Historical Materialism (2007, núm. 15); Cambridge Review of International Affairs (2006, vol. 19, núm. 3).

[7] Véase, por ejemplo, mi intercambio de opinión con el especialista en relaciones internacionales Paul Cammack en Geopolitics, History and International Relations (2009) (más sobre este intercambio abajo); con la politóloga Ellen M. Wood en Historical Materialism (Robinson, 2007: 71-93 y Wood, 2007: 143-170); o la discusión ideológica del sociólogo Juan Corradi sobre mi trabajo "Review of Latin America and global capitalism" (2009: 396-398). Diane Barahona observa en su revisión-ensayo de mi œuvre que puede ser que muchos de mis críticos hayan leído algunos de mis ensayos teóricos pero no mis trabajos empíricos. "Su metodología", escribe, "es estudiar los hechos históricos, filtrarlos por su significado a través de la lente de Marx y Gramsci, y formular una teoría inductiva a

partir de ellos. Una vez que la teoría ha sido universalizada, regresa y realiza más investigación para probar qué tan bien funciona la teoría, 'desenvuelve' la teoría para ver si se 'ajusta' a nuevos conjuntos de hechos. En el proceso de lectura de estos libros el lector se encuentra con mucha información que apoya los argumentos teóricos de Robinson. El principal problema con los críticos de la teoría de Robinson es que no abordan los estudios de caso que apoyan su teoría")(Barahona, 2011: 889-895, cita de p. 892).

[8] Véase Harvey, 2005.

[9] Sobre este aspecto véase el análisis de Jessop en The capitalist state (1982: 253).

[10] No podemos confundir la determinación del mundo real con la determinación como propiedad de un sistema teórico dado, como observa Jessop, a fin de no explicar lo primero en términos de lo segundo. Este error está en la base, en opinión de Jessop, de tres desaciertos metodológicos: el reduccionismo, o invocar un eje de determinación teórica para explicar todo sobre el Estado y la política; el empirismo, o confundir una descripción sincrónica o el relato historiográfico de un acontecimiento real con la explicación real de ese acontecimiento; y la subsunción, o subsumir una descripción o historia particular bajo un principio general de explicación como una de sus muchas instancias (Jessop, 1982: 211-220).

[11] Véase mi discusión sobre metodología en la introducción a Promoting polyarchy: Globalization, U.S. intervention, and hegemony (1996).

1. CAPITAL GLOBAL Y FUERZA DE TRABAJO GLOBAL

[Foxconn] tiene un total de trabajadores que supera el millón en todo el mundo, y como los seres humanos son también animales, manejar un millón de animales me da dolor de cabeza. Terry Gou, presidente de Foxconn, habla con Chin Shih-Chien, director del Zoológico de Taipei, acerca de cómo deben manejarse los animales, y antes de anunciar los planes para reemplazar a un millón de trabajadores con robots.

BLOGET, 2012

La solución a la crisis sanitaria –al menos como la concibieron ciertos profesores de economía sentados en sus cómodos sillones en Chicago y Boston– ha sido hacer de la defecación urbana un negocio global. De hecho, uno de los grandes logros del neoliberalismo patrocinado por Washington ha sido convertir los baños públicos en puntos de recaudación de fondos para el pago de la deuda externa –los baños de paga son una industria en expansión en los barrios marginales del tercer mundo.

DAVIS, 2007: 141

El capitalismo atraviesa por crisis regulares aproximadamente cada diez años, lo que llamamos crisis cíclicas. Pero la crisis que estalló en 2008 con el colapso financiero global y la Gran recesión apunta a una crisis estructural más profunda, como la que tuvimos en los años setenta y, antes de ésta, en los años treinta, lo que significa que el sistema ya no puede seguir funcionando en la forma en que está estructurado. Estos tipos de crisis son, por lo tanto, crisis

de reestructuración. Significa que para que puedan resolverse, estas crisis deben dar lugar a una reestructuración del sistema. Pero en una coyuntura así la crisis estructural tiene el potencial de convertirse en sistémica, dependiendo de la manera en que respondan a la crisis los agentes sociales y del elemento de contingencia que es impredecible y siempre juega algún papel en los resultados históricos. Una crisis sistémica es aquélla en la que sólo un cambio en el propio sistema resolverá la crisis.

La crisis global del siglo XXI comparte una serie de aspectos con las anteriores crisis estructurales de la economía mundial de los años treinta y setenta, pero también tiene varias características propias del presente:

1] El sistema está alcanzando rápidamente los límites ecológicos de su reproducción. Es posible que hayamos llegado ya a un punto de no retorno –lo que los científicos ambientales llaman "puntos de inflexión" más allá de los cuales el planeta se desestabiliza–. El holocausto ecológico en marcha no debe ser subestimado: cénit petrolero, cambio climático, extinción de especies, colapso de los sistemas agrícolas centralizados en varias regiones del mundo, etcétera. [1]

2] La magnitud de los medios de violencia y control social no tiene precedentes, así como la concentración de los medios de comunicación global y de la producción y circulación simbólica en manos de muy pocos grupos poderosos. Las guerras computarizadas, los drones, las bombas antibunker, los sistemas de defensa Guerra de las galaxias, y así sucesivamente, han cambiado el rostro de la guerra. La guerra se ha normalizado y sanitizado para aquellos que no están directamente en el lado receptor de la agresión armada. Al mismo tiempo, hemos llegado a la sociedad de la vigilancia panóptica y a la edad del control del pensamiento por parte de

quienes controlan los flujos globales de comunicación, de imágenes y la producción de símbolos.

3] El capitalismo está llegando a los límites aparentes de su expansión extensiva . Ya no hay nuevos territorios de importancia que puedan ser integrados al capitalismo mundial, la desruralización está muy avanzada y la mercantilización del campo y de los espacios pre o no capitalistas se ha intensificado, es decir, se han convertido de manera acelerada en espacios del capital, de modo que la expansión intensiva está alcanzando profundidades nunca antes vistas. El capitalismo tiene que expandirse continuamente o colapsa. ¿Cómo o hacia dónde se expandirá ahora?

4] Se registra el surgimiento de una gran población superflua que habita un "planeta de barrios marginales", [2] apartada de la economía productiva, arrojada a la marginalidad y sometida a sofisticados sistemas de control social y a la destrucción –a un ciclo mortal de despojo explotación exclusión.

5] Existe una disociación entre una economía globalizadora y un sistema de autoridad política basado en el Estado-nación. Los aparatos del Estado trasnacional (ETN) son incipientes y no han podido desempeñar el papel de lo que los científicos sociales llaman "hegemón", o un Estado-nación líder con suficiente poder y autoridad para organizar y estabilizar el sistema.

La crisis global tiene muchas manifestaciones externas: guerras atroces, estados colapsantes, terrorismo estatal y no estatal (un término tan mal definido y tan cargado de ideología que, si se le despoja de contenidos políticos concretos y contrapuestos, resulta casi inútil como concepto científico social), las pandemias del crimen y la violencia interpersonal, la

inseguridad, la decadencia social y la degeneración de los ecosistemas en todas partes. Existe una enajenación y patologías de masas surgidas de las banalidades culturales y el individualismo extremo del capitalismo global –como el hecho de que en Estados Unidos se prescriben antidepresivos a unos 30 millones de personas (el gran número de personas que consume estos fármacos debería causar alarma, así como el hecho de que el complejo médico-farmacéutico medique una patología social)–. Miles de millones de personas están en una crisis cada vez más estremecedora de hambre y pobreza, y así sucesivamente.

Las causas inmediatas de estas manifestaciones pueden ser analizadas. En 2007 y 2008, por ejemplo, los precios de los alimentos se dispararon en todo el mundo provocando motines contra el hambre en docenas de países y elevando el número de personas que padecían hambre crónica en el mundo a más de mil millones. La subida de los precios no se debió a ninguna caída significativa de la producción mundial o a una escasez de las existencias de alimentos en el mundo. Fue más bien que los inversionistas financieros que mueven cientos de miles de millones de dólares emprendieron una especulación frenética en los mercados mundiales de alimentos y energía, especialmente en los mercados de futuros, fomentando así el acaparamiento y otras prácticas que dispararon el precio de los alimentos más allá del alcance de mucha gente. Asimismo, podemos analizar las causas del incremento de la especulación financiera en la economía global, como lo haré en el capítulo cuatro, y podemos estudiar la estructura del sistema alimentario mundial –el creciente control férreo de las corporaciones trasnacionales sobre el sistema, el desplazamiento de cientos de millones de agricultores, y así

sucesivamente, procesos todos asociados con la globalización capitalista.

Pero existen causas estructurales y orígenes sistémicos de estas dimensiones de la crisis que en sus manifestaciones externas afectan diariamente y en muchos ámbitos de la vida a la humanidad. No debemos olvidar que bajo la violencia manifiesta tan visible por todo el mundo, y que atrae la atención de los medios globales, está menos visible la violencia estructural del sistema en que vivimos, lo que el filósofo Slavoj Žižek llama violencia "objetiva": que es precisamente la violencia inherente a este estado de cosas 'normal' " y es generalmente invisible para aquellos que no la sufren– (Žižek, 2008, 8). Es violencia estructural cuando 85% de la riqueza mundial es monopolizada por sólo 10% de la población mundial, mientras que la mitad inferior de los adultos en todo el mundo posee apenas 1% del total (de hecho, un 2% superior dentro de ese 10% superior concentra la mitad de la riqueza del planeta) (Rothkopf, 2008: 37); cuando las reservas de alimentos son tiradas a los océanos mientras miles de millones de personas pasan hambre; cuando se gastan miles de millones de dólares en cirugías plásticas y cosméticos mientras miles de millones de personas no reciben tratamiento para enfermedades fácilmente curables, y cuando se gasta más dinero en complejos penitencial-industriales que en instalaciones educativas.

En los capítulos siguientes realizaré un análisis más riguroso de la crisis global y sus diversas dimensiones. En este capítulo me centraré en el capital global y la fuerza de trabajo global.

CAPITAL GLOBAL

Yo vivo una vida de externalización mundial. Como director general de Lenovo, soy un director estadunidense radicado en Singapur. Nuestro presidente, que es chino, trabaja en Carolina del Norte. Otros altos ejecutivos radican por todo el mundo. Una reunión de los altos directivos de mi compañía se parece a la Asamblea General de las Naciones Unidas. Mi empresa es como algunos de los productos de consumo más populares del mundo. Puede decir "Hecho en China" en el exterior, pero los componentes clave son diseñados y fabricados por personas y empresas innovadoras repartidas en seis continentes. Los productos de las compañías que practican la externalización mundial pueden estar etiquetados como "Hecho en Suiza" o "Hecho en Estados Unidos" o "Hecho en China", pero en el mundo nuevo en el que todos vivimos hoy en día, en realidad deberían ser etiquetados como "Hecho globalmente". En el mundo actual, evaluar a las empresas por su nación de origen no tiene sentido (William J. Amelio, presidente y director general de Lenovo, empresa líder global en PC, 2007).

La reestructuración de la economía global y la anatomía del sistema financiero y de la producción global emergente son temas muy estudiados.[3] La globalización de la producción ha significado la fragmentación y la descentralización de procesos de producción complejos, la dispersión por el mundo de los diferentes segmentos y fases de estos procesos y su integración funcional en vastas cadenas de producción y distribución que abarcan todo el planeta. Se ha pasado de la integración del mercado internacional a la integración de la producción global.

El capitalismo global no se reduce a una colección de economías nacionales, capitales nacionales y circuitos nacionales de acumulación discretos conectados a través de un mercado internacional. Las economías nacionales han sido desmanteladas y posteriormente reconstituidas como elementos componentes del nuevo sistema financiero y de producción globalmente integrado, el cual es una estructura económica mundial cualitativamente diferente a la de épocas anteriores, cuando cada país tenía una economía nacional distinta que se vinculaba con las demás a través del comercio y los flujos financieros.

La descentralización global de la producción y los servicios se ha venido dando desde hace varios decenios y es uno de los principales procesos empíricos que condujeron a los investigadores a desarrollar el concepto de globalización. En el primer decenio del siglo XXI, el proceso continuó acelerándose y tomó nuevos giros que pusieron de relieve la naturaleza abierta de la estructuración económica mundial y el desarrollo de nuevas formas frente a las condiciones cambiantes. Si General Electric (GE) ya era una corporación global en los años setenta en términos de sus redes globalizadas de producción directa y subcontratada, y sus operaciones de servicios y financieras, por ejemplo, la compañía parecía experimentar una nueva explosión de trasnacionalización ante el imperativo de integrar los circuitos de producción y de mercado de una manera nueva. En 2004, GE tenía 165 000 empleados en Estados Unidos y 142 000 en otros lugares. A finales de 2008 la preponderancia había sido revertida, con 152 000 en Estados Unidos y 171 000 en otros lugares (Lee, 2009: A1 y A24). El rescate de miles de millones de dólares proporcionado por el gobierno estadunidense tras el colapso de 2008 a la sucursal de la General Motors (GM) con sede en Estados Unidos, dio lugar

a descripciones de la compañía por parte de los medios y sectores académicos en términos Estado-nación-céntricos, representándola como un gigante corporativo enfermo que simboliza el declive de Estados Unidos como poder económico dominante. Sin embargo, GM tenía divisiones en docenas de países alrededor del mundo y estaba saludable y vibrante en muchas de estas divisiones, incluso en China, donde sus ventas de automóviles, producidos en asociación con empresas chinas, y la inversión en China, estaban en auge. Esta trasnacionalización acelerada, tanto de la producción como de la comercialización, involucró no sólo a grandes corporaciones sino también a pequeñas empresas manufactureras. La estructura en red de la economía global y la naturaleza globalizada de las cadenas de producción y de servicios significa que incluso las pequeñas empresas son capaces de globalizarse y, además, necesitan hacerlo para seguir siendo competitivas. Las corporaciones globales que organizan la producción de bienes y servicios comercializados globalmente tienen la capacidad de integrar los circuitos de producción y comercialización de manera nueva dado que el mundo entero se asemeja a un campo flexible y abierto para organizar la acumulación.

La globalización capitalista ha sido impulsada, a nivel estrictamente técnico, por las nuevas tecnologías de la información y las innovaciones organizacionales en la producción capitalista que han modificado la manera en que el valor se crea, circula y se le apropia en todo el mundo. Ahora los valores cruzan las fronteras sin ningún problema dado que se mueven rápidamente –a menudo de manera instantánea– a través de los nuevos circuitos financieros globales. El desarrollo de las tecnologías de la información y la comunicación (TIC) en los últimos decenios del siglo XX representó una nueva

"revolución científica y tecnológica" que desencadenó un crecimiento explosivo de la productividad y de las capacidades productivas (por ejemplo, toda la revolución industrial aumentó la productividad por un factor de 100, mientras que la revolución de las TIC la incrementó en un factor de más de un millón en sólo los primeros años de su introducción),[4] un aumento desproporcionado del capital fijo y los medios para que el capital se volviera global –coordinar y sincronizar un sistema globalizado de producción, finanzas y servicios, a diferencia de un mercado globalizado de bienes y servicios que se remonta a siglos atrás–. Las TIC también revolucionaron la guerra y las modalidades de la acumulación militarizada organizada por el Estado, incluida la aplicación militar de nuevas tecnologías vastas y la posterior fusión de la acumulación privada con la militarización estatal.

En mis investigaciones anteriores sobre la producción globalizada y el surgimiento de una clase capitalista trasnacional (CCT) me basaba en la estructura de poder clásica y los métodos marxistas de análisis de clases para identificar una serie de mecanismos involucrados en la creciente interpenetración trasnacional de los capitales nacionales. Otros científicos sociales han continuado investigando estos mecanismos y ahora existe un conjunto considerable, que crece rápidamente, de evidencia empírica de que los gigantes conglomerados corporativos que impulsan la economía global dejaron de ser corporaciones de un país en particular en la última parte del siglo XX y representan cada vez más capital trasnacional.[5] Algunos de los mecanismos de formación de la CCT son: la propagación de las filiales de las CTN; el aumento fenomenal de las fusiones y adquisiciones transfronterizas; la creciente interconexión trasnacional de las juntas directivas; el aumento de la inversión cruzada o mutua entre empresas de

dos o más países y la propiedad trasnacional de acciones de capital; la expansión de alianzas estratégicas transfronterizas de todo tipo; las vastas redes globales de subcontratación y outsourcing (externalización o tercerización); y la creciente importancia de las asociaciones trasnacionales de los consejos empresariales. Estos patrones de trasnacionalización del capital simplemente no existieron en los años y los siglos anteriores. El no distinguir entre las relaciones comerciales internacionales (intercambio) y las relaciones de producción y finanzas globalizadas lleva a muchos comentaristas, como Hirst y Thompson, a afirmar que hay poco de nuevo en la época actual y que hubo un "primer" período de globalización a finales del siglo XIX y principios del XX, cuando las relaciones comerciales internacionales se expandieron rápidamente (Hirst y Thompson, 2009).

Existen otros mecanismos menos investigados que estimulan la formación de la CCT, como la expansión de las bolsas de valores en la mayoría de los países del mundo vinculados al sistema financiero global. La expansión de los mercados bursátiles de los principales centros de la economía mundial a la mayoría de las ciudades capitales del mundo, combinada con negociaciones durante las 24 horas, facilita un intercambio global cada vez mayor y, por lo tanto, la propiedad trasnacional de las acciones. Actualmente existen mercados de valores en unos 120 países, desde Afganistán y Vietnam hasta Bangalore en la India, desde Botsuana y Nigeria hasta las capitales de las cinco repúblicas centroamericanas. Aunque muchos de estos mercados de valores son limitados en sus ofertas, estas bolsas se integran entre sí, ya sea directa o indirectamente. Un argentino puede canalizar inversión a través de la bolsa de valores de Buenos Aires a empresas de todo el mundo, mientras que inversionistas de todo el mundo pueden canalizar

sus inversiones a Argentina a través de la bolsa de valores de Buenos Aires.

Más allá de los mercados de valores, los inversionistas en cualquier parte del mundo no necesitan más que acceso a internet para invertir su dinero a través de los circuitos financieros globalizados en fondos mutuos y de cobertura, mercados de bonos, swaps de divisas, etc. La integración global de los sistemas financieros nacionales y de las nuevas formas de capital dinero, incluidos los mercados secundarios de derivados, como se verá más adelante, también ha facilitado la trasnacionalización de la propiedad del capital. Además de su centralidad para facilitar la integración trasnacional de capitales, el nuevo sistema financiero integrado globalmente permite una movilidad intersectorial increíblemente mayor del capital y, por lo tanto, juega un papel importante en el desvanecimiento de las fronteras entre capital industrial, capital comercial y capital dinero. La red de bolsas de valores, la naturaleza computarizada de las transacciones globales y la integración de los sistemas financieros nacionales en un sistema global único, etc., permiten que el capital en su forma de dinero se mueva prácticamente sin fricciones a través de las arterias de la economía y la sociedad globales. Es necesario conceptualizar de manera creativa hasta qué punto las redes, los patrones y los mecanismos de la formación de capital vinculan a los capitales de múltiples maneras a través del planeta, es decir, pensar más allá de lo más convencional, como las juntas directivas o el país de domicilio de una compañía en particular. Por ejemplo, la firma de inversión privada Blackstone Group, una de las organizaciones financieras más grandes del mundo, es una cámara de compensación que integra a grupos de capitalistas y a menudo a élites estatales de todos los continentes. Las empresas estatales chinas habían

invertido en 2008 más de 3 000 millones de dólares en Blackstone (Rothkopf, 2008: 46-47). A su vez, Blackstone tuvo en ese año inversiones en más de 100 corporaciones trasnacionales de todo el mundo, así como numerosas asociaciones con empresas Fortune 500, permitiendo así que las élites chinas adquieran una participación en esta red de capital corporativo global y, en general, en el éxito del capitalismo global.

Ha habido una concentración históricamente sin precedentes de riqueza y poder en unas pocas miles de corporaciones globales, instituciones financieras y fondos de inversión. El alcance de la concentración y la centralización del capital en manos de la CCT y de las CTN que controla es verdaderamente desconcertante. La concentración de capital se refiere a la expansión de los capitales reinvertidos. La centralización de capital se refiere a la acumulación de muchos capitales en pocos capitales y un mayor control por un menor número de capitales. A diferencia de las épocas anteriores de la historia del capitalismo mundial, esta concentración y centralización no implica una acumulación y un poder crecientes de los grupos capitalistas nacionales sino de los trasnacionales. Un análisis de 2011 sobre la propiedad de las acciones de 43 000 empresas trasnacionales, llevado a cabo por tres teóricos de sistemas en el Instituto Federal Suizo de Tecnología, identificó un núcleo de 1 318 CTN con propiedades entrelazadas. Cada una de estas trasnacionales centrales tenía vínculos con otras dos o más compañías y, en promedio, estaba conectada con veinte. Aunque representaban sólo 20% de los ingresos de operación globales, estas 1 318 CTN parecían poseer colectivamente, a través de sus acciones, la mayoría de las empresas más grandes blue chip y manufactureras del mundo, representando un 60%

adicional de los ingresos globales –para un total de 80% de los ingresos del mundo (Vitali, 2011: 1-36).

"Cuando el equipo desenredó más la red de propiedad, encontró que gran parte de ella se remitía a una 'superentidad' de 147 compañías aún más estrechamente unidas –cuya propiedad estaba en manos de otros miembros de la superentidad– que controlaban 40% de la riqueza total en la red", observa un análisis del estudio (Cohglan y MacKenzie, 2011: 1). En efecto, menos de 1% de las empresas eran capaces de controlar 40% de toda la red. De forma reveladora, las cincuenta más importantes fueron en su mayoría las principales instituciones financieras globales –entre ellas el Grupo Goldman Sachs, JP Morgan Chase y Co, y Barclays Bank– y las instituciones financieras y las compañías de seguros globales dominaron las cincuenta más importantes (ibidem). El estudio muestra la increíble concentración y centralización del capital global, así como la inextricable interpenetración de capitales en todo el mundo en grandes clusters conectados. Como Andy Coghlan y Debora MacKenzie observan en su análisis, estudios anteriores que encontraron que las principales CTN poseían o controlaban grandes bloques de la economía mundial, incluían sólo un número limitado de corporaciones y omitían las propiedades indirectas. El estudio también muestra que el capital financiero trasnacional es la fracción dominante (hegemónica) del capital a escala mundial. En tercer lugar, aunque el estudio no abordó las implicaciones políticas de estos hallazgos, debe quedar claro que una concentración tan extraordinaria de poder económico ejerce un enorme poder estructural sobre los Estados y los procesos políticos en pos de intereses corporativos globales comunes, independientemente de la competencia entre los grupos corporativos trasnacionales.[6]

La clase capitalista trasnacional y la competencia trasnacional

Hay quienes mantienen una resistencia obstinada a la tesis de la CCT. Esto ha sido particularmente así para los estudiosos que provienen de una perspectiva marxista tradicional u ortodoxa. Si bien examino esta perspectiva con más detalle en el capítulo tres, lo importante aquí es que Marx y los principales teóricos marxistas que le siguieron vieron que las clases capitalistas (y trabajadoras) se desarrollaban dentro del Estado-nación (como clases capitalistas nacionales) y en rivalidad con otras clases capitalistas nacionales. Esto puede haber sido así en el siglo XIX y gran parte del siglo XX. Pero los actuales críticos de la tesis de la CCT tienden a tomar el análisis de Marx del capitalismo mundial en el siglo XIX, o el análisis de Lenin a principios del siglo XX, más como características fijas del sistema que como momentos históricos en la evolución continua y abierta de este sistema.

La politóloga Ellen M. Wood es representativa, entre los marxistas ortodoxos, de esta resistencia a la idea del capital trasnacional. Insiste en que "la organización nacional de las economías capitalistas ha permanecido tercamente persistente" (2003: 23), aunque ella –como la mayoría de los críticos de la tesis de la CCT– no ofrece ninguna evidencia que respalde su afirmación o refute el argumento de la trasnacionalización del capital. Basta con recoger los titulares de los medios de comunicación mundiales para descubrir infinidad de evidencias anecdóticas que complementan la acumulación de datos sistemáticos sobre la trasnacionalización. Por ejemplo, el presidente y director general de IBM, Samuel Palmisano, afirma en un artículo de junio de 2006 en el Financial Times de Londres que el uso de la propia palabra "corporación

multinacional" sugiere "cuán anticuado es nuestro pensamiento al respecto". Continúa él mismo:

El nuevo modelo de empresa del siglo XXI no es, de hecho, "multinacional". Este nuevo tipo de organización –en IBM lo llamamos "la empresa globalmente integrada"– es muy diferente en su estructura y operaciones [...] En el modelo multinacional, las empresas construyen la capacidad de producción local dentro de mercados clave, mientras realizan otras tareas a escala global [...] Las multinacionales estadunidenses como General Motors, Ford e IBM construyeron plantas y establecieron políticas locales de mano de obra en Europa y Asia, pero mantuvieron la investigación, el desarrollo y el diseño de los productos principalmente en el "país de origen" (2006: 19).

La expansión de las multinacionales de esta manera constituyó la internacionalización, en contraste con la trasnacionalización más reciente:

La empresa globalmente integrada, por el contrario, modela su estrategia, gestión y operaciones para integrar la producción –y entregar valor a los clientes– en todo el mundo. Esto ha sido posible gracias a las tecnologías compartidas y a los estándares empresariales compartidos, construidos sobre una tecnología de la información y una infraestructura de comunicaciones globales [...] Hoy en día, la innovación es inherentemente global (Palmisano, 2006: 19).

A su vez, IBM es uno de los mayores inversionistas en India, que se ha convertido en una importante plataforma para la provisión de servicios trasnacionales a la economía global. Si

la descentralización y la dispersión de los procesos de fabricación por todo el mundo representaba la punta de lanza de la ola anterior de globalización, la actual ola implica la descentralización y la dispersión global de los servicios. Procesamiento de datos, reclamación de seguros, operación de telefonía, call centers, producción de software, mercadotecnia, periodismo e industria editorial, salud y telemedicina, transcripciones médicas y legales, publicidad, banca –estos y muchos otros servicios se llevan ahora a cabo a través de complejas redes de subcontratación, outsourcing y de alianzas trasnacionales entre empresas–. IBM en India pasó de 9 000 empleados en 2004 a 43 000 en 2006 (de 329 000 en todo el mundo), y esto no incluye a miles de trabajadores en empresas locales que han sido subcontratados por IBM o por empresas indias asociadas con IBM. Parte del crecimiento de IBM en India proviene de fusiones entre IBM y empresas previamente lanzadas por inversionistas indios como empresas de outsourcing, como Dash eServices de Nueva Delhi, que pasó de 6 000 a 20 000 empleados administrativos después de su fusión con IBM (Rai, 2006: A1). De esta manera, y en otros innumerables ejemplos por todo el mundo, los grupos capitalistas nacionales son arrastrados a los circuitos globales de acumulación y a la formación de la CCT.

Como fracción hegemónica del capital a escala mundial, el capital trasnacional integra cada vez más los circuitos locales en los suyos propios; impone la dirección general y el carácter de la producción mundial y condiciona el carácter social, político y cultural de la sociedad capitalista en todo el mundo. Los crecientes niveles de integración material/social provocados por la globalización tienden a socavar las bases para más procesos políticos, sociales y cultural-ideológicos nacionales, locales o autónomos. Una rica sociología de la

globalización ha mostrado el complejo mutuamente constitutivo de procesos materiales y culturales globales. La cultura puede estar arraigada más profundamente o ser más resiliente que las estructuras socioeconómicas, aunque se puede argumentar que las prácticas culturales son más funcionales a estas estructuras y a los cambios que sufren que lo que los teóricos culturales admitirían. Sin embargo, es difícil ver cómo ha actuado la cultura, cualquiera que sea su definición, para impedir las transformaciones socioeconómicas asociadas con el capitalismo global. Vijay Prashad, historiador y profesor de estudios internacionales de India, argumenta contra la teoría del capitalismo global que "el Estado-nación o los contenedores regionales [son] fundamentalmente importantes como zonas de actividad económica y política" (2012: 43). Esto puede ser cierto, sin embargo, estas zonas se han articulado durante más de cinco siglos a un sistema capitalista mundial más amplio. La naturaleza de estas articulaciones ha evolucionado continuamente a lo largo de los siglos conjuntamente con el desarrollo del capitalismo mundial y ahora están experimentando una transformación asociada con el capitalismo global. Esto implica transformaciones en las estructuras económicas y sociales y en las relaciones de clase de Estados-nación y regiones particulares. En qué proporción o en qué medida el capital trasnacional y sus agentes sociales predominan en todo el mundo, o hasta qué punto los grupos capitalistas locales se integran en los circuitos globales dependerá, en parte, de las circunstancias históricas y contemporáneas particulares de distintos países y regiones.

Críticos como el economista marxista William Tabb caricaturizan la idea de una CCT. Según Tabb, otros teóricos de la perspectiva capitalista global y yo, consideramos a la CCT como una "sola clase, unificada". Según Tabb, nuestra

concepción de la CCT es que opera en todo el mundo y tiene “perspectivas e interconexiones globales” (Tabb, 2009: 34-53 [n. en p. 36]). De esta manera, Tabb puede afirmar que la competencia capitalista en todo el mundo demuestra que no se trata de una sola clase unificada. Puede afirmar que, puesto que las perspectivas y las interconexiones globales han existido durante siglos, también lo ha hecho la CCT. Pero estos son razonamientos falaces. El sociólogo Leslie Sklair, al igual que yo, no define a la CCT por su perspectiva y sus interconexiones globales. Tabb y otros críticos no aprecian la diferencia entre la participación de los capitalistas en el mercado mundial, que se remonta a cientos de años, y en un sistema globalizado de producción y finanzas, el cual es un fenómeno de los últimos decenios. Tabb sugiere que los accionistas de la Compañía Holandesa de las Indias Orientales eran miembros de la CCT (Tabb, 2009: 34-53). Esa compañía puede haber operado alrededor del mundo pero sus capitalistas estaban atados al Estado/Estado-nación holandés y compitieron con los capitalistas comerciales atados a Estados-nación rivales. En el centro de este tipo de críticas está la dificultad para distinguir entre las relaciones de intercambio y las relaciones de producción en el sistema capitalista mundial.

La globalización capitalista crea nuevas formas de alianzas de clase trasnacionales a través de las fronteras y las nuevas formas de divisiones de clases en el ámbito global y dentro de los países, las regiones, las ciudades y las comunidades locales, de maneras muy distintas de las viejas estructuras de clase nacionales y de los conflictos y las alianzas internacionales de épocas anteriores del capitalismo mundial. Otro grupo de críticos de la teoría del capitalismo global son los estudiosos de las relaciones internacionales, quienes tradicionalmente han analizado las relaciones sociales y de clase mundiales en

términos de su organización y mediación por los Estados-nación y el sistema interestatal, los cuales son conceptos básicos en el campo de las relaciones internacionales. En este sentido, el académico británico de relaciones internacionales Alexander Anievas, entre otros, interpreta erróneamente mi argumento asociándolo con la tesis del "ultraimperialismo" o "superimperialismo" de Karl Kautsky (Anievas, 2008: 190-206). Kautsky era un marxista alemán que en su ensayo de 1914 Ultraimperialismo[7] suponía que a medida que el sistema capitalista se desarrollara el capital seguiría siendo nacional en esencia. Sugirió que los capitales nacionales eventualmente llegarían a coludirse internacionalmente en lugar de competir, él llamó a esto "ultraimperialismo". Sin embargo, mi enfoque del capitalismo global comparte poco o nada con la tesis de Kautsky. En mi enfoque, el conflicto entre capitales es endémico al sistema, pero la competencia toma formas nuevas en la era de la globalización, no necesariamente expresadas como rivalidad nacional. La competencia exige que las empresas establezcan mercados globales en lugar de nacionales o regionales. La economía global es competitiva y, al mismo tiempo, está integrada. Existe conflicto entre las fracciones nacionales y trasnacionales del capital, así como rivalidad y competencia entre los conglomerados trasnacionales que recurren a numerosos canales institucionales, incluyendo múltiples Estados nacionales, para hacer valer sus intereses. La tesis de la CCT tampoco sugiere que ya no hay capitales nacionales y regionales, o que la CCT está internamente unificada, libre de conflictos y actúa consistentemente como un actor político coherente.

La CCT se ha establecido como un grupo de clase sin identidad nacional y en competencia con los capitales de base nacional. La CCT no se identifica con Estados-nación

particulares, pero esto no impide que los contingentes locales de la CCT utilicen los aparatos estatales nacionales para impulsar sus agendas, ni impide que estos contingentes nacionales y regionales particulares recurran a determinadas identidades étnicas y prácticas culturales para lograr sus intereses. No obstante, las bases nacionales de los grupos de la CCT no son autónomas ni están en competencia entre sí, sino interconectadas e interpenetradas. El capital trasnacional es heterogéneo, posee divisiones internas y no tiene límites claros que lo demarquen de los capitales nacionales particulares como una fracción específica más que su distinción en una construcción de tipo ideal, en la medida en que el primero se basa en circuitos globales de acumulación y los segundos en circuitos nacionales. Junto a los conflictos entre las fracciones nacionales y trasnacionales del capital está la rivalidad y la competencia entre los propios conglomerados trasnacionales, los cuales recurren a numerosos canales institucionales, entre ellos los Estados nacionales, para perseguir sus intereses. Por ejemplo, IBM y sus accionistas y socios indios locales compiten por contratos de outsourcing de servicios, explica Rai, con Cognizant Technology Solutions, una compañía con sede en Teaneck, Nueva Jersey, y uno de los principales rivales de IBM en el subcontinente indio. La rivalidad entre IBM y Cognizant no puede considerarse competencia entre capitales nacionales de distintos países y ambos grupos recurren al gobierno de estadunidense y al indio buscando de obtener ventaja sobre sus competidores.

Tabb observa que en 1987 la Unión Europea (UE) adoptó el estándar GMS para teléfonos celulares que se extendió al resto del mundo y dejó a las "compañías estadunidenses" con una desventaja competitiva. "¿Son estos conflictos dentro de una clase capitalista trasnacional o maniobras competitivas de

bloques de capital [nacional/regional] en competencia?", pregunta Tabb (2009: 39), en defensa de esta última interpretación. Tabb parte del supuesto de que los capitales están organizados en el ámbito nacional –aunque no ofrece ninguna evidencia de ello–, un esquema en el cual la competencia más allá de las fronteras debe interpretarse entonces como competencia entre bloques de capitales nacionales o regionales rivales. Pero ¿qué quieren decir con compañía "estadunidense" o "europea" él y otros que asignan las corporaciones globales a uno u otro Estado-nación? Cuando estudiamos estas empresas encontramos que lo único "estadunidense" o "europeo" de ellas puede ser su domicilio legal o su país de establecimiento original. Ellas reúnen a accionistas de todo el mundo, tanto individuales como institucionales; se han fusionado, han invertido de forma cruzada y han emprendido empresas conjuntas (joint ventures) y alianzas con otras compañías de todo el mundo, han organizado juntas directivas trasnacionales, etc. Veamos más de cerca la afirmación de la competencia en telecomunicaciones entre Estados Unidos y la UE.

Hasta principios de los años noventa, los servicios de telecomunicaciones eran normalmente proporcionados por compañías nacionales, muchas veces como monopolios y a menudo de propiedad estatal. "Los pocos casos de actividad trasnacional en esa industria se limitaban generalmente a las empresas estatales de países desarrollados que operaban en los mercados de los países en desarrollo dentro de la esfera de influencia de sus países de origen, típicamente los de colonias y antiguas colonias", observan Clegg y Kamall en su detallado estudio (1998: 39-96 [n. en p. 40]). Pero tres acontecimientos de los años noventa facilitaron una rápida trasnacionalización, así como la creciente concentración de la industria en las grandes

corporaciones trasnacionales. En 1996 el gobierno de Estados Unidos desreguló la industria de las telecomunicaciones. Un año después, el Acuerdo de Telecomunicaciones de la OMC dio lugar a la desregulación y liberalización de los mercados nacionales de telecomunicaciones. Y la integración de 1998 de la UE implicó la desregulación y la liberalización de la industria. Todas estas medidas fueron adoptadas dentro del contexto más amplio de la globalización neoliberal en todo el mundo. He aquí un ejemplo de los aparatos de ETN –el gobierno de Estados Unidos, la OMC y la UE– que facilitan la trasnacionalización del capital, y lo hacen, como señalan Clegg y Kamall, bajo la presión de los capitalistas de la propia industria; exactamente el tipo de relaciones capital (trasnacional)-Estado (trasnacional) que he teorizado. Estas medidas dieron como resultado una ola de fusiones y adquisiciones, a menudo transfronterizas, una escalada de IED en la industria y un florecimiento de la inversión trasnacional, de las empresas conjuntas y las alianzas.[8] Para el siglo XXI era simplemente imposible hablar de compañías de telecomunicaciones "nacionales". Lo que se ha producido –y esto es característico en lo que respecta a los niveles dominantes de la economía global– son redes de capital trasnacional.

Sobrevino una competencia feroz, pero no entre las compañías nacionales o entre los bloques regionales. Dentro de la UE tuvo lugar una oleada de fusiones y empresas conjuntas, de modo que las que antes eran compañías nacionales en Europa se convirtieron en compañías trasnacionales de la UE. A su vez, estas trasnacionales "europeas" emprendieron fusiones, inversiones cruzadas, empresas conjuntas y alianzas con CTN extraregionales y también extendieron sus propias actividades globalmente. Por ejemplo, BT del Reino Unido

formó una empresa conjunta con el Banco Santander en España para prestar servicios de telecomunicaciones en competencia con Telefónica, que a su vez tenía empresas conjuntas con compañías extranjeras. Aquí, la competencia no era entre capitales nacionales sino entre grupos de capitales trasnacionales. A finales de los años noventa, surgió una modalidad de competencia en tríada dentro de lo que Clegg y Kamall denominan "alianzas globales de servicios"; cada una de las tres alianzas reúne corporaciones trasnacionales originarias de ambos lados del Atlántico y de otras partes del mundo. Una de ellas, Uniworld:

era una alianza de dos alianzas separadas: WorldSource y Unisource. En su núcleo, Unisource NV [una empresa holding domiciliada en los Países Bajos] poseía 60% y AT&T [domiciliada en Estados Unidos] 40% de Uniworld. A su vez, Uniworld poseía 20%, AT&T 40%, Singapur Telecom 16% y KDD de Japón 24% en AT&T WorldPartners. Los miembros de WorldPartners Company distribuyen WorldSource Services. Ésta era una asociación de AT&T, KDD, Testra de Australia y Singapur Telecom. Unisource es una asociación de Telia de Suecia, la Swisscom, la Swiss PTT y KPN de los Países Bajos. Unisource NV se unió a la alianza de WorldSource al convertirse en un accionista de la WorldPartners Company en junio de 1994. WorldSource Services en 1998 fue distribuido a través de las siguientes empresas miembros: AT&T Canadá, Alestra de México, Telebras de Brasil, Telstra de Australia, Hongkong Telecom, VSNL de India, Indosat de Indonesia, KDD de Japón, Corea Telecom, Telekom Malasia, Telecom Nueva Zelanda, PLDT de Filipinas, Singapur Telecom, Chunghaw Telecom de Taiwán, Communications Authority de

Tailandia, Bezeq International de Israel y Telkom de Sudáfrica (Clegg y Kamall, 1998: 86).[9]

Las investigaciones de otras regiones del mundo revelan un patrón similar en la industria global de las telecomunicaciones de oleadas de fusiones y adquisiciones, empresas conjuntas y una elevada concentración, que dan lugar a la aparición de conglomerados capitalistas trasnacionales envueltos en una feroz competencia entre sí.[10] Debemos recordar también que los inversionistas de todo el mundo pueden operar a través del sistema financiero global para adquirir acciones de estas CTN, de modo que las relaciones reales de propiedad y las relaciones de clase que ellas indican son muchas veces más complejas que el simple rastreo de las relaciones entre las propias corporaciones trasnacionales. En resumen, pese a mis críticos, el debate en este momento no es el si existe o no una CCT, sino la naturaleza de esta fracción de clase y hasta qué punto la totalidad del capital como relación global puede considerarse ahora trasnacional.

La clase capitalista trasnacional en el sur

En 1957, Paul Baran, un marxista nacido en Rusia, publicó The political economy of growth, uno de los primeros textos del período posterior a la segunda guerra mundial en analizar los efectos del sistema colonial en la distorsión del desarrollo económico y de las clases del tercer mundo. Baran identificó específicamente estructuras de "atraso" generadas por el colonialismo que dieron como resultado la transferencia de excedentes de las colonias y excolonias a los centros metropolitanos. Argumentó que la estrategia de industrialización por sustitución de importaciones que la

mayoría de los países del tercer mundo perseguía en el periodo de posguerra era inútil porque las economías de estos países habían llegado a la etapa del "capitalismo monopolista", de tal manera que los intereses de la clase dominante en estos países bloquearían las transformaciones sociales necesarias para lograr el desarrollo. El estudio de Baran estableció un marco para las teorías críticas del desarrollo y el subdesarrollo posteriores, pero su afirmación de que las clases dominantes se habían vuelto capitalistas y se habían integrado a la estructura internacional de clase generó un gran debate en ese momento. Aunque Baran pudo haber sobrestimado el problema para los años cincuenta, es evidente que hacia fines del siglo XX el antiguo tercer mundo se estaba rearticulando al capitalismo global e integrando en él de una manera nueva, de modo que su estructura interna de clase se estaba trasnacionalizando y sus principales estratos capitalistas se estaban convirtiendo en parte de la CCT.

Las élites del tercer mundo en el sistema capitalista mundial poscolonial necesitaban encontrar la manera de reunir y organizar una fuerza de trabajo explotable y ocuparla en el trabajo productivo para poder extraer de ella un excedente. En este contexto, las acciones para consolidar la agricultura, como Prashad ha observado, "tuvieron el efecto neto de tratar de controlar al campesinado [...] la producción campesina en el tercer mundo sería ahora sometida a la dinámica del comercio mundial (y del imperialismo) y no a las necesidades de subsistencia de las localidades que podrían haber regido su desarrollo" (Prashad, 2007: 197, cursivas en el original). La extracción del excedente a través del campesinado, subordinando la producción campesina al mercado mundial o atándolo a los terratenientes que organizaban la producción de cultivos comerciales, fue una de las principales fuentes de la

formación de clases por los grupos dominantes en la era poscolonial. Al mismo tiempo, durante los primeros decenios de la industrialización por sustitución de importaciones progresaron las élites industriales, comerciales y financieras, junto con los barones de la propiedad urbana. Con el inicio de la globalización, los grupos dominantes, en aras de sus propios intereses de clase, tuvieron que desarrollar nuevas estrategias de acumulación insertándose ellos mismos, y a las clases trabajadoras de sus países, en el emergente sistema globalizado de producción y de finanzas. Estas nuevas estrategias sentaron las bases para la formación de la CCT en el Sur.

Dado que Baran dedicó la mayor parte de su enfoque histórico a India y a los efectos del colonialismo británico ahí, vale la pena explorar la globalización capitalista en ese país y el surgimiento de un poderoso grupo de la CCT. India comenzó a abandonar su estrategia postindependencia basada en el desarrollo de la industria nacional y la agricultura con una reforma neoliberal inicial en 1991 bajo la dirección del ministro de Finanzas Manmohan Singh, quien en 2004 se convirtió en primer ministro. Durante los cinco años siguientes las importaciones se duplicaron, las exportaciones se triplicaron y la inversión de capital extranjero se quintuplicó (Derne, 2005: 178). Las dimensiones paralelas de la globalización del país han sido la liberalización de la agricultura y de las políticas de inversión y el desarrollo de una industria de la tecnología de la información. Los años iniciales de liberalización desencadenaron la reveladora polarización social tan característica del capitalismo global en su conjunto –en los años noventa en India aumentó la malnutrición y disminuyó la ingesta de calorías promedio entre los pobres (Patel, 2007: 127)– pero también desataron el proceso de trasnacionalización del capital. Junto con la trasnacionalización del Estado indio,

surgió rápidamente un contingente indio de la CCT. Uno de los ámbitos de esa formación de clase fue el de las compañías indias vinculadas a la industria de la tecnología de la información, al principio como procesos empresariales de outsourcing (call centers, procesamiento de datos, etc.) y más tarde como empresas de informática por derecho propio. Otro espacio fue el de los conglomerados corporativos que se desarrollaron en decenios anteriores y se trasnacionalizaron a partir de los años noventa, obteniendo capital de varios países y agentes, especialmente de indios no nacionales en el extranjero. La consecuencia parece ser un gran flujo de inversión extranjera de las CTN en los años noventa, seguida por la integración de inversionistas locales trasnacionalmente orientados en la emergente industria de las tecnologías de la información (TI), y luego el surgimiento de grandes conglomerados corporativos indios que, impulsados por la competencia global, empezaron a globalizarse a finales de 1990 y en el nuevo siglo, estableciendo subsidiarias y oficinas en diferentes países del mundo y adoptando (de hecho sobresaliendo en) las "mejores prácticas globales". La industria de las TI experimentó una tasa de crecimiento anual compuesta de 50% en los años noventa, y en 2004 sus ingresos alcanzaron los 16 000 000 de dólares y las exportaciones 12 500 000 de dólares, alrededor de 20% del total de las exportaciones (Upadhya, 2004: 1-12).

"Las compañías más grandes como Infosys también comenzaron a ascender en la cadena de valor ofreciendo proyectos llave en mano, soluciones empresariales end to end y consultoría, en lugar de solamente servicios de bajo valor agregado. Infosys se convirtió en 1999 en la primera compañía con sede en India que cotiza en el Nasdaq", señala Upadhya (ibidem). En consecuencia, su director general, Akshaya

Bhargava, impulsó la agenda trasnacional dentro del país, presionando al gobierno para que se adhiera a las disposiciones de la OMC relativas a los "aspectos de los derechos de propiedad intelectual relacionados con el comercio" (ADPIC). En el siglo XXI, los grupos de la CCT basados en las TI en India se integraron en un corredor transpacífico Estados Unidos-India cada vez más denso, así como en corredores India-UE e India-Asia. Gran parte del capital de riesgo que impulsó la industria de las TI vino de indios no residentes que habían acumulado considerables riquezas como empresarios de tecnología durante los años de auge de Silicon Valley en California. Al igual que en la experiencia china, las redes étnicas sirvieron como facilitadoras del desarrollo trasnacional de clase. "La entrada de capital de riesgo, la creciente participación de los empresarios y los financieros indios no residentes (INR) en la industria india de las TI y la estructura trasnacional de la nueva generación de startups (nuevas empresas) apuntan a la aparición de conexiones trasnacionales complejas dentro de la industria y de una nueva clase empresarial trasnacional", señala Upadhya. "Esta clase incluye, además de los empresarios de tecnología INR y los capitalistas de riesgo, los fundadores y altos ejecutivos de las grandes y medianas empresas indias de TI, los altos directivos de los centros de software de las corporaciones multinacionales en India y los empresarios de la generación de empresas nuevas de alta gama" (ibid.: 6). Además, la industria presenta un patrón de interconexión de las juntas directivas a través del corredor transpacífico.

Durante este tiempo, el indio fue testigo de la lucha entre las élites orientadas hacia lo nacional y las orientadas trasnacionalmente por el control del Estado y sus políticas. Las élites orientadas trasnacionalmente en India "difieren

ampliamente en su orientación ideológica de la clase empresarial establecida, muchos de cuyos miembros (representados por el Club de Bombay) se opusieron a la globalización desenfrenada", observa Upadhya. "En contraste con la vieja burguesía, la clase empresarial de las TI emergió dentro de la economía global y en un ambiente liberalizado" (ibid.: 9). La industria de las TI, afirma, "ha producido un nuevo tipo de clase capitalista trasnacional en India":

> La mayoría de los fundadores de las empresas de software han provenido de la "clase media", aprovechando su capital cultural de estudios superiores y el capital social adquirido a través de carreras profesionales. Esta clase, y la industria de las TI a la que pertenece, también se distingue por su integración global y su autonomía relativa de la "vieja" economía india dominada por el sector público y una clase capitalista nacionalista. La entrada de las multinacionales en la industria de las TI ha producido sinergias que le han ayudado a crecer y, por estas razones, la clase empresarial de las TI es también una de las defensoras más entusiastas de la globalización (ibid.: 1).

Un segundo patrón de formación de la CCT en India ha sido la transformación de compañías previamente insertadas en los circuitos nacionales protegidos, como Wipro, Arcelor Mittal y, la más ilustrativa, la corporación líder global de India, Tata Motor Group. Como parte de la apertura neoliberal, el Banco de la Reserva de la India (RBI) autorizó inversión extranjera por hasta 49% en bolsas de valores, depósitos y empresas de compensación, y The New York Times informó en 2010 que "India se ha convertido en un destino de elección para los inversionistas financieros. En los primeros nueve meses del año, los extranjeros invirtieron 28 500 millones de dólares en

acciones y bonos indios –más del doble de lo que invirtieron en el mismo período de 2009" (Bajaj, 2010). Esta afluencia de IED –un lado de la ecuación de la trasnacionalización– fue acompañada por un flujo de salida de IED de India a otras regiones del mundo. Para 2011, el grupo Tata tenía más de 100 empresas en 80 países. Se había convertido en el mayor fabricante individual del Reino Unido –la antigua potencia colonial de India– después de haber comprado Jaguar, Land Rover, Corus (anteriormente British Steel), Tetley Tea, Brunner Mond (productos químicos) y otros holdings. Según The Economist, sus participaciones en el Reino Unido representan 60% de los ingresos del conglomerado (2011b: 61). Pero incluso si Tata fuera una excepción, hay mucho más de lo que parece, ya que existen conexiones que trasnacionalizan a los grupos de clase que, a primera vista, pueden aparecer como nacionales.

Puede ser cierto, como sugiere Prashad (2012: 402-404), que la mayoría de los capitalistas indios inviertan su dinero en compañías domiciliadas en India. Pero el domicilio de una corporación trasnacional no nos dice mucho debido a las redes complejas y a las "capas de cebolla" de la propiedad trasnacional de estas empresas, incluyendo inversionistas institucionales, inversiones en fondos mutuos, etc., que a su vez reúnen a otros conjuntos de inversionistas individuales e institucionales de todo el mundo. General Motors tiene su domicilio en Estados Unidos, pero eso difícilmente significa que sea una empresa "estadunidense". Cualquier persona en Estados Unidos que invierta en GM está invirtiendo en redes de capitales que abarcan todo el mundo e involucran un circuito de capital financiero que es totalmente imposible de desentrañar siguiendo alguna línea nacional. Las personas que invierten en un grupo inversionista institucional chileno que a su vez invierte en GM, en un fondo de inversión administrado

en Wall Street (en realidad, se maneja en el ciberespacio) o en mercados de bonos globales, se apropiará de valores que son generados en los circuitos trasnacionales de acumulación y, por lo tanto, se insertan en las relaciones de clase trasnacionales. El domicilio de una CTN nos dice muy poco sobre la identidad y los intereses de clase. No nos permite determinar dónde se localizan los circuitos de producción de una empresa trasnacional ni dónde se comercializan sus productos. Prashad afirma que las exportaciones representan sólo una cuarta parte de la economía mundial. Pero esto nos dice poco acerca de las relaciones de clase trasnacionales. Si, por ejemplo, gran parte de lo que se comercializa localmente en un solo país es producido total o parcialmente por las empresas trasnacionales, ya sea directamente o a través de cadenas de subcontratación, outsourcing, asociaciones y alianzas, se trata de productos de la economía global producidos y comercializados localmente.

Investigaciones de todas partes del mundo apuntan a procesos similares de formación de la CCT en el Sur global. He examinado con cierta profundidad la formación de la CCT en América Latina. Baker ha investigado el proceso en Irak, Hanieh para Palestina y Harris para Rusia, China, Brasil y los estados del Golfo.[11] Sener considera que en Turquía, a medida que se ha integrado en los circuitos capitalistas globales desde que inició la reforma neoliberal en 1980, ha surgido una nueva clase capitalista trasnacional a través de la asociación con las CTN que han invertido en el país y mediante la integración en estos circuitos de compañías anteriormente de orientación nacional, a menudo empresas familiares. Con esto vino una agudización de la polarización entre las élites y los capitalistas turcos y los crecientes estratos profesionales y medios, por un lado, y el deterioro de las condiciones para los pobres y la mayoría trabajadora, por el otro. Los primeros grupos, señala,

cada vez tienen más en común, en términos de sus patrones de consumo, prácticas culturales, cosmovisión e identidad, con sus homólogos de todo el mundo que con sus connacionales. La mayoría de las élites, gerentes y tecnócratas que entrevistó, se consideraban a sí mismos como "ciudadanos del mundo" primero y ante todo por encima de las identidades nacionales y de otro tipo (Sener, 2008: 119-141).

¿"Hombre de Davos" u "hombre capitalista global"?

Desde luego, el capitalismo global sigue caracterizándose por grandes y crecientes desigualdades si se compara entre países en términos Norte-Sur y por relaciones de poder manifiestamente asimétricas en las relaciones entre estados, como veremos más adelante. Pero esto no debe hacernos perder de vista el análisis que va más allá de un marco Estado-nación/interestatal. Incluso si en una radiografía de la CCT y de la élite trasnacional predominan las élites originarias de los países históricamente metropolitanos, estas élites, y otras de todo el mundo, se están incorporando rápidamente a las filas de lo que algunos han llamado el "Hombre de Davos", en referencia a la ciudad suiza que es el lugar de encuentro anual del Foro Económico Mundial (FEM), la cumbre de negocios y foro político de la CCT y la élite global. Estas élites metropolitanas no acumulan su capital, ni reproducen su estatus y poder, a partir de las antiguas economías o circuitos de acumulación nacionales, sino de las nuevas trasnacionales que están abiertas a inversionistas de todo el mundo y desde donde surgen densas redes. Si las élites metropolitanas utilizan su poder desproporcionado en el sistema global, las preguntas importantes son: ¿con qué fin?, ¿en interés de quién?, ¿quiénes (qué clase y grupos sociales alrededor del mundo) se benefician

del uso de ese poder? Sugiero que los intereses que se están atendiendo son los del capital trasnacional. Las reuniones del G8 de los países más poderosos del sistema internacional pretenden estabilizar el capitalismo global en beneficio de aquellos grupos sociales y de clase de todo el mundo que están integrados desde arriba en el capitalismo global y cuya reproducción depende de una economía global estable, abierta y en expansión. Esto a diferencia de las antiguas élites anticoloniales, ISI y nacionalistas, cuyos intereses estaban a menudo en contradicción con los del capital metropolitano, y después con la trasnacionalización del capital. Los grupos de élite del tercer mundo en la época anterior del capitalismo mundial tenían que valerse de los estados locales y promover la acumulación local en su aspiración a un estatus social central o a adquirir capital y poder. Esto era así debido a la estructura del sistema capitalista mundial en épocas anteriores, una estructura generada por la forma particular en que el capitalismo se expandió hacia fuera desde su centro original a través del colonialismo y el imperialismo.

Los capitalistas trasnacionales y las élites que se están globalizando en el antiguo tercer mundo, y los del antiguo primer mundo, pueden aspirar cada vez más a desprenderse de la dependencia local –de la necesidad de crear un mercado nacional, asegurar la reproducción social de los grupos subordinados locales, etc.–, y en su lugar utilizar la economía global para acumular capital, estatus y poder. Esto no resuelve las crisis de legitimidad de los estados locales, sino que de hecho las agrava tanto en el Norte como en el Sur; tal es la naturaleza contradictoria y de crisis del capitalismo global. Sin embargo, las élites británicas y estadunidenses ya no necesitan crear una aristocracia obrera interna en pos de sus intereses de clase y de grupo. El hecho es que el multimillonario mexicano

Carlos Slim, uno de los hombres más ricos del mundo, tiene inconcebiblemente más poder social que la masa de trabajadores estadunidenses, al igual que las élites de Medio Oriente o China que controlan los fondos soberanos, y así sucesivamente.

Al objetar mi teoría del capitalismo global, Tabb, Prashad y otros críticos señalan lo que ellos consideran contradicciones fundamentales entre los países del G7 y los países BRICS (Brasil, Rusia, India, China y Sudáfrica). Los BRICS son lo que los teóricos del sistema-mundo y otros llaman países semiperiféricos, o países que ocupan una posición intermedia entre los estados centrales y los periféricos dentro de una jerarquía mundial de Estados-nación, y que están presumiblemente tratando de ascender en esta jerarquía. Los BRICS se unieron como grupo en 2006, han celebrado cumbres regulares desde 2009 y ejercen una creciente influencia política y económica en el sistema internacional. "La creciente rivalidad resultante del surgimiento de los estados de la semiperiferia, liderados por los países BRIC [...] tiene un significado importante", dice Tabb.

Esos estados, las alianzas políticas y económicas, las agrupaciones regionales y otros contrapesos a la hegemonía estadunidense, son numerosos y tienen la intención de aumentar su ventaja contra el hegemón global. Difícilmente se trata de divisiones fraternas dentro de una clase capitalista trasnacional, sino ejemplos de las rivalidades tradicionalmente entendidas basadas en intereses nacionales (Tabb, 2009: 41-42).[12]

Sin embargo, una distinción fundamental que queremos hacer en las ciencias sociales, esencial para comprender el

capitalismo global, es entre la apariencia superficial y la esencia subyacente. Debemos pasar del nivel de la dinámica superficial de las relaciones políticas interestatales para llegar al significado subyacente de la dinámica del G7-BRICS. No debemos sobredimensionar la competencia política en el ámbito de las relaciones internacionales. La relación entre política y economía es compleja. Los marxistas latinoamericanos han interpretado una serie de revoluciones populistas de izquierda en esa región en los años sesenta y setenta, como la dirigida por Juan Velasco Alvarado en Perú en 1968, no como desafíos anticapitalistas sino como movimientos para lograr relaciones de clase más modernas frente a la tenacidad de las oligarquías anticuadas, a menudo semifeudales, y así renovar y liberar al capitalismo de las restricciones atávicas para su pleno desarrollo.[13] De manera similar, la política de los BRICS pretende forzar a esas élites de los centros más antiguos del capitalismo mundial a un capitalismo global más equilibrado e integrado. China propuso repetidamente, a raíz del colapso de 2008, no que el yuan se convierta en la nueva moneda mundial sino que el FMI emita una verdadera moneda mundial que no esté ligada a ningún Estado-nación.[14] Tal medida ayudaría a salvar a la economía mundial de los peligros de la dependencia continua del dólar estadunidense, un residuo atávico de una era anterior de dominio estadunidense en un sistema mundial de capitalismos nacionales y Estados-nación hegemónicos.

No hay nada en la política y las propuestas de los BRICS que haya estado en una contradicción significativa con el capitalismo global. Por el contrario, la plataforma BRICS impulsa una mayor integración en el capitalismo global. La oposición brasileña y meridional al régimen de subsidios para la agricultura en el Norte no constituía una oposición a la globalización capitalista, sino precisamente a una política que

obstaculizaba la globalización. La política de los BRICS buscó abrir aún más el sistema global para las élites en sus respectivos países. Algunos de estos esfuerzos chocan con el G7, pero las propuestas de los BRICS tendrían el efecto de extender y contribuir a la estabilización del capitalismo global y, en el proceso, de una mayor trasnacionalización de los grupos dominantes de estos países. Éste no es un caso de viejo anticolonialismo y no puede ser explicado en el contexto de las anteriores contradicciones primer mundo-tercer mundo que no captan la dinámica actual. Prashad interpreta erróneamente el protagonismo económico y político de las élites BRICS. Lejos de indicar una confrontación polarizada o intereses antagónicos, este protagonismo ha estado destinado en su mayor parte a construir un capitalismo global más expansivo y equilibrado.

Examinemos este asunto más a fondo. Brasil encabezó la acusación contra los subsidios agrícolas del Norte en varios foros internacionales en el primer decenio del siglo XXI. Su argumento era que tales subsidios minaban injustamente la competitividad de las exportaciones agrícolas brasileñas. Brasil buscaba más, no menos, globalización: un libre mercado global de productos agrícolas. ¿Quién se beneficiaría en Brasil del levantamiento de los subsidios agrícolas del Norte? Beneficiaría, sobre todo, a los barones de la soya y a otros grandes exportadores agroindustriales que dominan la agricultura brasileña. ¿Y quiénes son estos barones y exportadores? Un estudio sobre economía brasileña revela que son intereses agroindustriales en Brasil que reúnen a los capitalistas y los barones brasileños de la tierra con las gigantescas CTN que controlan el agronegocio global y que ellos mismos, en su propiedad y estructuras de inversión cruzada, reúnen a inversionistas individuales e institucionales de todo el

mundo, como Monsanto, ADM, Cargill, etc. (Patel, 2007: 197-200). En pocas palabras, las exportaciones agrícolas "brasileñas" son exportaciones agrícolas de capital trasnacional. La adopción de un marco de análisis centrado en el Estado-nación hace que esto parezca un conflicto nacional brasileño con países poderosos del Norte. Si Brasil se saliera con la suya, no habría frenado sino fomentado la globalización capitalista y habría promovido los intereses del capital trasnacional. (Brasil, de hecho, llevó a la OMC su caso contra los subsidios agrícolas de Estados Unidos y los subsidios de la UE al azúcar, la cual dictaminó a favor de Brasil, lo que indica que la OMC, lejos de ser instrumento del "imperialismo" estadunidense o europeo, es un instrumento efectivo del ETN.) Lo que aparece como luchas internacionales por la hegemonía global o luchas del Sur contra el Norte, son más bien luchas de los capitalistas y las élites trasnacionales emergentes que están fuera del centro transatlántico y trilateral original para entrar en las filas de la élite global y desarrollar una capacidad para influir en la formulación de las políticas globales, gestionar las crisis mundiales y participar en la reestructuración global en curso. La estrategia económica nacional de los BRICS se estructura en torno a la integración global. El nacionalismo se convierte en una estrategia para buscar espacio en el orden capitalista global en asociación con el capital trasnacional del extranjero.

Quienes plantean un creciente conflicto internacional entre los países centrales tradicionales y las potencias emergentes del antiguo tercer mundo se refieren la mayor parte de las veces a China y su supuesto conflicto con Estados Unidos por la influencia global. El análisis geopolítico como análisis coyuntural debe basarse en el análisis estructural. Las políticas de los chinos (así como de los demás estados del BRICS) han tenido por objeto la integración dentro de las cadenas de

producción mundiales en asociación con el capital trasnacional. Ya en 2005, la reserva de IED en el PIB de China era de 36%, frente a 1.5% de Japón y e 5% de India, con la mitad de sus ventas externas y casi un tercio de su producción industrial generadas por corporaciones trasnacionales (Harris, 2005: 10-11). Además, las gigantescas compañías chinas –desde los sectores petrolero y químico hasta el automóvil, la electrónica, las telecomunicaciones y las finanzas– se han asociado con las trasnacionales de todo el mundo bajo la forma de fusiones y adquisiciones, acciones compartidas, inversiones cruzadas, empresas conjuntas, subcontratación, y así sucesivamente, tanto dentro de China como en todo el mundo. Por ejemplo, dentro de China, alrededor de 80% de los grandes supermercados se habían fusionado en 2008 con empresas extranjeras (Xinhua, 2008). Simplemente no hay evidencia de compañías "chinas" en rivalidad feroz con compañías "estadunidenses" y otras "occidentales" por el control internacional. Más bien, se trata de una cuestión de competencia entre los conglomerados trasnacionales, como se ha mencionado anteriormente, que integran las compañías chinas. Que las empresas chinas tengan un acceso más seguro al Estado chino que otras empresas no implica el conflicto estatal que postulan los observadores, dado que estas empresas están integradas en las redes capitalistas trasnacionales y acceden al Estado chino en nombre de los intereses amalgamados de los grupos en los que están insertadas.

De igual manera, estos mismos observadores señalan el creciente déficit comercial de Estados Unidos y, a la inversa, la acumulación por parte de China de reservas internacionales, y de ahí concluyen que los dos estados están enfrascados en una competencia por la hegemonía internacional. Pero no se puede entender la dinámica del comercio entre Estados Unidos y

China sin tener en cuenta que entre 40 y 70% del comercio mundial a principios del siglo XXI era intraempresas o asociativo, que cerca de 40% de las exportaciones de China procedían de las CTN basadas en ese país y que gran parte del 60% restante corresponde a formas asociativas en las que participan inversionistas chinos y trasnacionales. Estas relaciones trasnacionales de clase y sociales se esconden detrás de los datos del Estado-nación. Cuando nos centramos en la producción, las estructuras de propiedad, las relaciones de clase y sociales que están detrás de los datos comerciales del Estado-nación, nos colocamos en una mejor posición para buscar explicaciones causales de la dinámica política y económica global.

La división internacional del trabajo que se caracteriza por la concentración de las finanzas, la tecnología, la investigación y el desarrollo en los países centrales tradicionales y la maquila de bajos salarios (junto con las materias primas) en los países periféricos tradicionales está dando paso a una división global del trabajo en la que las actividades productivas centrales y periféricas se reparten tanto dentro como entre países. Contrariamente a las expectativas de las teorías Estado-nación céntricas, las CTN originarias de países tradicionalmente centrales ya no mantienen celosamente sus operaciones de Investigación y Desarrollo (I+D) en sus países de origen. La Conferencia de las Naciones Unidas sobre Comercio y Desarrollo (Unctad) dedicó su Informe sobre las Inversiones en el Mundo 2005 a la rápida internacionalización de la I+D por parte de las corporaciones trasnacionales (Unctad, 2005). Applied Materials, una compañía líder en tecnología solar con sede en California, traslada los componentes para sus paneles solares por todo el mundo y luego los ensambla en distintos destinos finales del mercado. La compañía decidió en 2009, sin

embargo, abrir en China occidental un importante centro de I+D que tiene el tamaño de 10 campos de fútbol y emplea a 400 ingenieros (Don, 2009: A1). Por otra parte, muchas empresas que anteriormente producían en los países centrales tradicionales estaban invirtiendo en nuevas instalaciones en estas "economías emergentes" con el fin de obtener proximidad a los mercados locales en expansión.

Esto no significa que no haya tensiones políticas en los foros internacionales. Estos foros son altamente antidemocráticos y están dominados por las viejas potencias coloniales como un residuo político de una era anterior. Pero estas tensiones políticas internacionales –a veces geopolíticas– no indican contradicciones estructurales subyacentes entre los grupos capitalistas nacionales o regionales y los bloques económicos rivales. La integración trasnacional de estas economías nacionales y de sus grupos capitalistas creó intereses de clase comunes en una economía global en expansión. Y además, como he observado anteriormente, los grupos capitalistas de estos países forman parte de conglomerados trasnacionales en competencia unos con otros. La inextricable mezcla de capitales a nivel global a través de los flujos financieros simplemente socava la base material para el desarrollo de grupos capitalistas nacionales poderosos en contradicción con la economía capitalista global y la CCT. En la nueva era es más probable que se produzca un conflicto interestatal entre los centros de poder militar en el sistema global y aquellos estados en los que las élites nacionalmente orientadas todavía ejercen un control suficiente para impedir la integración en los circuitos capitalistas globales, como en Irak antes de la invasión estadunidense de 2003 o Corea del Norte, o aquellos estados donde las clases subordinadas ejercen suficiente influencia sobre el Estado para dar lugar a políticas estatales

que amenazan a los intereses capitalistas globales, como en el caso de Venezuela y otros países sudamericanos que giraron a la izquierda a principios del siglo XXI.

Romper con el análisis Estado-nación céntrico no significa abandonar el análisis de los procesos y fenómenos a nivel nacional o de las dinámicas interestatales. Significa que vemos el capitalismo trasnacional como el contexto histórico mundial en el que éstos se manifiestan. No es posible entender nada sobre la sociedad global sin estudiar una región concreta y sus circunstancias particulares –una parte de una totalidad, en su relación con esa totalidad–. La globalización se caracteriza por transformaciones relacionadas, contingentes y desiguales. Evocar la globalización como explicación de los cambios históricos y de las dinámicas contemporáneas no significa que los acontecimientos particulares o los cambios identificados con el proceso estén ocurriendo en todo el mundo, y mucho menos de la misma manera. Significa que los acontecimientos o los cambios se entienden como consecuencia de las relaciones de poder y las estructuras sociales globalizadas. A medida que cada país transforma sus relaciones sociales y sus instituciones, entra en un proceso condicionado por su propia historia y cultura. Así, el desarrollo desigual determina el ritmo y la naturaleza de la inserción local en la economía global. La clave va a ser su relación con el sistema trasnacional y la dialéctica entre lo global y lo local. Las distintas historias nacionales y regionales y las configuraciones de las fuerzas sociales como se han desarrollado históricamente, significan que cada país y región tiene una experiencia distinta bajo la globalización. Además, estas fuerzas sociales operan a través de instituciones nacionales y regionales. La integración de China en el capitalismo global genera una serie de nuevas tensiones entre las clases y los grupos dentro de China, incluyendo aquellas

entre las élites emergentes y las masas de obreros y campesinos sujetos a los duros caprichos de la explotación capitalista global y a la creciente inseguridad a medida que es desmantelada la red de seguridad socialista, y entre las élites ligadas a las formas de acumulación nacionales antiguas y trasnacionales nuevas y las secciones del Estado, incluyendo los bienes públicos, vinculadas a unas o a otras.

¿Capitalismo de Estado o colonización capitalista del Estado?

El legado de las luchas poscoloniales y la era ISI significó que muchos países del antiguo tercer mundo entraron en la era de la globalización con un importante sector estatal. Los programas neoliberales implicaron la privatización de gran parte de las antiguas propiedades estatales a finales del siglo XX y comienzos del siglo XXI, pero algunos sectores, generalmente petróleo y finanzas, han seguido siendo estatales en varios países. Al mismo tiempo, algunos países como China y los exportadores de petróleo de Medio Oriente han creado "fondos soberanos de inversión" (FSI), es decir, empresas de inversión estatales, que involucran varios miles de millones de dólares. Muchos argumentaron que el surgimiento de estas poderosas corporaciones estatales en el ámbito internacional indicaba una "disociación" de la economía estadunidense y occidental. Sin embargo, Harris observa que estas corporaciones estatales no se han vuelto hacia adentro para desarrollar economías nacionales o regionales protegidas, sino que se han integrado a fondo en los circuitos corporativos trasnacionales. Los FSI han invertido miles de millones comprando acciones en bancos, sociedades de valores y empresas de gestión de activos, entre ellos Barclays, Blackstone, Carlyle, Citigroup,

Deutsche Bank, HSBC, Merrill Lynch, Morgan Stanley, UBS, London Stock Exchange y Nasdaq. Él llama a este fenómeno "capitalismo estatal trasnacional" –las actividades de los FSI y otras corporaciones estatales subrayan "la naturaleza estatista de la CCT del tercer mundo" (Harris, 2009: 6-33)–. Estas corporaciones estatales emprendieron una ola de inversión en valores de los "mercados emergentes" y en otras inversiones en el extranjero. En la investigación de estos patrones globales de inversión, Truman señala que la globalización "ha tenido el efecto de reducir el 'sesgo nacional' de las carteras de inversión individuales, institucionales y gubernamentales" (2007: 2). Por su parte, Harris observa:

> [Se produce] una fusión de intereses entre los capitalistas trasnacionales del sector estatal y del privado que tiene lugar a través de una serie de empresas conjuntas. No se trata simplemente de la competencia entre capitalistas trasnacionales estatales y privados (aunque éste es un aspecto), sino de la integración de intereses económicos creando bloques competitivos de corporaciones trasnacionales que buscan obtener ventajas en una variedad de campos y regiones territoriales (2009: 13).

Añade que muchos de estos FSI han invertido en bolsas de valores de Estados Unidos, Europa y otros países: "La tendencia a combinar los mercados de valores responde a las necesidades financieras de la CCT, que quiere negociar acciones en cualquier lugar, invertir en diferentes clases de activos y hacerlo más rápido". El caso de China, contrariamente a las afirmaciones de que China está compitiendo con los capitalistas occidentales, es revelador. El capital trasnacional está fuertemente coinvertido en las principales corporaciones

estatales de China. Por ejemplo, en 2007, Warren Buffet tenía 500 millones de dólares invertidos en la Corporación Nacional de Petróleo de China (CNPC), la quinta mayor productora de petróleo del mundo. La CNPC tenía coinversiones y empresas conjuntas en todo el mundo con prácticamente todas las grandes compañías petroleras trasnacionales privadas y pudo ingresar al mercado de petróleo iraquí con la ayuda de los invasores estadunidenses (ibid.).[15] Es importante destacar que se ha dado una fusión de capital financiero chino y trasnacional. A principios del siglo XXI, los bancos trasnacionales se convirtieron en accionistas minoritarios en las principales instituciones financieras chinas, y viceversa, los bancos chinos invirtieron en instituciones financieras privadas de todo el mundo (Tucker y Anderlini, 2007: 19). Estas mismas redes de asociación con el capital trasnacional son válidas para las corporaciones estatales (así como privadas) rusas.

Lo que vemos es una fusión de capitales de orígenes nacionales diversos a través de redes y mecanismos múltiples y superpuestos en redes de capital trasnacional, lo que el expresidente ejecutivo de Goldman Sachs, Richard Gnodde, denomina "ecosistema del capital global" (Gnodde, 2007: 11). En este ecosistema surgen bloques donde los países del Sur global que comparten el deseo de expansión en la economía global encuentran solidaridad en su oposición al dominio institucional y político occidental. "Pero al mismo tiempo forman parte de una cadena integrada de finanzas, producción y acumulación en la que los intereses generales de clase se fusionan con Occidente", señala Harris, en la que las alianzas aparecen con más frecuencia en combinaciones de corporaciones trasnacionales que no tienen nada que ver con el origen nacional o la composición regional, "lo que refleja la constante búsqueda de ventajas competitivas entre la CCT"

(Harris, 2009: 29). Ciertamente la clase capitalista trasnacional en el antiguo tercer mundo necesita al Estado para su desarrollo de clase y para entrar competitivamente en los circuitos globales. Sin embargo, el panorama que surge no es el del capital controlado por el Estado o el del viejo capitalismo de Estado, sino el del capital trasnacional que coloniza al Estado de maneras nuevas.

En resumen, el sistema capitalista global se desarrolló a partir de las estructuras históricas del capitalismo mundial. La expansión de varios siglos del sistema fuera de su lugar de nacimiento europeo, y más tarde fuera de otros centros metropolitanos, significa que las estructuras globales emergentes están desproporcionadamente dominadas por agentes de esas regiones. Lo que a mí me interesa es: 1] la dirección del cambio; 2] los cambios cualitativos y las discontinuidades asociadas con el cambio epocal del Estado-nación al capitalismo trasnacional de 1970 en adelante. Respecto a la primera, no hay duda de que el Hombre de Davos está avanzando hacia una integración cada vez mayor de las élites orientadas trasnacionalmente de todo el globo. El Banco Mundial reporta que la proporción de fusiones y adquisiciones transfronterizas entre el Sur y el Norte aumentó de 4 a 17% entre 2003 y 2010, y que las empresas del Sur representan ahora más de un tercio de los flujos mundiales de inversión extranjera directa (IED) (The Economist, 2011c: 19). The Economist informó en 2008 que "la inversión global de las empresas fluye cada vez más del Sur al Norte y del Sur al Sur, a medida que las economías emergentes invierten en el mundo rico y en los países menos desarrollados"; que compañías como Embraer de Brasil, Cemex de México, Tata y Mittal de la India y Lenovo de China, entre otras, son corporaciones globales con operaciones de cientos de miles de millones de dólares que

abarcan todos los continentes (ibid., 2008: 61). Cemex es en realidad el mayor productor de cemento del mundo y Mittal es el mayor productor de acero del mundo, con más de 330 000 empleados en 60 países y fábricas en los cinco continentes (Mittal fue en 2007 el quinto hombre más rico del mundo) (Rothkopf, 2008: 42).[16] El FEM es cualitativamente diferente a este respecto de anteriores foros de la élite trasnacional del Norte, como Bilderberg o la Comisión Trilateral. El Hombre de Davos es desproporcionadamente europeo (y muy desproporcionadamente masculino). Sin embargo, éste es menos el Hombre Colonial de ayer que el Hombre del Capitalismo Global de hoy.

La cohesión social de la élite trasnacional

Los ricos de hoy son [...] diferentes de los ricos de ayer. Nuestra economía globalmente conectada a la velocidad de la luz, ha llevado al surgimiento de una nueva superélite [cuyos] miembros [...] se están convirtiendo en una comunidad transglobal de pares que tienen más en común entre ellos que con sus compatriotas de casa. Ya sea que mantengan residencias primarias en Nueva York o Hong Kong, Moscú o Mumbai, los súper ricos de hoy son cada vez más una nación en sí mismos (Freeland, 2011: 2).

La CCT está compuesta por los propietarios del capital trasnacional, es decir, el grupo que posee los principales medios de producción a nivel mundial, principalmente en las corporaciones trasnacionales y las instituciones financieras privadas. Por lo tanto, la CCT se puede localizar en la estructura global de clase por su propiedad o control del capital trasnacional. CCT no es equivalente a élite trasnacional (o

global). La forma de concebir a las élites es una cuestión polémica en la sociología política. Gran parte del debate se ha centrado en la relación entre clases y élites, y en sí, éstas son o no categorías analíticas equiparables. Por élites me refiero a los estratos políticos, socioeconómicos y culturales dominantes, en particular, a los capitalistas y los terratenientes, junto con ejecutivos de alto nivel y administradores del Estado y de otras importantes instituciones sociales, quienes ocupan posiciones de liderazgo en el sistema político. Los capitalistas son élites que poseen o manejan medios de producción como capital. Las élites que no necesariamente son capitalistas ocupan posiciones clave en la toma de decisiones en las instituciones, ya sea en las corporaciones privadas, el Estado, los partidos políticos o las industrias de la cultura. Sin embargo, en mi opinión, el estatus de las élites que no son propiamente capitalistas depende de la reproducción del capital. Es importante distinguir entre capitalistas y élites, incluso cuando los individuos y los grupos se traslapan, y también combinar las dos categorías sociales –y otras– en el análisis de las configuraciones sociales más amplias del poder, como cuando evocamos los conceptos de Gramsci sobre bloque histórico, Estado ampliado e intelectual orgánico, el concepto de Poulantzas de bloque de poder, o la noción de élites globales y de élite trasnacional.

Aquí quiero destacar dos aspectos interrelacionados de la formación de la CCT y de la élite trasnacional. La primera es la noción de que existe entre las élites globales un "círculo íntimo", para usar la frase acuñada por el sociólogo Michael Useem (1984), o un estrato politizado entre los capitalistas trasnacionales y las élites estatales que participa activamente en los asuntos globales. Este núcleo de lo que en términos gramscianos son los intelectuales orgánicos intenta asegurar los

intereses comunes de los grupos dominantes como un todo y la estabilidad del sistema capitalista global. En su participación política tratan de identificar y resolver las tensiones y las contradicciones que amenazan la estabilidad a largo plazo del sistema, problematizar el arte de gobernar y la construcción y el mantenimiento de la hegemonía. El capital trasnacional, ya sea como conglomerados corporativos específicos o como un todo, no es un sujeto autónomo con libre albedrío. Tal concepción cosificaría al capital como un agente en vez de verlo como una relación (como valor en movimiento) y como una estructura en movimiento. Por otra parte, concebir el capital trasnacional de este modo sería perder de vista las mediaciones entre lo económico y lo político, así como entre los niveles micro, meso y macro de análisis. Aquí necesitamos movernos entre los niveles de análisis estructurales y de agencia. ¿De qué manera las élites globales como agentes del capital trasnacional desarrollan una conciencia de las condiciones y los intereses colectivos y una capacidad de acción política? El segundo aspecto es la idea de que la formación de clase involucra tanto dimensiones objetivas como subjetivas. Las clases son grupos que están situados objetivamente en las estructuras de producción, que ocupan posiciones identificables en las relaciones sociales de producción. Pero como E. P. Thompson argumentó de manera tan esmerada en su estudio clásico The making of the english working class (1966), las clases son grupos que han forjado una identidad colectiva a través de experiencias históricas comunes, que son conscientes de sí mismos como clase –de sus intereses comunes y sus condiciones de existencia.

En el próximo capítulo me centraré en el Estado trasnacional. Aquí me interesa destacar la relación de la CCT con las organizaciones de la sociedad civil de la élite

trasnacional y discutir específicamente la idea de la creciente cohesión social entre la CCT y la élite trasnacional. Los capitalistas de diferentes países tienen cada vez más la oportunidad de interactuar a medida que trabajan juntos para dirigir las corporaciones más grandes del mundo, y es de esas interacciones, en primera instancia, que surge la CCT. Sin embargo, la concepción de una CCT supone también otras formas de interacción subjetiva, cultural, política y estratégica que surgen de la participación de los capitalistas trasnacionales en una red en expansión de organizaciones en la sociedad civil trasnacional, como el FEM, otras organizaciones de planificación de políticas, la Cámara de Comercio Internacional y otras asociaciones empresariales trasnacionales, así como en las instituciones del ETN, ya sea como representantes formales o cabilderos informales y participantes en la sombra, incluyendo el FMI y el G20. Aquí el "Estado ampliado" de Gramsci como "sociedad política + sociedad civil" constituye el terreno sobre el cual se desarrollan las redes capitalistas trasnacionales y tiene lugar la formación de la CCT. Queremos enfatizar la importancia de estas redes en la coagulación de una CCT con respecto a las dimensiones subjetivas de la formación de clase, incluyendo la identidad, la conciencia y la solidaridad trasnacional de clase.

Las teorías de la formación de la clase capitalista incluyen el análisis social como un subcampo de investigación de la estructura de poder que incluye estas dimensiones subjetivas de la formación de clase, incluyendo la interacción cultural y social, estilos de vida compartidos, y así sucesivamente. Aunque estos mecanismos de formación de la identidad colectiva como los clubes privados, los matrimonios mixtos, los internados, las galas, etc., son considerablemente más densos a nivel nacional que internacional, existe ya una considerable

literatura sobre las experiencias entre las élites trasnacionales en relación a sensibilidades culturales y estilos de vida cada vez más compartidos, y sobre la formación de tecnócratas orientados trasnacionalmente en un puñado de universidades de élite globales como Harvard, Cambridge y la Universidad de Tokio. Podemos identificar una creciente cohesión social y cultural de la CCT junto con su identidad política. Hay una aristocracia del capitalismo global que se dedica al consumo conspicuo, organiza prácticas de recinto social, se mueve a través de las mismas universidades de élite globales como Harvard, y acumula capital cultural universalmente reconocido. Estos mecanismos de integración social y cultural intraclase funcionan trasnacionalmente a pesar de las tendencias centrífugas generadas por las historias, las culturas y las políticas nacionales. En cualquier caso, la integración social de las clases capitalistas nacionales fue (es) en sí misma un proceso continuo que se desarrolla a lo largo de muchas generaciones. Las élites de dirección del ETN entran y salen de las salas de juntas corporativas y ocupan puestos en organizaciones estatales nacionales y supranacionales de una manera similar a la descrita en la literatura anterior sobre las élites nacionales, que reveló la existencia de “puertas giratorias” y entrelazamientos institucionales que unían a las élites nacionales en grupos gobernantes que se movían a través de los órganos dominantes en la sociedad civil y el Estado. La expansión de las redes trasnacionales de esta naturaleza viene a constituir un vehículo para la integración de la élite global y las bases institucionales para el ámbito del poder trasnacional.

Un área importante para la investigación en curso es el grado en que la CCT se ha cohesionado socialmente y su autoreproducción en la forma que las clases capitalistas nacionales han experimentado. Aunque existe ya una literatura

significativa sobre la creciente cohesión social de las élites globales.

Sklair ha estudiado el estilo de vida cosmopolita, las prácticas culturales, los patrones educativos y la conciencia ideológica de la CCT. "Parte integral de este proceso son los clubes y restaurantes exclusivos, los resorts ultra caros en todos los continentes, las formas de viaje y entretenimiento privadas en contraposición a las masivas, la ominosamente creciente segregación residencial de los muy ricos resguardados por guardias armados y vigilancia electrónica" (2001: 20-21). Cox (1987) ha enfatizado la socialización que las escuelas de negocios de clase mundial y los programas de capacitación en administración proveen a los nuevos estudiantes en valores, estilos de vida, lenguaje, prácticas empresariales y cosmovisión. Micklethwait y Wooldrige acuñan el término cosmócratas para describir a los capitalistas y las élites trasnacionales, "las personas que asisten a las bodas de las escuelas de negocios alrededor del mundo, llenan las salas de clase ejecutiva en los aeropuertos internacionales, proveen los rangos superiores de la mayoría de las compañías del mundo y de las instituciones internacionales, y a través de sus esfuerzos colectivos hacen probablemente más que nadie para lograr que el mundo parezca más pequeño". Los miembros de la élite trasnacional convergen alrededor de un habitus colectivo, para evocar el concepto desarrollado por Bourdieu en referencia a los condicionamientos y experiencias sociales y culturales que generan una homogeneidad entre grupos sociales particulares, sus prácticas y perspectivas.

David Rothkopf, exfuncionario gubernamental de alto nivel de Estados Unidos y socio de Kissinger, entrevistó a varios centenares de la élite global más selecta para su estudio Superclass (2008) y encontró evidencia considerable de la

creciente integración social y cultural de las élites globales.[17] Lo que él llama "superclase" es el escalón más alto de la élite trasnacional. Este escalón a menudo coincide con el grupo políticamente comprometido y con más conciencia de clase de la élite trasnacional, o la llamada "élite dentro de la élite", o un estrato politizado con capacidad de mando. "Ha emergido en los últimoas decenios una élite global que tiene mucho más poder que cualquier otro grupo en el planeta", observa, desde la perspectiva de la élite del poder en la tradición de C. Wright Mills, autor del clásico La élite del poder. "Cada uno de los miembros de esta superclase tiene la capacidad de influir regularmente en la vida de millones de personas en múltiples países del mundo. Cada uno de ellos ejerce este poder activamente, y a menudo lo amplifica a través del desarrollo de relaciones con otros de esta clase". Describiendo su participación en los retiros anuales del FEM en Davos, Suiza, Rothkopf señala que "incluso un observador casual en Davos tendría que concluir que si [C. Wright] Mills estuviera escribiendo hoy, habría desviado su atención de la élite nacional en América a un nuevo y más importante fenómeno: el surgimiento de una élite de poder global, una superclase que desempeña un papel similar en la jerarquía de la era global al papel que la élite del poder estadunidense jugó en el primer decenio de ese país como superpotencia" (Rothkopf, 2008: 9). Y continúa:

Algo poderoso está sucediendo entre los poderosos. Siempre ha habido élites nacionales, como la "élite del poder" de Mills en Estados Unidos. Siempre hubo conexiones entre las élites de los diferentes países, pero eran típicamente "relaciones exteriores" conexiones entre centros de poder distantes, alianzas discretas entre soberanos. Desde hace varios decenios,

sin embargo, se está formando una nueva comunidad, al mismo tiempo que las economías están traspasando las fronteras, las entidades globales están proliferando, y el mundo, pues, se está aplanando (ibid.: 11).

Esta "superclase" es una élite global políticamente comprometida. "Las salas de debutantes y las cacerías y regatas de ayer puede que no sean totalmente obsoletas", observa Freeland en otro estudio, "pero van en esa dirección. La auténtica vida comunitaria de la plutocracia del siglo XXI ocurre en el circuito internacional de conferencias" (2011: 5). Freeland describe a algunos de los personajes de la élite global más comprometidos políticamente, entre ellos el financiero nacido en Hungría, George Soros, el empresario ucraniano Victor Pinchuk, el neozelandés Stephen Jennings, y Mohamed ElErian, director general del mayor gestor de bonos del mundo, Pimco, quien, ironiza Freeland, es hijo de padre egipcio y madre francesa, educado en Cambridge y Oxford y dirige una empresa con sede en Estados Unidos propiedad del conglomerado financiero alemán Allianz SE. El circuito incluye una gran cantidad de foros de élite, como el Foro Económico Mundial, el Grupo Bilderberg transatlántico, el Foro de Boao para Asia, la Clinton Global Initiative, las conferencias TED y la reunión de Sun Valley. Carroll ha utilizado el análisis de redes para estudiar la interconexión entre las juntas directivas de las CTN, los organismos de planificación de políticas y otros foros de la sociedad civil. Lo que él denomina "redes corporativas trasnacionales" surgen de estas interconexiones y desempeñan un papel clave para permitir a las comunidades empresariales construir un consenso a través de las fronteras y ejercer influencia en los dominios políticos y culturales. La red "reduce el espacio social de la élite corporativa global" y

comprende "un campo de formación de políticas globales." Su "círculo interno de cosmopolitas está formado por 105 directores corporativos cuyas afiliaciones corporativas tienden un puente sobre las fronteras nacionales, o que vinculan a las juntas de política las unas con las otras" (Carroll, 2010: 41 y 47). Gill observa que debido a que el capital se ha globalizado rápidamente, los organismos de planificación de las políticas globales se han convertido en elementos cruciales para un bloque histórico trasnacional reuniendo a las organizaciones de élite de planificación de políticas, a las corporaciones trasnacionales y a las instituciones de gobernación global que han promovido y consolidado un proyecto hegemónico de globalización neoliberal (Gill, 1995: 399-423).

En suma, es en los foros de élite de la sociedad civil trasnacional que las élites globales forjan una conciencia común e identifican las preocupaciones comunes, comparten análisis, coordinan sus actividades locales, regionales y de grupos específicos, discuten cursos de acción, desarrollan agendas e intentan estabilizar el sistema. Pero los miembros de la CCT y las élites de las fundaciones privadas, las asociaciones civiles, los medios de comunicación, la academia y las industrias culturales también interactúan con representantes de los estados y las organizaciones gubernamentales internacionales, como el FMI y el Banco Mundial. De esta manera, las élites globales se unen tanto en los órganos de la sociedad civil trasnacional como en los aparatos de ETN, desarrollando una autoconciencia y ejercitando una agencia a través del "Estado ampliado" de Gramsci, en este caso un Estado trasnacional ampliado.

FUERZA DE TRABAJO GLOBAL

Al investigar la formación de clase trasnacional, el peso de la atención ha recaído en la CCT. Sin embargo, el capital no es una "cosa" sino una relación; no podemos hablar de capital global fuera de su relación dialéctica con la fuerza de trabajo global. El capital solamente existe en relación con la fuerza de trabajo y viceversa, si entendemos por trabajo no el proceso laboral social de los seres humanos que es el ser de nuestra especie sino la condición de enajenación de los medios de vida, de atomización y unidad con el capital como fuerza de trabajo a la venta en el sistema capitalista. Es la globalización del proceso de producción la que crea la base para la trasnacionalización de las clases, entendidas como grupos de personas que comparten una relación común con el proceso de producción y reproducción social y se constituyen relacionalmente sobre la base de las luchas por el poder social. La CCT ha surgido en una unidad antagónica con la clase obrera global; la trasnacionalización del capital se ha desarrollado conjuntamente con un régimen laboral trasnacional en el que los circuitos del capital global y de la fuerza de trabajo global se intersecan y refuerzan mutuamente.

El hecho de que cerca de dos tercios de las exportaciones mundiales de bienes y servicios correspondan a las CTN, que aproximadamente un tercio del comercio mundial total sea intraempresas, y que ese comercio intraempresas haya aumentado de 22 a 33% del total mundial de 1996 a 2008 (Dicken, 2007: 38),[18] debería alertarnos del grado en que la acumulación mundial tiene lugar en un circuito globalmente integrado, en el que la relación entre las clases y los grupos

sociales en todo el mundo es interna. En términos marxistas, si el capital constante circulante ha sido de naturaleza internacional desde el inicio del sistema capitalista mundial, es dentro de la matriz de las corporaciones trasnacionales conectadas globalmente que el capital constante fijo también se convierte en trasnacional. "El único factor de producción restante que puede considerarse nacional es el propio trabajador", afirma Struna. Sin embargo, "dado el hecho de que el capital variable es trasnacional y el capital constante es trasnacional, las relaciones de producción –independientemente de la nacionalidad o afinidad cultural del trabajador– son también trasnacionales" (Struna, 2009: 230-260, 246).

La idea de una clase obrera global –distinta de la de una clase obrera internacional de épocas anteriores– ha comenzado a consolidarse, y estudios como Live working or die fighting: How the working class went global (2010), del periodista Paul Mason, se han convertido en best sellers. ¿Cómo debemos concebir e identificar a una clase obrera global? Para empezar, el crecimiento de esa clase se refleja en la escalada de las remesas de los salarios, las cuales se cuadruplicaron en el primer decenio del siglo XXI superando los 500 000 millones de dólares en 2011, de acuerdo con el Banco Mundial. "Lo más notable de las remesas de hoy es su continuo crecimiento año tras año, a pesar de la crisis económica global", observa Dilip Ratha, director de Migraciones y Remesas del Banco Mundial (The Economist, 2012a, 77). El trabajador migrante es un representante de la clase obrera global por excelencia, pero los trabajadores de la economía global no se limitan a esta categoría de trabajo. El Instituto de Política Progresista ha estimado que el número de trabajadores globales, definidos como aquellos que producen bienes para la exportación o que han migrado por su trabajo, se ha triplicado de 225 millones en

1980 a 900 millones en 2005 (Mayes, 2007: 1).[19] Pero trabajar para la economía global tampoco se limita a trabajar en las fábricas, las granjas, las minas y los complejos de servicios globales los sitios de producción más visibles y directos en los circuitos globales de acumulación. Incluye también a aquellos que participan en actividades productivas que alimentan estos circuitos, tales como las redes subcontratadas de suministros e insumos o de servicios auxiliares. Y sería muy difícil encontrar en alguna parte comunidades obreras que no dependan de estos circuitos globalizados para su reproducción social.

Sin embargo, el proletariado global permanece "poco explicado y poco teorizado", observa Struna. La clase obrera global es muy heterogénea, al igual que los trabajadores en los contextos nacionales; esta heterogeneidad no implica que esta clase obrera global no exista:

La relación del trabajador con los objetos de producción producidos trasnacionalmente es una relación trasnacional. Así, incluso los trabajadores que no cruzan fronteras participan en relaciones trasnacionales los unos con los otros y también en relación con el capital [...] el hecho de que algunos trabajadores no sean trasnacionales ni físicamente ni en virtud de su participación en una cadena de producción trasnacional no impide su pertenencia a la clase obrera global. Sea o no que un trabajador esté excluido, o sólo parcialmente articulado, del sistema global no significa que no esté dominado por el sistema. La difusión sistémica generalizada indica un proletariado mundial. De este modo, algunas fracciones del proletariado global siguen siendo de carácter local (Struna, 2009: 230-260, 233-234).[20]

Struna ha desarrollado una teoría de las "fracciones proletarias globales" basada en una tipología de seis fracciones de la clase obrera global, compuesta de tres fracciones "globales" y tres fracciones "locales". En esta tipología el proletariado global está fraccionado "sobre la base de la movilidad física de los trabajadores en relación con los Estados nacionales y las regiones, así como el alcance geográfico del despliegue de fuerza de trabajo de los trabajadores en relación con los circuitos de producción en los que participan". La fracción global dinámica está compuesta por trabajadores cuyas actividades productivas y productos son geográficamente difusos en relación con las empresas y los Estados-nación. "Esta fracción del proletariado global es una fracción trasnacional: en su formulación más simple, el trabajador se mueve con flexibilidad al punto de producción". La fracción global estática está compuesta por trabajadores cuyas actividades productivas son geográficamente fijas en relación con los Estados nacionales pero cuyos productos son geográficamente difusos en relación con las empresas, por ejemplo, los trabajadores de la línea de montaje en las maquiladoras o fábricas globales. En esta fracción, "la fuerza de trabajo es desplegada por trabajadores estacionarios en puntos únicos en una cadena de producción trasnacional en coordinación con trabajadores en otros puntos de esa cadena de producción trasnacional". La fracción global diaspórica está compuesta por trabajadores cuyas actividades productivas son geográficamente difusas como consecuencia de la migración transfronteriza y cuyos productos pueden o no ser geográficamente difusos en relación con las empresas y los Estados-nación. "Al igual que la fracción global dinámica, la actividad de esta fracción se caracteriza por el movimiento transfronterizo, pero a diferencia de la fracción global

dinámica, los trabajadores global-diaspóricos lo hacen sin los derechos legales o la flexibilidad alcanzados por los primeros". Los miembros de la fracción local dinámica son trabajadores cuyas actividades productivas y productos son geográficamente difusos en relación con las empresas dentro de los Estados-nación, es decir, dentro de las cadenas nacionales de producción. La fracción local estática está compuesta por trabajadores cuyas actividades productivas y productos son geográficamente fijos en relación con las empresas y los Estados-nación. Y finalmente, la fracción local diaspórica está compuesta por trabajadores cuyas actividades productivas y productos son geográficamente difusos en relación con el Estado-nación. "A medida que el proceso de producción se trasnacionaliza", concluye Struna, "el antagonismo de clase es trasnacionalizado [...L]as fracciones basadas en relaciones espacial-productivas deben ser vistas no como la introducción de nuevas condiciones teóricas para el análisis de clase, sino como la extensión de conceptos centrales para la propia clase en nuevos contextos globales" (ibid.: 230, 247, 249, y 255).

Queda mucha investigación por hacer sobre la clase trabajadora global, tanto en la dimensión objetiva como subjetiva de su formación. Como se ha señalado, la clase obrera global trabaja en las fábricas, granjas, minas, bancos, centros comerciales y de servicios de la economía global. Los trabajadores de la economía global no necesitan cruzar las fronteras físicamente para participar en los circuitos trasnacionales de acumulación –y, de hecho, la gran mayoría no lo hace–. Sin embargo, los trabajadores no gozan de la movilidad trasnacional que el capital y los capitalistas han alcanzado. Las fronteras nacionales son mecanismos para controlar los flujos globales de mano de obra, desagregando a la clase obrera global en contingentes nacionales y

fragmentando tanto la movilización política como la conciencia subjetiva de los trabajadores. Es evidente, como he argumentado, que la globalización actúa en este sentido como una fuerza centrípeta para la CCT que es cada vez más una "clase en sí" y una "clase para sí", en la medida en que este grupo de clase ha desarrollado una conciencia subjetiva de sí mismo. Sin embargo, el proceso actúa como una fuerza centrífuga para una clase obrera global que existe objetivamente –o estructuralmente, como "clase en sí"– pero no ha desarrollado una conciencia subjetiva de sí misma ni ha compartido prácticas y sensibilidades culturales como actor colectivo o formas organizativas que darían mayor coherencia a su agencia trasnacional como "clase para sí".

Subsunción formal y real y humanidad superflua

La proletarización se ha acelerado en todo el mundo a través de nuevas oleadas de acumulación originaria, ya que miles de millones de personas han sido despojadas y arrojadas al mercado de trabajo global. La fuerza de trabajo asalariada global se duplicó de unos 15 000 millones en 1980 a unos 3 000 millones en 2006, ya que "los trabajadores de China, India y el antiguo bloque soviético ingresaron a la reserva global de trabajo", observa Freeman. "Por supuesto, estos trabajadores habían existido desde antes. La diferencia, sin embargo, es que sus economías se unieron repentinamente al sistema global de producción y consumo" (Freeman, 2010). Este proceso implica tanto la subsunción formal como la real del trabajo al capital por todo el planeta. En términos simplificados, la subsunción formal se refiere al proceso mediante el cual las personas son separadas de sus medios de supervivencia o producción, como la tierra, de modo que se ven obligadas a trabajar para el

capital. Incluso cuando los productores campesinos no pierden el título formal de sus tierras, han sido lanzados a la producción de cultivos de exportación para el mercado global y dependen del capital trasnacional para el crédito, los suministros, la comercialización y así sucesivamente, reducidos, en efecto, a proletarios en su propia tierra. La subsunción real se refiere a la subordinación de los trabajadores al proceso de producción capitalista, ya que está directamente controlado por el capital en la fábrica, así como en la plantación capitalista o el sector de servicios, a su total disciplina corporal, opresión y dominación, de modo que el trabajador pierde lo que le queda de autonomía y poder individual, es incorporado, en palabras de Marx, como un "apéndice viviente" en el proceso de producción. Éste es el caso de los cientos de millones de personas que trabajan en los talleres chinos, las maquiladoras latinoamericanas, los servicios tercerizados en India o las plantaciones de las corporaciones trasnacionales agroindustriales en California, Kenia o Filipinas.

La subordinación formal y real está estrechamente relacionada con los conceptos de posesión económica real por el capital, que se refiere al control del capital sobre el proceso de trabajo, y propiedad económica real por el capital, que se refiere al control sobre la organización o las metas de la producción y la apropiación de los excedentes. Bajo la globalización capitalista se ha dado una aceleración de estos procesos de subsunción y de posesión. A través de ellos el capital trasnacional ha subordinado prácticamente a la población del mundo entero a su lógica y dominación. De esta manera, los pueblos del mundo viven bajo la dictadura del capital trasnacional –en el sentido literal de la palabra, como dicta el capital trasnacional–, más poderosa, omnipresente y mortal que cualquier otra dictadura de la historia.

En el centro de estos procesos asociados con la globalización capitalista están las nuevas relaciones capital-fuerza de trabajo basadas en regímenes laborales desregulados, informalizados, flexibilizados, a tiempo parcial, de inmigrantes, por contrato y precarios. Estos regímenes han significado la retirada del Estado de la protección del trabajo y la erosión de las obligaciones recíprocas por parte del Estado y del capital con el trabajo, o incluso la eliminación de cualquier noción de que la reproducción social del trabajador es parte del contrato de trabajo. Los trabajadores son cada vez más una simple mercancía integrada y expulsada de los circuitos de acumulación como cualquier otro insumo. Los contingentes de la clase obrera en todo el mundo se encuentran desestabilizados y sumergidos en la crisis. La Organización Internacional del Trabajo reportó que 1 530 000 millones de trabajadores en todo el mundo estaban en este tipo de empleo "vulnerable" en 2009, lo que representa más de 50% de la fuerza de trabajo global (ILO, 2011).

Tenemos que ser claros respecto a los orígenes causales de estos regímenes. A juicio de Sivanandan, "el capital se emancipó de la fuerza de trabajo a partir de la revolución de las fuerzas productivas hecha posible por la revolución de las comunicaciones". Pero, por definición, el capital no puede emanciparse de la fuerza de trabajo, al menos que deje de ser capital –uno de los lados de la unidad antagónica con el trabajo–. Más bien, el capital global ha llegado a someter y explotar la fuerza de trabajo global de nuevas maneras. Sivanandan está en lo correcto al afirmar que "el capital ya no necesita al trabajo vivo como antes; no en el mismo número, en el mismo lugar, al mismo tiempo" (1990a: 8, cursivas del autor). De manera similar, la tecnología puede haber hecho posible la globalización, pero no ha causado el proceso. La globalización

está enraizada en los cambios que tuvieron lugar en las relaciones de producción a partir de los años setenta, cuando la economía mundial entró en un período de estancamiento y crisis. El proceso evolucionó a partir de la respuesta de distintos agentes a la crisis del fordismo-keynesianismo o del capitalismo redistributivo de los años setenta. Examinemos estos asuntos con más detalle.

El fordismo se refiere a una forma de organizar la economía que estaba asociada con un gran número de trabajadores fácilmente organizables en lugares de producción centralizados, la producción en masa a través de procesos estandarizados y fijos, y el consumo de masas. Fue conocido como "fordismo" porque se generalizó siguiendo el ejemplo del magnate del automóvil Henry Ford. Ford argumentó que los capitalistas y los gobiernos debían estabilizar los sistemas industriales capitalistas nacionales que habían surgido en el siglo anterior incorporando a los trabajadores a la nueva sociedad mediante salarios más altos, beneficios y empleo seguro, combinados con un estricto control y reglamentación de la fuerza de trabajo (aunque el propio Ford era un tirano industrial enconadamente antisindical). Los cambios iniciales en la planta de Ford se convirtieron en fordismo como un "pacto de clases" entre trabajadores y capitalistas mediado por el Estado, que incluía medidas gubernamentales para regular la competencia capitalista y la lucha de clases. El fordismo se combinó con el keynesianismo en el orden social posterior a la segunda guerra mundial. John Keynes había roto con el supuesto de la teoría económica clásica de que el estado natural de la economía capitalista era un equilibrio producido por las fuerzas del mercado cuando se les permite operar sin obstáculos. Keynes observó que el mercado por sí solo no podía generar suficiente demanda agregada y argumentó que esa demanda tenía que ser

fomentada para evitar otra crisis como la depresión de los años treinta. Su estrategia económica del lado de la demanda enfatizó la intervención del Estado a través del crédito y la creación de empleo, de impuestos progresivos, del gasto del gobierno en obras públicas y programas sociales, y así sucesivamente, para generar demanda, y otros mecanismos para regular la acumulación (y, por lo tanto, estabilizarla). De esta manera, los gobiernos podrían superar las crisis, asegurar el crecimiento y el empleo a largo plazo y estabilizar la sociedad capitalista.

La revolución keynesiana se extendió por el mundo capitalista industrializado y constituyó la base de la política económica durante gran parte del siglo XX. También desempeñó un papel clave en el surgimiento de proyectos populistas y de industrialización por sustitución de importaciones en el tercer mundo. El fordismo-keynesianismo o capitalismo redistributivo tomó una amplia variedad de formas en todo el mundo durante el siglo XX, a las que se hace referencia en sus diversas manifestaciones y en el lenguaje popular como "capitalismo de new deal", "capitalismo de bienestar", "capitalismo social", "socialdemocracia", "desarrollismo del tercer mundo", etc. El elemento principal es que el fordismo-keynesianismo implicaba una lógica de redistribución que fundamentalmente condicionaba el proceso de acumulación mundial de capital en el siglo XX. En primer lugar, esta redistribución se produjo no por la generosidad del capital sino por las fuertes luchas sociales y de clase, así como por las luchas anticoloniales y de liberación nacional en todo el mundo, que "forzaron" al capital a un "pacto de clase", poniendo un control al poder desenfrenado del capital sobre la fuerza de trabajo y las clases populares a medida que se

intensificaron las luchas populares de masas por todo el mundo durante los años sesenta y setenta.

Fue a raíz de la crisis de los años setenta que el capital pasó a ser global como una estrategia de la CCT emergente y sus representantes políticos para reconstituir su poder de clase liberándose de las restricciones del Estado-nación a la acumulación. Estas restricciones –el llamado "pacto de clase"– se habían impuesto al capital a través de decenios de luchas de masas alrededor del mundo por parte de las clases populares y trabajadoras contenidas en la nación. El capital trasnacional emergente supo aprovechar la movilidad recién adquirida y las nuevas formas de organización espacial globalizada de los procesos sociales para romper el poder de la fuerza de trabajo organizada vinculado al territorio, desarrollar nuevas relaciones capital-fuerza de trabajo basadas en la fragmentación y flexibilización del trabajo, y cambiar la correlación mundial de fuerzas de clase y sociales en su favor a finales del siglo XX. De este modo, el capital trasnacional adquirió un poder de clase mayor sobre las clases trabajadoras de base nacional y una extraordinaria influencia estructural sobre los administradores del Estado. Durante 1980 y 1990, las élites con orientación global tomaron el poder del Estado o definieron las políticas estatales a favor de la globalización capitalista en la mayoría de los países del mundo. En esos años, la globalización y las políticas neoliberales abrieron nuevas oportunidades para la acumulación trasnacional.

El neoliberalismo como norma política para la reestructuración mundial a través de la globalización descansaba en los supuestos de la economía neoclásica que eclipsaban el keynesianismo. La economía neoclásica, con sus doctrinas del laissez faire, las ventajas comparativas, el libre comercio y la eficiencia, se convirtió en hegemónica en

universidades y gobiernos de todo el primer mundo. El neoliberalismo fue implementado experimentalmente en Chile tras el golpe de Estado de 1973 que llevó a la dictadura de Augusto Pinochet al poder. Pero fueron los gobiernos de Ronald Reagan en Estados Unidos (1981-1989) y Margaret Thatcher en el Reino Unido (1979-1990) los que catapultaron al neoliberalismo al escenario central del capitalismo mundial, y las instituciones financieras internacionales (IFI), como el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial, impusieron el modelo a gran parte del tercer mundo en los años ochenta y noventa mediante los programas de ajuste estructural.

No fueron tanto las ideas o la ideología del neoliberalismo las que hicieron de él el modelo dominante, sino que el programa concreto que prescribía era perfectamente funcional para el capital trasnacional en el momento histórico particular en que las principales combinaciones de capital en el mundo se estaban trasnacionalizando y buscaban desarrollar nuevos métodos de acumulación e imponer nuevas relaciones sociales de producción. El neoliberalismo es un programa concreto y también una ideología, una cultura, una concepción filosófica del mundo que lleva al liberalismo clásico y al individualismo al extremo. Glorifica al individuo separado, aislado –un estado ficticio de la existencia humana–, y su potencial creativo que supuestamente se desencadena cuando se libera de la regulación estatal y de otras restricciones colectivas a la "libertad". Con la muerte de lo colectivo "la sociedad no existe, sólo los individuos", según la famosa frase de Margaret Thatcher. El neoliberalismo como ideología legitima la supervivencia individual, el cada quien para sí mismo y la ley de la selva. Los medios de vida se deben asignar estrictamente sobre una base mercantil. En su construcción ideológica, el neoliberalismo considera a los mercados no como creados y

estructurados por las relaciones estatales y sociales de poder y dominación, sino como producto de la naturaleza. Siguiendo su conclusión lógica, el neoliberalismo como prescripción para la sociedad significa el fin de la reciprocidad social, de la redistribución colectiva del producto social, el fin de la familia y, finalmente, de la propia especie.

La globalización de la producción y el intercambio exige una convergencia de las instituciones y las políticas económicas, de los sistemas socioeconómicos. Además de sus dimensiones ideológicas y filosóficas, programáticamente el neoliberalismo global entraña dos dimensiones paralelas, perseguidas a toda costa por las élites globales con el respaldo de un poderoso y bien organizado cabildo de corporaciones trasnacionales. Una de ellas es la liberalización del mercado en todo el mundo y la construcción de una nueva superestructura legal y normativa para la economía global. La otra, la reestructuración interna de cada economía nacional y su integración global. La combinación de las dos se proponía crear un "orden liberal mundial," una economía global abierta y un régimen político global que echara abajo todas las barreras nacionales a la libre circulación del capital trasnacional entre las fronteras y a su libre operación dentro de las fronteras, en busca de nuevas opciones productivas para el exceso de capital acumulado. Los programas de reestructuración económica pretendían lograr en cada país un equilibrio macroeconómico y la liberalización requeridos por el capital trasnacional móvil e integrar a cada nación y región en los circuitos globalizados de acumulación. El modelo intentó armonizar una amplia gama de políticas fiscales, monetarias, industriales, laborales y comerciales entre múltiples naciones como requisito para que el capital trasnacional móvil funcione simultáneamente, y a menudo de forma instantánea, entre numerosas fronteras nacionales. El

programa exigía la eliminación de la intervención estatal en la economía y de la regulación de los Estados-nación individuales sobre las actividades del capital en sus territorios.

Los procesos de integración económica y los programas de ajuste estructural neoliberales son impulsados por la campaña del capital trasnacional para abrir todos los países a sus actividades, eliminar todas las barreras al movimiento de bienes y capital y crear un único campo unificado en el cual el capital global pueda operar sin trabas a través de todas las fronteras nacionales. Las políticas neoliberales normalmente incluyen la liberalización del comercio y las finanzas, la desregulación del capital (pero no el fin de la intervención estatal para ayudar al capital en sus actividades de acumulación), la privatización de las esferas anteriormente públicas y los programas de austeridad que implican, entre otras cosas, la eliminación de los subsidios estatales al consumo popular, los despidos en el sector público, los recortes en los programas sociales, como el bienestar, la salud pública, la educación, etc. Al sincronizar cada entorno económico nacional con el entorno económico global integrado, el neoliberalismo ha servido de "grasa" para las políticas del capitalismo global, que mantiene los engranajes del sistema en sincronía unos con otros. Engrasado por el neoliberalismo, el capitalismo global derriba todas las estructuras de no mercado que en el pasado pusieron límites a la acumulación de capital, o actuaron como una capa protectora contra ella. La desregulación hizo accesibles nuevas zonas para la explotación de recursos y la privatización sometió a las esferas públicas y comunitarias, desde los sistemas de salud y la educación hasta la policía y los sistemas penitenciarios, a la lógica de la ganancia. Los ámbitos de la actividad humana ajenos al mercado –esferas públicas administradas por los estados y esferas privadas vinculadas a la

comunidad y la familia fueron destruidos, mercantilizados y transferidos al capital–. A medida que los países del Sur se integraron al capitalismo global a través de la reestructuración neoliberal, se convirtieron en "mercados emergentes" que proporcionan nuevos segmentos de mercado, reservas de trabajo y oportunidades para que los inversionistas trasnacionales se deshagan del exceso de capital, ya sea mediante la inversión productiva o financiera. Al abrir por la fuerza y hacer accesibles al capital trasnacional todas las capas del tejido social, el neoliberalismo disocia la economía global de la sociedad global.

En suma, la globalización neoliberal posibilitó una importante expansión extensiva e intensiva del sistema y desencadenó una nueva ronda frenética de acumulación en todo el mundo que contrarrestó la caída de las ganancias y de las oportunidades de inversión de la crisis de los años setenta. La causal de la globalización es la lucha de clases y fuerzas sociales. Pero el desarrollo de la ciencia y la tecnología tiene efectos recursivos sobre las fuerzas sociales en lucha. La revolución en las tecnologías de la información y la comunicación (TIC) y otros avances tecnológicos contribuyeron a que el capital trasnacional emergente lograra importantes avances en la productividad, reestructurando, flexibilizando y cambiando el trabajo en todo el mundo. En Estados Unidos, por ejemplo, la productividad de los trabajadores se duplicó entre 1979 y 2012, mientras que los salarios se mantuvieron en gran medida estancados y disminuyeron para una parte significativa de los asalariados(Economic Report, 2012). Esto, a su vez, socavó los salarios y el salario social y facilitó una transferencia de ingresos al capital y a los sectores de alto consumo en todo el mundo que produjo nuevos segmentos de mercado impulsando el crecimiento.

A medida que la globalización ha avanzado, se ha dado un proceso dual en la subordinación de la fuerza de trabajo global. Por un lado, una gran parte de la humanidad ha sido despojada, marginada y excluida de la participación productiva en la economía global. Por el otro, una masa de la humanidad ha sido incorporada o reincorporada a la producción capitalista bajo nuevas modalidades, precarias y altamente explotadoras, de la relación capital-fuerza de trabajo. La población global superflua comprende ahora un tercio de la humanidad, son los despojados de los medios de producción que ven además negada la posibilidad de un trabajo asalariado satisfactorio. Esto es fundamental en la historia del capitalismo global y la crisis global: una masa de la humanidad que involucra a cientos de millones, si no miles de millones, de personas, expropiadas de sus medios de supervivencia y expulsadas de la producción capitalista como supernumerarios globales o fuerza de trabajo superflua, condenadas a malvivir en un "planeta de barrios marginales" y sujetas a todos los sistemas de control social ubicuos y cada vez más sofisticados y represivos.

Marx argumentó en los Grundrisse que en cierto punto el desarrollo de la producción, la ciencia y la tecnología se convierten en fuerzas de producción cualitativas que pueden generar cada vez más valor independiente del trabajo humano "vivo" (por ejemplo, mediante la automatización). La crisis proporciona al capital trasnacional la oportunidad de acelerar este proceso de obtención de mayor productividad con menos trabajadores. Los mayores empleadores en Estados Unidos "han emergido de la terrible recesión económica cargados de dinero gracias a la profunda reducción de costos que ayudó a elevar el desempleo a dos dígitos [...] y [dio lugar a] un enorme aumento de la productividad de los trabajadores," observa un informe sobre las secuelas de la crisis de 2008 (Petruno, 2010: A1 y

A8). El aumento continuo de la composición orgánica del capital mediante la inversión en capital constante destinado a aumentar la tasa de explotación o socavar la resistencia de los trabajadores, finalmente da lugar a una situación cualitativamente nueva en la que la tecnología generadora de valor hace superflua la fuerza de trabajo de grandes segmentos de la clase obrera, una situación que va más allá de lo que tradicionalmente se considera un ejército laboral de reserva, como discutiré más adelante.

En la concepción más amplia de clase social, los trabajadores marginados y excedentarios pertenecen a la clase obrera global en virtud de que han sido enajenados de los medios de producción y no tienen nada que vender más que su fuerza de trabajo.[21] Constituyen mano de obra ociosa, lo que Davis llama "proletariado paria" (Davis, 2007). Este ejército global de trabajo superfluo está atrapado en lo que caracterizo como un ciclo mortal de despojo-explotación-exclusión. Pero si estos "supernumerarios" no son de uso directo para el capital, en una perspectiva más amplia tal fuerza de trabajo superflua es crucial para el capitalismo global ya que ejerce presión hacia abajo sobre los salarios en todo el mundo –especialmente en la medida en que se pueden aprovechar los mercados de trabajo globales y la mano de obra puede ser movilizada a través de toda la economía global– y permite al capital trasnacional imponer disciplina a aquellos que permanecen activos en el mercado de trabajo. Por otro lado, los disturbios, la rebelión espontánea y la movilización política organizada entre los desempleados y marginados estructurales representan una amenaza potencial para el sistema y deben ser controlados y contenidos. La criminalización de los marginados estructurales es uno de los principales mecanismos de contención preventiva, especialmente en los casos en que la marginación está

altamente racializada o etnicizada, como en Estados Unidos, lo que analizaremos en el capítulo cinco.

Las crisis, como he subrayado, son momentos en los que la agencia política puede prevalecer sobre los determinantes estructurales, dependiendo de los elementos de contingencia y de agencia y de las correlaciones cambiantes de las fuerzas sociales y de clase. Por lo tanto, las crisis pueden presentar oportunidades para que el capital utilice el desempleo y las adversidades para llevar a cabo nuevos despojos. En este sentido, la crisis financiera de 2008 fue un gran punto de inflexión. El multimillonario Warren Buffet, presidente de Berkshire Hathaway y uno de los hombres más ricos del mundo, pronunció en 2006 la famosa frase: "hay guerra de clases, está bien, pero es mi clase, la clase rica, la que está haciendo la guerra, y la estamos ganando" (Carroll, 2010: 1). De hecho, la crisis global ha proporcionado a la CCT una oportunidad para intensificar esta guerra. A medida que la crisis se propagaba, generaba las condiciones para nuevas rondas de austeridad masiva en todo el mundo, una mayor flexibilización del trabajo, un aumento abrupto del desempleo, etc. La crisis permitió al capital trasnacional extraer más valor de la fuerza de trabajo, directamente a través de una explotación más intensa e indirectamente a través de las finanzas del Estado. Los conflictos sociales y políticos se intensificaron en todo el mundo a raíz de 2008, incluyendo repetidas rondas de huelgas nacionales y movilizaciones de masas en la Unión Europea, levantamientos en el norte de África, etc. Mientras que el ETN no intervino para imponer regulaciones sobre el capital financiero global, sí lo hizo para imponer a la fuerza de trabajo los costos de la desvalorización, como comentaré más adelante.

¿Una clase media global?

Junto a la clase obrera global, han surgido en los últimos decenios nuevas clases medias, estratos profesionales e intermedios, globales, tanto en el Norte como en el Sur. Estas capas medias –aunque a menudo forman parte de la clase obrera en un sentido técnico, dado que venden su fuerza de trabajo al capital– constituyen el principal segmento de mercado en todo el mundo para el capitalismo global y también su base social real y potencial, o parte de un posible bloque histórico global capitalista. Si en los años ochenta y noventa países como India y China fueron vistos por los capitalistas que se estaban trasnacionalizando como nuevos sitios importantes para aprovechar la mano de obra barata y descargar los excedentes de inversión, a medida que avanzaba el siglo XXI se convirtieron en los principales mercados para las corporaciones globales. Al final del primer decenio del nuevo siglo había unos 300 millones de personas en China que se habían integrado en los mercados globales como consumidores, haciendo que esta "clase media" fuera más numerosa en China que en Estados Unidos.

En la concepción marxista, clase es una categoría relacional basada en las relaciones de producción. Las clases medias tradicionales son aquellos grupos que poseen sus propios medios de producción y que viven del trabajo que invierten en esos medios de producción, mientras que las nuevas clases medias son los estratos profesionales y gerenciales que ocupan un lugar entre el capitalista y la clase obrera propiamente dicha, como las élites directivas que no son dueñas de los medios de producción pero controlan la fuerza de trabajo en nombre del capital a cambio de un estatus e ingresos más altos.[22] En mi opinión, sin embargo, gran parte de lo que la

literatura académica y el discurso popular denomina "clase media" está en realidad constituida por los estratos más privilegiados de la clase obrera que gozan de mayores ingresos y oportunidades de consumo, y a menudo de más autonomía en el proceso de trabajo. Una de las narrativas de la globalización en la imaginación popular es la "muerte de la clase media", en el sentido de que estos estratos privilegiados de la clase trabajadora en el primer mundo han experimentado salarios y condiciones de vida decrecientes, mayor inseguridad y movilidad descendente.

De manera diferente, el análisis de clase de Weber se basa en las relaciones de mercado o de intercambio. Weber veía a las clases medias como grupos de estatus que se definían en relación con otros a través de prácticas culturales asociadas con el consumo. Gran parte de la literatura sobre clase y globalización desde una perspectiva weberiana enfatiza las dimensiones cultural, ideológica y estética de una nueva clase media global.[23] Al incitar al consumo, "la clase capitalista trasnacional termina creando una clase media trasnacional orientada al consumo cosmopolita y que constituye el consumidor primario que alimenta la economía global", observa el sociólogo Steve Derne en su estudio sobre India. Con la liberalización económica en India, los miembros de esta clase pueden recurrir a nuevos empleos altamente remunerados orientados al mercado internacional y pueden comprar productos internacionales previamente restringidos por controles de divisas. A diferencia de la vieja clase media india que está orientada a los mercados locales para el consumo y el empleo, los miembros de la clase media trasnacional tienen altos ingresos, grados universitarios, habilidades en el inglés, conexiones globales, pueden pagar televisores, refrigeradores,

equipos de música y computadoras; y pueden cenar en Pizza Hut o comprar zapatos Nike:

> La percepción que tienen los indios acaudalados de sí mismos como una clase media trasnacional ubicada entre los indios pobres y los consumidores de los condados ricos es generada por factores tanto estructurales como culturales. Desde que la liberalización económica se aceleró en 1991, los indios acaudalados de hoy están más ubicados en un campo global. Sus estilos de vida pueden aspirar a aquellos de las clases consumidoras de los países ricos precisamente porque los bienes globales están más disponibles (Derne, 2005: 179).

Si bien las dimensiones culturales, ideológicas y estéticas son importantes, deseo destacar aquí tanto la ubicación estructural de estos grupos y estratos de clase en el sistema global como su funcionalidad para la acumulación trasnacional. Las clases medias globales emergentes tienden a poseer cierto capital cultural y trabajan en puestos calificados y semicalificados, así como de supervisión, dentro de la economía global, como los trabajadores bilingües de los call center de Filipinas y Costa Rica, los programadores de software en India, o los ingenieros y técnicos de I+D en China. Estos trabajadores, para desempeñar su trabajo, a menudo son absorbidos por la cultura y las sensibilidades empresariales del capitalismo global y han adquirido las facultades culturales para llevar a cabo las relaciones sociales tras-fronteras. Ellos mismos están sumergidos en los patrones culturales y de consumo trasnacionales por medio de su trabajo y los estilos de vida que conlleva.

El crédito es una condición central para las clases medias trasnacionales. Estados Unidos desempeñó el papel de

"mercado de última instancia" para la economía global, basado en el sostenimiento de altos niveles de consumo entre las clases media y obrera impulsado por el crédito al consumo y la espiral de deuda de los hogares, como analizaremos en el capítulo cuatro. Pero el colapso financiero global de 2008, la crisis hipotecaria subprime y la recesión severa sugirieron que el mecanismo de crédito-deuda que sustentaba este papel podía haber llegado al agotamiento y destacó la capacidad decreciente de Estados Unidos para actuar como el mercado de última instancia dentro del sistema. A raíz del colapso de 2008, las empresas con sede en Estados Unidos, según un informe de 2009, estaban mirando cada vez más a China, India, Brasil, y a otras de las llamadas "economías emergentes", no tanto como proveedores de mano de obra barata para la reexportación sino como "consumidores potenciales de bienes y servicios producidos en Estados Unidos". Este cambio, "que lleva ya varios años, pero que se ha intensificado fuertemente durante la recesión, se produce cuando un gran número de familias en estas economías emergentes se están desplazando a las ciudades y gastando como nunca antes para mejorar sus estándares de vida" (Don, 2009b: A1). La tendencia hacia una descentralización global de los mercados de consumo refleja un "reequilibrio" en la economía global, en la cual los mercados de consumo están menos concentrados en el Norte y más dispersos geográficamente por todo el mundo. Esto no significa que el mundo se haya vuelto menos desigual, sino más bien, como he sostenido sistemáticamente, que Norte y Sur se refieren cada vez más a la ubicación social que a la geográfica, en términos de relaciones de clase trasnacionales en lugar de pertenencia a Estados-nación particulares.

Uno de los resultados más notorios de la globalización es el aumento alarmante de la brecha entre los privilegiados y los

desposeídos globales. El Informe anual sobre la riqueza en el mundo publicado por Merrill Lynch y Capgemini identifica lo que califica como individuos de alto valor neto o HNWI (high net worth individuals), que son aquellas personas que tienen más de un millón de dólares disponibles en efectivo, sin incluir propiedades y pensiones. El informe de 2011 identificó alrededor de 10 millones de estos HNWI en 2010, concentrados en América del Norte, Europa y Japón, pero con el crecimiento más rápido entre el grupo que tiene lugar en Asia-Pacífico, América Latina, Europa del Este, África y Medio Oriente. La riqueza colectiva de los HNWI superó los 42 000 millones de dólares en ese año, mucho más del doble de lo que era diez años antes, y un 10% mayor que el año anterior. Por su parte, un informe de Citigroup de 2005 señaló que "el mundo se está dividiendo en dos bloques –la plutonomía y el resto:

En una plutonomía no hay ningún animal como "el consumidor estadunidense" o "el consumidor del Reino Unido" o, incluso, el "consumidor ruso". Hay consumidores ricos, pocos en número pero desproporcionados en la gigantesca porción de ingresos y consumo que se llevan. Hay el resto, los "no ricos", los muchos multitudinarios, pero sólo representan mordidas sorprendentemente pequeñas del pastel nacional (Freelando, 2012: 2).

Sin embargo, más allá del crecimiento de los superricos, existe una polarización social entre 20% de la humanidad que ha podido disfrutar de los frutos de la cornucopia global y el 80 por ciento que ha experimentado movilidad descendente y mayor inseguridad, quienes están fuera de lo que McMichael denomina "redes globales de consumidores" (20079. El Banco Mundial define como pobreza extrema el vivir con menos de

1.25 dólares al día y como pobreza relativa el vivir con menos de 2 al día. En 2010, casi la mitad de la población mundial vivía con menos de 2.50 dólares al día (Lynch y Capgemini, 2011). Los segmentos consumidores de la estructura social global, que constituyen 20% de la población mundial, no se concentran territorialmente cada vez más en los países centrales tradicionales, sino que se dispersan a nivel global. Sectores enteros de todos los países se integran exitosamente en el capitalismo global a través empleos altamente remunerados en las CTN u otras formas de participación ventajosa en los nuevos circuitos trasnacionales de acumulación, comunicaciones por internet, tarjetas de crédito, patrones de consumo elevado, etc. La capacidad de manipular el espacio de nuevas maneras y los nuevos sistemas de control policial y social allanan el camino para un apartheid espacial intensificado. El sociólogo Meltem Sener, al escribir sobre Estambul y otras ciudades importantes de Turquía, describe la globalización de Turquía a partir de los años ochenta y las políticas neoliberales, la reestructuración económica orientada hacia el exterior y la entrada masiva de capital corporativo trasnacional:

Empresas multinacionales que no tenían conexiones con Turquía en los períodos anteriores comenzaron a realizar inversiones y establecer sucursales en Turquía con la liberalización de la economía turca [...] Las sucursales de bancos extranjeros, casas de cambio de divisas, empresas de leasing y de seguros comenzaron a operar una tras otra. Siguiendo a los bancos y firmas extranjeras, se construyeron hoteles de lujo en Estambul. Más tarde, aparecieron los centros comerciales y las tiendas dirigidas a las personas con altos niveles de ingresos. Los nuevos centros comerciales no eran

diferentes de los de otras ciudades del mundo. A los restaurantes de lujo europeos se agregaron los chinos, los japoneses, los coreanos, los indios, los mexicanos [...] el sector del entretenimiento también ha prosperado tremendamente [...] conjuntos de chalets [...] fueron construidos para ser vendidos a grupos de altos ingresos. Estos espacios ofrecían a la gente un "mundo de privilegios": complejos deportivos, centros de fitness, cines, restaurantes, clubes nocturnos, creando miniciudades autosuficientes. Un comprador de estas residencias no sólo compra casas sino también ciertos estilos de vida (Sener, 2008: 125-126).

Éste es el mismo patrón que he descrito detalladamente para América Latina (Robinson, 2008; 2003) y que he observado anecdóticamente durante mis viajes a países asiáticos y africanos en los últimos años, al igual que el surgimiento de urbanizaciones cerradas y nuevas zonas residenciales para aquellos que pertenecen a las "redes globales de consumidores".

La acumulación desigual de capital: I

"Aunque todas las sociedades han experimentado desarrollo", escribió Walter Rodney en 1972, "es igualmente cierto que la tasa de desarrollo difiere de continente a continente, y dentro de cada continente diferentes partes aumentaron su dominio sobre la naturaleza a distintas velocidades" (Rodney, 1982: 8). Llegué a la mayoría de edad intelectual y políticamente mientras vivía, trabajaba y estudiaba en África a finales de los años setenta. Me sumergí en la literatura anticolonial y del desarrollo al mismo tiempo que participaba en las luchas contra las situaciones coloniales y

de apartheid remanentes y las realidades neocoloniales emergentes. Los condenados de la tierra de Franz Fannon y De cómo Europa subdesarrolló a África de Walter Rodney, el clásico drama documental La batalla de Argel, El moderno sistema mundial de Immanuel Wallerstein, los escritos de Karl Marx y los marxistas de principios del siglo XX, como V. I. Lenin y Rosa Luxemburgo –fueron todos faros de mi despertar–. La problemática en ese entonces eran las relaciones externas entre sociedades distintas, los principios y las leyes que regían estas relaciones dentro de un mercado mundial único y la división internacional del trabajo, y cómo esos ordenamientos determinaron el desarrollo de algunos países y regiones y el subdesarrollo de otros. León Trotsky desarrolló su teoría del desarrollo desigual y combinado sobre la base de lo que los marxistas consideran la ley de la acumulación desigual del capital. Esta ley ha sido vista como espacial; el capital se acumula desigualmente en el espacio; desigualmente a través de espacios geográficos o territoriales, y estos espacios han sido normalmente vistos como países o como regiones en el sistema capitalista mundial. La acumulación desigual es en primer lugar una relación social; qué tipo de expresión espacial toma esta relación social es una cuestión histórica y contingente. Bajo la globalización, lo que eran relaciones entre sociedades distintas en un mercado mundial integrado se convierte en relaciones internas en una economía y una sociedad globales integradas. Algunas de las críticas más duras a mi teoría del capitalismo global han girado en torno a mi negativa a considerar la acumulación desigual como un proceso territorial. Voy a tocar brevemente el asunto aquí; en los capítulos siguientes me dirigiré a mis críticos y analizaré la cuestión del espacio y la acumulación.

La acumulación desigual es inmanente a la relación capital-fuerza de trabajo. Esta relación se fundamenta en la extracción y la apropiación de valor en uno de los extremos de esta unidad antagónica (el trabajo) por el otro extremo (el capital), más el conjunto de condiciones (materiales, institucionales, culturales, ideológicas, etc.), a través del cual tiene lugar esta extracción y apropiación. Durante gran parte de la historia del capitalismo mundial, la relación capital-fuerza de trabajo se expresó, en parte, como una relación territorial o geográfica. La creación del mercado mundial en los años formativos del sistema capitalista mundial estuvo mediada por la competencia entre capitales. En su lucha por la ganancia, los capitales recurrieron a los medios disponibles para promover sus intereses, entre ellos la apropiación de "sus" Estados nacionales para la competencia extra-nacional. Esto condujo a múltiples centros de acumulación en las áreas centrales del capitalismo mundial organizados alrededor de los Estados-nación. La expansión hacia afuera del capitalismo desde su patria europea original, el colonialismo y el imperialismo, la creación de un mercado mundial y de una división internacional del trabajo todo esto implicó la explotación de las mayorías en el mundo colonial por parte de los grupos dominantes de los países metropolitanos. Pero esta estructura geográfica y territorial de las relaciones capital-fuerza de trabajo mundiales, que constituye el fundamento de las principales teorías críticas de la economía política mundial del siglo XX, como las teorías del sistema-mundo, del subdesarrollo y del imperialismo, no es lógicamente inmanente al capitalismo; es histórica.

La contradicción principal a escala mundial es la de clase. Pero la intervención política de los centros originarios del capitalismo mundial en el desarrollo desigual dio a esa contradicción una dinámica geográfica de centro-periferia. La

lucha anticolonial era primordial precisamente porque la dominación de las clases populares del mundo colonizado por la burguesía metropolitana era la contradicción de clase subyacente más aguda a escala mundial, y la capacidad que ello daba a esa burguesía para atenuar el antagonismo de clase en las metrópolis mediante la redistribución (por ejemplo, las aristocracias obreras) y las ideologías y jerarquías raciales concomitantes, tanto dentro de las metrópolis como en el sistema mundial en su conjunto. Esta forma geográfica o territorial particular que la acumulación desigual adoptó durante gran parte de la historia del capitalismo mundial llevó a los teóricos críticos a una visión Estado-céntrica de la explotación. En estas teorías los Estados-nación se convirtieron en macroagentes cosificados que explotan a otros Estados-nación. Esta concepción Estado/Estado nación-céntrica de la explotación a nivel mundial oscurece las relaciones sociales y de clase subyacentes. La geografía de una economía global cada vez más fluida es uno de los múltiples polos de la acumulación intensiva alrededor del mundo que atrae a los inversionistas trasnacionales y a la fuerza de trabajo migrante. Bajo el capitalismo global se da el cambio de una economía global claramente delimitada geográficamente a una más equilibrada en términos geográfico territoriales, al mismo tiempo que las demarcaciones sociales se intensifican y se vuelven menos identificables en términos geográficos claros.

Pero si llamo a que nos apartemos de una concepción de la acumulación o el desarrollo desigual centrada en el Estado y en el Estado nación, ¿dónde queda la cuestión del Estado? Permítasenos pasar ahora al tema del Estado.

–

[1] Véase, entre otros, Parenti, 2012; Dyer, 2010; Bellamy, Clark y York, 2011; McKibben, 2012.

[2] La frase es del excelente estudio de Mike Davis, Planet of slumbs (2007).

[3] El mejor estudio sobre la anatomía de la economía global para mí sigue siendo el del geógrafo Peter Dicken: Global shift (2007).

[4] Información aportada por A. Sivanandan (1990b: 27), quien a su vez hace referencia a Robin Murray en el periódico del Reino Unido New Times (no se indica ninguna referencia).

[5] Para resúmenes y evaluaciones de esta evidencia, véase, entre otros Robinson, 2004a; Sklair, 2001 y 2002; Kentor, 2005: 262-286; Kentor y Jang, 2004: 355-368; Unctad, s.f.; Dicken, 2007; Carroll, y Caron, 2003: 29-57; Caroll y Fennema, 2002: 393-419; Carroll, 2010; Staples, 2008: 31-51; 2006: 309-319; 2012; véanse también otros trabajos en Financial Elites and Transnational Business. Varios de estos estudios ponen gran énfasis en la interconexión de las juntas directivas corporativas como el indicador empírico casi exclusivo de una CCT. Esto es especialmente así para Carroll, al revisar el crecimiento de la interconexión de las juntas directivas corporativas transnacionales descubre que “la interconexión transnacional se ha convertido no tanto en el coto de unas pocas compañías bien conectadas internacionalmente, sino en una práctica en la que casi la mitad de las empresas más grandes del mundo participa” (2010: 98). Si bien estas interconexiones crecientes son importantes, he criticado esta posición en términos sustantivos y metodológicos en un debate sobre mi trabajo publicado en Critical Sociology (2012). Es interesante notar que en los últimos años se ha acelerado la participación de la élite de Estados Unidos en las juntas directivas interconectadas transnacionalmente, incluso, lo que es más importante, en el

sector financiero. Freeland escribe: "La élite empresarial de Estados Unidos es una especie de recién llegado a esta comunidad transnacional [pero] el número de CEOs extranjeros y nacidos en el extranjero, aunque todavía es relativamente pequeño, está aumentando. El cambio es particularmente evidente en Wall Street; en 2006, cada uno de los ocho bancos más grandes de Estados Unidos estaba a cargo de un CEO nativo; hoy, cinco de esos bancos se mantienen, y dos de los sobrevivientes, Citigroup y Morgan Stanley, están dirigidos por hombres que nacieron en el extranjero" (2011: 9).

[6] A este respecto, existe un movimiento inverso a la asombrosa concentración que implica la descentralización del poder político/administrativo formal a los gobiernos locales, estatales, provinciales y municipales en muchos países de todo el mundo. Esta descentralización a menudo se lleva a cabo en nombre de una mayor democracia o autogobierno local. Sin embargo, sirve para facilitar el control del capital incluso en las localidades más pequeñas donde tienen lugar la producción y el consumo, y para disolver la responsabilidad del Estado nacional centralizado de atender los derechos colectivos y la reproducción social. Esto permite a las corporaciones trasnacionales eludir los Estados nacionales centrales e intensifica la competencia entre las comunidades locales. La creciente dictadura del capital trasnacional implica también un enorme aumento del control sobre los medios de producción intelectual, los medios masivos de comunicación, el sistema educativo y las industrias culturales, una penetración mucho más profunda y completa del capital y su lógica en las esferas de la cultura y la comunidad, de hecho, en el propio mundo de la vida.

[7] El ensayo original de Karl Kautsky fue publicado en la edición de septiembre de 1914 de Die Neue Zeit, reimpreso en

línea, <http://www.marxists.org/archive/kautsky/1914/09/ultra-imp.htm>. Como debería quedar claro en la discusión, mi posición también es bastante distinta de las hipótesis de un nuevo "capitalismo de alianzas" presentado, por ejemplo, por Dunning: 1997.

[8] Sobre estos detalles, véase Clegg y Kamall, 1998: 39-96 y también Park et al., 2002: 56-64.

[9] Si bien estas alianzas globales de servicios desmienten la afirmación de la competencia entre capitalistas nacionales en la dinámica de la industria global de las telecomunicaciones tampoco pueden entenderse en términos de competencia entre bloques regionales. "Estas alianzas globales de servicios (GSA) son estratégicamente distintas de las alianzas regionales de servicios (RSA) centradas en un área", observan Clegg y Kamall. "Las alianzas globales atienden la demanda de los clientes trasnacionales para la cobertura de la red global. Representan la respuesta trasnacional al mercado de demanda de clientes empresariales trasnacionales, mientras que los RSA se utilizan para ingresar a los mercados internos y regionales extranjeros" (1998: 85).

[10] Véase la discusión resumida en O'Brien, 2010.

[11] Véase Robinson, 2008, 2003; Baker, 2011; Hanieh, 2011: 81-106; Harris, 2009: 6-33; 2005: 7-27.

[12] Sobre la crítica de Prashad y mi respuesta, véase Prashad, 2012 y Robinson, 2012: 405-416.

[13] Véase Robinson, 2003a.

[14] Véase The Economist, 2009: 71.

[15] Sobre Irak, véaser Baker, 2011 y Hoyos, 2009: 9. Harris señala: "La competencia contemporánea no es simplemente un asunto interno entre intereses chinos rivales o entre Estados-nación, sino que incluye todos los lazos complejos con el capital transnacional que se ha esparcido por toda la economía. La

producción de exportación, el outsourcing a empresas locales, las inversiones internas y externas y las empresas conjuntas, todos actúan para vincular al capitalismo chino con la acumulación transnacional, integrando actores económicos privados y estatales con la CCT" (2009: 16-17).

[16] El caso mexicano es ilustrativo. En su estudio sobre la CCT en México, Alejandra Salas-Porras encuentra que la fracción orientada transnacionalmente de la comunidad corporativa y política mexicana se integró cada vez más en las redes corporativas regionales y globales desde 1980, y que los principales capitalistas transnacionales mexicanos se sientan en numerosos consejos de directores de corporaciones de otras partes del mundo. Señala: "Su destino [de estos capitalistas transnacionales mexicanos] depende cada vez más del desempeño de esas empresas en los mercados globales y no necesariamente del mercado mexicano. A medida que el mercado interno pierde interés estratégico para algunas corporaciones mexicanas, también pierden interés en la red corporativa y se interesan más en el entrelazamiento global" (Salas-Porras, 2012: 173).

[17] Éste ciertamente no es el primer estudio de este tipo; la literatura es bastante extensa. Dos trabajos que destacan en el desarrollo de mis propias ideas a este respecto son Barnett y Muller, 1976 y Barnett y Cavanagh, 1995. Véase también, Carroll, 2010, donde se discute lo que Carroll llama "red transnacional de política corporativa."

[18] Porcentajes consultados en The Economist, 2012b: 69.

[19] No puedo analizar aquí adecuadamente la migración laboral transnacional y los nuevos mercados laborales globales. Sin embargo, es importante señalar que, además de los aproximadamente 200-225 millones de trabajadores inmigrantes definidos como individuos que parten de su país de origen en

busca de empleo en otros países, existe una categoría relativamente nueva de "nacionales de terceros países" o NTP. Se trata de trabajadores reclutados por las divisiones de reclutamiento laboral de las empresas trasnacionales y, especialmente, de las compañías regionales subcontratadas por las corporaciones globales. Por ejemplo, un "ejército invisible de mano de obra barata" fue llevado a Irak por las compañías que ingresaron al país a raíz de la invasión estadunidense en 2003. Estos trabajadores fueron trasladados de Filipinas, India, Pakistán, Sri Lanka, Colombia, Turquía y otros países. David Phinney señala que las compañías subcontratadas que brindan mano de obra y otros servicios a las corporaciones trasnacionales, en Irak y en otros lugares, han experimentado un crecimiento explosivo. Los NTP constituyeron 35 000 de los 48 000 trabajadores empleados en Irak por KBR, una división de Halliburton que recibió contratos multimillonarios del gobierno de Estados Unidos para la reconstrucción y otros proyectos en el país ocupado. Estos NTP trabajaban en condiciones similares a la esclavitud. Phinney escribe: "Numerosos excontratistas estadunidenses que regresan a casa dicen que se impresionaron por las condiciones que enfrenta este ejército mayormente invisible pero indispensable de trabajadores mal pagados. Los NTP con frecuencia duermen hacinados en remolques y esperan en fila al aire libre con más de 100 grados de calor para comer 'bazofia'. Se dice que muchos carecen de atención médica adecuada y realizan trabajos forzados siete días a la semana, 10 horas o más por día, por poco o ningún pago de horas extras" (véase Phinney, 2005). Aunque uno recuerda las prácticas internacionales de reclutamiento laboral bajo el antiguo sistema colonial (y semicolonial), como el reclutamiento por parte de las empresas estadunidenses de mano de obra china "coolie" en el siglo XIX,

estas prácticas contemporáneas de reclutamiento laboral global tienen lugar bajo las condiciones del capitalismo global. Los NTP no son una aberración, sino la cara del nuevo proletariado trasnacional que se agrupa a lo largo de las cadenas de producción globales.

[20] Struna escribe: "En el sistema global, el capital variable está constituido transnacionalmente; el capital variable confronta al trabajador como algo literalmente ajeno, pero a la vez familiar. No importa que los salarios pagados a un trabajador provengan del capital de una región geográfica diferente de aquella en la que está empleado el trabajador –el mercado en el que las dos partes hacen contratos sigue siendo un mercado, aunque ahora trascienda las fronteras nacionales–. Tampoco importa que el trabajador conozca o no la fuente nacional de sus salarios (capital variable transformado): la relación en sí sigue siendo transnacional, incluso si no es evidente para una de las partes" (2009: 244).

[21] Hardt y Negri escriben: "La composición del proletariado ha cambiado y, por lo tanto, debe cambiar también nuestra comprensión del mismo [...] El hecho de que bajo la categoría de proletariado comprendamos a todos los explotados por y sujetos a la dominación capitalista no significa que el proletariado sea una unidad homogénea o indiferenciada. De hecho, está cortado en varias direcciones por diferencias y estratificaciones. Algunos trabajos son asalariados, otro no; algunos trabajos se restringen a las paredes de la fábrica, otros están dispersos por el ilimitado terreno social; parte del trabajo se limita a ocho horas diarias y cuarenta horas semanales, otra parte se expande hasta ocupar todo el tiempo de la vida; algunos trabajos tienen un valor mínimo, otros son exaltados hasta el pináculo de la economía capitalista [...] todas estas formas diversas de trabajo están de alguna manera sujetas a la

disciplina capitalista y a las relaciones de producción capitalistas. Este hecho de estar dentro del capital y sostener al capital es lo que define al proletariado como clase" (2000: 52-53). Como debería quedar claro de mi análisis, coincido en gran medida con la concepción ampliada de Hardt y Negri del nuevo proletariado global, pero no estoy de acuerdo en que el simple hecho de estar sujeto indirectamente, como afirman, a la explotación capitalista (ibid.: 52) califica a alguien como miembro del proletariado. Parecería que, en su concepción, un productor rural de pequeña escala que posee una parcela de tierra pero está atado a y explotado por el mercado capitalista es un proletario. Prefiero definir a la clase trabajadora global como todos aquellos que han sido despojados y no tienen nada que vender más que su fuerza de trabajo, que incluiría a los empleados y también a los desempleados, y así sucesivamente. La concepción más amplia para mí es la de clases populares, que incluye al proletariado global junto con otros grupos sociales y de clase sujetos directa e indirectamente a la explotación capitalista. Mi trabajo ha sido asociado a veces con el de Hardt y Negri. Si bien hay convergencias significativas, también hay divergencias importantes sobre su tesis del Imperio. El sociólogo Jeb Sprague ha discutido estas convergencias y divergencias en Empire, Global Capitalism and Theory: Reconsidering Hardt and Negri (2011: 187-207).

[22] Para una discusión, véase, el estudio clásico de Albert Szymanski Class structure: A critical perspective (1983), y varios trabajos de Eric Olin Wright, entre ellos, Classes (1994).

[23] Véase, entre otros, Steve Derne, 2008 y 2005: 177-186.

2. NOTAS SOBRE LOS APARATOS DEL ESTADO TRASNACIONAL

El problema fundamental de las ciencias sociales es descubrir las leyes [históricas] según las cuales cualquier estado de la sociedad produce el estado que le sucede y toma su lugar.
JOHN STUART MILL (1889: 595)

Cualquier comprensión de la crisis global requiere una investigación sobre cómo es posible la reproducción del capitalismo global –o, de hecho, si ésta es posible del todo–. Un examen de los mecanismos de esa reproducción implica el análisis de las instituciones en la sociedad global que la hacen posible, en la realidad o en teoría. ¿Cómo se institucionalizan las relaciones de clase del capitalismo global? ¿Cuáles son las estructuras de autoridad institucional y política del sistema? ¿Cómo podemos entender la constitución política de las clases dominantes en la sociedad global –en particular, la CCT–? ¿Cómo se organiza la CCT para imponer sus intereses en todo el mundo?

Las instituciones son interacciones sociales sistematizadas –es decir, institucionalizadas– mediante un sistema de normas y reglas aplicadas por distintos mecanismos coercitivos, mientras que las estructuras organizan conjuntos o matrices de instituciones. Por lo tanto, las prácticas sociales tienen lugar a través de instituciones, mientras que los grupos y las clases sociales se organizan a través de las instituciones; todas las relaciones sociales, salvo las totalmente casuales, están institucionalizadas. Una de las instituciones más importantes es el Estado. Las instituciones políticas han asegurado la

reproducción económica desde que los seres humanos se movieron más allá de las sociedades comunales. El surgimiento del Estado, conjuntamente con la aparición de excedentes significativos y la división de la sociedad en clases, constituye el momento político central en el desarrollo de las sociedades de clases. Existe, por lo tanto, una conexión interna históricamente constituida entre las formas del Estado y los procesos de producción que queremos analizar con respecto al capitalismo y su fase trasnacional.

Las teorías marxistas del Estado han observado que ni el sistema capitalista ni la relación capital-fuerza de trabajo que está en el centro de ese sistema pueden ser reproducidos solamente a través de las relaciones de mercado. El capitalismo requiere del Estado para asegurar su propia reproducción –de hecho, en opinión de muchos, el Estado capitalista surgió en función de la génesis inicial del capital–. Hay un debate de larga data en la sociología histórica y la economía política sobre los orígenes del Estado capitalista en el que no puedo ahondar aquí. En opinión sobre Wallerstein, los estados mercantiles impusieron las relaciones de producción capitalistas, mientras que desde mi punto de vista las relaciones de producción capitalistas emergentes repercutieron y transformaron la forma del Estado. En su ambicioso estudio teórico, el especialista en relaciones internacionales Hannes Lacher sostiene que la forma nacional particular del Estado capitalista es un legado histórico del desarrollo precapitalista (absolutista feudal) que posteriormente se convirtió en constitutivo de la existencia concreta del capital y fue internalizado en el sistema capitalista. Este punto de vista reafirma lo que he subrayado aquí: el carácter enteramente histórico y contingente de las formas estatales.[1] Sin embargo, el error de Lacher es asumir que, debido a que esta forma de Estado surgió

independientemente del capitalismo, continúa conservando cierta lógica independiente.[2]

Independientemente de sus orígenes particulares, esta conexión interna entre la forma del Estado y los procesos de producción significa, en palabras de Poulantzas, que "el campo político del Estado siempre ha estado, en diferentes formas, presente en la constitución y la reproducción de las relaciones de producción" (1980: 17), es decir, que el mercado no se autorregula y las contradicciones del sistema generan crisis que el Estado debe intentar resolver. Ésta es tanto una observación histórica y empírica como una proposición teórica. En su estudio clásico, The great transformation, Polanyi mostró cómo el mercado por sí solo desgarraría a la sociedad y haría inviable el capitalismo. Más recientemente, los científicos sociales de la "estructura social de acumulación", de la "regulación", y escuelas relacionadas, han señalado que, para citar a Jessop, el capitalismo requiere "modos suplementarios de reproducción, regulación y gobierno –incluidos aquellos proporcionados en parte a través de la operación del Estado".[3]

La literatura sobre globalización ha mantenido un debate poco útil sobre si el Estado-nación está disminuyendo en importancia o desapareciendo frente a los procesos globales. El Estado siempre ha sido indispensable para la reproducción del capital; al mismo tiempo, la sociedad capitalista y sus instituciones experimentan transformaciones continuas a medida que las condiciones materiales cambian y que los grupos y las clases sociales ejercen su agencia colectiva. El capitalismo es (y siempre ha sido) una relación social globalmente constituida. El Estado no es externo al capital y al capitalismo; es constitutivo de las relaciones sociales capitalistas, tanto teóricamente (lógicamente) como históricamente. El Estado ha estado atrapado en un proceso de

transformación en asociación con la reestructuración del capitalismo mundial. El cambio de época del capitalismo de Estado-nación al capitalismo trasnacional o global ha implicado el surgimiento de redes institucionales trasnacionales expansivas a las que me refiero como aparatos del ETN.

Mi formulación teórica original en 2001 sugirió que podemos conceptualizar un aparato de Estado trasnacional como una red laxa compuesta de instituciones políticas y económicas inter y supranacionales junto con aparatos del Estado nacional que han sido penetrados y transformados por fuerzas trasnacionales, y que aún no ha adquirido, y quizás no lo haga nunca, una forma centralizada. La formulación implicaba un triple argumento:

1] La globalización económica tiene su contraparte en la formación trasnacional de clase y en la emergencia de un ETN creado para funcionar como autoridad colectiva para una clase dominante global.

2] El Estado-nación no conserva la primacía ni desaparece, sino que se transforma y es absorbido dentro de esta estructura más amplia del ETN .

3] Este ETN emergente institucionaliza la nueva relación de clase entre el capital global y la fuerza de trabajo global, o las nuevas relaciones y las prácticas sociales de clase del capitalismo global (Robinson, 2001: 157-200).

Ampliando esta formulación, he aquí lo que afirmé en 2004 en Una teoría sobre el capitalismo global:

El ETN es una constelación particular de fuerzas y relaciones de clase ligada a la globalización capitalista y al ascenso de una CCT, materializada en un conjunto diverso de

instituciones políticas. Estas instituciones son los Estados nacionales transformados más diversas instituciones supranacionales, que sirven para institucionalizar la dominación de esta clase como la fracción hegemónica del capital en el mundo. Por consiguiente, sostengo que el Estado, como relación de clase, se está trasnacionalizando. Las prácticas de clase de una nueva clase dominante global están siendo "condensadas", para usar una imaginería de Poulantzas, en un ETN emergente. De acuerdo con Poulantzas, el Estado "es la condensación material específica de una relación de fuerzas entre las clases y las fracciones de clase" [cursivas en el original]. Lo que distingue a la CCT de las fracciones capitalistas nacionales o locales es que ella se vincula a la producción globalizada y administra circuitos globales de acumulación que le confieren una identidad y una existencia de clase objetiva, espacial y políticamente, en el sistema global, por encima de territorios y políticas locales. El ETN comprende aquellas instituciones y prácticas de la sociedad global que mantienen, defienden y posibilitan la hegemonía emergente de esta burguesía global y su proyecto de construir un nuevo bloque histórico capitalista global [...] El surgimiento de un ETN representa la reorganización del Estado en cada nación –por lo tanto, me referiré a los estados de cada país como Estados nacionales– e implica al mismo tiempo la aparición de instituciones económicas y políticas verdaderamente supranacionales. Estos dos procesos –transformación de los Estados nacionales y surgimiento de instituciones supranacionales– no se dan por separado ni se excluyen mutuamente. De hecho, son dimensiones paralelas del proceso de trasnacionalización del Estado. Lo central de mi argumento es que bajo la globalización el Estado nacional no "desaparece", sino que se transforma con respecto a sus funciones y se

convierte en un componente funcional de un ETN más amplio (Robinson, 2004a: 99-100).

Extrapolando estas afirmaciones anteriores, es importante subrayar que un aparato de ETN emergente no tiene y no necesita tener una forma centralizada como la desarrolló históricamente en las naciones modernas; puede existir tanto en las instituciones trasnacionales como en los Estados nacionales transformados. Tiene múltiples capas y múltiples centros, vinculando funcionalmente instituciones que tienen diferentes historias y trayectorias y que han estado ligadas a distintas estructuras y regiones, y no debe confundirse con la noción de un "Estado global" constituido. Los organismos trasnacionales como el FMI y la OMC han trabajado conjuntamente con los Estados nacionales para rearticular las relaciones laborales, las instituciones financieras y los circuitos de producción en un sistema de acumulación global. Lo crucial es el cambio del papel de los Estados nacionales para promover los intereses del proceso de acumulación global sobre el local. El ETN puede ser visto como un "conjunto institucional" o una red de instituciones laxamente unificadas en función de la globalización capitalista y los imperativos de su reproducción. El ETN no intenta controlar el territorio per se, sino garantizar las condiciones que permitan que el capital se acumule libremente en y a través de todos los territorios.

Esta noción de ETN es una abstracción analítica que nos permite dar sentido a las prácticas sociales trasnacionales que son fundamentales para modelar el capitalismo global y para el ejercicio del poder de clase por la CCT. Queremos explorar cómo las relaciones sociales se refractan en los procesos estatales, en las relaciones interestatales y estatales trasnacionales. Como mostraré más adelante en este y otros

capítulos, como concepto el ETN proporciona un gran poder explicativo sobre la dinámica global contemporánea, incluida la crisis. De hecho, mostraré cómo su poder explicativo es superior al de los enfoques Estado-nación/interestatales de las dinámicas del mundo contemporáneo. El capital global y la fuerza de trabajo global se enfrentan directamente en todo el mundo y a través de múltiples mediaciones institucionales que no pueden ser circunscritas a la narrativa obsoleta del Estado-nación y del sistema interestatal como lógica organizacional subyacente a través de la cual se efectúan estas mediaciones.

Mi teoría del ETN ha generado críticas variadas. La más frecuente es la acusación de que niego la importancia continua del Estado-nación y del sistema interestatal, a la cual respondí (entre otros lugares) en la introducción de este libro. El especialista en relaciones internacionales Kees Van der Pijl, que ha realizado importantes investigaciones sobre las relaciones trasnacionales de clase, afirma que el ETN como concepto aunque pretende denotar realidades concretas sigue siendo abstracto.[4] Relacionado con lo anterior, otros consideran que no puedo demostrar el funcionamiento real del ETN y, por lo tanto, su utilidad como concepto. El sociólogo Jason Moore estima que mis conceptos de CCT y ETN se basan en un “abstracto carente de lugar” mientras que el “momento global” del capital “depende de lugares particulares”. El economista William Tabb critica la teoría del ETN porque parece “privilegiar la lógica de clase y del capital por encima de la teoría del Estado”.[5] Estas acusaciones son típicas de la crítica académica de mi tesis sobre el ETN. He respondido en otro lugar a gran parte de estas críticas (véase, por ejemplo, la Introducción al presente estudio y las referencias citadas en el mismo).

En este capítulo y en el siguiente, quiero ampliar algunas de mis proposiciones con respecto a los aparatos del ETN a la luz de la crisis global. Al hacerlo, respondo a varios de mis críticos y demuestro por qué considero la perspectiva trasnacional sobre el Estado y la clase como superior en términos de su poder explicativo.

EL ESTADO TRASNACIONAL COMO PROMOTOR DE LA ACUMULACIÓN GLOBAL

El Estado como producto de las relaciones de clase

Las teorías críticas del Estado en el capitalismo plantean dos cuestiones relacionadas: 1] ¿Cómo representa el Estado los intereses de la clase capitalista?; 2] ¿por qué el Estado sirve a los intereses del capital? El "debate sobre el Estado" ha sido de larga data en las ciencias sociales y sigue estando inconcluso.[6] Sin embargo, hay tres observaciones estrechamente relacionadas que se extraen de la teorización marxista y neomarxista del Estado que son cruciales para mi conceptualización del ETN.

En primer lugar, el Estado tiende a promover los intereses de la clase capitalista porque la clase capitalista es dominante en la sociedad civil y en la economía política. El Estado surge de la configuración de las fuerzas sociales y de clase en la sociedad civil y expresa las relaciones de clase contenidas en ella. El capitalismo, o más específicamente las relaciones de producción capitalistas, o la relación capital-fuerza de trabajo, dan lugar a un Estado capitalista como relaciones de clase institucionalizadas.[7] Las formas estatales evolucionan en consonancia con la evolución del capitalismo mundial y las formas particulares del Estado capitalista son históricas. Los enfoques existentes, en la medida en que postulan el sistema Estado-nación como una característica ontológica del capitalismo mundial, corren el riesgo de cosificar el Estado-nación. El Estado no tiene una forma independiente de las constelaciones de clase y fuerzas sociales que configuran el

Estado. Las categorías lógicas no pueden subsumir la historiografía. El Estado-nación es completamente histórico, una forma histórica del capitalismo, no inmanente y no derivado de la lógica del capitalismo, sino de la historia particular del capitalismo mundial. La cosificación de las categorías conduce a análisis realistas del poder del Estado y del sistema interestatal. El supuesto realista subyacente es que los estados tienen intereses particulares y compiten entre sí a través del sistema internacional en pos de esos intereses. El realismo organizacional que predomina en los estudios de las relaciones internacionales y de la política mundial mantiene una concepción territorial/geográfica del Estado que no puede dar cuenta de los procesos trasnacionales asociados con la globalización. ¿Por qué, por ejemplo, el Estado de Estados Unidos promovería el desplazamiento al extranjero de capital basado en Estados Unidos? ¿Por qué el Estado de Estados Unidos propuso en 2012 un pacto comercial entre Estados Unidos y ocho naciones del Pacífico que permitiría a las corporaciones extranjeras que operan en territorio estadunidense apelar regulaciones clave ante un tribunal internacional que tendría el poder de invalidar la ley de Estados Unidos? ¿Por qué los Estados, en términos más generales, desregularían los mercados financieros nacionales y otros mercados si esto produce la fuga de capitales y la contracción, a veces drástica, de la base tributaria del Estado nacional?

Lo que me interesa aquí son dos problemáticas paralelas. La primera es la concepción weberiana contra la concepción marxista del Estado.[8] La concepción de Weber reifica al Estado como una "cosa", una entidad con existencia independiente expresada en un conjunto de instituciones y en los funcionarios o cuadros que administran estas instituciones. La marxista ve

al Estado como un conjunto de relaciones de clase y de poder social institucionalizadas. La segunda problemática es la separación de lo económico y lo político bajo el capitalismo. Esta separación se toma como natural u orgánica en la ideología liberal y en la sociología weberiana; las estructuras política y económica son vistas como esferas separadas, cada una con sus propias leyes y dinámicas innatas, donde la primera busca poder y la segunda riqueza.

En los enfoques histórico-materialistas, esta separación formal o aparente de las esferas política y económica de una totalidad social más amplia bajo el capitalismo no es real; es ilusoria. Se basa en las relaciones de producción capitalistas que implican una diferenciación de las formas política y económica del poder. La diferenciación analítica entre las estructuras o esferas política y económica corresponde a su separación institucional bajo el capitalismo. La economía se convierte en una esfera "privada" en la que el poder de expropiar el producto social, de extraer plusvalía, ha sido privatizado y las personas son decididamente desiguales y subordinadas al mercado. Esta esfera económica es separada de la esfera "pública" y parece relacionarse externamente más que internamente con la esfera "pública" del Estado, en la cual las personas son ciudadanos jurídicamente iguales. Bajo el capitalismo uno no vota por quién será dueño de qué o cómo se distribuye la propiedad; esas relaciones materiales (económicas) se eliminan de la esfera pública. Además, la esfera pública no está directamente implicada en la apropiación privada del producto excedente. Sin embargo, el Estado se encarga de organizar las condiciones generales de la acumulación, pues su existencia depende de la reproducción de las relaciones de producción capitalistas, o de la relación capital-fuerza de trabajo. El Estado ejerce su autonomía frente a las directivas

de los capitalistas como individuos, como grupos o como fracciones, pero no es autónomo de esas relaciones. En esto radica la unidad subyacente de la política y la economía, así como la separación institucional de las esferas política y económica –separación que es consecuencia del establecimiento de las relaciones de producción capitalistas.[9]

Esta separación se expresa como separación entre lo "público" y lo "privado", lo primero considerado como el Estado propiamente dicho o lo que Gramsci denominó "sociedad política", y lo segundo como lo que Gramsci llamó "sociedad civil". En su ensayo "Estado y sociedad civil", Gramsci critica la concepción del Estado desarrollada por los ideólogos de la sociedad capitalista como derivado de la separación de la política y la economía y "concebido como una cosa en sí, como un absoluto racional" (1971: 210-276, 117, 12-13). Ello da lugar, según Gramsci, a una concepción cosificada o fetichista, en la que los individuos "son llevados a pensar que por encima de ellos existe una entidad fantasmagórica, la abstracción del organismo colectivo, una especie de divinidad autónoma, que no piensa con la cabeza de un ser específico, pero no obstante piensa, que no se mueve con las piernas determinadas de una persona, pero no obstante se mueve." Gramsci criticó esta visión del Estado como "cosa en sí", como una entidad por cuenta propia en la sociedad política, como "estadolatría". En cambio, el Estado "es todo el conjunto de actividades prácticas y teóricas con las cuales la clase dirigente no sólo justifica y mantiene su dominio, sino también logra obtener el consenso activo de los gobernados" (ibid.: 244, 268-269). Aquí el Estado se convierte en Estado "integral" o "ampliado", en la fórmula de Gramsci, englobando la sociedad política más la sociedad civil, una concepción destinada a superar el dualismo ilusorio de lo político y lo económico.

Como veremos en el capítulo siguiente, la noción dualista de clase/capital y Estado refleja el dualismo subyacente de lo económico y lo político, o como se plantea en la literatura sociológica y de las relaciones internacionales, de "Estado y sociedad" o "estados y mercados" formulaciones que no logran captar la manera en que las relaciones de clase configuran el Estado y que ven a éste como un actor amalgamado o macroagente. Como observa Jessop, una guía metodológica clave en la formulación de una concepción marxista del Estado es el rechazo a todos los intentos de establecer una distinción entre "poder de Estado" y "poder de clase" (Jessop, 1982). En términos más teóricos, el concepto de Estado capitalista no puede equipararse con la forma histórica del Estado nacional, sino más bien con la separación de la reproducción capitalista en procesos económicos y políticos. Queremos preguntar, ¿cuál es la relación entre lo económico y lo político bajo el capitalismo global? ¿Qué pensamos sobre la gestión política –o gobernación– del capitalismo global? ¿Cómo entendemos el ejercicio de la dominación política en relación con las instituciones disponibles para los grupos dominantes y los conjuntos de relaciones históricas cambiantes entre las fuerzas sociales en el Estado ampliado?

En segundo lugar, el Estado no es una "cosa" sino una relación; relaciones de clase representadas como un conjunto de relaciones, luchas y prácticas sociales de poder institucionalizadas.[10] El Estado en el capitalismo es un Estado capitalista o la institucionalización de la relación capital fuerza de trabajo.[11] Esto quiere decir que el capitalismo tendría que ser reemplazado –la lógica de la acumulación de capital tendría que estar subordinada a la lógica social, o el valor de cambio al valor de uso– para que el Estado dejara de ser capitalista. Como relación de clase, la manera en que se institucionaliza el

Estado y mediante qué patrones es un asunto histórico y contingente a los episodios de lucha que tienen lugar entre las fuerzas sociales y de clase. Esto significa, entre otras cosas, que la relación entre el capital y el Estado no es externa. Veremos en el capítulo siguiente la falacia de suponer que el Estado y el capital están en una relación externa entre sí. Si queremos estudiar la naturaleza del Estado, debemos analizar la constelación de fuerzas sociales y de clase en períodos históricos particulares y, más específicamente, cómo estas fuerzas que actúan dentro y fuera de los estados y, más en general, conjuntos de instituciones, participan como agentes históricos colectivos.

El poder de clase en el capitalismo reside en las relaciones de producción (o relaciones de propiedad) capitalistas y en los consiguientes procesos políticos, sociales, culturales e ideológicos que ayudan a reproducir y legitimar estas relaciones. La hegemonía se forja en la sociedad civil. El poder social, en primera instancia, fluye "hacia arriba" al Estado, donde es institucionalizado y después reproducido como poder del Estado que fluye "hacia abajo" a la sociedad. El poder de clase de la CCT está anclado en las relaciones de producción capitalistas globales, en su dominio sobre los recursos del mundo, sobre los mercados y los medios de producción globales, y las industrias globales de medios de comunicación y de cultura. Éste es el punto de partida para poder comprender el ETN.

En tercer lugar, el Estado sirve a los intereses del capital tanto por la manipulación instrumental directa e indirecta del aparato estatal por parte de los capitalistas y sus agentes y aliados, como por la dependencia estructural que tiene el Estado del capital. De los debates teóricos sobre el Estado en los años sesenta y principios de los setenta surgieron dos

concepciones muy distintas, aunque no necesariamente incompatibles, sobre cómo y de qué manera (a través de qué mecanismos) el Estado representa realmente los intereses de los grupos dominantes. Una sostuvo que el Estado era "instrumentalizado" directamente por los representantes de los grupos dominantes con el fin de moldear las políticas de acuerdo a sus intereses. La otra sostuvo que los grupos dominantes no necesariamente instrumentalizan directamente al Estado, sino que la misma estructura de la sociedad capitalista obligaba al Estado a implementar políticas que promovieran los intereses de estos grupos dominantes. Esto se conoció como el debate "instrumentalismo contra estructuralismo". Una de las ideas clave que surgiría de este debate fue el concepto de "autonomía relativa del Estado", desarrollada sobre todo por Poulantzas (1968). Lo que se quiere decir con esto es que incluso si interpretamos que el Estado es un instrumento que sirve a los intereses de grupos y clases particulares, no existe necesariamente una manipulación directa del Estado para el cumplimiento de estos intereses. Es decir, el Estado puede actuar con autonomía en relación con los diferentes grupos de la sociedad. Esto no significa, sin embargo, que exista una lógica estatal independiente de la sociedad y de la composición de las fuerzas sociales en ella.

En Poulantzas, el poder estatal es la capacidad de una clase social para realizar sus intereses objetivos a través del aparato estatal. Las instituciones estatales no son simplemente repositorios del poder estatal, en la lectura de Poulantzas, sino canales estructurales para la realización del poder de clase. Esta lectura estructural del Estado nos brinda información importante sobre la dinámica de la clase y el poder en el sistema global, especialmente sobre la separación del poder estatal del aparato estatal, en la medida en que los aparatos del

ETN no tienen poder per se como instituciones, sino que simplemente canalizan el poder social que se constituye en las relaciones de producción globalizadas. Es decir, no es que los funcionarios del ETN determinen la naturaleza de clase del ETN. Es la búsqueda por parte de la CCT de sus intereses de clase a través de los aparatos del ETN lo que le da a éste su carácter de clase.

Aquí resulta crucial la noción del poder estructural del capital trasnacional. El poder de clase de la CCT se constituye sobre la base de la expansión extensiva e intensiva del capitalismo de los últimos decenios, de la naturaleza más plena y completamente capitalista del sistema capitalista mundial, y del control y la dominación sin precedentes que ejerce el capital trasnacional sobre los medios de producción globales y sobre la fuerza de trabajo global. Pero este poder de clase se ejerce a través del ETN. Las corporaciones globales no podrían reproducir su control si no fuera por los aparatos estatales nacionales que garantizan los derechos de propiedad, la mediación y el control social, y la apertura de los territorios nacionales a las CTN. La CCT no podría ejercer su poder de clase si el FMI no impusiera ajustes estructurales a los países, si el Banco Mundial no condicionara sus préstamos a la reforma de las leyes laborales para flexibilizar a los trabajadores, si la OMC no impusiera la liberalización del comercio mundial, etc. En la medida en que el ETN crea, mantiene y restaura tales condiciones para la acumulación global de capital, es un Estado capitalista trasnacional.

Las instituciones del ETN no son en abstracto un repositorio del poder estatal trasnacional. Más bien, deben ser vistas como una red que provee canales estructurales a través de los cuales la CCT y sus agentes políticos intentan ejercer su poder de clase. La CCT y las élites trasnacionales han podido

instrumentalizar las instituciones ETN y han podido hacerlo porque tienen detrás de ellas el poder estructural del capital trasnacional y de los mercados globales sobre el poder directo de los Estados nacionales y sobre las clases populares. El funcionamiento fiscal de los Estados nacionales depende de la economía capitalista global, específicamente de los mercados financieros globales, y la legitimidad del Estado nacional depende de estas mismas fuerzas del mercado global. Esta dependencia –es decir, el poder estructural del capital trasnacional– no se limita a los países del Sur; el gobierno de Estados Unidos depende del capital financiero trasnacional tanto como los países del Sur. Ernest Mandel observó hace mucho tiempo que la dependencia de los estados con respecto a los mercados financieros para su financiamiento es "una cadena de oro" entre el Estado y el capital (Mandel, 1978). En la era de la globalización, esta "cadena de oro" es entre los Estados nacionales y el capital trasnacional.

La movilidad global del capital bajo la globalización, especialmente su capacidad para mover dinero casi sin fricción y de manera instantánea a través de los circuitos de los mercados financieros integrados globalmente, ha permitido extender el mecanismo de la fuga de capitales, o su poder de "veto" o "huelga", al planeta en su conjunto. Este poder se multiplica varias veces hasta el punto de que la economía global se financiariza y los activos materiales se titularizan y pueden ser negociados como instrumentos financieros. Este mecanismo es, en el contenido, el poder de clase del capital trasnacional sobre el de las clases populares en todo el mundo. Es un poder de clase que se ejerce, en la forma, sobre el poder directo de los Estados nacionales. Es crucial destacar "en la forma" porque el poder trasnacional reside dentro de cada Estado nacional, no es externo a él; el Estado nacional es parte

de un aparato de ETN más amplio. Este poder de clase del capital trasnacional no podría ejercerse fuera del poder estatal del ETN.

Por lo tanto, el ETN es un Estado capitalista trasnacional porque su propia reproducción depende de la reproducción de los circuitos de la acumulación trasnacional. Esto es así para la mayoría de los órganos que conforman la red del ETN, en particular, los Estados nacionales están conectados en red a foros internacionales más grandes, como los organismos de las Naciones Unidas, el G20, el FMI y el Banco Mundial. Pero también es cierto, en un sentido más amplio, que los Estados nacionales individuales, en la medida en que los países en cuestión están integrados en los circuitos del capital global, deben fomentar la acumulación dentro de sus fronteras para reproducirse ellos mismos y las formaciones sociales dentro de sus jurisdicciones territoriales. La competencia entre los Estados nacionales para atraer y retener capital trasnacionalmente móvil es una dinámica política importante en el sistema global. En la medida en que las instituciones inter y supranacionales promueven dicha competencia –"estados competitivos"– promueven las condiciones favorables al capital trasnacional y actúan como agentes del capitalismo global. Esta competencia, además, sirve para justificar la imposición a las clases trabajadoras nacionales de las medidas de austeridad, desregulación y desindicalización. Sin embargo, debemos recordar que las estructuras de poder trasnacionales están compuestas dentro de cada nación por fuerzas sociales concretas que forman parte material y políticamente de un bloque de poder trasnacional emergente.

Pero el análisis estructuralista del Estado tiene limitaciones. Análisis estructural y estructuralismo no son términos equivalentes. El estructuralismo se identifica generalmente con

el enfoque desarrollado por Louis Althusser y reduce a la acción humana como "portadora de estructuras".[12] La teleología del enfoque clásico del estructuralismo estatal en la que los efectos explican las causas refleja un defecto más general del estructuralismo: su negación de la agencia y del papel de las fuerzas sociales en lucha como agentes históricos que dan forma y reforman las estructuras que han creado. No hay instituciones y estructuras que no estén mediadas por la agencia histórica. Las estructuras no están predeterminadas y son contingentes. Los enfoques estructuralistas reemplazan la dialéctica de estructura y agencia por una determinación unilateral de las estructuras. No hay dicotomía entre las determinaciones estructurales y las de la agencia histórica. La agencia concebida como separada de la estructura reduce a las clases y a los grupos sociales a las relaciones interpersonales voluntarias –una visión conspirativa y estrictamente contingente del mundo.

Sin embargo, concebir la estructura separada de la agencia es una cosificación. Las estructuras institucionalizan los patrones de la interacción social –incluyendo las relaciones de poder material e ideológico involucradas en esa interacción– dentro de los límites establecidos por la naturaleza y los generados por los agentes colectivos. La estructura opera "a espaldas" de los agentes y a menudo contraviene las intenciones de los agentes más poderosos generando consecuencias no deseadas de la acción social. El colapso del sistema financiero global en septiembre de 2008 fue un resultado estructural no deseado. Sin embargo, ese resultado fue producto de múltiples agencias colectivas, como la actividad especulativa de los inversionistas que buscan obtener beneficios. La respuesta del Estado a las necesidades de la reproducción capitalista no está garantizada ni es automática o

inmediata (como se asume en los enfoques funcionalistas). Es tarea del análisis social identificar los procesos de mediación a través de los cuales las agencias colectivas identifican sus circunstancias y emprenden acciones sobre esa base. Nuestro enfoque debe centrarse en la manera en que las relaciones y los procesos sociales se manifiestan a través de las instituciones –incluyendo los estados– que son creadas y recreadas constantemente por agentes colectivos, incluso si esas instituciones tienen a su vez un efecto recursivo en el desarrollo de las fuerzas sociales. De particular importancia es el papel de los intelectuales orgánicos –académicos, periodistas, políticos carismáticos, funcionarios técnicos, etc.– como agentes clave que median entre los niveles económico, político y cultural-ideológico.

Las lecturas derivacionistas del Estado en los años setenta y ochenta que enfatizaron las "lógicas del capital y la lucha de clases" colocaron de nuevo la agencia y las contradicciones del capitalismo en las teorías estructuralistas, incluyendo la observación de que no hay garantía en que el Estado pueda asegurar la estabilidad y la reproducción del capitalismo a largo plazo.[13] Escribiendo a finales de los años setenta y los ochenta, la escuela derivacionista propuso cuatro fases o formas estatales en el desarrollo histórico del capitalismo: 1] una forma de "Estado absolutista" como un Estado centralista fuerte capaz de someter a las clases dominantes precapitalistas (en mi lectura, correspondiente a la era mercantil); 2] una forma de "Estado capitalista competitivo" que asume la función de mantener el orden público y adjudicar las transacciones del mercado (en mi lectura, correspondiente a la era del capitalismo competitivo); 3]una forma de "capitalismo de Estado" de un Estado más intervencionista que asume algunas actividades privadas y promueve activamente la acumulación

(en mi lectura, correspondiente a la era del capitalismo corporativo nacional de fines del siglo XIX hasta el siglo XX); 4] una forma de "capitalismo mundial" en la que la internacionalización produce una crisis para los estados que deben defender el capital nacional y, al mismo tiempo, adoptar políticas favorables al capital internacional. En vísperas de la globalización y anticipando una forma de ETN, Picciotto y Radice sugirieron que la crisis del Estado sólo puede ser resuelta mediante la creación de federaciones trasnacionales e instituciones internacionales, ya que el capital trasnacional requiere unidades estatales cada vez más grandes para llevar a cabo las funciones políticas y económicas esenciales de la acumulación de capital.[14]

El ETN como promotor de la acumulación global

De la misma manera que el Estado nacional es visto como garante de las condiciones generales de la acumulación a nivel nacional, el ETN intenta asegurar las condiciones generales de la acumulación a nivel de la economía global. El capitalismo no podría funcionar si lo político y lo económico no estuvieran formalmente separados porque, por definición, la toma de decisiones económicas bajo el capitalismo recae sobre los detentadores de la propiedad, lo cual excluye por definición a la masa de trabajadores asalariados, pero también impide que el Estado ejerza autoridad sobre la producción o la controle. El Estado se reduce a ser inductor de la acumulación privada. A raíz de la crisis de reestructuración de los años setenta, el Estado nacional encontró cada vez más difícil realizar esta función. A medida que el capital se volvía global, los esfuerzos del Estado nacional para inducir la acumulación trasnacional convergían con la transformación de las instituciones

internacionales y supranacionales existentes, como las de Bretton Woods y las organizaciones pertenecientes al sistema de las Naciones Unidas, y la creación de nuevas instituciones como la OMC y la Unión Europea (UE). Estas diversas instituciones se unirían cada vez más en torno a la tarea de generar las condiciones para la acumulación trasnacional y abrir los mercados globales. El ETN genera las condiciones jurídicas y políticas para la valorización y la acumulación global de capital a través de numerosos mecanismos, que van desde el levantamiento de las restricciones nacionales a la circulación transfronteriza de capital hasta la imposición a los países de nuevas leyes laborales, la privatización de los bienes estatales y públicos, la negociación de acuerdos de libre comercio que desplazan a los campesinos y los convierten en proletarios, desmantelando las cooperativas y la tenencia colectiva de la tierra que evitan que sea mercantilizada, etc. (Robinson, 2004a). La CCT y sus agentes utilizan los aparatos del ETN al mismo tiempo que estos aparatos organizan a la CCT.

Dicho en otros términos, el Estado debe tener la capacidad de mantener al capital privado en movimiento de acuerdo con las condiciones imperantes y las oportunidades organizacionales y políticas. Ésta es precisamente la capacidad que el ETN ha venido desarrollando, si bien no en la misma medida o de la misma manera en que los Estados nacionales la han desarrollado históricamente. Una de las formas en que el ETN exhibe estas capacidades es la promoción (imposición) de los programas de ajuste económico que generan en los países "ajustados" las condiciones macroeconómicas necesarias para que el capital trasnacional acumule dentro y fuera de sus fronteras. Otra es la creación del entorno global necesario para que funcione la economía global, que incluye acuerdos de libre comercio, derechos de propiedad intelectual, intervenciones

militares, mecanismos de arbitraje multinacional, etc. El ETN busca activamente fomentar la confianza de los inversionistas en la economía global, responder a las crisis que generan inestabilidad y socavan el acceso a recursos y mercados, y promover la uniformidad de las políticas. El exsecretario general de la ONU, Kofi Annan, observó en un discurso ante el Foro Económico Mundial que "la empresa de las Naciones Unidas involucra a las empresas del mundo". Merece la pena citar a Annan en extenso:

El establecimiento de normas técnicas en ámbitos como la aviación, el transporte marítimo y las telecomunicaciones constituye la base misma de las transacciones internacionales [...] Nuestros esfuerzos para erradicar la pobreza crean nuevos mercados y nuevas oportunidades de crecimiento. Nuestras operaciones de mantenimiento de la paz y de socorro de emergencia en naciones devastadas por la guerra traen la estabilidad necesaria para recuperar el camino hacia el desarrollo de largo plazo. Nuestros esfuerzos incansables por construir sociedades basadas en el imperio de la ley promueven la coherencia regulatoria y el cambio pacífico. También ayudamos a los países a unirse al sistema comercial internacional y promulgar una legislación favorable a las empresas [...] Crear riqueza, que es la experiencia de los negocios, y la promoción de la seguridad humana en el sentido más amplio, principal preocupación de la ONU, son metas que se refuerzan mutuamente. Los mercados prósperos y la seguridad humana van de la mano [...] Los mercados no funcionan en el vacío. Más bien, surgen de un marco de normas y leyes, y responden a las señales establecidas por los gobiernos y otras instituciones. Sin reglas que rijan los derechos de propiedad y los contratos; sin la confianza basada en el imperio

de la ley; sin un sentido general de dirección y un grado justo de equidad y transparencia, no podría haber un buen funcionamiento de los mercados, internos o globales. El sistema de las Naciones Unidas proporciona ese marco global, un conjunto acordado de normas y objetivos que gozan de aceptación mundial. Una ONU fuerte es buena para los negocios (1998: 24).

Otra rama de las Naciones Unidas, la Conferencia de las Naciones Unidas sobre Comercio y Desarrollo, o Unctad, preparaba, en el siglo XXI, guías de inversión para los conglomerados globales con el fin de que pudieran tener "información comparativa sobre las oportunidades de inversión" en el Sur global (Prashad, 2007: 240-241). Y la Corporación Financiera Internacional del Banco Mundial ha creado fondos de capital para inversionistas globales, en los que el Banco actúa como "conector global", en palabras del expresidente del Banco Mundial, Robert Zoellick (2010), vinculando a inversionistas que buscan altos retornos con oportunidades de inversión en todo el mundo.

Recíprocamente, la CCT ejerce su poder de clase a través de los aparatos del ETN. La Cámara de Comercio Internacional (CCI), tal vez la principal asociación empresarial trasnacional, desarrolla programas en conjunto con agencias de la ONU para la liberalización y la reforma de libre mercado en todo el mundo. Al hacerlo, impone su poder de clase a través de las instituciones del ETN. En 1998, por ejemplo, la oficina del secretario general de la ONU firmó un comunicado conjunto con la Cámara de Comercio Internacional declarando que la ONU y la CCI "forjarían una estrecha alianza global para asegurar una mayor contribución de las empresas a la toma de decisiones económicas del mundo" y buscarían establecer "un

marco regulador eficaz para la globalización". El sitio web de la CCI explica que la Cámara "ha creado el Grupo Asesor del G20, compuesto por líderes empresariales y directores ejecutivos de las principales corporaciones globales, para dirigir eficazmente el desarrollo de las políticas del G20 a escala global":

En este contexto, la labor del G7/G8 ha sido un punto focal natural de la CCI para promover un comercio global robusto y sin restricciones y garantizar que las políticas gubernamentales se ajusten a los objetivos centrales del comercio abierto y la inversión, el crecimiento económico y la creación de empleo. Desde la Cumbre del G8 de Houston en 1990, el presidente de la CCI ha sido recibido por el jefe de Estado anfitrión del G8 – lo que nos permite presentar recomendaciones de política en nombre de las empresas del mundo–. [Más recientemente] el trabajo del G20 es un centro de coordinación natural para la administración de la política internacional única de la CCI –y presenta una oportunidad para que las empresas globales establezcan un mecanismo duradero para comprometerse con los gobiernos del Grupo de los 20 y proporcionar aportes regulares al proceso de políticas del G20.[15]

Más allá del G8 y el G20, la CCI "ha participado en una amplia gama de actividades con las Naciones Unidas, la Organización Mundial del Comercio, la Organización Mundial de la Propiedad Intelectual y muchos otros órganos intergubernamentales". Ha representado a las empresas en los principales foros globales, como la Cumbre Mundial sobre el Desarrollo Sostenible, la Convención Marco de las Naciones Unidas sobre el Cambio Climático y el Foro de Gobernanza de Internet.

La CCI, como organización empresarial mundial, tiene una estrecha relación de trabajo con la OMC, apoyando su trabajo en el comercio. En 2011, la CCI lanzó la Agenda para el Comercio Mundial, una iniciativa que propone que las empresas colaboren con los gobiernos para impulsar conversaciones comerciales más eficaces, respondiendo a un llamado de los líderes del G20 para nuevos enfoques [...] la CCI también participa en el Grupo de Expertos sobre Financiamiento al Comercio de la OMC, que se ha convertido en un importante foro durante las crisis económicas, celebrando reuniones periódicas con socios de los bancos comerciales, la Unión de Berna, los bancos regionales de desarrollo y otros organismos multilaterales de crédito a la exportación y organismos especializados.[16]

Abundan ejemplos como este sobre el papel que desempeña el ETN en la creación de oportunidades de inversión para las CTN.[17] Nos encontramos ante una fusión funcional de los órganos del ETN con las CTN y las asociaciones empresariales en el desarrollo y la implementación de políticas. Esto parece ser una característica estructural del capitalismo global, que refleja la relación que se desarrolló entre el Estado y el capital a nivel del Estado-nación. Es a través de un aparato de ETN que las élites globales intentan convertir el poder estructural de la economía global en autoridad política supranacional. Los cuadros del ETN utilizan este poder estructural para imponer las relaciones capitalistas globales, incluidos los préstamos y las calificaciones crediticias. El ETN es en este sentido una palanca para el flujo de inversión trasnacional. Los Estados nacionales centrales o “duros”, como componentes de un aparato de ETN más grande, desempeñan un papel clave en la reestructuración global. Las fracciones trasnacionales entre los

grupos dominantes pueden usar estos estados centrales para moldear las estructuras trasnacionales. Esto nos ayuda a comprender el papel preponderante del Estado nacional de Estados Unidos en la promoción de la globalización capitalista (de lo cual tendré más que decir en el próximo capítulo).

Así como el Estado nacional capitalista se presenta él mismo como el representante de los intereses generales del pueblo y de la nación, los órganos clave del ETN se presentan ellos mismos como instancias universalizadoras que representan los intereses comunes de la humanidad promoviendo el desarrollo, defendiendo los derechos humanos, resolviendo conflictos, y así sucesivamente. Sin embargo, programas como el microfinanciamiento del Banco Mundial, los préstamos del FMI para ajuste estructural, el Pacto Mundial de la ONU, los Objetivos de Desarrollo del Milenio o las operaciones de mantenimiento de la paz –sin mencionar la invasión de Irak dirigida por Estados Unidos (véase el capítulo siguiente)– buscan generar las condiciones sociales y políticas generales que permitan que prosiga la acumulación global. El ETN, en la medida en que promueve las condiciones para un mercado globalmente integrado y los circuitos globalizados de acumulación, puede imponer la "voluntad general del capital" a la sociedad global. Si la forma nacional del Estado, tal como es concebida en las teorías marxistas del Estado y de las relaciones internacionales prevalecientes, implica que el Estado sólo puede constituir el "interés general" del capital sobre bases nacionales, entonces la emergente forma trasnacional del Estado es la que intenta lograr este "interés general" –presentado como los intereses comunes de la humanidad– a escala global.[18]

Los Objetivos de Desarrollo del Milenio de la ONU, por ejemplo, se promulgaron con gran alarde en el año 2000 en la

Cumbre del Milenio de las Naciones Unidas y con la participación de los llamados representantes de la sociedad civil. Los Objetivos de Desarrollo del Milenio establecen un conjunto de ocho objetivos de desarrollo para 2015, entre ellos: reducir a la mitad la proporción de personas que viven en pobreza extrema y que sufren hambre; educación primaria universal; reducir en dos tercios la tasa de mortalidad de los niños menores de cinco años y en tres cuartas partes la tasa de mortalidad materna, detener y hacer retroceder la incidencia de las principales enfermedades, promover la igualdad de género y el empoderamiento de la mujer, etc. Sin embargo, la receta propuesta para lograr estos nobles objetivos se basó en una privatización más profunda de los sistemas de salud y educación, mayor desregulación estatal del mercado, mayor liberalización del comercio y más ajustes estructurales, así como la conversión de las tierras agrícolas en propiedad privada comercial –en otras palabras, una intensificación del mismo desarrollo capitalista que ha generado las condiciones sociales a ser erradicadas.[19]

El ETN se ocupa del problema de la cohesión de la sociedad global y de las prácticas políticas e ideológicas necesarias para lograr esa cohesión. Muchos de los programas de instituciones trasnacionales, como la ONU o el G8 y el G20, buscan desarrollar foros para generar consenso y soluciones colectivas a los problemas que amenazan la estabilidad y la reproducción del sistema capitalista global. Poulantzas siguió de cerca la noción de Gramsci de hegemonía al desarrollar su concepto de bloque de poder. En tal bloque los intereses de las clases dominantes se constituyen en "interés general", de modo que las luchas corporativas se trasladan a un supuesto plano universal y se asegura la unidad de la clase dominante mediante una alianza de clases y fracciones en la que una –en

este caso la CCT– es dominante. El Estado es el organizador político del bloque de poder, y Poulantzas llamó al conglomerado de clases cuyos intereses políticos son defendidos por el Estado, "bloque de poder". El bloque de poder se compone de varias fracciones de la clase capitalista, así como de otras clases o fracciones de clase económicamente poderosas, como la aristocracia terrateniente, elementos de la pequeña burguesía, etc. En la sociedad capitalista global, la CCT es la fracción dominante de las clases capitalistas de todo el mundo e incluye en el bloque de poder a los capitalistas locales, a los terratenientes urbanos y rurales, a los funcionarios estatales y otras élites de orientación trasnacional, y a las capas medias de alto consumo. Volveré en breve a la cuestión del bloque de poder trasnacional.

El ETN como organizador de la CCT

Las élites corporativas y político/institucionales globales, ¿constituyen una clase dominante coherente, algo distinto a una aglomeración laxa de grupos? Las élites corporativas son incapaces de organizarse por sí mismas como actores de clase coherentes, más allá de la búsqueda de ganancia inmediata, es decir, más allá de las estrategias individual y corporativa de acumulación. Teniendo en cuenta la diferencia entre capitales particulares y capital en general, lo que nos interesa es la manera en que se organizan los capitales particulares y cómo forman parte del capital en general a través de diversas mediaciones y articulaciones, y especialmente a través del Estado.

Una de las contradicciones fundamentales del actual orden global es que una economía en proceso de globalización se desenvuelve dentro de un sistema de autoridad política basado

en el Estado-nación. Esto plantea grandes desafíos tanto para las clases populares como para los grupos dominantes. Para las clases populares, el reto es cómo trasnacionalizar la lucha social y de clases; cómo acumular, más allá de las fronteras nacionales, el poder de clase necesario para desafiar al capital global. Para los grupos dominantes el desafío es cómo desarrollar los instrumentos y las instituciones que permitan estabilizar el capitalismo global a través de los distintos conjuntos de procesos instrumentales, de supervisión y regulatorios que antes eran más efectivos a nivel de Estado-nación. En parte, el ímpetu para desarrollar aparatos de ETN viene de arriba como un esfuerzo para asegurar los instrumentos de gobierno, o dominación, y los mecanismos para estabilizar el volátil orden global.

Pero si la incapacidad del ETN para imponer coherencia y regulación sobre la acumulación trasnacional es debida en parte al subdesarrollo de los aparatos de ETN –en particular, al problema de las múltiples jurisdicciones y la falta de capacidad de ejecución–, también se debe a la vulnerabilidad de la CCT como grupo de clase en términos de su propia desunión y fraccionamiento internos y su búsqueda ciega de acumulación inmediata –es decir, de sus intereses inmediatos y particulares sobre sus intereses generales o de largo plazo–. La CCT no tiene la capacidad política para gobernar directamente en su propio nombre como clase, o en sus propios intereses de largo plazo. Los estratos politizados de la CCT y de las élites de orientación trasnacional y los intelectuales orgánicos, incluyendo a aquellos que trabajan en las instituciones del ETN, intentan definir estos intereses de largo plazo y desarrollar políticas, proyectos e ideologías para hacerlos valer. Dado que los intereses específicos de los diversos componentes del bloque de poder son divergentes, es papel del Estado

unificar y organizar a las diferentes clases y fracciones para defender sus intereses políticos de largo plazo contra la amenaza de las clases explotadas y oprimidas, argumenta Poulantzas. El bloque de poder "al final sólo puede operar bajo la hegemonía y el liderazgo del componente que lo mantiene unido frente al enemigo de clase" (1980: 135).

Los miembros de la CCT y las élites ejecutivas trasnacionales, a medida que administran sus inversiones y persiguen sus intereses políticos en todo el mundo, operan a través de una densa red de instituciones que conforman un aparato de ETN. Y es a partir de esa red que un estrato politizado ha podido participar trasnacionalmente. El ETN es una red de instituciones descentradas, un aparato fragmentario que carece de mecanismos supranacionales de ejecución o de cohesión institucional. No existe, sin duda, una unidad sistémica en sentido organizacional. Lo más parecido a un centro dentro del ETN es el Estado nacional de Estados Unidos. No existe un mecanismo central de coordinación. Pero lo que determina que esta red constituya un ETN no es su grado de cohesión centralizada, sino, más bien, la capacidad de la CCT y de las élites trasnacionales de operar institucionalmente por medio de esta red para coordinar las políticas y las prácticas a través de las fronteras en el esfuerzo por hacer valer sus intereses de clase, ejercer el poder de clase a nivel trasnacional y desarrollar un ámbito de poder trasnacional.

Los capitalistas y las élites globales operan conjuntamente entre sí a través de las fronteras por medio de los estados y las instituciones nacionales, así como de las organizaciones inter y supranacionales. Al hablar de su investigación sobre la "superclase" global, Rothkopf describe cómo su equipo participó en las reuniones anuales conjuntas del FMI y el

Banco Mundial y en reuniones de los bancos regionales de desarrollo. "En esos eventos, observamos como unos pocos cientos de banqueros y ministros de finanzas trabajaron juntos en temas financieros globales: rescatando a los países fallidos en el desayuno, formando alianzas sobre los canapés, financiando operaciones a la hora del coctel" (2008: XVIII), y así sucesivamente. Rothkopf continúa diciendo:

La complicación en la era de la superclase es que las instituciones políticas, en su mayor parte, están vinculadas a los Estados-nación. Aquellos que buscan ganar o utilizar el poder político sobre una base trasnacional deben escoger entre trabajar con instituciones internacionales relativamente débiles y enfrentarse a una gran variedad de sistemas políticos nacionales no coordinados, a menudo en competencia o divididos por conflictos. Una de las ventajas más importantes de la superclase es su capacidad para construir una potencia política a escala transfronteriza, y hacerlo tanto con las élites internacionalizadas que también operan dentro de la economía global como con las élites nacionales que son importantes dentro de cada país. En ausencia de instituciones políticas globales, el mejor camino para influir en los resultados globales es la construcción de redes de individuos y organizaciones que tienen influencia en los países clave. Ésta es la fuerza especial de la superclase dadas sus posiciones, recursos y orientación global, y es parte de la razón por la que las reuniones de estas élites son tan importantes –se convierten en centros en los que las ideas pueden ser promovidas a nivel global–. Así, incapaz de ejercer presión o servir en un gobierno global, la superclase emplea efectivamente una estrategia política global de la única manera posible, a través de influir en los influyentes (ibid.: 85-86).

Permítasenos examinar más de cerca esta idea de las élites globales que influyen en los dirigentes de los Estados nacionales, y recordemos que estas élites globales no están sólo afuera mirando hacia adentro; ellas están también dentro de los aparatos del Estado nacional influyendo desde allí. Esta influencia es un nexo clave en el ejercicio del poder del ETN. El Estado nunca ha sido un macroagente unitario, ni siquiera en el auge del orden westfaliano. Los Estados nacionales siempre han sido fragmentarios y de múltiples capas; los distintos organismos y ministerios son sitios de conflicto y competencia y están vinculados a distintas combinaciones de fuerzas sociales y de clase en la sociedad civil. Una de las principales dimensiones de la trasnacionalización del Estado ha sido el aumento relativo del poder y la influencia de los organismos y ministerios vinculados a la economía global, especialmente las finanzas, el comercio y los ministerios de relaciones exteriores y los bancos centrales. De hecho, como han señalado varios autores, el movimiento hacia la independencia de los bancos centrales ha sido crucial para las políticas y las presiones de la globalización desde el interior de los estados.[20]

Los científicos sociales que estudian el Estado tienden a centrarse ya sea en el estado nacional individual o en el sistema estatal internacional o interestatal. Si bien esto último es de gran importancia para el estudio del capitalismo global, me ocupo aquí de las formas institucionales o aparatos del ETN que están emergiendo, en parte, fuera del sistema de Estados nacionales. El sistema capitalista mundial no está compuesto por una agregación de unidades compartimentadas. Es un sistema único en el que históricamente el poder estatal ha estado repartido entre entidades territoriales. En la práctica, es

imposible definir una jurisdicción exclusiva. Con la creciente integración trasnacional de las relaciones sociales capitalistas, la red de jurisdicciones superpuestas y entrelazadas se vuelve más densa. Por otra parte, irónicamente, la naturaleza fragmentaria y altamente emergente del aparato de ETN significa que tiene mayor capacidad política que los estados capitalistas nacionales para actuar independientemente de grupos corporativos trasnacionales específicos y de "intereses especiales" y mayor capacidad política para actuar (o intentar hacerlo) a favor de los intereses generales del sistema capitalista global. Sin embargo, tiene menor capacidad material para defender esos intereses, tanto por la dispersión de la autoridad política formal en muchos Estados nacionales, como por la falta de mecanismos de ejecución y la naturaleza laxa de un aparato de ETN sin centro ni constitución formal.

Al explorar esta contradicción, es importante distinguir analíticamente –por razones metodológicas– entre Estado y sociedad civil; entre instituciones del ETN, como la ONU, el FMI, el Banco Mundial, la UE, la OMC, la APEC, etc., y organizaciones privadas de la élite trasnacional como el FEM, la Comisión Trilateral o la CCI. Sin embargo, los dos están subsumidos en la categoría más amplia de fuerzas sociales y en las matrices institucionales que estas fuerzas crean y a través de las cuales operan –lo que Gramsci llama Estado ampliado como "sociedad política+sociedad civil"–. En una formación social ningún Estado presenta límites claros entre sus instituciones y otras. El límite del Estado y de la sociedad civil es una línea conceptual artificial que "se inserta en una red ininterrumpida de mecanismos institucionales a través de la cual se mantiene un cierto orden social y político" (Barrow, 1993: 144). Tanto las instituciones estatales formales como la miríada de asociaciones de la sociedad civil se basan en las

relaciones de clase de la economía política. El ETN tal como lo he concebido en la abstracción analítica, está compuesto por una red de organizaciones trasnacionales y supranacionales junto con Estados nacionales o partes de Estados nacionales que vinculan las estructuras sociales nacionales a las trasnacionales. La CCT se organiza cada vez más a través de asociaciones trasnacionales que forman parte de la sociedad civil global –el FEM, la CCI, etc.–, al igual que a escala nacional, estas organizaciones trasnacionales de la sociedad civil se interpenetran con el ETN.

Conceptualmente, lo que tiene lugar es un proceso de constitución mutua; el ETN es producido por las actividades trasnacionales de la CCT pero el ETN organiza el bloque de poder trasnacional. Las diversas organizaciones, acuerdos, tratados, etc. del ETN son foros que generan coordinación entre los funcionarios estatales nacionales y con la comunidad corporativa global. Las reuniones formales y los innumerables grupos de trabajo y actividades de organizaciones como la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE), el FMI, el Banco Mundial, la APEC o el G20 desempeñan una función de integración crucial para los cuadros del ETN y para la CCT. Los órganos del ETN operan también en estrecha coordinación con las organizaciones de la CCT, como el FEM, la CCI, y con foros informales, como la Comisión Trilateral, que forman parte de la sociedad civil trasnacional pero que interactúan estrechamente con el ETN, creando consenso entre la élite trasnacional. El intento de gestionar el capitalismo global se realiza por medio de contactos caleidoscópicos a través de los componentes del ETN, las organizaciones privadas de la CCT, fundaciones, y lo que podrían llamarse foros "público-privados" como el FEM, que reúne a representantes de la comunidad corporativa global

con funcionarios estatales nacionales, cuadros de las instituciones del ETN e intelectuales orgánicos al servicio del capitalismo global.

Para Van der Pijl, la teoría del capitalismo global, incluido el concepto de ETN, "aunque pretende denotar realidades concretas, sigue siendo abstracto" (2005: 276). Es cierto que para que el concepto de ETN adquiera validez debemos ser capaces de demostrar con investigaciones empíricas concretas las formas y prácticas específicas del ETN y demostrar su ejercicio del poder en coyunturas específicas. Lo he hecho en varios estudios empíricos e históricos. Para presentar sólo un ejemplo, en Transnational conflicts (2003) he demostrado el surgimiento de nuevas actividades económicas en Centroamérica que constituyen ahora el núcleo de la acumulación en esa región, incluyendo la producción industrial maquiladora, el turismo trasnacional y los servicios financieros, así como las nuevas operaciones agroindustriales. Posteriormente documenté cómo los grupos económicos dominantes localmente desplazaron una buena parte de sus inversiones a estas nuevas actividades de acumulación, lo que implicó una importante interpenetración de estos grupos locales con el capital corporativo trasnacional así como el aumento de la inversión extrarregional de estos grupos locales en los circuitos corporativos trasnacionales.

A medida que los capitalistas centroamericanos locales se desplazaron hacia estas nuevas actividades y a los mercados de inversión trasnacionales, se organizaron políticamente en sus respectivos países a través de los partidos ya existentes o de la creación de nuevos partidos y asociaciones políticas corporativas. Operando a través de estos vehículos políticos, en los años 1980 y 1990, las nuevas élites de orientación trasnacional de la región pudieron tomar los estados locales en

las elecciones y colocar a sus representantes en ministerios clave, en particular, en los Bancos Centrales, los ministerios de economía y de relaciones exteriores. Desde estas posiciones, impulsaron la desregulación, la liberalización y la integración en la economía global, desmantelaron anteriores coaliciones desarrollistas multiclase, reorientaron la producción del mercado local al mercado global, flexibilizaron la fuerza de trabajo, negociaron acuerdos de libre comercio, etc. Recíprocamente, las élites políticas y estatales locales reconocieron que su propio estatus requería promover estas nuevas actividades económicas y los nuevos patrones de acumulación en alianza con los capitalistas de orientación trasnacional. En todo esto, los organismos supranacionales como el Banco Mundial, la Agencia de los Estados Unidos para el Desarrollo Internacional y el Banco Interamericano de Desarrollo entablaron contacto con las élites y los estados centroamericanos locales mediante numerosos mecanismos para promover el nuevo modelo trasnacional de acumulación. En resumen, surgió un nuevo bloque de poder en Centroamérica que reunió a funcionarios trasnacionales corporativos y políticos de fuera de la región junto con las nuevas élites económicas y políticas de la región en el bloque capitalista global.

El caso de los acuerdos de libre comercio

Los ejemplos empíricos e históricos concretos del ejercicio de poder de la CCT a través de los aparatos del ETN abundan. El problema no es que el concepto siga siendo abstracto, sino que las realidades concretas que denota, como las que he venido discutiendo, quedan fuera de la vista de los análisis cuyo marco es el tradicional sistema Estado-nación/interestatal.

Este marco, por ejemplo, considera la liberalización del comercio en términos nacionales Norte-Sur, de manera que los acuerdos regionales como el Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN) o el Tratado de Libre Comercio de América Central (TLC) en América, o las negociaciones multilaterales de la OMC, se interpretan como instancias de dominación y explotación del Sur por parte de los países del Norte o centrales. De hecho, los acuerdos de libre comercio han abierto el mundo al saqueo corporativo trasnacional, concentrando aún más el poder en manos de la CCT, despojando a las comunidades locales y profundizando la polarización entre ricos y pobres dentro y a través de los países. Pero estos acuerdos también fueron promovidos por poderosos agentes del Sur que formaban parte de la estructura de poder global y que se beneficiaban de la liberalización tanto como de sus homólogos del Norte. La reticencia de los gobiernos de Estados Unidos y de la UE durante las negociaciones de la OMC en los últimos años sobre la liberalización del sistema agrícola global para eliminar los subsidios agrícolas fue vista como un intento del Norte por proteger a sus propios productores agrícolas al tiempo de obtener acceso a la agricultura y los mercados del Sur y, por lo tanto, mantener su dominio en el sistema internacional

Sin embargo, los agricultores del Norte no se beneficiaron de los acuerdos de libre comercio y se enfrentaron a la misma usurpación que sus contrapartes del Sur por las corporaciones agroindustriales trasnacionales tipo leviatán que han llegado a dominar el sistema alimentario mundial, del laboratorio a la granja al supermercado –como Cargill, Monsanto y ADM–. Y los gobiernos del Sur, como el de Brasil y la India, que al pedir el fin de los subsidios agrícolas del Norte supuestamente defendían los intereses del Sur sobre el Norte, no fueron más

protectores de los intereses de los pequeños agricultores y las comunidades rurales de sus propios países como lo fueron los del Norte. Estos mismos gobiernos habían facilitado constantemente, como parte de la globalización capitalista, la transformación de sus sistemas agrícolas nacionales en una agricultura capitalista dominada por las corporaciones. Brasil, por ejemplo, es el segundo mayor exportador de soya del mundo y su industria de la soya está completamente inmersa en el complejo agroindustrial corporativo global, en manos de grandes productores, proveedores, procesadores y exportadores que son ellos mismos parte del sistema corporativo global de alimentos. De hecho, estos gobiernos no estaban presionando por un orden internacional más democrático sino por una globalización corporativa más completa y equilibrada.

Cargill es el mayor exportador de soya de Estados Unidos y de la soya brasileña. Cargill, ADM y la Bunge con sede en Argentina, financian 60% de la soya producida en Brasil, mientras que Monsanto controla la fabricación de semillas de soya en ambos países (Patel, 2007: 199). Los capitalistas radicados en Brasil, a su vez, tienen importantes inversiones en estas compañías. Este complejo agroindustrial de soya globalizado utiliza a Brasil como base para conquistar y controlar los mercados mundiales de la soya. El agresivo programa gubernamental brasileño de liberalización del comercio agrícola, llevado a cabo a través de la OMC (en particular a través del Grupo de Cairns de países que dependen fuertemente de las exportaciones agrícolas), no es en defensa de los intereses "brasileños" contra el capital norteño o imperial, sino en nombre de un complejo agroindustrial trasnacionalizado de la soya.[21]

En India, otro país miembro del Grupo de Cairns, los poderosos intereses de los capitalistas indios de orientación

trasnacional han presionado mucho para que el Estado indio firme los acuerdos de la OMC sobre los "derechos de propiedad intelectual relacionados con el comercio" (ADPIC), que permiten a las corporaciones reclamar la propiedad legal y la patente sobre el conocimiento y las ideas (es decir, convertirlos en capital intangible), como software, marcas comerciales, entretenimiento, organismos genéticamente modificados o saberes agrícolas. En India, como explica Patel, los ADPIC, que beneficiarían a los capitalistas de las tecnologías de la información y de otros sectores de orientación trasnacional, devastarían aún más a los pequeños agricultores cuyas técnicas y saberes agrícolas están en riesgo de ser apropiados y patentados por las corporaciones trasnacionales de la agroindustria. En un caso ampliamente citado, la W.R. Grace and Company intentó en los años noventa, bajo la bandera de los derechos de propiedad intelectual, obtener una patente sobre el árbol de neem de India porque había descubierto el árbol como un poderoso pesticida natural. Los agricultores indios que poseían el conocimiento de las propiedades del árbol durante dos mil años se habrían visto obligados a pagar a W.R. Grace por el uso del árbol si la patente hubiera sido aprobada (ibid.: 132-133).

El TLCAN fue interpretado por muchos de sus críticos de izquierda, en la línea de la teoría clásica de la dependencia, como una toma de control de Estados Unidos sobre México.[22] Se ha escrito mucho sobre el TLCAN como un estudio de caso sobre los estragos de la globalización capitalista en las clases populares del campo, incluyendo lo que queda del campesinado propiamente dicho, de los pequeños y medianos productores de mercado y de las comunidades rurales. Se calcula que 1 300 millones de familias fueron forzadas a abandonar la tierra en los años posteriores a la entrada en vigor del TLCAN en 1994,

cuando el mercado mexicano se inundó de maíz barato de Estados Unidos. Los agricultores estadunidenses no cosecharon los beneficios del TLCAN; la agroindustria corporativa trasnacional lo hizo, junto con un puñado de poderosos agentes económicos a ambos lados de la frontera. Desde el TLCAN hasta el siglo XXI, las empresas agroexportadoras mexicanas crecieron rápidamente. En México, los ganadores fueron los miembros mexicanos de la CCT. Patel ha mostrado cómo los consumidores urbanos (y rurales) de México no se beneficiaron con el maíz más barato importado de Estados Unidos. Más bien, el precio de las tortillas –el alimento básico mexicano– en realidad aumentó a raíz del TLCAN, incluso cuando los precios del maíz a granel cayeron. Esto se debió a que el TLCAN ayudó a los capitalistas trasnacionales mexicanos a obtener el control monopolista del mercado de la tortilla de maíz. Sólo dos empresas, GIMSA y MINSA, controlan conjuntamente 97% del mercado industrial de harina de maíz (ibid.: 53). GIMSA, que representaba 70% del mercado, es propiedad de Gruma S.A., una corporación global de varios millones de dólares establecida en México, que también domina el mercado de la tortilla en Estados Unidos bajo el sello Mission Foods. Junto con el desplazamiento de millones de pequeños productores, el gobierno mexicano aumentó sus subsidios para estos grandes ("eficientes") molinos de maíz y, simultáneamente, redujo el crédito para los pequeños productores rurales y urbanos y los programas sociales que incluían subsidios alimenticios para los pobres, que tradicionalmente consumían tortillas locales hechas a mano.

En suma, el circuito de la tortilla de maíz pasó de estar basado en los pequeños productores locales de maíz y tortilla, a ser una cadena trasnacional de mercancías que comprende la producción y la distribución en ambos lados de la frontera de

maíz producido de manera industrial y subsidiado por el Estado de Estados Unidos, y de tortilla producida industrialmente y subsidiada por el Estado mexicano. Aquí se puede observar cómo los beneficiarios del TLCAN fueron los conglomerados trasnacionales de producción y procesamiento de maíz en ambos lados de la frontera, y que tanto Estados Unidos como México actuaron para facilitar la acumulación trasnacional mediante la aprobación del TLCAN, la subvención de la producción corporativa trasnacional, la conversión de la agricultura campesina en agroindustria trasnacional y la austeridad neoliberal. Ésta no es una imagen de la colonización de México por parte de Estados Unidos, sino de la colonización corporativa trasnacional de ambos países, facilitada por los dos Estados nacionales que funcionan tal como cabría esperarse de los aparatos del ETN.

En los años ochenta y noventa el Estado y el sistema político mexicanos fueron sacudidos por intensas, e incluso sangrientas, luchas entre las fracciones nacionales y trasnacionales de la élite al integrarse el país en la economía global.[23] Durante estas luchas, las fracciones de orientación trasnacional fueron fuertemente apoyadas por las élites globales del exterior y por las instituciones del ETN en su esfuerzo por obtener el control del Estado mexicano y convertirse en el grupo imperante al mando del entonces partido gobernante, el Partido Revolucionario Institucional (PRI). Esta fracción trasnacional de la élite mexicana triunfó definitivamente con la elección a la presidencia de uno de sus principales representantes, Carlos Salinas de Gortari, en el proceso fraudulento de 1988. Estas dinámicas de clase constituyeron el contexto más amplio para la promoción del TLCAN por parte del Estado mexicano, que apuntaba sobre todo a la transformación del sistema agrícola mexicano que

surgió a raíz de la Revolución mexicana de 1910, y que supuso una porción importante de producción campesina, colectiva y de pequeña escala para el mercado interno en un sistema globalmente integrado basado en la agricultura capitalista de gran escala orientada a la exportación. Cabe destacar que el propio TLCAN fue ampliamente impulsado por los grupos trasnacionales dentro de la élite empresarial y política mexicana. El Grupo Norteamericano de la Comisión Trilateral, que desempeñó un papel clave en el diseño y la administración del TLCAN, incluyó a 12 miembros mexicanos (Salas-Porras, 2012: 169).

Los funcionarios estatales mexicanos de orientación trasnacional instalados en el poder a partir de 1988, solicitaron al Banco Mundial –simultáneamente a su negociación del TLCAN– que les asistiera en la elaboración de las políticas para llevar a cabo esta transición (Patel, 2007: 55). De hecho, como muestran Babb (2001) y Centeno (1997) en sus respectivos estudios, el ímpetu original para la globalización de México provino de los tecnócratas de orientación trasnacional del Estado mexicano bajo el gobierno de Salinas en complicidad con organizaciones supranacionales como el Banco Mundial. Posteriormente, movilizaron a los grupos económicos poderosos de la comunidad empresarial mexicana, quienes pudieron pasar de los circuitos de acumulación nacionales a los trasnacionales y dirigir importantes corporaciones trasnacionales radicadas en México. En estos casos, los aparatos del ETN son incluso los que asumen el liderazgo en la organización y la globalización de los grupos dominantes locales. Esta trasnacionalización del Estado mexicano y de porciones significativas de la clase capitalista mexicana es un proceso que no puede ser entendido en términos de los

anticuados análisis neocoloniales del imperialismo estadunidense y de la dependencia mexicana.

La liberalización del comercio agrícola impulsada por los estados del Norte y el cabildeo trasnacional de las corporaciones agroindustriales transfiere valor, no a los agricultores del primer mundo, sino al capital trasnacional; a las corporaciones gigantes que controlan la comercialización y el procesamiento agroindustrial al mismo tiempo que reorganizan la estructura de valor de tal manera que hayan alimentos procesados baratos disponibles para los estratos urbanos que gozan de mejor situación económica tanto en el Norte como en el Sur. A medida que la agricultura campesina de subsistencia ha dado paso cada vez más a la incorporación al sistema agrícola capitalista global, han surgido varios modelos que van desde la agricultura de plantación a gran escala y corporativa hasta la subordinación de los pequeños productores al mercado a través de su dependencia de los insumos agroindustriales (por ejemplo, semillas –a menudo genéticamente modificadas–, fertilizantes y pesticidas, etc.) y de los agentes de comercialización. Esta última categoría puede ser vista como un proceso de subsunción más amplia de estos grupos a la órbita del capital. Si bien es cierto que los "granjeros" estadunidenses, por ejemplo, pueden gozar de un nivel de vida más alto que muchos de sus homólogos del tercer mundo, no tienen más seguridad y están totalmente controlados por los dictados corporativos. Son considerados, con mayor precisión, como empleados de los gigantes corporativos de la agroindustria o como trabajadores rurales –ya que el capital ejerce un control indirecto sobre los medios de producción, determinando qué se debe producir, cómo se debe producir y en qué términos se comercializa la producción– más que como agricultores independientes. Esto, por supuesto, cuando no han

perdido la propia tierra. Los productores que realmente realizan la labor de siembra y cosecha –incluso cuando no son trabajadores agrícolas asalariados sino quienes poseen formalmente las tierras– no están destinados a ser los ganadores de la liberalización del comercio.

Un análisis mexicano sobre la crisis alimentaria global revela el pensamiento esquizofrénico generado por el marco de análisis Estado-nación/interestatal. La autora observa que el fuerte aumento de los precios de los alimentos en 2010-2011 como resultado de la especulación de los inversionistas en los mercados de productos básicos "también afecta a los ciudadanos estadunidenses más pobres. En la actualidad existen unos 40 millones de personas en Estados Unidos que viven en condiciones de pobreza alimentaria, ya que sus ingresos ni siquiera les permiten cubrir las necesidades alimentarias básicas". Continúa: "Estas personas viven en condiciones de extrema pobreza similares a las del tercer mundo [...] ¿No es lo mismo cuando uno hurga en la basura en busca de comida en Beverly Hills, California, que cuando uno lo hace en Haití? La pobreza se ha globalizado; ya no se está extendiendo solamente en los países pobres como lo hizo en los años ochenta". Sin embargo, inmediatamente después de hacer estas observaciones, insiste en que "Estados Unidos sigue siendo el principal poder hegemónico que se beneficia de la crisis alimentaria", y en México "las autoridades emprenden políticas que benefician incondicionalmente a los intereses de las agroempresas estadunidenses [...] La crisis alimentaria es parte de la lucha entre los estados por la hegemonía en el mercado mundial" (Egremy, 2011: 1-10).

El ETN como instrumento de coerción y control de la fuerza de trabajo

Los aparatos del ETN han ejercido coerción económica y extraeconómica para imponer nuevos regímenes laborales en todo el mundo. Las prácticas del ETN tienen efectos desiguales y asimétricos sobre la capacidad de las diferentes fuerzas sociales para hacer valer sus intereses a través de la acción política. Los grupos corporativos de cabildeo, por ejemplo, son invitados a las reuniones anuales del FMI o del BM y envían delegaciones a las reuniones del G8 y del G20, mientras que quienes desean manifestar su oposición al capitalismo global en estos foros son bloqueados y sus protestas son objeto de la represión policial. Pero lo más importante para las funciones de control laboral y social del ETN es su poder estructural, es decir, como afirmé anteriormente, la disciplina coercitiva del mercado global, cuyas palancas pueden ser movidas por las IFI o los estados centrales del G8 para abrir el espacio dentro de cada nación y región para la acumulación global. Como hemos visto, los estados están sujetos a este poder estructural del capital trasnacional y a la disciplina coercitiva de la economía global incluso cuando los grupos de orientación trasnacional no pueden instrumentalizar directamente a los estados. Este poder económico coercitivo se superpone a los conflictos políticos locales y a las luchas sociales para subordinar a la fuerza de trabajo local y debilitar la oposición al capitalismo global.

El ETN jugó un papel clave en la imposición del modelo neoliberal en el viejo tercer mundo y, por lo tanto, en el fortalecimiento de una nueva relación capital-fuerza de trabajo. Los programas de ajuste estructural y austeridad impuestos por el FMI, el Banco Mundial, la UE y otras instituciones financieras trasnacionales que abren un país determinado a la penetración del capital trasnacional, la subordinación de la fuerza de trabajo local y la extracción de riqueza por parte de

los capitalistas trasnacionales, están operando como una institución del ETN para facilitar la explotación de la fuerza de trabajo local por el capital global. Los préstamos y rescates del FMI, del BM, de la UE y otros del ETN, están condicionados a la austeridad, la desregulación y la flexibilización de los mercados de trabajo locales, entre otras medidas que impone la nueva relación capital-fuerza de trabajo en el país en cuestión, y en el proceso transforman sustancialmente los mercados laborales locales y las relaciones de poder y de clase. Estas presiones estructurales refuerzan la capacidad de acción política de las élites de orientación trasnacional y merman la de las clases populares.

Los funcionarios del ETN son muy conscientes de su papel en la subordinación de la fuerza de trabajo global al capital global para reproducir las nuevas relaciones capital-fuerza de trabajo. Por ejemplo, en un importante discurso político en 1984, el director del FMI, Jacques de Larosiere, explicó:

> En los últimos cuatro años, la tasa de retorno de la inversión de capital en la industria manufacturera de los seis mayores países industriales promedió sólo cerca de la mitad de la tasa obtenida a finales de los años sesenta [...] Incluso teniendo en cuenta los factores cíclicos, surge un patrón claro de disminución sustancial y progresiva a largo plazo de las tasas de retorno del capital. Puede haber muchas razones para ello. Pero no hay duda de que un importante factor que contribuye se encuentra en el aumento significativo en los últimos 20 años aproximadamente de la parte del ingreso que absorbe la remuneración de los empleados [...] Esto pone de manifiesto la necesidad de una reducción gradual de la tasa de crecimiento de los salarios reales a mediano plazo si queremos

restablecer los incentivos adecuados a la inversión (apud Wachtel: 1986: 137).

¿Cómo se organiza e implementa la coerción directa o la coacción extraeconómica bajo el capitalismo global? y ¿cómo se combina con la coacción económica? La definición clásica de Weber del Estado consiste en dos proposiciones interrelacionadas. En primer lugar, lo que distingue al Estado es su reivindicación del monopolio del uso legítimo de la violencia. En segundo lugar, este monopolio del ejercicio legítimo de la violencia se restringe a los límites territoriales de los Estados-nación. Como Weber, Martin Shaw argumenta en su estudio, Theory of the global state, que el Estado se entiende mejor como autoridad política institucionalizada respaldada por la violencia legítima. Ahora esta autoridad institucionalizada se ha trasnacionalizado y ha encarnado en el "Estado occidental", que se refiere a los principales Estados-nación capitalistas de Occidente y a la "red mundial de relaciones de autoridad" que ha tejido el Estado occidental (Shaw, 2000: 193).[24] A la luz de la teoría del ETN, podemos observar que el ETN dirigido por Estados Unidos intenta alcanzar el ejercicio legítimo de la violencia estatal weberiano a escala global, por ejemplo, a través de las resoluciones del Consejo de Seguridad de la ONU que aprueban ocupaciones de "mantenimiento de la paz" o "humanitarias", "zonas de exclusión aérea", campañas de bombardeos, etc., como en Serbia, Haití, Libia, Irak, Afganistán y Somalia. Organismos como la OTAN, la Unión Africana y las fuerzas de cascos azules de la ONU se unen a Estados Unidos como redes incipientes de coacción extraeconómica global. Como discutiremos en el próximo capítulo, la invasión estadunidense de Irak impuso un régimen de propiedad que dio vía libre al capital trasnacional en el país ocupado y promovió

su integración al capitalismo global, internalizando así en el país ocupado las relaciones capitalistas globales. Tanto la coerción económica por parte del aparato de ETN –v. gr., las prácticas del FMI– como la coacción extraeconómica de este aparato –v. gr., las intervenciones de la ONU en Serbia o Haití, y la invasión y ocupación organizada por Estados Unidos de Irak– son ejemplos de las prácticas del ETN.

A medida que el capitalismo se ha desarrollado, el Estado, junto con sus funciones represivas de control, ha adquirido cada vez más la función de integrar a las clases subordinadas al orden social dominante. Esta función integrativa se lleva a cabo a través de una miríada de procesos culturales e ideológicos, incluyendo la manipulación de los medios de comunicación, la producción cultural e ideológica y prácticas discursivas, pero también a través de incentivos materiales y políticos que se estructuran en acuerdos sociales históricamente transitorios como los bloques históricos o las estructuras sociales de acumulación. Es decir, el Estado sigue siendo el centauro de Maquiavelo, mitad hombre y media bestia, coerción y consenso. El ETN no es diferente a este respecto, aunque sus capacidades y límites, sus modalidades y el nivel de regularidad, organización y coherencia con que sus órganos intentan cumplir estas funciones son muy distintos a los del nivel nacional-estatal. Los Objetivos del Milenio, los programas contra la pobreza, las ideologías de los derechos humanos universales y la justicia internacional, etc., forman parte de estas "funciones integradoras" del ETN. Pero intención no es capacidad; existen serios límites ante la capacidad del ETN para estabilizar el capitalismo global, mucho menos resolver la crisis del sistema.

CRISIS GLOBAL Y CONTRADICCIONES DEL PODER DEL ETN

Tenemos ahora mercados financieros globales, corporaciones globales, flujos financieros globales. Pero lo que no tenemos es algo más que la regulación y la supervisión nacional y regional. Necesitamos una forma global de supervisar nuestro sistema financiero [...] necesitamos cambios [políticos, institucionales] muy grandes y muy radicales.

GORDON BROWN[25]

"Gran parte de la controversia sobre el Estado tiene sentido sólo en la falsa suposición de que el Estado tiene una unidad definida porque es un sujeto o porque desempeña una función o funciones específicas dadas en la reproducción capitalista", ha observado Jessop. "Pero no hay motivos válidos para presuponer la unidad de clase esencial del Estado y varios argumentos sugieren que está necesariamente fragmentado y fisurado. El Estado comprende una pluralidad de instituciones (o aparatos) y su unidad, si existe, lejos de estar preestablecida, debe ser constituida políticamente" (Jessop, 1982: 222). Si esto es cierto para el Estado nacional, es aún más cierto para el ETN. La conceptualización teórica del Estado adquiere una relevancia renovada en esta nueva época, pero ahora en el contexto no del Estado-nación sino de la economía y la sociedad globales. Las lecturas estructurales del Estado han observado que las limitaciones estructurales del Estado están marcadas por su incapacidad para resolver –es decir, prevalecer sobre– las restricciones funcionales (es decir, las contradicciones) del sistema capitalista.

La crisis global obliga al Estado capitalista a intervenir en un intento por estabilizar el sistema y evitar su colapso. Poulantzas afirmó en su famoso tratado Poder político y clases sociales en el Estado capitalista, que el Estado funciona como "factor regulador" del "equilibrio global" (en el sentido de conjunto, no de planetario) del capitalismo "en cuanto sistema" y que cumple esta función al "constituir el factor de cohesión entre los niveles de una formación social" (1968: 44). Pero la crisis global (planetaria) presenta un nuevo nivel de complejidad porque el ETN no puede desempeñar este papel –o, para utilizar el lenguaje estructural, no puede cumplir esta función–. Una contradicción fundamental en el sistema global, para reiterar, es la existencia de una economía globalizada dentro de un sistema de autoridad política, ejecución legal y legitimación basado en el Estado-nación. Uno de los principales obstáculos para cualquier solución desde arriba de la crisis global –sin importar qué tan temporal sea– es precisamente la falta de una maquinaria de ETN plenamente desarrollada que pueda realmente imponer su autoridad política sobre el capital global. El ETN ha podido imponer su dominación sobre las clases populares del mundo en aras de la acumulación trasnacional. Pero no ha podido imponer su autoridad sobre el capital trasnacional o en aras del interés general y de largo plazo del capitalismo global. La circulación creciente del dinero como dinero globalizado sin nacionalidad, en particular bajo la forma de capital financiero trasnacional, presenta problemas hasta ahora sin precedentes para la regulación institucional de los circuitos de acumulación (véase el capítulo 4).

Los procesos contradictorios y conflictivos de trasnacionalización tanto del Estado como del capital están ligados al capitalismo global; la (o las) crisis del capitalismo global implica (n) una crisis del capital trasnacional y también

una crisis del sistema interestatal. A medida que avanza la globalización, se presentan superposiciones y conflictos de jurisdicción para regular el capital, especialmente entre los Estados nacionales más poderosos, como se hizo evidente en la serie de reuniones de emergencia del G8 y del G20 celebradas tras el colapso del sistema financiero global en septiembre de 2008, e insinuado por Gordon Brown en la cita que abre esta sección. No se trata de conflictos "interimperialistas". Son de una naturaleza muy diferente. Las batallas políticas intraélite a nivel internacional no son sobre la competición o la rivalidad nacional sino sobre cómo estabilizar y relegitimar el capitalismo global, cómo alcanzar la "autonomía relativa" del ETN.

El ETN ha funcionado para abrir el mundo al capital trasnacional y desarrollar una multitud de estrategias políticas dirigidas a contener la rebelión desde abajo –como los Objetivos del Milenio, fomentando organizaciones en la sociedad civil global y llevando a las más moderadas de ellas a las actividades de creación de redes del ETN–. Pero no puede resolver las contradicciones fundamentales del capitalismo global. Entre estas contradicciones está la que existe entre la función de acumulación del Estado capitalista y su función de legitimación. Esta contradicción no es nueva en la época de la globalización. Sin embargo, las condiciones de la globalización capitalista han agravado esta contradicción al grado en que los estados son incapaces de regular previamente los circuitos nacionales de capital que se han trasnacionalizado. La función de acumulación del Estado nacional es ahora trasnacional, mientras que su función de legitimación sigue siendo nacional. El Estado nacional neoliberal debe asegurar la integración nacional en la economía global y generar las condiciones para la acumulación trasnacional dentro de su jurisdicción territorial

particular. Al mismo tiempo, su función de legitimación sigue siendo nacional. Para expresar esto de manera más teórica, existe una articulación "compleja y contingente" de la función socialmente necesaria y la función de clase del Estado.[26] Esta articulación –o múltiples formas de articulación– lograda durante la era del Estado-nación del capitalismo mundial se está deshaciendo por las fuerzas de la globalización.

El Estado, como ha señalado Offe, debe compensar las fallas del mercado sin infringir la primacía de la acumulación privada, pero no puede llevar a cabo esta compensación sin minar el dominio de la relación capital-fuerza trabajo a través de la ampliación de las formas no mercantiles (1974: 31-57). Estas contradicciones se gestionaron por un tiempo, en el período posterior a la segunda guerra mundial, a través del fordismo-keynesianismo, pero la globalización quebrantó estos acuerdos y desató la "contrarrevolución" neoliberal. La invasión y la mercantilización de lo que eran espacios no mercantilizados ha ido desde la subcontratación de más y más actividades públicas a empresas privadas (incluida la guerra misma), hasta la privatización de la salud y la educación, etc. Esta fuerza irresistible de la mercantilización de todo ha agravado las crisis de reproducción social, socavando las bases sociales para formas más estables de dominación consensual y dando un ímpetu mayor a formas más coercitivas de control social.

El conflicto social y de clase en el mundo entero durante los años sesenta y setenta puso de relieve la incompatibilidad entre las funciones de acumulación y de legitimidad del Estado, lo que condujo a una espiral de crisis fiscales y de legitimación.[27] La reestructuración capitalista en respuesta a estas crisis implicó el paso del Estado de bienestar social al Estado de control social. Los Estados nacionales pasaron de la provisión

de los medios de reproducción social para la creciente población superflua a la represión de esta población. La "revolución neoliberal" desatada por la globalización marcó una transición de la estructura social de acumulación fordista-keynesiana a un capitalismo global salvaje que entrañaba: 1] la redisciplinación de la fuerza de trabajo a través de la globalización, la flexibilización, el alto desempleo y subempleo, y el desmantelamiento de los sistemas de bienestar social, y 2] el desarrollo de vastos sistemas nuevos de control social, incluyendo complejos carcelarios industriales y sistemas trasnacionales de suministro y control de fuerza de trabajo inmigrante.

El Estado responde a las personas expulsadas del mercado laboral y privadas de trabajo productivo, no con una mayor protección y bienestar social, sino con abandono y con estrategias represivas de control social y contención, incluyendo una vil criminalización de los marginados, a menudo racializados y etnitizados, y la movilización de las "industrias culturales" para deshumanizar a las víctimas del capitalismo global como elementos peligrosos, depravados y como "otros" culturalmente degenerados, criminales que representan una amenaza para la sociedad. Al mismo tiempo, la cultura del capitalismo global intenta seducir a los excluidos y abandonados hacia el pequeño consumo y la fantasía como alternativa al planteamiento de las demandas sociales o políticas al sistema a través de la movilización. Estas campañas ideológicas desvían la atención de las fuentes de la privación social y canalizan las inseguridades asociadas con la globalización capitalista hacia los grupos marginados. Dentro del Estado nacional, los marginados o superexplotados se convierten en chivos expiatorios, lo que ayuda a los representantes políticos de los grupos dominantes a organizar

coaliciones electorales y construir consenso alrededor del nuevo orden (por ejemplo, campañas antiinmigrantes y de lucha contra el crimen). A nivel internacional, las víctimas de abandono del tercer mundo –v. gr., Somalia, Haití, el Congo– son retratadas, en el mejor de los casos, como víctimas pasivas e incompetentes que suscitan simpatía paternal, si no como inferiores a ser rechazados y relegados al olvido.

En suma, la capacidad del Estado para funcionar como "factor de cohesión" dentro del orden social se descompone en la medida en que el capital se globaliza y la lógica de la acumulación o la mercantilización penetran todos los aspectos de la vida social –el propio "mundo de la vida"– de modo que la "cohesión" requiere cada vez más y más control social –comunidades cerradas, patrullaje policial, vigilancia panóptica, apartheid espacial, complejos industrial penitenciarios, etc.– ante el colapso del tejido social. Éste es un tema que trataré en detalle en el capítulo 5. El punto a destacar aquí es que el paso de los estados de bienestar social a los estados de control social es menos una cuestión de política pública, en primera instancia, que de relaciones de clase; la liberación del emergente capital trasnacional del Estado-nación ha socavado la base material del Estado capitalista redistributivo. Esta liberación alteró el poder relativo de las clases populares y del capital que se había condensado en el Estado redistributivo.

La redistribución sigue siendo posible a nivel de Estado-nación cuando las fuerzas sociales y las clases populares toman el control del Estado nacional neoliberal y lo transforman (como en Venezuela). Sin embargo, aun así, el sistema global y el poder estructural que el capital trasnacional puede ejercer sobre el poder directo de los Estados nacionales restringen severamente los proyectos redistributivos a nivel de Estado-nación. En la medida en que los países se integran

orgánicamente al capitalismo global, cuando las fuerzas sociales luchan en, por y contra los Estados nacionales dentro de países particulares, estas son luchas trasnacionales. El punto de partida de las luchas desde debajo de los grupos subordinados es local y nacional, pero incluso cuando los Estados nacionales son controlados por estos grupos, los proyectos de transformación popular desde abajo sólo pueden tener éxito como parte de proyectos trasnacionales más amplios.

La lucha por la hegemonía en el sistema global no debe verse en términos de una disputa entre Estados-nación, sino en términos de grupos sociales y de clases trasnacionales y sus luchas por desarrollar proyectos hegemónicos y contrahegemónicos. Las relaciones de clase del capitalismo global están ahora tan profundamente internalizadas dentro de cada Estado-nación que la imagen clásica del imperialismo como una relación de dominación externa es anticuada. Tal como analizaré en el próximo capítulo, los análisis de las relaciones inter y trasnacionales Estado-nación céntricos no aprecian el carácter integrador del capitalismo global. Desde los años ochenta, la CCT ha estado intentando posicionarse como una nueva clase dominante en todo el mundo y dar cierta coherencia y estabilidad a su dominio a través de los aparatos del ETN emergentes. La política mundial de esta potencial clase dominante global no está dirigida, como lo fue para las clases dominantes nacionales, por el cambio continuo de rivalidades y alianzas desarrolladas a través del sistema interestatal, sino por la nueva estructura social global de acumulación.

Si la CCT está en condiciones de acumular un poder estructural importante, ejercido en parte a través de los aparatos del ETN, el ETN simplemente no tiene la capacidad de penetrar en los sistemas ideológicos y culturales de las

sociedades civiles de numerosos países. Una hegemonía amplia seguirá siendo ilusoria para el bloque capitalista global. El ETN está mejor preparado para forjar un consenso ideológico y político entre las élites de orientación trasnacional. En este sentido, la CCT ejerce una dominación política estructuralmente inscrita, pero no una hegemonía ideológica sobre la mayoría pobre de la sociedad global; su hegemonía existe dentro de los estratos dominantes –grupos de clase y élites capitalistas de todo el mundo–. La élite trasnacional no ha podido forjar un bloque histórico capitalista global estable.

En las condiciones modernas, argumenta Gramsci, una clase mantiene su dominio no simplemente a través de una organización especial de la fuerza, sino a través de la hegemonía, ello porque es capaz de ir más allá de sus estrechos intereses corporativos, ejercer una dirección moral e intelectual y establecer compromisos, dentro de ciertos límites, con una variedad de aliados que están unidos en un bloque social de fuerzas que Gramsci llama bloque histórico. El bloque representa la base del consenso para un cierto orden social, en el que se crea y recrea la hegemonía de una clase dominante en una red de instituciones, relaciones sociales e ideas. Ninguna clase dominante emergente puede construir un bloque histórico sin desarrollar diversos mecanismos de legitimación y asegurar una base social. Ese bloque implica una combinación de la integración consensual a través de la recompensa material para algunos, y la exclusión coercitiva de otros que el sistema no está dispuesto o no puede cooptar. La aguda polarización social generada por la globalización capitalista y las crecientes crisis de supervivencia para la mayoría pobre de la humanidad hacen extremadamente difícil para la élite trasnacional forjar un bloque histórico.

En lugar de ello, ha forjado un bloque de poder más restringido –un bloque de poder capitalista global–. Aquí difiero de la ambigua concepción de Poulantzas del bloque de poder, en particular, por la falta de una diferenciación clara respecto al concepto de bloque histórico de Gramsci. El bloque de poder intenta ejercer la hegemonía de la fracción dominante dentro de los grupos dominantes e impulsar a través del Estado los intereses divergentes de estos grupos, pero no es necesariamente capaz de atraer a las mayorías subordinadas a través de la dominación consensual. Esto quiere decir que dentro de un bloque histórico existe un bloque de poder (o bloques de poder cambiantes), pero un bloque de poder puede surgir sin un bloque histórico. A medida que un posible bloque histórico capitalista global empezó a deshacerse a finales de los años noventa, lo que quedó en su lugar fue un bloque de poder centrado en la CCT, y especialmente en el capital financiero trasnacional –una dictadura del capital financiero trasnacional en el sentido literal de un poder sin restricciones para dictar. Este poder es estructural; no es ni coercitivo (directamente, aunque la coerción trasnacional "legítima" a través del ETN es cada vez más frecuente) ni hegemónico. Durante los años ochenta y noventa la élite trasnacional y los órganos del ETN forjaron un consenso entre los principales grupos dominantes en la mayoría de los países del mundo y tejieron juntos un bloque de poder capitalista global, pero no lograron construir una hegemonía más amplia o una base de "consenso activo" entre las mayorías subordinadas alrededor del mundo. Esto complica aún más los intentos para resolver la crisis global desde arriba.

En este capítulo he atendido algunas de las críticas a mi tesis del ETN al responder específicamente a varios de mis críticos así como al elaborar la propia tesis. He mostrado que el

ETN, como abstracción analítica, puede proporcionar una explicación superior para dinámicas mundiales como el activismo de los BRICS y los acuerdos comerciales internacionales. Sin embargo, quizá la crítica más airada a la tesis del ETN –y a la teoría del capitalismo global en general– se basa en la noción de que el sistema global está organizado como un imperio estadunidense y que los grandes acontecimientos mundiales de nuestros días pueden entenderse en términos de dominación mundial o imperialismo estadunidense. Es a este tema que me dirijo ahora.

[1] Véase, entre otros, Anderson, 1974; Wallerstein, 1974; Strayer, 2005; Lacher, 2006. Si bien Lacher coincide conmigo en que esta forma nacional del Estado es histórica y no es inevitable ni inmutable, rechaza la noción de una forma de Estado transnacional –más generalmente, caricaturiza la teoría de la globalización, reduciéndola en gran medida a sus variantes liberales y pluralistas– y se inclina hacia una concepción de la coyuntura política mundial actual como un movimiento hacia un "imperium" con base en Estados Unidos. Incluso si la forma Estado-nación de la organización política del capitalismo mundial tuviera su origen en los estados absolutistas feudales y no en las relaciones capitalistas, como Lacher afirma, el hecho es que esta forma de Estado se convirtió en una forma del Estado capitalista. No sería la primera vez que una forma particular cambia sus funciones (o contenido) a medida que una forma heredada demuestra ser bastante funcional para un nuevo conjunto de circunstancias. De hecho, las monarquías gobernantes bajo el feudalismo se convirtieron en monarquías constitucionales bajo el capitalismo

realizando funciones ceremoniales y legitimando el sistema de clase capitalista. En cualquier caso, la tesis de Lacher sobre los orígenes feudales del Estado capitalista no tiene mucha capacidad explicativa para entender la dinámica del capitalismo global.

[2] En un artículo en coautoría, Lacher y Teschke afirman que "dado que el último [el capitalismo] surgió dentro del primero [la forma de Estado-nación y el sistema de múltiples estados], su interrelación no está estructuralmente determinada por ninguna 'lógica del capital' " (2007: 565).

[3] Polanyi, 2001 y Jessop, 2002: 11. Véase también Aglietta, 1979; Kotz, McDonough y Reich, 1994.

[4] Véase Van der Pijl, 2012; 1998. El problema en la argumentación de Van der Pijl se manifiesta en el título de este último volumen: las relaciones internacionales son su marco para las clases trasnacionales.

[5] En Cammack, 2009, véase la introducción. Véase también Van der Pijl, 2005: 273-277, cita en p. 274; Moore, 2014: 476-484, cita de la p. 481; Tabb, 2009: 39.

[6] Véase Clarke, 1991.

[7] No puedo retomar aquí el debate sobre los orígenes del Estado capitalista, o sobre si los estados mercantiles impusieron relaciones de producción capitalistas, como sugieren Wallerstein y otros, o si las relaciones de producción capitalistas emergentes repercutieron y transformaron la forma del Estado, como yo creo. Pero véase, entre otros, Anderson, 1974; Wallerstein, 1974; Strayer, 2005.

[8] Veáse mi discusión sobre este asunto en Robinson, 2003a.

[9] Ellen Meiksens Wood trata en detalle la cuestión de la separación de lo económico y lo político bajo el capitalismo en Democracy against capitalism (1995).

[10] Para resúmenes sobre la teoría marxista y otras teorías críticas del Estado, véase, entre otros, Barrow, 1993; Clarke, 1991; Jessop, 1982.

[11] Estoy de acuerdo aquí con Lacher: "El capital como relación social abarca no sólo el mercado, sino también el Estado. Para ir aún más lejos: la forma política autónoma del Estado es una relación de producción [...] La producción se refiere no sólo a la producción de bienes materiales, sino a la producción de las relaciones sociales, instituciones e ideas que hacen posible que los bienes materiales se produzcan en una forma histórica específica, en relaciones sociales particulares, y que, a su vez, se reproducen a través de la producción 'económica' " (2006: 39). Pero Lacher no llega a analizar la transnacionalización del capital y extraer sus implicaciones para su teoría de lo político en el sistema internacional. Como consecuencia, a pesar de afirmar lo contrario, finalmente es incapaz de ir más allá del realismo en su interpretación de las relaciones internacionales contemporáneas. "El mercado mundial no puede ser entendido directamente en términos de la competencia económica entre individuos o empresas y los conflictos sociales entre el capital y el trabajo sobre la propiedad, la producción y la distribución", afirma Lacher. "Las identidades de clase siempre tienen una dimensión transnacional en el capitalismo, pero la territorialidad de la autoridad política significa que las amalgamas particulares de los intereses de clase y los 'intereses nacionales' serán de importancia decisiva en la configuración de la geografía histórica del capitalismo en cualquier coyuntura dada. Ello valoriza al Estado territorial como el punto de referencia espacial básico. En aspectos importantes, el capital se constituye como 'capital nacional' " (ibid.: 114). Lacher da un gran salto de fe al suponer que debido a que la autoridad

política está fragmentada en naciones, el capital tiene que estar constituido, por esta fragmentación, en capital "nacional". Sin embargo, como hemos visto en el capítulo 1, el capital "en" países particulares no es sólo capital "de" muchos países diferentes, sino capital que se ha interpenetrado y entrelazado más allá del punto en el que podría identificarse significativamente en términos de orígenes nacionales.

[12] Véase, v. gr., Althusser, 2001 [originalmente publicado en 1965].

[13] Véase, por ejemplo, Holloway y Picciotto, 1978, y, para resúmenes, Barrow, 1993.

[14] Como se cita y discute en Barrow, 1993; 84.

[15] Véase http://www.iccwbo.org/global-influence/g20/advisory-group/G20-advisory-group/.

[16] Ibidem.

[17] Véase, v. gr., The European Corporate Observatory (http://www.corporateeurope.org/), un sitio web de investigación sobre el cabildeo corporativo global en la UE, que está lleno de ejemplos.

[18] El enfoque de la "relación de capital" de la llamada escuela del "marxismo abierto" asociada con un grupo de académicos británicos, entre ellos Peter Burnham, John Holloway, Sol Picciotto, Simon Clarke y Werner Bonfeld, ha hecho importantes contribuciones a nuestra comprensión del Estado. Sin embargo, estos y otros marxistas se niegan a contemplar la trasnacionalización de la clase capitalista, como discutiré en el próximo capítulo, de modo que la competencia entre los capitalistas individuales que el Estado media a nivel nacional se convierte en competencia a nivel internacional entre las clases capitalistas nacionales, si bien esta competencia no está mediada por el Estado nacional. Más bien, se convierte en fuente de competencia nacional y conflicto internacional.

Típica es la afirmación de Burnham: "La competencia entre capitales [...] no está confinada dentro de una economía interna. La acumulación de capital dentro de una economía depende de la acumulación de capital a escala mundial. El papel del Estado capitalista es expresar el 'interés general' del capital. Sin embargo, la forma nacional del Estado implica que el Estado sólo puede constituir este 'interés general' sobre una base nacional. Los Estados-nación, por lo tanto, tienen una relación de conflicto y colaboración similar a la de los capitales individuales" (1990: 185).

[19] Véase la crítica de Samir Amin, "The Millennium Development goals: A critique from the South" (2006).

[20] Sobre la propagación mundial de la independencia del Banco Central, véase Arnone, Laurens y Segalotto, 2006.

[21] Emelie Peinen, un agricultor de soya y activista de la National Family Farm Coalition con sede en Estados Unidos, ha explicado: "[Los] agricultores [de diferentes países] necesitan entender por qué están compitiendo unos contra otros. Lo que más me hizo darme cuenta de esto es que Cargill no sólo es el mayor exportador de soya de Estados Undios, sino también el mayor exportador de soya brasileña. Entonces, ¿cuál es el conflicto de las normas comerciales? Los agricultores deben comprender que cada productor independiente de productos comerciables en todos los países está siendo exprimido por las mismas compañías –los grandes comerciantes, los procesadores y los minoristas– y que la raíz del problema es la estructura corporativa de la economía agrícola global, no los subsidios de un país o las prácticas ambientales de otro país" (Patel, 2007: 197).

[22] Véase, por ejemplo, Cypher y Delgado, 2010.

[23] Sobre estos detalles, véase Robinson, 2008.

[24] Para mi crítica del estudio de Shaw, véase mi reseña del libro en American Political Science Review (2001, vol. 95, núm. 4, pp. 1045-1047).

[25] Primer ministro británico, tras una reunión de emergencia del G8 en 2008 sobre el colapso financiero global (Brecher, Costello y Smith, 2008).

[26] Para mayor discusión sobre este punto, véase Jessop, 1982.

[27] Véase O'Connor, 2001; Habermas, 1975.

3. MÁS ALLÁ DE LA TEORÍA DEL IMPERIALISMO

Como en el caso de democracia, que se utiliza en un sentido positivo para describir, desde determinadas posiciones, sistemas políticos radicalmente diferentes y claramente opuestos, imperialismo, como cualquier otra palabra que se refiera a conflictos sociales y políticos fundamentales, no puede ser reducido, semánticamente, a un único significado. Sus importantes variaciones históricas y contemporáneas de significados señalan procesos reales que deben ser estudiados en sus propios términos.

RAYMOND WILLIAMS (1976: 132).

Las teorías de un "nuevo imperialismo" proliferaron en los años que siguieron al ataque de septiembre de 2001 contra las Torres Gemelas y el Pentágono y las subsiguientes invasiones estadunidenses a Afganistán e Irak. Estas teorías argumentaban que Estados Unidos había decidido restablecer un imperio estadunidense y subsanar el declive de su hegemonía en medio de una creciente rivalidad interimperialista.[1] Tan populares eran las nuevas teorías del imperialismo que llegaron a ser consideradas de sentido común; los críticos eran vistos como herejes o locos y las explicaciones alternativas casi desaparecieron del radar intelectual y político. Sin embargo, estas teorías descansaban sobre toda una gama de suposiciones que deben ser cuestionadas si queremos llegar a la raíz de las dinámicas sociales y políticas globales del siglo XXI. La piedra angular de las teorías del "nuevo imperialismo" es la suposición de que el capitalismo mundial del siglo XXI está formado por distintas economías nacionales y "capitales

nacionales" que interactúan unos con otros, y el consiguiente análisis realista que considera que la política mundial está guiada por la persecución por parte de los gobiernos de su "interés nacional". Este tipo de realismo ve a cada economía nacional como una bola de billar golpeándose una contra otra. Esta imagen del billar se aplica para explicar la dinámica política global en términos de Estados-nación como unidades discretas interactivas (el sistema interestatal). El paradigma realista que dominó en el estudio de las relaciones internacionales del período posterior a la segunda guerra mundial perdió gran parte de su lustre a medida que la globalización se desarrolló en los años de 1980 y 1990, pero regresó con fuerza tras los acontecimientos del 2001 y el renovado intervencionismo estadunidense.

En uno de los estudios más populares del "nuevo imperialismo": The global gamble: Washington's bid for world dominance (1999), Gowan, por ejemplo, se refiere incesantemente a un "capitalismo estadunidense", a un "capitalismo alemán", a un "capitalismo italiano", a un "un capitalismo francés", y así sucesivamente, cada uno de ellos como un sistema económico discernible y discreto con clases capitalistas nacionales distintamente organizadas involucradas en conjuntos de relaciones de competencia nacionales. En otro tratado destacado de esta naturaleza, Empire of capital, Ellen Meiksins Wood también postula la persistencia y la centralidad causal de los capitales nacionales. Al afirmar que "la organización nacional de las economías capitalistas se ha mantenido obstinadamente persistente", ella se refiere repetidamente al capital "estadunidense", a otros capitales nacionales competidores, y a la competencia económica entre los principales Estados-nación rivales. Una y otra vez, la literatura del "nuevo imperialismo", como analizamos en el

capítulo 1, se rehúsa obstinadamente a abordar la realidad del capital trasnacional, y en su lugar insiste en la existencia del capital "estadunidense" y en el imperialismo estadunidense cuyo objetivo es hacer valer las ventajas del "capital estadunidense" sobre los capitales nacionales rivales y apuntalar, según palabras de Wood, "su propio capital nacional", para "obligar a otras economías a servir a los intereses de la hegemonía imperial en respuesta a las necesidades fluctuantes de su propio capital nacional " (2003: 33, cursivas del autor), etc. Los teóricos del sistema-mundo adoptan una posición similar. "La lógica de la competencia y el conflicto en el sistema interestatal (geopolítica) y la lógica de la competencia en el mercado mundial [...son] determinantes interdependientes de la dinámica del desarrollo capitalista", sostiene uno de los principales teóricos de los sistemas-mundo, Chris Chase-Dunn.

Los estados capitalistas siempre han tratado de proteger a los capitalistas que los controlan. Los estados actúan para expandir los mercados o para eliminar las barreras a la competencia en el mercado cuando sus propios capitalistas se beneficien por disfrutar de ventajas competitivas. El sistema interestatal, basado en los estados centrales poderosos que se enfrentan entre sí por la hegemonía, es una base estructural importante de la competencia continua dentro de la clase capitalista mundial (Chase-Dunn, 1998: 34, 36, 41).

Wood, Gowan, y otros, asumen, aunque no proporcionan la más mínima evidencia empírica, que el capital permanece organizado en términos nacionales, como lo estuvo en momentos anteriores del sistema capitalista mundial, y que el desarrollo del capital se quedó congelado en su forma de

Estado-nación. Dado que para los teóricos del "nuevo imperialismo" el capitalismo mundial está compuesto por "capitales nacionales", la política mundial debe estar guiada por los "intereses nacionales". ¿Qué significa "intereses nacionales"? Los marxistas han rechazado tradicionalmente la noción de "intereses nacionales" por considerarla un subterfugio ideológico para los intereses de clase y de grupo social. Sin embargo, el marco interestatal/Estado-nación obliga a los estudiosos del "nuevo imperialismo" a emplear esta noción no problematizada de "intereses nacionales" para explicar la dinámica política global. ¿Qué es una "economía nacional"? ¿Es un país con mercado cerrado? ¿Circuitos de producción de base territorial protegidos? ¿El predominio de los capitales nacionales? ¿Un sistema financiero nacional aislado? Ningún país capitalista en el mundo se ajusta a esta descripción. Las figuras clave que desarrollaron la teoría del imperialismo a principios del siglo XX, probaron y demostraron empíricamente sus proposiciones como punto de partida del análisis. Pero las teorías del "nuevo imperialismo" asumen lo que precisamente necesita ser demostrado.

Las teorías del "nuevo imperialismo" tienen su raíz en los análisis clásicos de Lenin, Bujarin y Hilferding, y se basan en el supuesto de un mundo de capitales y economías nacionales rivales, de un conflicto entre las potencias capitalistas centrales, de la explotación por parte de estas potencias de las regiones periféricas, y en un marco centrado en el Estado-nación para explicar las dinámicas globales. Hilferding, en su estudio clásico sobre el imperialismo, El capital financiero, afirmó que los monopolios capitalistas nacionales recurren al Estado para obtener apoyo para la conquista de los mercados internacionales y que esta intervención del Estado conduce inevitablemente a intensas rivalidades político-económicas

entre los Estados-nación. Hay una lucha entre los principales Estados nacionales por el control sobre las regiones periféricas con el fin de abrir estas regiones a la exportación de capital de un país imperialista en particular y excluir al capital de otros países. "El capital de exportación se siente más cómodo [...] cuando su propio Estado controla completamente el nuevo territorio, ya que las exportaciones de capital de otros países son excluidas, goza de una posición privilegiada", observó Hilderding.[2] Lenin, en su escrito de 1917, El imperialismo: fase superior del capitalismo, hizo hincapié en el surgimiento de las empresas financiero-industriales nacionales que luchan por el reparto y nuevo reparto del mundo entre ellas a través de sus respectivos Estados-nación. La rivalidad entre estos capitales nacionales competidores condujo a la competencia interestatal, al conflicto militar y la guerra entre los principales países capitalistas.

Hilferding, Lenin, y otros que analizaron el mundo de principios del siglo XX, establecieron este marco de análisis marxista de capitales nacionales rivales que después fue trasladado por los economistas políticos posteriores a finales del siglo XX y principios del XXI a través de las teorías de la dependencia y del sistema mundo, la teoría radical de las relaciones internacionales, los estudios de la intervención estadunidense, etc. Como hemos visto, el capitalismo ha cambiado fundamentalmente desde los tiempos de los teóricos clásicos del imperialismo, pero este marco anticuado de capitales nacionales en competencia continuó permeando a los observadores de la dinámica mundial a principios del siglo XXI. La siguiente afirmación de Klare, en 2003, es típica:

Por geopolítica o competencia geopolítica me refiero a la disputa entre grandes potencias y aspirantes a grandes

potencias por el control del territorio, los recursos y las posiciones geográficas importantes, como los puertos y las bahías, los canales, los sistemas fluviales, los oasis y otras fuentes de riqueza e influencia. Hoy vemos el resurgimiento de una ideología geopolítica desvergonzada entre los cuadros dirigentes de las potencias más importantes [...] la mejor manera de ver lo que está sucediendo hoy en Irak y en otros lugares es a través de un prisma geopolítico (2003: 51-56).

Esa forma de pensar proporcionó el andamiaje para el torrente de literatura del "nuevo imperialismo". Algunos argumentaron que el intervencionismo unilateral de Estados Unidos desmentía las afirmaciones anteriores de que estamos avanzando hacia un orden mundial globalizado y refutaba las teorías "equivocadas" de la globalización.[3] Según Bello:

Lo que muchos consideraban, tanto en la izquierda como en la derecha, como la ola del futuro –es decir, una economía global funcionalmente integrada, marcada por flujos masivos de mercancías, capital y fuerza de trabajo a través de las fronteras de los Estados-nación debilitados y presidida por una "clase capitalista trasnacional"– ha retrocedido en una reacción en cadena de crisis económicas, crecientes rivalidades y guerras intercapitalistas. Sólo con un esfuerzo de imaginación se puede decir que Estados Unidos bajo el gobierno de George W. Bush está promoviendo una "agenda globalista" (2006: 1345-1367, cita en p. 1346).

Los datos empíricos reales, algunos de los cuales hemos visto en el capítulo 1, sin embargo, han dejado claro que sólo con un esfuerzo de imaginación se puede ignorar la profunda intensificación de la globalización económica –incluida,

precisamente, la escalada de los flujos de mercancías, capital y fuerza de trabajo a través de las fronteras de los Estados-nación en el primer decenio del siglo XXI, antes y después de los acontecimientos de septiembre de 2001–. Y el gobierno de Bush efectivamente promovió la agenda globalista de globalización intensificada. ¿Qué evidencia ha habido de "crecientes rivalidades intercapitalistas" entre los Estados-nación? No hubo guerras comerciales o tensiones militares entre las principales potencias capitalistas durante ese decenio, sino más bien intentos, a veces desesperados, por parte de sus gobiernos de manejar colectivamente el sistema y sus tendencias a la crisis. Las nuevas teorías del imperialismo no lograron distinguir entre el análisis coyuntural y la causalidad estructural, y confundieron la apariencia superficial, como las declaraciones públicas de los responsables políticos, con la esencia subyacente.

En este y los próximos dos capítulos ofreceré una explicación alternativa sobre el acentuado intervencionismo de Estados Unidos en los últimos años desde la perspectiva de la teoría del capitalismo global. El intervencionismo estadunidense no es el abandono de la globalización capitalista sino una respuesta a su crisis. El Estado de Estados Unidos ha tomado la iniciativa de imponer una reorganización del capitalismo mundial. Pero esto no significa que el militarismo y el intervencionismo estadunidenses busquen defender los intereses de "Estados Unidos". Siendo el componente más poderoso del ETN, el aparato estatal estadunidense intenta defender los intereses de los inversionistas trasnacionales y del sistema en su conjunto, y enfrentar a las fuerzas políticas de todo el mundo que de una u otra manera amenazan a esos intereses o amenazan con desestabilizar los procesos capitalistas trasnacionales. En un sentido más amplio, existe

una nueva relación entre el espacio y el poder que apenas está comenzando a ser teorizada y que requiere que volvamos a examinar la cuestión de la acumulación desigual.

COSIFICACIÓN, TEORETICISMO Y DUALISMO EN LAS TEORÍAS DEL "NUEVO IMPERIALISMO"

Las antinomias de David Harvey

Algunos teóricos del "nuevo imperialismo" consideran a la globalización como sinónimo de la génesis del capitalismo y su expansión hacia afuera, de modo que hay muy poco o nada nuevo en el sistema en el siglo XXI (Henwood, 2003). Pero la mayoría reconoce en mayor o menor medida que se han dado cambios y, en particular, que el capital se ha vuelto más global. Sin embargo, para ellos el capital no se ha trasnacionalizado; se ha "internacionalizado". Estas interpretaciones se ocupan de explicar el orden inter-nacional, el cual por definición pone el centro de atención en la dinámica interestatal. La necesidad de acomodar la realidad de la trasnacionalización del capital dentro de un marco Estado-nación céntrico para analizar la dinámica política mundial lleva a las teorías del "nuevo imperialismo" a un dualismo de lo económico y lo político.

Este dualismo se resume en El nuevo imperialismo, quizá el tratado más emblemático dentro de esta literatura. En éste, el geógrafo urbano y teórico marxista David Harvey sostiene que el capital es económico y se globaliza, pero que los estados son políticos y persiguen una lógica territorial en interés propio. La teoría de Harvey comienza con la idea de que

lo fundamental es considerar la lógica capitalista del poder y la territorial como distintas entre sí [...] La relación entre estas dos lógicas debe verse, por lo tanto, no como funcional o unilateral [...] sino como problemática y a menudo

contradictoria. Esta relación dialéctica sienta las bases para un análisis del imperialismo capitalista en términos de la intersección de estas dos lógicas de poder diferentes pero entrelazadas (2005: 29-30).

Sin embargo, el enfoque de Harvey no es dialéctico sino mecánico. Los enfoques dualistas, como el de Harvey, consideran que las partes bajo análisis están relacionadas externamente, mientras que lo característico del enfoque dialéctico es el reconocimiento de que las relaciones entre las diferentes partes –procesos, fenómenos– son relaciones internas. Una relación interna es aquella en la que cada parte se constituye en su relación con la otra, de modo que no puede existir sin la otra y sólo tiene significado cuando se ve dentro de la relación, mientras que una relación externa es aquella en la que cada parte tiene una existencia independiente de su relación con la otra (Ollman, 1976). En el enfoque dialéctico, las diferentes dimensiones de la realidad social no tienen un estatus "independiente" en la medida en que cada aspecto de la realidad está constituido por, y es constitutivo de, un todo más grande del cual es un elemento interno. Las diferentes dimensiones de la realidad social pueden ser analíticamente distintas, pero están internamente interpenetradas y son mutuamente constitutivas unas de otras como elementos internos de un proceso más amplio, de manera que, por ejemplo, el capital/económico y el Estado/político son internos a las relaciones capitalistas.

Es sorprendente que Harvey y otros que se adhieren a ese dualismo mecánico propongan tal separación, ya que la historia del pensamiento crítico moderno –de Polanyi a Poulantzas y Gramsci, entre otros, sin mencionar medio siglo de teorización materialista histórica sobre el Estado– ha demostrado tanto la

separación formal (aparente) de lo económico y lo político bajo el modo de producción capitalista como la ilusión de que esa separación es orgánica o real.[4] Esta separación tiene su genealogía en el surgimiento del mercado y su compulsión económica aparentemente "pura". Esta separación aparece en el pensamiento social con la ruptura de la economía política, el surgimiento de la economía clásica y la ciencia social burguesa, y la fragmentación disciplinaria.[5] Weber, en particular, presentó la noción dualista del Estado como una esfera política independiente dotada de cuadros que interactúan externamente con el capital en busca de sus propios intereses territoriales/institucionales. Weber consideraba el sistema interestatal competitivo como una condición estructural necesaria para la aparición y la reproducción del capitalismo. Argumentó:

La lucha competitiva [entre los Estados-nación] creó las mayores oportunidades para el moderno capitalismo occidental. Cada Estado por separado tenía que competir por el capital móvil, que les dictó las condiciones bajo las cuales les ayudaría a adquirir el poder. De esta alianza del Estado con el capital, dictada por la necesidad, surgió la clase ciudadana nacional, la burguesía en el sentido moderno de la palabra. De ahí que sea el Estado nacional cerrado el que dio al capitalismo su posibilidad de desarrollo, y mientras el Estado nacional no dé lugar a un imperio mundial, el capitalismo también perdurará (1978: 354).

Separar lo económico de lo político fue un sello distintivo del funcionalismo estructural que dominó gran parte de las ciencias sociales de mediados del siglo XX. El funcionalismo estructural siguió a Weber al separar las distintas esferas de la

totalidad social y conferir una autonomía funcional a cada subesfera, que era considerada externamente relacionada con otras subesferas de una manera similar a la noción de Harvey de lógicas territorial y de capital separadas que pueden o no coincidir. Es a este dualismo que Harvey ahora se dirige para explicar el "nuevo imperialismo".[6]

Harvey no brinda una concepción explícita del Estado, pero reconoce que su actuación ha "dependido de la manera en que se ha constituido el Estado y por quién" (Harvey, 2005: 91). Sin embargo, las lógicas duales del Estado y el capital ignoran el proceso de formulación de políticas del mundo real en el que el Estado se extiende hacia atrás, se cimienta en las fuerzas de la sociedad civil y se funde en infinidad de maneras con el propio capital. En la medida en que la sociedad civil –las fuerzas sociales– y el capital se van trasnacionalizando, el análisis del Estado no puede permanecer estático a nivel de Estado-nación. La problemática esencial que debe preocuparnos en el intento de explicar los fenómenos asociados con el "nuevo imperialismo" es la dirección política –o gobernación– del capitalismo global–. El reto teórico es comprender cómo lo político y lo económico se articulan de una manera nueva en la era actual. Esto requiere una concepción de la agencia y de las instituciones. La agencia de las fuerzas sociales históricamente situadas se ejerce a través de las instituciones que ellas mismas han creado y recreado constantemente. Debemos centrarnos no en los estados como macroagentes ficticios sino en las constelaciones de fuerzas sociales históricamente cambiantes que operan a través de múltiples instituciones, incluyendo los aparatos de Estado, que están ellas mismas en proceso de transformación como consecuencia de las agencias colectivas.

La cosificación del espacio y del territorio

Pero en lugar de ofrecer una ontología de la agencia y de explicar cómo opera a través de instituciones históricamente constituidas, gran parte de la literatura del "nuevo imperialismo" cosifica estas instituciones. Cuando explicamos la dinámica global en términos de instituciones con existencia o agencia independiente de las fuerzas sociales, las estamos cosificando. Como ha demostrado la Escuela gramsciana en economía política internacional y teorías críticas del Estado,[7] la historia comienza y termina con fuerzas sociales históricamente situadas como agentes colectivos. Es esta cosificación la que conduce a los análisis realistas del poder estatal y del sistema interestatal. En lugar de ello, debemos mirar debajo del marco interestatal/Estado-nación –a las fuerzas sociales históricas, a la evolución de las estructuras que crean y a las configuraciones institucionales en constante cambio a través de las cuales operan– y más allá de éste para captar lo que está sucediendo en el mundo de hoy.

El Estado, dice Harvey, volviendo al enfoque realista, "lucha por afianzar sus intereses y lograr sus objetivos en todo el mundo" (ibid.: 26). Pero Harvey no se detiene en esta cosificación del Estado. Introduce una cosificación territorial adicional, de manera que las relaciones territoriales se convierten en algo inmanente a las relaciones sociales. "La riqueza y el bienestar de determinados territorios aumentan a expensas de otros", escribe Harvey (ibid: 32). Ésta es una imagen marcadamente cosificada: los "territorios", en lugar de los grupos sociales, tienen "riqueza" (valores acumulados) y gozan de "bienestar". De esta manera, Harvey concede al espacio una existencia independiente como fuerza social/política bajo la forma de territorio para desarrollar su tesis del "nuevo imperialismo". El foco de atención no es cómo

se organizan las fuerzas sociales tanto en el espacio como a través de las instituciones. Más bien, para Harvey, el territorio adquiere una existencia social propia, una lógica agéntica. Se nos dice que las "entidades territoriales" efectúan prácticas de producción, comercio, etc. ¿Realmente las "entidades territoriales" hacen estas cosas? ¿O no es que, en el mundo real, los individuos y los grupos sociales se dedican a la producción, al comercio, etc.? Y lo hacen mediante instituciones a través de las cuales organizan, sistematizan y demarcan sus actividades como agentes. Los grupos sociales se vincularon y organizaron en la era moderna a través de la forma institucional particular del Estado-nación basado en el territorio. Pero esta forma institucional particular no adquiere una vida propia y tampoco es inmutable. Los Estados-nación continúan existiendo, pero su naturaleza y significado evolucionan a medida que las relaciones sociales y las estructuras se transforman – particularmente, a medida que se trasnacionalizan.

El espacio es una relación social. Concebir el espacio como territorio es cosificar el espacio. El espacio no es una cosa como una mercancía que sí lo es. Como relación social, el espacio es un proceso social que es histórico, es decir, evoluciona a lo largo de los ejes temporales de la historia y está determinado por las relaciones entre grupos y clases sociales, incluyendo las contradicciones y los antagonismos entre ellos. No hay nada en la teoría del capitalismo global que suponga que el capital no se acumula de manera desigual con respecto a espacios y lugares. Sassen sugiere que en la era de la globalización el espacio necesita ser reescalado "hacia abajo" a lo subnacional y "hacia arriba" a lo trasnacional y lo global (Sassen, 2007). Aunque estoy de acuerdo, mi interés aquí no es la reescalación, sino un cambio epistemológico más fundamental que implica la descosificación del espacio y del

lugar. Concebir una determinada organización del espacio en términos de territorio o geografía –que implica fronteras socialmente construidas, por ejemplo las fronteras nacionales– como fija o inmanente al capitalismo mundial es cosificar el espacio. Esto no es particularmente polémico. El problema, no obstante, es la visión o suposición de que el proceso de acumulación desigual, que es inmanente al capitalismo, adopta una expresión territorial o geográfica definida e incluso fija, lo que equivale a confundir una relación social con una relación territorial. Los órdenes espaciales son abstracciones de las relaciones sociales. La particular expresión territorial o geográfica que tomaron las relaciones espaciales en la evolución del capitalismo mundial, que se ha denominado centro y periferia, o Norte y Sur, fue completamente histórica. Los límites lógicos (por ejemplo, centro y periferia) y las contradicciones sistémicas (polos antagonistas en una unidad dialéctica) no deben confundirse con los límites espaciales y las contradicciones espaciales. Que los dos sean, o hayan sido, coetáneos es algo histórico más que inmanente.

Es cierto que lo social no existe fuera de lo espacial y que los seres humanos experimentan el mundo en el tiempo y el espacio, con el espacio como distancia medida en tiempo. Es igualmente cierto que el espacio es relativo y experimentado subjetivamente, como observa Lefebvre (1991). A partir de las ideas de Lefebvre, Marx, Luxemburgo y otros, Harvey introdujo anteriormente la noción muy fértil de arreglo o solución espacial (o espacio-temporal) para explicar la manera en que el capital resuelve momentáneamente las contradicciones (en particular, las crisis de sobreacumulación) de un lugar desplazándolas a otros lugares a través de la expansión geográfica y la reorganización espacial. Siguiendo la famosa observación de Marx de que la acumulación ampliada

de capital implica la progresiva "aniquilación del espacio por el tiempo", también acuñó el término "compresión espacio-temporal" en referencia a la globalización como un proceso que involucra un nuevo impulso de compresión espacio-temporal en el sistema capitalista mundial (Harvey, 1990, 2006).

Pero los "lugares" no tienen existencia ni significado en y por sí mismos. Son las personas que viven en espacios determinados las que hacen estos desplazamientos (literalmente), estos arreglos espacio-temporales. Las "relaciones de intercambio asimétricas" que están en el centro del énfasis que pone Harvey en la base territorial del "nuevo imperialismo" deben ser, para Harvey, relaciones de intercambio territorial. Pero no sólo eso: deben ser intercambios territoriales del Estado-nación. Pero las relaciones de intercambio son relaciones sociales, intercambios entre grupos sociales particulares. No hay nada en el concepto de intercambios asimétricos que por mandato les dé una expresión territorial; no hay razón para suponer que los intercambios desiguales son necesariamente intercambios que tienen lugar entre territorios distintos, mucho menos específicamente entre diferentes Estados-nación. Que adquieran o no tal expresión es materia de análisis histórico, empírico y coyuntural. Ciertamente, las relaciones espaciales entre las fuerzas sociales han sido mediadas históricamente en gran parte por el territorio; las relaciones espaciales han sido relaciones definidas territorialmente. Sin embargo, esta territorialización no es en modo alguno inmanente a las relaciones sociales y bien puede ir perdiendo importancia a medida que avanza la globalización.

Si la mayoría de las personas en un lugar que podemos llamar territorio o Estado-nación consigue "riqueza" y "bienestar" al haber desplazado las contradicciones a la mayoría de las personas de otro lugar, entonces podemos justificar el

punto de vista de que las relaciones sociales adquieren una expresión territorial –de ahí la base territorial (Estado-nación) de las teorías clásicas del colonialismo y el imperialismo y posteriormente del sistema-mundo y las teorías afines de centro y periferia geográficamente definidos–. Pero sabemos que bajo la globalización una gran cantidad de personas en regiones centrales como Los Ángeles o Nueva York pueden sufrir el desplazamiento de las contradicciones descargadas sobre ellas de personas físicamente contiguas a ellas en la misma ciudad, mientras que la creciente clase media y los sectores acomodados de India, China, Brasil o Sudáfrica pueden beneficiarse de los arreglos espacio-temporales que trasladan la crisis a los pobres globales a través de los mecanismos neoliberales tanto como sus contrapartes de las ciudades globales del primer mundo.

Cualquier teoría de la globalización debe abordar la cuestión del lugar y el espacio, incluidas las relaciones espaciales cambiantes entre las fuerzas sociales y cómo se espacializan las relaciones sociales. Esto no se ha logrado satisfactoriamente, a pesar de una serie de proposiciones teóricas que van desde el "espacio de flujos" de Castells (1996) que sustituye el "espacio de lugar", hasta el "distanciamiento tiempo-espacio" de Giddens (1990) como el "levantamiento" de las relaciones sociales desde el lugar territorial y su expansión alrededor del globo de manera que se puede eliminar la fricción territorial. Esta noción de reconfiguraciones nuevas y en curso del tiempo y el espacio social es central en una serie de teorías de la globalización. A su vez, apunta a la cuestión teórica más general de la relación de la estructura social con el espacio, la noción del espacio como base material de las prácticas sociales y la relación cambiante entre territorialidad/geografía, instituciones y estructuras sociales bajo la globalización. La

cuestión crucial aquí es la forma en que la globalización puede estar transformando la dinámica espacial de la acumulación y los arreglos institucionales y políticos a través de los cuales tiene lugar. El sujeto –literalmente, es decir, los agentes/creadores del mundo social– no es el espacio global, sino la gente en esos espacios. Lo central es, por lo tanto, la reconfiguración espacial de las relaciones sociales más allá de un marco Estado nación/interestatal, si no es que incluso más allá del territorio. Volveré a este tema más adelante en este capítulo.

Los estados son relaciones sociales institucionalizadas y, en la medida en que esas relaciones están territorializadas, actores territoriales. Los Estados-nación son relaciones sociales que históricamente han sido territorializadas, pero esas relaciones no son territoriales por definición. En la medida en que Estados Unidos y otros Estados nacionales promueven la desterritorialización de los procesos sociales y económicos, no son actores territoriales. Difícilmente se puede considerar que el Estado de Estados Unidos actúa territorialmente cuando promueve la relocalización global de los procesos de acumulación que anteriormente estaban concentrados en el territorio estadunidense. El enfoque de Harvey no puede explicar ese comportamiento debido a que por su definición el Estado de Estados Unidos debe promover su propio engrandecimiento territorial. Harvey observa que como la banca local fue suplantada por la banca nacional en el desarrollo del capitalismo "el libre flujo de capital-dinero a través del espacio nacional alteró la dinámica regional" (Harvey, 2005: 106). En la misma línea podemos argumentar que el libre flujo de capital a través del espacio global altera estas dinámicas a escala mundial. Pero el análisis Estado-

nación/interestatal céntrico de Harvey le impide contemplar tal posibilidad.

Volvamos a la pregunta: ¿por qué Harvey propondría lógicas separadas para lo económico y lo político –para el capital y el Estado–? Al separar lo político y lo económico puede afirmar que efectivamente la globalización ha transformado la dinámica espacial de la acumulación –por lo tanto el capital se globaliza–, pero que los arreglos institucionales y políticos de esa acumulación global siguen siendo territoriales como Estados-nación. El Estado tiene su propia lógica independiente que lo lleva a una relación externa con la globalización del capital. Aquí llegamos al escollo del teoreticismo. Si se parte del supuesto teórico de que el mundo está formado por Estados nacionales independientes de base territorial y que esta forma político-institucional particular es algo inmanente al mundo moderno –Wood hace explícita la suposición, una ley del capitalismo; en Harvey parece implícita– entonces el mundo cambiante del siglo XXI debe ser explicado por decreto teórico en estos términos. La realidad debe ajustarse a la concepción teórica de un orden político e institucional interestatal inmutable basado en el Estado-nación. Pero dado que Harvey reconoce la realidad de la globalización del capital, se ve forzado a separar la lógica de ese capital que se globaliza de la de los estados de base territorial; se ve obligado ya sea a abandonar por completo la construcción teórica, o a construirla sobre el dualismo de lo económico y lo político, del capital y del Estado.

Como he observado en la introducción, el problema de este teoreticismo es que desarrolla análisis y proposiciones para ajustarse a los supuestos teóricos. Dado que las teorías generalmente aceptadas establecen un esquema de sistema interestatal compuesto por estados, economías y capitales

nacionales en competencia, la realidad del siglo XXI debe ser interpretada de tal manera que se ajuste a este marco de una forma u otra. Este teoreticismo conduce a los teóricos del "nuevo imperialismo" al dualismo esquizofrénico de las lógicas económica y política. En cualquier caso, Harvey se ve atrapado en un callejón sin salida que pone en evidencia el problema. A pesar de reconocer la trasnacionalización del capital, llega a la conclusión de que la lógica político-territorial del Estado de Estados Unidos está guiada actualmente por el esfuerzo para abrir espacios frente a los Estados-nación competidores para descargar el excedente de capital nacional, de ahí el nuevo imperialismo estadunidense. Así, al final, reduce el capital globalizante a capitales nacionales que operan internacionalmente y, al explicar el comportamiento del Estado de Estados Unidos en términos de su funcionalidad al capital, contradice de hecho su construcción teorética anterior al hablar de una relación interna entre la acumulación de capital y el Estado.

La acumulación desigual de capital: II

Para Neil Smith, como para su mentor Harvey, "el desarrollo desigual es el sello distintivo de la geografía del capitalismo" (1990). Mientras que la geografía bajo el capitalismo globalizado, en mi opinión, aún no ha sido adecuadamente teorizada o analizada, el desarrollo o acumulación desigual es un tema central en la teoría clásica del imperialismo y las teorías del nuevo imperialismo. Los estudiosos británicos de las relaciones internacionales Alexander Anievas (2008: 190-206), Adam Morton (2007) y Alex Callinicos (2007: 533-549) han afirmado en sus respectivas críticas que la "ley del desarrollo desigual y combinado" de

Trotsky muestra que el capitalismo se desarrolla inherentemente de manera desigual y que este desarrollo desigual desmiente mi tesis sobre el ETN.[8] En efecto, el capital se acumula de manera desigual. Pero estos críticos argumentan no sólo que la acumulación desigual es inmanente al capitalismo, con lo que estoy totalmente de acuerdo, sino que también insisten en que esta acumulación desigual por la naturaleza y la lógica del sistema toma la forma de desarrollo desigual entre Estados-nación. "La cuestión central entonces es si hay algo inherente al capitalismo que perpetúe una configuración territorial de los intereses de clase y el poder estatal", afirma Anievas. "La respuesta está en lo que Trotsky denominó la 'ley del desarrollo desigual y combinado' " (Anievas: 2008: 200).

Lenin y Hilferding teorizaron un momento histórico del capitalismo mundial sobre la base de una aplicación de las leyes del desarrollo capitalista, específicamente, la manifestación de la expansión hacia afuera de capitales competidores como imperialismo. Trotsky, de igual modo, aplicó las leyes del desarrollo capitalista –la acumulación desigual del capital como consecuencia de la competencia entre capitales– al mundo de principios del siglo XX que estaba analizando. Las formas históricas generadas por las leyes del movimiento de un orden social son justo eso: históricas, y por lo tanto sujetas a transformación a medida que el sistema evoluciona. La división centro-periferia del trabajo creada por el colonialismo moderno reflejaba una configuración espacial particular de la ley del desarrollo desigual que está siendo transformada por la globalización. No hay nada en el concepto de intercambios asimétricos que, por decreto, les de una expresión territorial, mucho menos estatal nacional. La globalización reconstituye la espacialidad del capitalismo

mundial. Estoy de acuerdo con Sassen sobre la historicidad de la escala y en la necesidad de recodificar los procesos nacionales y locales como "instanciaciones de lo global", sin asumir, como observa, que si los procesos o condiciones se localizan en las instituciones nacionales o en el territorio nacional, deban ser nacionales (Sassen, 2007).

Según Anievas, "otro factor central que perpetúa este desarrollo desigual, manifestado en formas territorializadas y geográficas, es la construcción de infraestructuras físicas espacialmente integradas (por ejemplo, las tecnologías de transporte y comunicación) necesarias para la reproducción ampliada del capital. Las inversiones en entornos construidos vienen a definir espacios regionales para la circulación del capital". Como resultado, argumenta, "el capital muestra una clara tendencia a concentrarse en regiones específicas a expensas de otras, produciendo así una 'lógica territorial del poder' –regionalidad– algo porosa pero identificable, inherentemente surgida del proceso de acumulación de capital en el espacio y en el tiempo" (Anievas, 2008: 201). Los economistas políticos han observado durante mucho tiempo lo que se conoce como dinámica de aglomeración o la tendencia del capital a concentrarse en determinados entornos construidos. Pero no hay nada en esta teoría de las economías de aglomeración que sugiera que estos espacios deben ser espacios de Estado-nación y de hecho una gran cantidad de evidencia empírica indica un debilitamiento continuo de la correspondencia del espacio nacional con tales economías y los circuitos de acumulación y niveles de desarrollo social que se adhieran a ellas. Por ejemplo, la literatura sobre las ciudades globales[9] muestra cómo el capital se acumula desigualmente en el espacio y el tiempo y da lugar a una polarización social y espacial aguda dentro de las economías de aglomeración

anidadas en los espacios metropolitanos, locales, subnacionales, transfronterizos y otros que no corresponden a los espacios del Estado-nación en una lógica interestatal.

Estos y otros estudios muestran que la acumulación desigual tiende a desarrollarse cada vez más de acuerdo con una lógica social y no con una lógica nacional. Los diferentes niveles de desarrollo social están adheridos a los propios sitios de la actividad productiva social, es decir, al espacio social, no geográfico. Además, los grupos privilegiados tienen cada vez más la capacidad de manipular el espacio para crear enclaves y aislarse a través de nuevos mecanismos de control social y nuevas tecnologías para el entorno construido (véanse el análisis que figura a continuación y el capítulo 5). La persistencia, y de hecho el crecimiento, de la división Norte-Sur sigue siendo importante por sus implicaciones políticas teóricas y prácticas. Lo que debemos preguntar es si la división es algo innato al capitalismo mundial o una configuración espacial particular del desarrollo capitalista desigual durante una determinada fase histórica del capitalismo mundial, y si las tendencias hacia la autorreproducción de esta configuración son cada vez más contrarrestadas por las contratendencias que emanan de la naturaleza y la dinámica de la acumulación global de capital.[10]

Las relaciones espaciales, como todas las estructuras de la sociedad, son resultado de procesos históricamente específicos y contingentes. Lo que hizo que el desarrollo desigual fuera espacial en el sentido entendido por las teorías del imperialismo es que el valor se genera en un espacio político y se traslada a otro espacio político. Lo que lo hizo nacional es que el valor era generado en una nación o territorio nacional y apropiado como flujos de excedentes en otra nación o territorio como resultado de la particular historia colonial e imperial del

sistema capitalista mundial. Este movimiento de valores a través del espacio o la apropiación del excedente por parte de algunos grupos sociales puede ser inmanente al capitalismo, pero lo que no le es inmanente es que este espacio sea por definición el espacio nacional. Bajo el capitalismo global, los valores se generan en espacios particulares, pero pueden ser y son circulados casi instantáneamente bajo la forma de dinero a otros espacios que pueden estar en cualquier parte del mundo, y además estos valores están permanentemente en movimiento; no se quedan en un solo lugar, es decir, no se acumulan continuamente en un punto de lo que es el espacio abierto del capitalismo global. Está claro que para explicar el movimiento de valores entre diferentes "nodos" de la producción globalizada, necesitamos ir más allá de los enfoques centrados en el Estado-nación y aplicar la teoría del valor a las transformaciones de las estructuras espaciales e institucionales mundiales (siendo el Estado-nación la estructura espacial e institucional central en la historia del capitalismo mundial).

Está en la naturaleza del capitalismo global el crear espacios desiguales, aunque sólo sea por el mapeo de funciones en el espacio dentro del sistema. La ley de la acumulación desigual y combinada postula que la desigualdad o disparidad entre regiones junto con su combinación en una sola división internacional del trabajo subyace a la acumulación de capital. La distribución espacial del desarrollo desigual entre el Norte y el Sur (o centro y periferia) como rasgo territorial particular del sistema mundial se determinó en gran medida por el papel de los Estados como instrumentos de las clases vinculadas al territorio y por las distintas condiciones socioeconómicas e históricas que el capitalismo enfrentó en su génesis y propagación mundial. La realidad del capital como una totalidad de capitales individuales en competencia, y su

existencia concreta como una relación dentro de límites espaciales específicos determinados geográficamente como Estados-nación, obró en contra de una tendencia unificadora trasnacional o supranacional. Ahora la globalización reconfigura estas relaciones espaciales de acumulación.

Los capitalistas, independientemente de su origen nacional, pueden utilizar a su favor la acumulación desigual de capital y diferentes espacios y jurisdicciones políticas en las estrategias de acumulación. La existencia continua de condiciones distintas o desiguales a través de las naciones es una función del capitalismo global y permite al capital trasnacional establecer diferentes áreas base para las actividades de acumulación. Los capitalistas trasnacionales de origen mexicano, por ejemplo, se benefician tanto como los capitalistas trasnacionales de origen estadunidense o alemán de las condiciones o las ventajas particulares que proporciona la fuerza de trabajo y otras consideraciones políticas y de costos de los factores de producción en territorio mexicano. El multimillonario mexicano Carlos Slim y su conglomerado Grupo Carso, por ejemplo, tienen operaciones que abarcan los seis continentes. El conglomerado utiliza los estados de México y de Estados Unidos, así como agencias y funcionarios estatales en muchos otros países donde opera, sacando ventaja de la acumulación desigual entre los espacios territoriales de México y Estados Unidos para sus propias estrategias de acumulación trasnacional. El Grupo Carso no tiene ningún interés intrínseco en "desarrollar" a México y no tiene aversión intrínseca a la acumulación desigual a través de las fronteras nacionales y otras fronteras espaciales; por el contrario, éstas a menudo obran a su favor.

El capitalismo global, está claro, tiene una base social global; es una relación interna a prácticamente todos los países

y las regiones del mundo. Las contradicciones Norte-Sur son una consecuencia del desarrollo histórico del capitalismo mundial. En el que quizá sea el análisis más detallado de las estructuras centro periferia que emergieron del desarrollo histórico del capitalismo mundial a través del imperialismo y el colonialismo, Samir Amin ha argumentado que hay una diferencia fundamental en la estructura de los mundos desarrollado y subdesarrollado. Mientras que el capitalismo central experimenta lo que él llama acumulación "autocéntrica", girando alrededor de la producción de bienes de capital y consumo de masas, el "capitalismo periférico" gira alrededor de la producción para la exportación y el consumo de bienes de lujo (Amin, 1974, 1977). Pero Amin describía una estructura histórica, una estructura impuesta por el capital metropolitano en una época anterior del capitalismo mundial y que ya no describe la economía globalizada.

Siguen existiendo diferencias regionales significativas en relación con la acumulación global y las historias y las configuraciones particulares de las fuerzas sociales que conforman experiencias distintas bajo la globalización. Además, estas fuerzas sociales operan a través de instituciones nacionales y regionales. De ahí que haya variación en el proceso de globalización y los procesos concomitantes de institucionalización de las nuevas relaciones sociales y las estructuras políticas del capitalismo global. Pero esto no significa que la competencia nacional y regional sea la causante de los procesos de acumulación desigual. Más bien queremos ver cómo las fuerzas sociales trasnacionales de arriba son capaces de reproducir y utilizar las diferencias regionales para servir a la acumulación global y cómo las fuerzas sociales trasnacionales de abajo continúan operando políticamente a través de las instituciones locales y nacionales en las luchas

contra el capitalismo global. La contradicción Norte-Sur o centro-periferia se ve complicada por la globalización capitalista. La contradicción social fundamental en la sociedad global es entre las clases subordinadas y las clases dominantes en el contexto trasnacional.

La crisis del capitalismo global está dando lugar a un descalabro acelerado de las condiciones sociales en Estados Unidos, incluyendo la erosión de los salarios y de los estándares de vida de gran parte de la clase trabajadora, la decadencia de los sistemas educativos y de salud, el deterioro de la infraestructura, desempleo, subempleo, inestabilidad laboral y desigualdades sociales cada vez mayores. El Estado nacional no puede resolver estas contradicciones del capitalismo globalizado. Los Estados nacionales poderosos o centrales previamente habían "desplazado" las contradicciones más explosivas al mundo colonial y anteriormente colonizado a través del imperialismo. El fin de los estados de bienestar en el Norte y las nuevas oleadas de austeridad a raíz de la crisis de 2008 acentuaron la brutal "tercermundización" de las clases trabajadoras y de los pobres en los centros tradicionales del capitalismo mundial –un desplazamiento que es más social que territorial–. En efecto, un estudio sobre la desigualdad global realizado en 2005 por las Naciones Unidas señaló que algunas partes de Estados Unidos son tan pobres como el tercer mundo (United Nations Development Program, 2005).

Ciertamente existen escalas espaciales distintas para la acumulación desigual, entre ellas la internacional, pero esta escala internacional, por importante que sea históricamente, no es inmanente al capitalismo mundial; la reorganización espacial bajo la globalización está haciendo evidente la naturaleza social (en lugar de territorial) y contingente de la acumulación desigual. La globalización capitalista da lugar a una acelerada

concentración y centralización social del capital, pero no a una centralización espacial. Por el contrario, resulta en su opuesto, una descentralización espacial. En este sentido, difiero de Smith, quien identifica la centralización del capital como espacial y como un elemento fundamental para el desarrollo desigual (1990). El significado del espacio está cada vez más imbricado en su construcción social; en el tipo de polarización social aguda que estamos viendo en términos de clase trasnacional. El aumento de zonas ricas y comunidades cerradas junto a las marginadas y guetorizadas se observa por todo el mundo; gentrificación y falta de vivienda lado a lado en todos los centros urbanos. La Historia de dos ciudades de Dickens es hoy un relato de dos mundos que habitan espacios sociales distintos en los mismos lugares. Veinticinco años después de la publicación de su estudio seminal, Uneven development, Smith aludió a la naturaleza escalar cambiante del desarrollo desigual:

La teoría del desarrollo desigual sugirió un movimiento en vaivén del capital ya evidente en un proceso de gentrificación que hoy se ha convertido en un evento global y sistémico más que local e incidental, pero la meteórica expansión económica de China, India, Brasil, Corea y varias otras economías de América del Sur y Asia [...] parecen confirmar este argumento también en otras escalas [...] La reconstrucción de Pekín, Shanghai y Mumbai, y de otras ciudades de Asia y otros lugares sugiere una gentrificación a escala global de las ciudades que realmente no podía haberse imaginado en Nueva York, Londres, Sídney o Filadelfia en los años noventa. La gentrificación es una parte central de esta localización del desarrollo desigual y de las luchas globales, pero este proceso se ha transformado (y no sólo a través de un aumento de la

escala). La gentrificación se ha convertido hoy en una vigorosa estrategia global de construcción de ciudades [...y es ahora] un vehículo de la acumulación de capital. Los patrones resultantes de geografías desiguales a escala local son muy diferentes de los que se observaban hace treinta años (Smith, 2011: 262-264).

Smith no lleva el punto lo suficientemente lejos. La reconstrucción de centro y periferia en los espacios sociales por todo del globo es evidente más allá de las ciudades globales más viejas y ahora de las más nuevas que menciona Smith. Como ya he comentado anteriormente, la polarización social global ha atravesado los espacios nacionales incluyendo Norte y Sur, pues se expresa en una reestructuración del espacio posibilitada por las nuevas tecnologías globalizadoras, la capacidad de los sectores acomodados de aislarse de los barrios marginales que los rodean, de introducir servicios públicos, médicos y de salud, comercio y recreación en estos espacios reconstruidos, resguardados por los procesos estatales y privados de control social –"zonas verdes" globales, en alusión a la barrera de seguridad que las fuerzas estadunidenses establecieron en Bagdad–. Lo que Smith describe ahora parece bastante generalizable para gran parte del mundo.[11]

Para Smith, la lógica del desarrollo desigual

se deriva específicamente de las tendencias opuestas, inherentes al capital, hacia la diferenciación y la igualación simultánea de los niveles y las condiciones de producción. El capital se invierte continuamente en el entorno construido para producir plusvalía y ampliar la base del capital. Pero, de la misma manera, el capital se retira continuamente del entorno construido para poder moverse a otra parte y aprovechar las mayores tasas de ganancia (1990: XV).[12]

La esencia del desarrollo desigual para Smith es esta búsqueda espacial por parte del capital para la obtención de mayores tasas de ganancia a través de la relocalización física. Éste es el proceso que lleva a muchos a insistir en que la ley del desarrollo desigual y combinado otorga una dimensión territorial (Estado-nación/fijo) a la acumulación. Pero el movimiento del capital a otras partes no significa necesariamente que se mueva de un país a otro o incluso de una ciudad a otra. La diferenciación y la igualación como fenómenos espaciales son una relación social cuya particular expresión territorial o geográfica es histórica, contingente y no predeterminada para ser internacional. Considérese lo siguiente: Unicor, una empresa pública que emplea a presos de las prisiones federales de Estados Unidos en la producción de bienes y servicios para adquisiciones del sector público, fue autorizada en 2012 a asociarse con empresas del sector privado a efecto de producir para el mercado abierto. En otras palabras, las corporaciones privadas pueden ahora coinvertir con Unicor y aprovechar la fuerza de trabajo penitenciaria pagada a 0.23 dólares por hora hasta un máximo de 1.15 dólares por hora –un monto competitivo con México, India y China– para que trabaje en call centers penitenciarios y maquiladoras (o "talleres de sudor") penitenciarias que producen desde textiles, electrónica y equipo óptico hasta muebles, servicios de impresión y equipo para vehículos. La compañía anunció estas oportunidades de la siguiente manera:

Después de años de proveer bienes y servicios de calidad a agencias federales, Unicor ahora tiene la autoridad para asociarse con empresas del sector privado que están trasladando el trabajo al extranjero (offshore), o en vez de que

trasladen el trabajo a otro país. Las compañías que se expanden a nuevas áreas de negocios también pueden aprovechar la alternativa única de outsourcing de Unicor. Con cada vez más trabajo de call center externalizado, Unicor puede proporcionar soporte de call center a una tasa altamente competitiva, y hacerlo aquí mismo en Estados Unidos. Imagine [...] Todos los beneficios del outsourcing interno a precios offshore. ¡Es el secreto mejor guardado de la externalización! [...] Admitámoslo, el outsourcing offshore puede ser un problema. Hay barreras lingüísticas, tipos de cambio monetarios variables, diferencias de tiempo y simplemente visitar su call center puede implicar un vuelo transoceánico. Cuando subcontrata con Unicor, su call center está localizado en Estados Unidos, y esos problemas desaparecen. Su empresa disfrutará de todos los beneficios de una operación interna, con el ahorro de costos de ir a otro país.[13]

El capital siempre ha desarrollado su capacidad para ampliar sus operaciones en el tiempo y el espacio. Esto implica la posibilidad, especialmente en tiempos de crisis –o en respuesta a las crisis– de escapar a las restricciones estructurales particulares de un orden históricamente constituido. Los intentos de eludir estas restricciones pueden darse a través de la manipulación del tiempo con respecto a la acumulación y la apropiación –aumento del tiempo de rotación, creación de mercados de futuros, derivados, etc., como discutiremos en el próximo capítulo– así como del espacio –fuga de capitales, expansión extraterritorial, reorganización espacial de la producción, entre otros–. Históricamente esa expansión espacial tuvo lugar a través del colonialismo y el imperialismo, que implicaron no sólo oleadas de expansión hacia afuera de los centros originales del capitalismo, sino

también la conversión a menudo violenta de nuevas zonas a la forma mercantil (acumulación originaria).

El ejemplo de Unicor, uno de los innumerables que podríamos señalar, sugiere que la reorganización espacial de la acumulación en respuesta a la crisis no es necesariamente una que implique la expansión hacia el exterior o la relocalización territorial. Los procesos contradictorios de diferenciación e igualación, dependiendo de las condiciones tecnológicas, políticas y sociales prevalecientes, pueden no adquirir una expresión internacional, o ni siquiera geográficamente significativa. El uso cada vez mayor de la fuerza de trabajo de los reclusos (en prisión) –en gran parte consecuencia de la represión estatal del trabajo superfluo, como discutiremos en el capítulo 5– ejerce presión a la baja sobre la fuerza de trabajo no recluida. Aquí el Estado de Estados Unidos genera las condiciones para que la fuerza de trabajo radicada en Estados Unidos sea competitiva con la fuerza de trabajo de cualquier parte del mundo y, por lo tanto, compensa las dimensiones estrictamente territoriales/internacionales de las presiones a la igualación. Como veremos en el capítulo 5, la política de la crisis global y la transición del bienestar social al control social o a los estados policiales generan las condiciones políticas y sociales propicias para la igualación en términos de bolsas de trabajo explotables que trascienden la tradicional división internacional centro-periferia.

La crisis del capitalismo global y el Estado de Estados Unidos

Las inconsistencias de la argumentación de Harvey reflejan una contradicción general de la literatura del "nuevo imperialismo": el dualismo de lo económico y lo político, del

capital y del Estado, es negado por la afirmación de que el Estado funciona para servir al capital (nacional). ¿Cómo ve Harvey la política exterior estadunidense? "Si, por ejemplo, las fuerzas estadunidenses abren los mercados de capital en todo el mundo a través de las operaciones del FMI y de la OMC", dice, "es porque se considera que las instituciones financieras de Estados Unidos obtienen ventajas específicas" (Harvey, 2005: 32). Por lo tanto, la política exterior está en función de los intereses financieros (no se especifica a qué se refiere realmente una institución financiera "estadunidense" en el siglo XXI). En términos más generales, las teorías del "nuevo imperialismo" analizan la política exterior estadunidense en relación con la suposición realista de la competencia entre capitales nacionales y la consecuente rivalidad política y militar entre los Estados-nación centrales. Estados Unidos practica un fuerte intervencionismo para compensar su declive hegemónico, dice Arrighi (2005a, 2005b; Wallerstein, 2006: 7-20). "La rivalidad intercapitalista sigue siendo el eje de la rueda imperialista", afirma Foster. "En el período actual del imperialismo hegemónico global, Estados Unidos está encaminado ante todo a expandir su poder imperial en la medida de lo posible y subordinar al resto del mundo capitalista a sus intereses" (Foster, 2003: 1-14). Henwood insiste en que la política exterior de Estados Unidos en los últimos años ha estado particularmente dirigida a la restauración de la fuerza relativa de los capitalistas "estadunidenses" (Henwood, 2003); y "La Unión Europea", escribe Wood, "es potencialmente una potencia económica más fuerte que Estados Unidos" (2003: 156).

Sin embargo, como vimos en el capítulo 1, el estudio empírico de la economía global revela que las corporaciones trasnacionales operan tanto dentro como fuera de los límites

territoriales de la UE, que los inversionistas trasnacionales de todos los países poseen y comercian miles de millones de euros y dólares cada día, que la propiedad accionaria se ha trasnacionalizado significativamente, que los inversionistas europeos están tan profundamente integrados en los circuitos trasnacionales de acumulación que pasan inextricablemente a través de la economía "estadunidense" como lo están los inversionistas estadunidenses en esos circuitos que pasan por la economía de la "UE". Estos capitalistas trasnacionales operan a través de las fronteras de Estados Unidos y de la UE y tienen un interés material y político en estabilizar la economía de Estados Unidos y de la UE y "sus" instituciones financieras. Una vez que desmentimos la noción realista de un mundo de economías nacionales y capitales nacionales, la secuencia lógica en la argumentación del "nuevo imperialismo" se derrumba como un castillo de naipes, ya que todo el edificio está construido sobre esta noción. Al afrontar la realidad del capital trasnacional podemos entender la política exterior estadunidense en esta nueva época en una relación orgánica, si no meramente funcional, con la estructura y la composición real de las fuerzas sociales dominantes en el sistema capitalista global.

Durante una visita a Chile, en julio de 2004, me encontré con un informe que señalaba que los capitalistas chilenos habían invertido el año anterior unos 40 000 millones de dólares en todo el mundo en diversos fondos de pensiones, valores y otros instrumentos financieros. Un informe del FMI en el mismo mes indicaba que inversionistas de Malasia, Alemania, Rusia, Japón y Estados Unidos estaban entre los miles de tenedores de bonos argentinos que habían exigido al FMI y al Grupo de los Ocho que el gobierno argentino revocara su impago y honrara estos bonos. Por lo tanto, cuando el

Estado de Estados Unidos, el FMI o el G8 presionan al gobierno argentino para que honre su deuda con capitalistas privados de todo el mundo, incluso de Chile, ¿se trata de un caso –como Wood, Henwood, Foster, Arrighi, Harvey, y el resto sostendrían–, del Estado estadunidense que sirve a los intereses de "su propio capital nacional" o a los intereses aún más amorfos del hegemón imperial? ¿O es que el Estado de Estados Unidos, junto con el FMI y el G8, están sirviendo a los intereses del capital trasnacional y a los intereses de los circuitos capitalistas globales sobre los de los circuitos específicamente locales o nacionales? En julio de 2004, Le Monde Diplomatique informó que el conglomerado corporativo más grande de Tailandia, el Grupo Charoen Pokphand (CPG), empleaba a 100 000 personas en 20 países en operaciones que van desde la avicultura y la producción de otros alimentos hasta semillas, telecomunicaciones, piensos y franquicias de las tiendas minoristas 7-Eleven (DelForge, 2004: 5; FMI, 2004). Evidentemente, cuando las presiones de Estados Unidos o del FMI abren cualquiera de esos 20 países a la economía global, CPG y sus inversionistas son tan beneficiarios como los inversionistas trasnacionales de Estados Unidos, la UE, Chile o de cualquier otro lugar. Y seguramente el CPG estaría encantado de vender sus piezas de pollo (por lo que es más conocida) en el nuevo mercado iraquí abierto por la invasión estadunidense de 2003.

Volvamos al caso de IBM en India abordado en el capítulo 1. No es de extrañar que el gobierno de la India haya pasado de ser un opositor feroz del Acuerdo General sobre el Comercio de Servicios (AGCS) en 2001 a uno de sus partidarios más entusiastas en 2006 (Kuruvilla, 2006: 121). El AGCS ha sido discutido como parte de las continuas negociaciones de la OMC y específicamente se propone eliminar todos los controles

estatales o restricciones transfronterizas a la actividad del sector de servicios trasnacional. A medida que India se ha convertido en una plataforma global líder para los servicios trasnacionales, un número cada vez mayor de las élites políticas y económicas indias, junto con estratos profesionales y de clase media, se han orientado trasnacionalmente y proporcionan la base social para el giro radical en la posición del gobierno respecto al AGCS. Al promover el AGCS, el Estado indio está en efecto promoviendo la globalización de las actividades de acumulación del sector servicios; está fomentando la trasnacionalización del capital y la integración de India en la economía global y actuando como un componente del ETN. Sería difícil ver las batallas políticas globales en torno al AGCS en términos Estado-nación céntricos; el apoyo y la oposición a éste deben ser interpretados en términos de clase trasnacional. Debemos reconocer que el panorama que surge no es tanto el de una competencia internacional entre capitales nacionales como el de una competencia global entre capitales trasnacionales (y otros grupos sociales), o tendremos que separar lo económico de lo político de la manera en que Harvey y otros lo hacen, erigiendo un dualismo en el intento de salvar una concepción Estado-nación céntrica del mundo y una lectura realista de la política global.

Wood, entre otros teóricos del "nuevo imperialismo", rechaza la proposición de que pueda llegar a existir un aparato de "Estado global" porque, en su opinión, cualquier argumento en este sentido se basa en la idea de que el Estado territorial está cada vez más obsoleto. Nadie, fuera de algunos comentaristas (Ohmae, 1996), sugiere que el Estado-nación está desapareciendo, o que el capital puede ahora, o alguna vez ha podido, existir sin un Estado. El Estado nacional desempeña funciones vitales para el capital trasnacional –entre ellas, la

formulación de políticas económicas locales dirigidas a lograr el equilibrio macroeconómico, la provisión de infraestructura y de leyes sobre la propiedad y, por supuesto, el control social y la reproducción ideológica. Sin embargo, hay otras condiciones que los capitalistas trasnacionales requieren para el funcionamiento y la reproducción del capitalismo global. Los Estados nacionales están mal equipados para organizar la armonización supranacional de las políticas macroeconómicas, crear un campo unificado para que opere el capital trasnacional, imponer regímenes comerciales trasnacionales, "transparencia" supranacional, etc. La construcción de un sistema jurídico y regulador supranacional para la economía global durante los últimos años ha sido tarea de un conjunto de instituciones trasnacionales cuyas acciones y prescripciones políticas se han sincronizado con las del Estado nacional neoliberal que ha sido conquistado por las fuerzas locales de orientación trasnacional.

No podemos, como Wood, simplemente ignorar el papel cada vez más destacado de una estructura institucional trasnacional en la coordinación del capitalismo global y la imposición de la dominación capitalista más allá de las fronteras nacionales. El dogma del "nuevo imperialismo" reduce las prácticas del FMI a instrumentos del imperialismo "estadunidense". Sin embargo, no conozco ningún programa de ajuste estructural del FMI que cree condiciones en el país intervenido que favorezcan de alguna manera especial al capital "estadunidense" en lugar de abrir el país intervenido, su fuerza de trabajo y sus recursos a los capitalistas de cualquier rincón del mundo. Este resultado es claramente distinto del imperialismo anterior, en el cual un determinado país central cerraba el territorio colonizado o su esfera de influencia como su propia reserva exclusiva para la explotación. Por lo tanto, es

más preciso caracterizar al FMI (o, en su caso, al Banco Mundial, a otros bancos regionales, a la OMC, etc.) como un instrumento no del imperialismo "estadunidense" sino de la explotación capitalista trasnacional.

La pervivencia del Estado nacional es una condición central, no para la "hegemonía estadunidense" o un "nuevo imperio de Estados Unidos", sino para el poder de clase del capital trasnacional. La CCT ha sabido utilizar los estados centrales locales para moldear las estructuras trasnacionales e imponerlas en distintas naciones y regiones. El verdadero problema no es la continuidad de la existencia de los Estados nacionales y de Estados nacionales poderosos en un sistema globalizado –hecho que no contradice la tesis de una CCT y un ETN– sino su función. Debemos analizar la política exterior de Estados Unidos en relación con el papel estructural del poder estatal estadunidense en el avance del neoliberalismo y del capitalismo global. Las políticas estadunidenses, como la imposición de los programas de ajuste estructural neoliberales y el patrocinio de los acuerdos de libre comercio en general, sirvieron para forzar la apertura de regiones y sectores alrededor del mundo al capitalismo global. Las políticas de Estados Unidos en general han promovido los intereses capitalistas trasnacionales. Contrariamente a la retórica de algunos funcionarios estatales de Estados Unidos, el gobierno de Bush ratificó y mantuvo consistentemente una política no de repliegue económico nacional, sino de integración neoliberal del mercado global. Y un análisis de los aparatos del ETN sugiere que actúan no para hacer cumplir las políticas "estadunidenses", sino para forzar la alineación trasnacional de las políticas de orientación nacional en general.

La política exterior de Estados Unidos se ejerce a espaldas del público por parte de los funcionarios del Estado como

responsables políticos inmediatos y de las élites corporativas politizadas que constituyen la clase dominante en el sentido formal del término. Sin embargo, la formulación de las políticas estatales es también un proceso en el que diferentes facciones e instituciones que conforman el aparato estatal tienen influencia sobre diversas cuotas de la toma de decisiones en determinados momentos. Las diferencias tácticas y estratégicas, así como las rivalidades personales e institucionales, se presentan en el nivel de la formulación de las políticas inmediatas en las disputas por el control de la política. Esta dispersión del poder de formulación de la política exterior dentro una élite y los niveles de autonomía (relativa) entre los responsables inmediatos de formular las políticas puede hacer que los momentos de transición y redefinición parezcan altamente contradictorios y confundir a los observadores, especialmente cuando estos observadores toman el discurso público al pie de la letra o asumen que los actores sociales no están influidos por ideologías que pueden ser inconsistentes con los intereses y las intenciones subyacentes. El análisis de políticas es un análisis coyuntural y debe ser combinado con el análisis estructural, y el análisis de las políticas estatales y las prácticas de clase debe basarse en el contenido real de estas políticas y prácticas, no en lo que sus agentes afirman ser.

Como vimos en el capítulo anterior, una de las contradicciones fundamentales de la globalización capitalista es que la globalización económica se desarrolla en el marco de un sistema político interestatal/Estado-nación y sus estructuras formales de autoridad fragmentadas. El ETN puede ejercer políticamente el poder estructural del capital trasnacional, por ejemplo, imponiendo condiciones en los préstamos, aplicando sanciones y embargos financieros, emitiendo calificaciones crediticias, etc. Pero no tiene un aparato coercitivo que sea

verdaderamente supranacional. El Estado de Estados Unidos maneja los únicos instrumentos importantes de coerción a nivel mundial. Este aparato coercitivo se emplea, he argumentado, en interés de la acumulación trasnacional. No obstante, esta configuración institucional presenta contradicciones significativas porque las élites globales en su conjunto no tienen acceso a ese aparato de la misma forma en que lo hace el contingente estadunidense de esa élite. Incluso habiendo un contacto trasnacional cada vez mayor entre las élites globales y los funcionarios estatales trasnacionales, la élite trasnacional no puede, en lo que respecta al Estado de Estados Unidos (o a cualquier otro Estado nacional), emprender los tipos de debate estratégico interno, los procesos de construcción de consenso, los mecanismos consensuales y también las dimensiones conspirativas de la formulación de políticas que tienen lugar en el nivel del estado nacional. Además, Estados Unidos y otros Estados nacionales están sujetos a las presiones de legitimación interna (nacional) y a intereses particulares.

Hay poco desacuerdo entre las élites globales, independientemente de su nacionalidad formal, en que el poder de Estados Unidos debe ser rigurosamente aplicado (por ejemplo, para imponer los programas del FMI, para bombardear a la ex Yugoslavia, para intervenciones de "mantenimiento de la paz" y "humanitarias", etc.) con el objetivo de sostener y defender el capitalismo global. El Estado de Estados Unidos es un punto de condensación clave para las presiones de los grupos dominantes de todo el mundo para resolver los problemas del capitalismo global y asegurar la legitimidad del sistema en su conjunto. En este sentido, imperialismo "estadunidense" se refiere al uso por parte de las élites trasnacionales del aparato estatal de Estados Unidos para seguir tratando de expandir, defender y estabilizar el sistema

capitalista global. Somos testigos no tanto de un imperialismo estadunidense per se sino de un imperialismo capitalista global. Nos enfrentamos a un imperio del capital global, con sede, por razones históricas evidentes, en Washington. Las cuestiones para las élites globales son: ¿de qué manera, bajo qué condiciones particulares, arreglos y estrategias debe ser ejercido el poder estatal de Estados Unidos? ¿Cómo pueden determinados grupos de funcionarios estatales de Estados Unidos responder y rendir cuentas ante las élites globales que son reacias en sus acciones, están dispersas por todo el mundo y que operan a través de numerosos entornos institucionales supranacionales, cada uno con historias distintas y trayectorias particulares?

Los cambios estructurales que han llevado a la trasnacionalización de los capitales, las finanzas y los mercados nacionales, así como los resultados reales de las recientes campañas políticas y militares dirigidas por Estados Unidos, sugieren nuevas formas de dominación capitalista global, por lo cual intervenciones como la de Irak, África del Este, Haití y la ex Yugoslavia tienen como objetivo crear condiciones favorables a la penetración del capital trasnacional y la integración renovada de la región intervenida en el sistema global. La intervención estadunidense facilita el paso del poder de las élites locales y regionales hacia nuevos grupos más favorables al proyecto trasnacional. El resultado de la conquista militar de Estados Unidos no es la creación de zonas exclusivas para la explotación "estadunidense", como fue el resultado de la conquista española de América Latina, la británica de Sudáfrica e India, la holandesa de Indonesia, etc., en momentos anteriores del sistema capitalista mundial. El poder de clase acrecentado del capital producido por estos cambios se hace sentir en todo el mundo. No se trata de la

recreación del antiguo imperialismo sino de la colonización y recolonización de los vencidos para el nuevo capitalismo global y sus agentes. La relación de clase subyacente entre la CCT y el Estado nacional de Estados Unidos debe ser entendida en estos términos. El Estado de Estados Unidos alberga el ministerio de guerra en un gabinete de élite global muy dividido.

El caso de Irak

La mayoría de los observadores vieron la invasión y la ocupación de Irak en 2003 como el primer ejemplo del "nuevo imperialismo" –un intento estadunidense de controlar el petróleo iraquí frente a sus rivales y apuntalar su declinante hegemonía–. Al criticar la teoría del ETN, Van der Pijl afirma que "Estados Unidos y el Reino Unido han utilizado (en Irak, por ejemplo) su 'ventaja comparativa' militar para vencer la voluntad rusa y francesa de establecer acuerdos petroleros con el régimen de Saddam Hussein cuando parecía que las sanciones de la ONU se estaban desmoronando" (Van der Pijl, 2005: 276) Sin embargo, la primera compañía petrolera trasnacional que contó con la ayuda del Departamento de Estado de Estados Unidos a raíz de la invasión y ocupación de Washington fue la petrolera "francesa" Total, seguida por las compañías petroleras chinas que pudieron entrar en el mercado del petróleo iraquí gracias a la ocupación estadunidense. La oposición de Francia, Alemania y otros países a la invasión de Irak mostró fuertes diferencias tácticas y estratégicas sobre cómo responder a la crisis, reforzar el sistema y mantenerlo en expansión. Baker ha mostrado cómo la invasión de Irak abrió violentamente el país al capital trasnacional y lo integró en los nuevos circuitos globales. La invasión dio como resultado el cambio de poder de las antiguas élites de orientación nacional a

las de orientación trasnacional cultivadas y puestas en el poder por la fuerza de ocupación, la imposición de una reestructuración neoliberal radical y un cambio en el equilibrio regional de fuerzas en favor del bloque de poder capitalista global.[14] Como Klein ha observado, "los arquitectos de la invasión desataron una violencia feroz porque no podían abrir las economías cerradas de Medio Oriente por medios pacíficos" (2007: 327). Además, las invasiones de Irak y Afganistán crearon vastas oportunidades de generación de ganancias para la CCT en un momento en que la economía global mostraba signos serios de estancamiento, como trataré con más detalle en el siguiente capítulo.

Si el Estado de Estados Unidos ha intentado desempeñar un papel de liderazgo en nombre de los intereses capitalistas trasnacionales, ha sido cada vez más incapaz de hacerlo no debido a las mayores rivalidades nacionales sino a la imposibilidad de la tarea en vista de una crisis en ascenso del capitalismo global. Esta crisis ha generado grandes discrepancias y desórdenes dentro del bloque de poder globalista, que en el mejor de los casos se ha mantenido unido por hilos frágiles y puede desgarrarse bajo la presión de conflictos internos y de fuerzas opuestas a su lógica. La coherencia política de los grupos dominantes siempre se pierde cuando se enfrentan a crisis estructurales o de legitimidad dado que diferentes grupos impulsan estrategias y tácticas distintas o recurren a la búsqueda más inmediata de intereses sectoriales. Ante las perspectivas cada vez más exiguas de construir una hegemonía trasnacional viable, en el sentido gramsciano de un sistema estable de dominación consensual, la burguesía trasnacional no se ha replegado dentro del Estado-nación. En lugar de ello, las élites globales han hecho acopio de respuestas fragmentadas, y a veces incoherentes, que implican una mayor

coerción militar, la búsqueda de un post Consenso de Washington y enconadas disputas internas. Entre las élites globales los más astutos políticamente han llamado en años recientes a promover un proyecto de reforma "post Consenso de Washington" –una llamada "globalización con rostro humano"– en el interés de salvar el propio sistema (Stiglitz, 2003). Pero hubo otros de dentro y de fuera del bloque que exigieron respuestas más radicales.

En el período posterior al 11 de septiembre, la dimensión militar parecía ejercer una influencia sobredeterminadora en la reconfiguración de la política global.[15] La Casa Blanca de Bush militarizó las contradicciones sociales y económicas generadas por las tendencias a la crisis del capitalismo global poniendo en marcha una movilización de guerra permanente para tratar de estabilizar el sistema a través de la coerción directa. La Casa Blanca de Obama siguió el ejemplo, a pesar de una retórica distinta. ¿Era esto evidencia de una nueva puja estadunidense por el imperio? El intervencionismo y la globalización militarizada han sido más una respuesta política contradictoria a la crisis del capitalismo global –al estancamiento económico, problemas de legitimación y aumento de las fuerzas contrahegemónicas– que una campaña por la hegemonía estadunidense. Como discutiremos en detalle en el próximo capítulo, a pesar de la retórica del neoliberalismo, el Estado de Estados Unidos ha asumido un papel casi sin precedentes en la creación de oportunidades para la obtención de ganancia para el capital trasnacional y en el impulso de un proceso de acumulación que dejado a su propia suerte (el "libre mercado") probablemente se hubiera detenido mucho antes de 2008.

Algunos vieron los miles de millones de dólares invertidos por el Estado de Estados Unidos en la invasión y la ocupación de Irak como evidencia de que esta intervención beneficiaba al

"capital estadunidense" en detrimento de otros capitales nacionales. Sin embargo, Bechtel, el Grupo Carlyle y Halliburton, que fueron los primeros beneficiarios de los contratos militares estadunidenses, son ellos mismos conglomerados de capital trasnacional. Carlyle, por ejemplo, es una de las mayores firmas de fondos de inversión de capital privado (holdings) del mundo, con inversionistas de 75 países y cientos de compañías de todo el mundo. Entre sus ejecutivos están el exprimer ministro británico John Major, el exsecretario general de la ONU Javier Pérez de Cuéllar, el expresidente del Deutsche Bundesbank Karl Otto Pohl, el exprimer ministro de Corea del Sur Park Tae-joon, la familia real saudí (incluyendo miembros de la familia bin Laden), el presidente de Montenegro Milo Djukanovic, el financiero global George Soros, numerosos ejecutivos de empresas radicadas en Europa y representantes de Nigeria, Dubai, China, India, Brasil, Sudáfrica y Singapur (Briody, 2003).[16] Rothkopf observa que las firmas de defensa de todo el mundo se están integrando cada vez más en una red global a través de alianzas estratégicas, empresas conjuntas y fusiones transfronterizas (2008: 207). Es cierto que las compañías militares, petroleras y de ingeniería/construcción, muchas de ellas con sede en Estados Unidos, lograron asegurar sus intereses sectoriales particulares a través de la instrumentalización descarada del Estado de Estados Unidos bajo la presidencia de Bush. Sin embargo, estas compañías eran ellas mismas trasnacionales y sus intereses eran no los del "capital estadunidense" en rivalidad con el de otros países, sino los de determinados clusters trasnacionales en la economía global.

La "destrucción creativa" de la guerra (y de los desastres naturales y humanos) genera nuevos ciclos de acumulación a través de la "reconstrucción". Y el complejo militar de energía-

ingeniería-construcción constituye uno de esos sectores del capital global que más se beneficia de la "destrucción creativa" de las crisis, las guerras y los desastres naturales y humanos. Los capitalistas trasnacionales son conscientes del papel del Estado estadunidense en la apertura de nuevas posibilidades para la colocación de los excedentes y la creación de nuevas oportunidades de inversión. "Estamos buscando lugares para invertir en todo el mundo", explicó un exejecutivo de una compañía petrolera de exploración e ingeniería con sede en Holanda, y luego "ya sabes, se presenta lo de Irak".[17]

Los miles de millones invertidos por el Estado estadunidense en la guerra y la "reconstrucción" de Irak fueron a dar a una amplia variedad de inversionistas y subcontratistas que abarcó todo el planeta. Kuwait Trading and Contracting, Alargan Trading de Kuwait, Gulf Catering y Saudi Trading and Construction Company fueron sólo algunas de las empresas con sede en Medio Oriente que compartieron la bonanza, junto con compañías y grupos de inversionistas de lugares tan lejanos como Sudáfrica, Bosnia, Filipinas e India (Phinney, 2005). Allawi escribe: "En los primeros días de la ocupación, fueron los subcontratistas kuwaitíes, egipcios y coreanos, las compañías de transporte sauditas y turcas, los buenos brokers jordanos, los contratistas laborales pakistanís e indios y los intermediarios libaneses los que dominaron el mundo de la subcontratación del ejército de Estados Unidos" (2007: 253). Además, bajo el dosel de la ocupación estadunidense, entraron en Irak inversionistas y comerciantes iraníes (Wong, 2007). La situación fue una en la que el Estado de Estados Unidos movilizó los recursos para alimentar una vasta red trasnacional de generación de ganancias que pasó por innumerables capas de outsourcing, subcontratación, alianzas y relaciones de colaboración, beneficiando a los capitalistas de orientación

trasnacional de muchas partes del globo. El Estado de Estados Unidos fue el engranaje central de una maquinaria de ETN dedicada a reproducir el capitalismo global.

El imperialismo y la ampliación extensiva e intensiva del capitalismo

Si el mundo no está dividido en economías nacionales y capitales nacionales rivales, ¿necesitamos todavía una teoría del imperialismo? ¿Existe alguna relevancia en la actualidad para el concepto? En el período posterior a la segunda guerra mundial, y partiendo de la tradición establecida por Rosa Luxemburgo, los marxistas y otros economistas políticos críticos, el centro de atención del estudio del imperialismo se trasladó a los mecanismos de penetración del capitalismo central en los países del tercer mundo y la apropiación de sus excedentes. En este sentido, imperialismo se refiere a esta explotación y al uso de los aparatos de Estado por los capitales procedentes de los centros del sistema mundial para facilitar esta relación económica a través de mecanismos militares, políticos y culturales. Si por imperialismo entendemos las presiones incesantes para la expansión hacia afuera del capitalismo y los distintos mecanismos políticos, militares y culturales que facilitan esa expansión y la apropiación de los excedentes que ella genera, entonces es un imperativo estructural inherente al capitalismo. No es una política de los funcionarios de determinados estados centrales (verlo como tal era el error de Hobson) sino una práctica inmanente al propio sistema. El imperialismo practicado por la Casa Blanca de Bush no era algo particular a un grupo de intelectuales orgánicos y políticos neoconservadores de Estados Unidos. Y la Casa Blanca de Obama continuó con esas prácticas, a pesar de las coyunturas

específicas y las diferentes políticas y estrategias entre las élites.

Necesitamos herramientas para conceptualizar, analizar y teorizar la manera en que esta presión expansionista inherente al sistema capitalista se manifiesta en la era de la globalización. Necesitamos estas herramientas políticamente para ayudar a hacer efectiva nuestra confrontación con el sistema. Estoy de acuerdo con Kiely en que una teoría del imperialismo "sigue siendo indispensable para entender tanto el orden mundial contemporáneo como el lugar del Sur en ese orden" (2006: 205-221). Aun así, el imperialismo capitalista es considerablemente más complejo bajo la globalización que el simple esquema Norte-Sur/centro-periferia a través del cual se suele ver. Las relaciones de clase del capitalismo global están ahora tan profundamente internalizadas dentro de cada Estado-nación que la imagen clásica del imperialismo como una relación de dominación externa es anticuada. El no comprender esto lleva a conclusiones tan superficiales y erróneas como, por ejemplo, afirmar que el fracaso de los proyectos populares en materializarse bajo el gobierno del Partido de los Trabajadores en Brasil o del Congreso Nacional Africano en Sudáfrica se debe a que los líderes de esos partidos "se vendieron", o simplemente porque el "imperialismo" socava sus programas. Imperialismo no se refiere a naciones sino a grupos que ejercen su poder social –a través de las instituciones– para controlar la producción de valor, apropiarse de los excedentes y reproducir este orden. El desafío para un proyecto teórico de tal magnitud es preguntarse: en el sistema capitalista mundial, ¿cómo y por quién se producen los valores (organizados a través de qué instituciones), cómo se los apropian (por medio de qué instituciones), y cómo están cambiando estos procesos a través de la globalización capitalista? Durante los 500 años

transcurridos desde la génesis del sistema capitalista mundial, el colonialismo y el imperialismo incorporaron de manera coercitiva zonas y pueblos a su redil. Este proceso histórico de "acumulación originaria" está llegando a su fin.

El fin de la ampliación extensiva del capitalismo es el fin de la era imperialista del capitalismo mundial. El sistema todavía conquista espacios, naturaleza y seres humanos. Es deshumanizante, genocida, suicida y maníaco. Pero con la excepción de unos cuantos espacios remanentes (Irak hasta hace poco, Corea del Norte, etc.), el mundo ha sido incorporado al sistema durante el último medio milenio. La lógica implacable de la acumulación es hoy en gran parte interna a las relaciones sociales mundiales y al complejo de las instituciones políticas indóciles a través de las cuales los grupos dominantes intentan manejar esas relaciones. El esfuerzo del Estado estadunidense en diseñar una legislación de inmigración represiva para asegurar una fuerza de trabajo latina barata, reprimida y fuertemente controlada dentro del territorio de Estados Unidos no es diferente de los esfuerzos del ETN para imponer derechos de propiedad intelectual en América Latina, privatización en África meridional o desregulación y flexibilidad laboral en la UE –todo esto, y más, es la cara fea del capitalismo global–. Pero no es imperialismo en el viejo sentido ni de capitales nacionales rivales ni de conquista de las regiones precapitalistas por parte de los estados centrales. Necesitamos una teoría de la expansión capitalista –de los procesos políticos y de las instituciones a través de los cuales se produce tal expansión, de las relaciones de clase y la dinámica espacial que conlleva.

Sin embargo, esta expansión capitalista es un proceso que genera crisis capitalistas por su propio funcionamiento interno. En el próximo capítulo volvemos al tema de la crisis

examinando las contradicciones internas que desgarran al capitalismo global y que explotaron con el colapso económico de 2008. Al hacerlo analizaremos más a fondo el papel de Estados Unidos en el sistema capitalista global, no como un imperio sino como eje principal o punto nodal de este sistema global.

[1] Véase, entre otros, Harvey, 2005; Wood, 2003; Foster, 2003: 1-14, 2006; Gowan, 1999, Callinicos, 2009, 2010; Kiely, 2006: 205-221; Pozo-Martin, 2006: 223-242; Bello, 2005; Klare, 2003: 51-56; Arrighi, 2005a: 23-80 y 2005b: 83-116; Brenner, 2002, 2003.

[2] Hilferding, 1981: 322. Del mismo modo, Nikolai Bujarin, en el capítulo titulado "La economía mundial y el Estado 'nacional' ", en su estudio clásico Imperialism and World Economy, afirma: "Hay una discordia creciente entre la base de la economía social que se ha vuelto mundial y la peculiar estructura de clase de la sociedad, una estructura donde la clase dominante (la burguesía) está dividida en grupos 'nacionales' con intereses económicos contradictorios, grupos que, opuestos al proletariado mundial, compiten entre sí por el reparto de la plusvalía creada a escala mundial" (1973: 106).

[3] Véase, v. gr., Henwood, 2003; Pozo-Martin, 2006.

[4] Para la discusión, véase, entre otros, Robinson, 1996: capitulo 1.

[5] Véase, entre otros, Therborn, 1985 [publicado por primera vez en 1976]; Zeitlin, 2000.

[6] El marco dualista capital-economía/Estado-política ha tenido también una tenaz presencia en los estudios del sistema mundo y en la Economía Política Internacional (EPI). El

influyente estudio de 1994 del sistema mundo de Giovanni Arrighi, El largo siglo XX (1994), presentó la evolución del capitalismo mundial durante cinco siglos como la intersección de las lógicas de poder territorial y capitalista independientes. En la sociología, las teorías Estado céntricas de los asuntos internacionales se hicieron populares en los años ochenta tras la publicación de Bringing the State Back In, de Evans y sus colegas (1985).

[7] Véase, en particular, Cox, 1987.

[8] La crítica de Morton a la tesis del ETN es particularmente engañosa. Entre otras críticas, afirma que veo a los Estados nacionales como meras "correas de transmisión" para la difusión del capitalismo global e ignoro la "internalización de los intereses de clase [transnacionales] dentro del Estado [nacional]". Sin embargo, he discutido de manera consistente y extensa que los Estados nacionales –y las fuerzas sociales y de clase que operan en ellos– actúan proactivamente desde dentro para promover la globalización capitalista; precisamente que el Estado nacional neoliberal internaliza los intereses de clase de las fracciones transnacionales del capital y de las élites. Él reduce mi noción del ETN a las instituciones supranacionales que reemplazan a las instituciones del Estado-nación. De hecho, yo sostengo que las instituciones del Estado-nación no son reemplazadas sino incorporadas a una red más amplia concebida en una abstracción analítica como ETN. Morton mezcla la tesis del ETN con el problema del desarrollo desigual afirmando que "las condiciones de desarrollo desigual son aplanadas por los supuestos de la tesis del Estado transnacional" (Morton, 2007: 147). En general, es difícil encontrar los pies y cabeza de la crítica de Morton, ya que malinterpreta mi argumento. Consideremos la siguiente afirmación intrincada: "se argumenta que una característica

clave de la época de la globalización no es sólo la transformación del Estado, sino su sustitución [...] por un aparato de Estado transnacional que consiste en alianzas transnacionales de clase en todo lo relacionado con las corporaciones transnacionales; la expansión de la inversión extranjera directa; las fusiones transfronterizas, las alianzas estratégicas, la interpenetración de capital y el entrelazamiento de los consejos directivos, la subcontratación y la extracción de recursos en todo el mundo; la ampliación de las zonas económicas especiales y otras formas de organización económica" (ibid.: 141). Está claro que Morton ha mezclado la noción de ETN con la de CCT y los procesos de formación de la CCT en la economía global. Del mismo modo, Morton hace la afirmación absurda de que yo coloco "el supuesto totalizador de la descampesinización en el centro de la tesis del Estado transnacional" (ibid.: 144). De hecho, defiendo que una característica del capitalismo global es la aceleración de la descampesinización y la proletarización en todo el mundo, pero esto no está en el "centro" de la tesis del ETN; de hecho todo lo que tiene que ver con la tesis del ETN es completamente incierto. El mismo Morton sigue con la fijación del eje nacional-internacional.

[9] Sobre ciudades globales, véase especialmente, Sassen, 2001, y para un resumen de la literatura sobre ciudades globales, véase Robinson, 2009b: 5-29. Sobre mis estudios de caso, véase Robinson, 2003a y 2008.

[10] La noción de una economía mundial dividida en países centrales y periféricos definida por una división internacional del trabajo en la que las actividades de altos salarios y de alto valor agregado se concentran en los países centrales y las actividades de bajos salarios y de bajo valor agregado en los países periféricos ha sido parte integral del paradigma de los

sistemas-mundo. Sin embargo, esta división internacional del trabajo ha dado paso a una división global del trabajo en la cual las actividades productivas básicas y periféricas se dispersan tanto dentro como entre países. Apartándose de su anterior concepción geográfico-territorial de centro y periferia, Immanuel Wallerstein ha reconocido recientemente que centro y periferia son una relación, de modo que los "procesos centrales y periféricos" se encuentran en el mismo espacio geográfico (Wallerstein, 2012: 524-528). No obstante, Wallerstein sigue comprometido con un análisis realista de la dinámica política mundial (véase Robinson, 2010a: 723-745).

[11] Steven Graham escribe en su revelador estudio, Cities under siege: The new military urbanism (2010: 5-6): "[Los paisajes urbanos de todo el mundo están] ahora poblados por unos pocos individuos adinerados, una clase media a menudo precaria y una masa de marginados. Casi en todas partes parece que la riqueza, el poder y los recursos se concentran cada vez más en manos de los ricos y los súper ricos, que cada vez más se secuestran a sí mismos dentro de complejos urbanos cerrados y despliegan su propia seguridad privada o fuerzas paramilitares para las tareas de imposición de límites y control del acceso. 'En muchas ciudades de todo el mundo, la riqueza y la pobreza coexisten en estrecha proximidad', escribió Anna Tibaijuk, directora del Programa Hábitat de la ONU, en octubre de 2008. 'Los barrios ricos y con buenos servicios y las comunidades cerradas a menudo se encuentran cerca de las comunidades de barrios marginales densos del centro de la ciudad que carecen incluso de los servicios más básicos' ". A la observación de las fuerzas de seguridad privadas debemos agregar que el Estado despliega su propio aparato represivo para proteger la propiedad privada y la seguridad de los ricos y para reprimir las amenazas reales o potenciales a estas

relaciones de clase social de la masa de los desposeídos y marginados, ya sean estas amenazas de naturaleza "criminal" o política (y como veremos en el capítulo 5, los retos políticos al capitalismo global son sistemáticamente criminalizados).

[12] Smith tiene cuidado de no identificar el desarrollo desigual entre un centro global y una periferia global como intrínseco al capitalismo. Sin embargo, Smith no se aparta de la noción de una "geografía del capitalismo" territorial. Para ser claro, no argumento que la acumulación global no tiene dimensiones territoriales; mi preocupación es criticar la noción de que la acumulación desigual es necesariamente territorial y perteneciente a los Estados-nación en un sistema internacional.

[13] Cita tomada de la página web de Unicor: http://www.unicor.gov/services/contact_helpdesk/.

[14] Baker, 2011 [documento presentado en la conferencia internacional, Global Capitalism and Transnational Class Formation, Center of Global Studies, Czech Academy of Sciences, 16-18 de septiembre]. Irak, observa Naomi Klein, "fue uno de los últimos obstáculos del objetivo de construir un mercado global basado en la visión de [Milton] Friedman de un capitalismo sin frenos". La invasión "fue una decisión política racional [...] los arquitectos de la invasión desataron una feroz violencia porque no podían abrir las economías cerradas de Medio Oriente por medios pacíficos, [de modo] que el nivel de terror fue proporcional a lo que estaba en juego" (2007: 326-327).

[15] Por sobredeterminación quiero decir que un evento o proceso –en este caso el renovado intervencionismo y la militarización de Estados Unidos– es determinado por múltiples causas o condiciones (determinaciones); la condición sobredeterminadora es aquella que se destaca en circunstancias históricas concretas como un explanandum analítico. Como

explicación adicional: la sobredeterminación en términos filosóficos se refiere a un evento o fenómeno por el cual un único efecto observado es determinado por múltiples causas a la vez, cualquiera de las cuales podría ser suficiente para explicar –determinar– el efecto. En términos de análisis social, Althusser importó el concepto de Freud y Mao. Puede haber una serie de condiciones necesarias (determinaciones) de la ocurrencia del evento; la condición sobredeterminadora es aquella que se destaca en circunstancias históricas concretas como un explanadum analítico. Por lo tanto, Althusser sugirió que el nivel económico no determina necesariamente el evento, el proceso o el fenómeno, excepto, en sus famosas palabras, "en última instancia" –que pueden ser sobredeterminadas por niveles políticos, ideológicos o de otro tipo (Althusser, 1985).

[16] Véase también la página web de Carlyle: http://www.carlyle.com/about-carlyle.

[17] Citado en "Note from the editors", Monthly Review, noviembre de 2004, interior de la portada y pp. 64-65, citado en p. 64.

4. LA "GRAN RECESIÓN": ESPECULACIÓN FINANCIERA Y ACUMULACIÓN MILITARIZADA

Los señores de la droga necesitan a los bancos. Un vistazo: el número de agosto de 2010 de la revista Bloomberg Markets informó que los narcotraficantes que usaron un jet DC-9 para transportar cocaína desde Sudamérica a México habían comprado el avión "con fondos lavados que transfirieron a través de dos de los mayores bancos de Estados Unidos: Wachovia Corp y Bank of America Corp". Pero los bancos también necesitan a los capos de la droga. En 2008, el dinero de la droga salvó a los principales bancos globales del colapso y, por lo tanto, exagerando un poco, salvó al capitalismo de una devastadora crisis interna cuando los mercados de capital especulativo implosionaron [...] Antonio Maria Costa, jefe de la Oficina de las Naciones Unidas contra la Droga y el Delito, [dijo a The Observer en Londres] haber encontrado pruebas de que el procedente del crimen organizado era "el único capital de inversión líquido" disponible para algunos bancos al borde del colapso.

PERIODISTA JOHN GIBLER (2011: 33)

Presidente del First Los Angeles Bank:

"¿Cuánto [dinero en efectivo] está enviando hoy?"

BCCI [Bank of Credit and Commerce InternaTIonal], cliente y cabeza de una operación de mil millones de dólares de lavado de dinero de las drogas:

"¿Cuánto? No lo sé. No tengo idea."

"Envíeme todo lo que tenga."

"De acuerdo, todo es suyo de todos modos."

GRABACIÓN DE VIGILANCIA DE LA DEA (WINSLOW, 1999: 269)

CAPITALISMO Y CRISIS

La "gran recesión" de 2008 fue desencadenada por el colapso del sistema financiero global, pero tiene causas estructurales mucho más profundas. No fue en esencia una crisis "financiera", ni mucho menos un desorden institucional. Además, fue –y es– una crisis del sistema capitalista mundial y no de un país o región en particular. Como crisis global, no puede entenderse limitando el enfoque a un país o región en particular, como han hecho varios estudios.[1] ¿Cómo podemos caracterizar la crisis? ¿Es cíclica, estructural o sistémica? Las crisis cíclicas son recurrentes al capitalismo una vez cada 10 años aproximadamente e implican recesiones que actúan como mecanismos de autocorrección sin ninguna reestructuración importante del sistema. Las recesiones de principios de los años ochenta, principios de los noventa y 2001 fueron crisis cíclicas. En cambio, la crisis de 2008, en mi opinión, marcó el hundimiento en una profunda crisis estructural. Las crisis estructurales reflejan contradicciones más profundas que sólo pueden resolverse mediante una importante reestructuración del sistema.[2] La crisis estructural de los años setenta se resolvió mediante la globalización capitalista. Antes de eso, la crisis estructural de los años treinta se resolvió mediante la creación de un nuevo modelo de capitalismo fordista-keynesiano o redistributivo, y antes de eso la crisis estructural de 1870 dio como resultado el desarrollo del capitalismo corporativo y una nueva ola de colonialismo. Esta crisis de todo el sistema no será una repetición de los episodios anteriores de los años setenta, de los treinta o de 1870, precisamente porque el capitalismo mundial es fundamentalmente diferente en el siglo XXI. Una

crisis sistémica implica el reemplazo de un sistema por otro completamente nuevo o conduce a un colapso total. Una crisis estructural abre la posibilidad para una crisis sistémica. Pero el que realmente desencadene una crisis sistémica –en este caso, que de paso ya sea a la sustitución del capitalismo o al desmoronamiento de la civilización global– no está predeterminado y depende enteramente de la respuesta de las fuerzas sociales y políticas a la crisis y de contingencias históricas que no son fáciles de pronosticar. Éste es un momento histórico de extrema incertidumbre, en el cual las respuestas colectivas de distintas fuerzas sociales y de clase a la crisis experimentan cambios continuos significativos.

El capitalismo es un sistema atormentado por contradicciones internas que generan crisis. La teoría de la crisis intenta identificar estas contradicciones internas y exactamente cómo y por qué generan crisis. Existe una vasta literatura y mucho debate sobre la naturaleza de las crisis capitalistas, demasiado amplia para ser retomada aquí.[3] Pero quienes abordan la crisis desde el punto de vista de la economía política marxista coinciden en dos puntos: 1] las crisis son inmanentes al capitalismo, es decir, las crisis son "normales" en la medida en que son generadas por el funcionamiento "normal" del sistema; 2] las crisis son generadas por las muchas contradicciones internas del capitalismo interrelacionadas, ya sea que se planteen como tendencia a la caída de la tasa de ganancia, como antagonismo social entre capital y fuerza de trabajo, entre valor de uso y valor de cambio, entre fuerzas productivas y relaciones de producción, entre creación de valor y realización de valor –presentado como disociación entre producción y circulación, y denominado sobreproducción o subconsumo–, o como sobreacumulación (sobreproducción de capital), etc. Quiero centrarme aquí en los dos últimos enfoques.

Lo que se entiende por contradicciones en referencia a un orden social (o a cualquier fenómeno) es la existencia de dos dimensiones inherentes al orden particular que son incompatibles entre sí y hacen de la inestabilidad y el cambio un componente intrínseco del orden. Lo que se entiende por internas es que estas contradicciones no son anomalías sino que forman parte de la lógica misma del sistema, de cómo funciona y se reproduce. En la economía política, el análisis de las contradicciones del capitalismo se basa en la teoría de la crisis y se centra en la tendencia del sistema capitalista a experimentar crisis recurrentes. En sus dimensiones político-económicas, la crisis del capitalismo global es una de sobreacumulación. El capitalismo produce una gran cantidad de riqueza, pero también genera polarización social. Por definición, los capitalistas no podrían obtener ganancias si a los trabajadores que producen la riqueza les fuera pagado el valor de lo que producen. Bajo las relaciones de producción capitalistas, los trabajadores producen más bienes y servicios de los que realmente pueden adquirir con sus salarios. Los capitalistas no tendrían incentivo para invertir su dinero si el precio obtenido por los bienes y los servicios producidos fuera exactamente igual a los salarios, es decir, si no se les asegurara un beneficio mediante la apropiación de una parte del valor creado por la fuerza de trabajo en forma de ganancia (o plusvalía, aunque estos dos términos no son sinónimos). En cierto punto, se producen más bienes y servicios de los que pueden ser adquiridos por la masa de trabajadores y la economía entra en una recesión o una depresión debido a que los capitalistas no pueden "descargar" el excedente. Esta situación de "sobreproducción" o "subconsumo", o "problema de realización", significa que para que los capitalistas obtengan ("realicen") una ganancia deben realmente vender los bienes y los servicios producidos; de otro modo simplemente se acumula

y el capitalista pierde el dinero invertido en el proceso de producción.

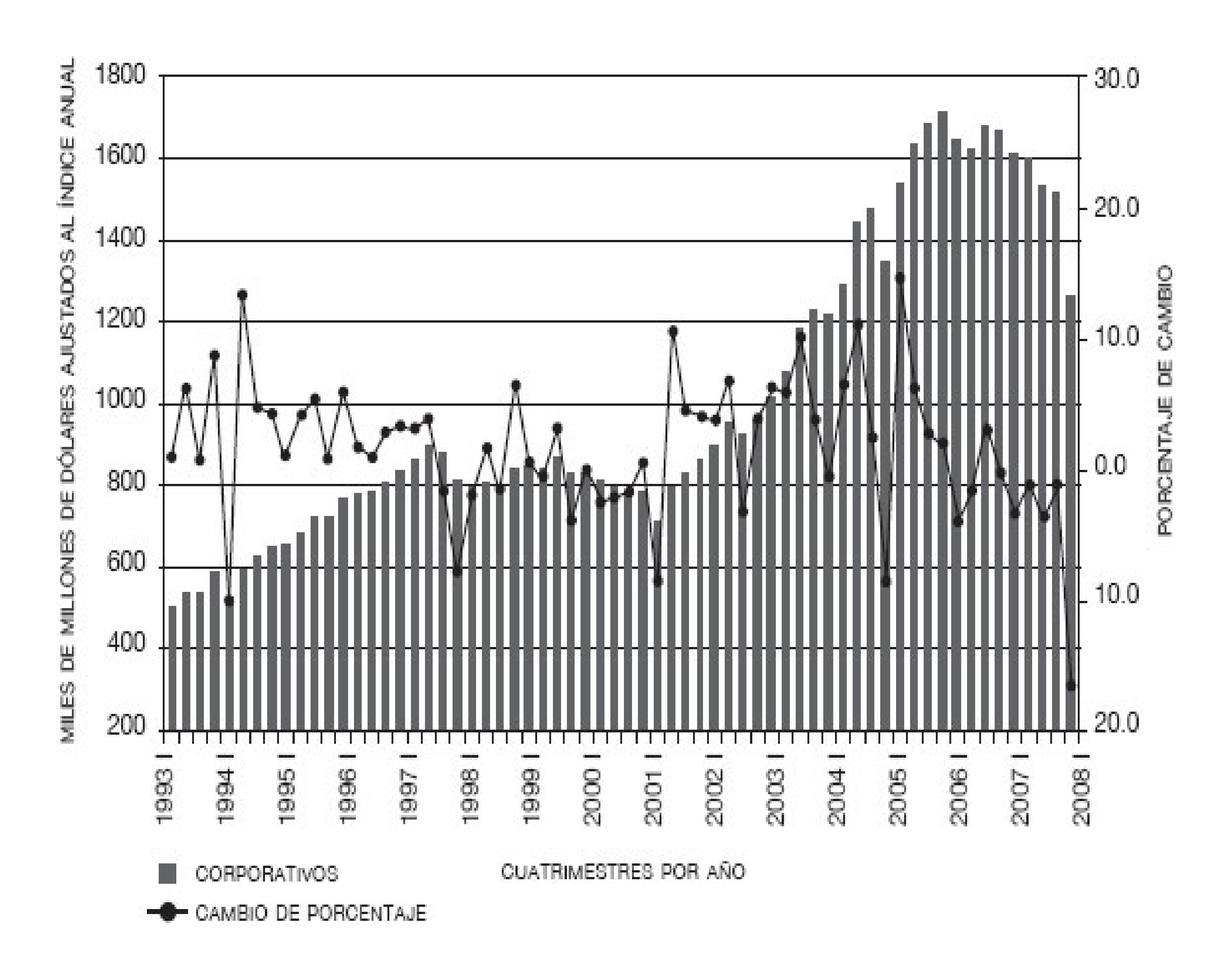
La noción de sobreacumulación es parte de esta contradicción general. La sobreacumulación aparece como un exceso de capital en relación con las oportunidades de invertir ese capital para una mayor acumulación, es decir, de manera que genere nueva plusvalía y ganancias. La sobreacumulación se puede desplazar a través del tiempo, esto es, posponerse (por ejemplo, a través del crédito), que sólo –literalmente– compra tiempo. Se puede resolver mediante un cambio en las condiciones de explotación o mediante la desvalorización de alguna porción del capital social total. La desvalorización se entiende aquí como una reducción del capital social total, tanto variable como constante. Esta solución puede implicar a corto plazo una mayor tasa o intensidad de explotación (es decir, una desvalorización del capital variable, ya sea a través de una disminución de los salarios o un aumento de la productividad sin aumento de salarios, y esto incluye el aumento de la tasa y la intensidad de la explotación a través de la reubicación geográfica a zonas de salarios más bajas, o desplazamiento espacial). Esta solución también puede implicar la reorganización del capital y la devaluación de alguna parte del mismo (por ejemplo, a través de recesiones cíclicas). Pero estas soluciones sólo posponen o desplazan la contradicción. La tendencia a la sobreacumulación continúa y, en general, en la historia moderna del capitalismo mundial ha culminado en crisis estructurales que amenazan con un estancamiento permanente a menos que haya una reorganización mucho más profunda del sistema. El surgimiento de una estructura social fordista-keynesiana de acumulación tras la depresión de los años 30 y la segunda guerra mundial implicó una de estas reestructuraciones,

tal como lo hicieron los primeros decenios de globalización neoliberal en los años ochenta y noventa.[4]

La teoría de la crisis sugiere que la sobreacumulación puede manifestarse de diferentes maneras.[5] ¿Cómo se manifiesta en la crisis actual? En la última gran crisis, la de los años setenta, tomó la forma de una caída de la tasa de ganancia, como demostraron los teóricos de la "contracción de la ganancia" ("profit squeeze") que escribieron en esos años (Glyn y Sutcliffe, 1972). Sin embargo, una "contracción de la ganancia" no explica la situación actual, ya que las ganancias se dispararon en el período anterior a 2008 (véase la gráfica 4.1), y debemos recordar que el ahorro no es equivalente a la inversión, ya sea financiera o productiva. En 1970 la sobreacumulación también tomó la forma de estanflación, o de inflación con estancamiento. A principios y mediados de los años setenta las clases trabajadoras y populares resistieron ferozmente a la transferencia de los costos de la crisis a ellas.[6] Ni estas clases ni el capital estaban dispuestos a asumir los costos de la crisis; este punto muerto es lo que en mi opinión generó la estanflación. Pero las clases trabajadoras y populares pudieron resistir precisamente porque enfrentaban al capital dentro de los confines del Estado-nación. Las conquistas que estas clases habían logrado dentro del capitalismo de Estado-nación y su capacidad para resistir las imposiciones del capital es precisamente lo que llevó al capital en primer lugar a hacerse global, es decir, a reestructurar el sistema a través de la globalización. Pero la estanflación y el equilibrio de fuerzas no son la característica de la crisis actual, al menos no cuando escribo a principios de 2013. Como se ha documentado ampliamente, desde finales de los años setenta la participación de los trabajadores en el valor ha disminuido drásticamente y los niveles de vida se han desplomado. En cambio, parece claro

que la sobreacumulación se expresa ahora, como lo hizo en la crisis de los años treinta, como sobreproducción/subconsumo. A raíz del colapso de 2008, por ejemplo, la prensa mundial estaba llena de imágenes de lotes de coches rebosantes de vehículos que podían comercializarse mientras las fábricas cerraban y la producción se desplomaba. En 2008 se estimaba que más de 75% de las industrias de China estaban afectadas de exceso de capacidad (Ho-fung, 2008: 152). Y si hubo una "contracción del crédito" no es porque los banqueros e inversionistas no tuvieran dinero para prestar, sino porque no podían hacerlo de manera rentable debido a la insolvencia del consumidor.

GRÁFICA 4.1. GANANCIAS CORPORATIVAS EN ESTADOS UNIDOS (USD, MILES DE MILLONES)



FUENTE: Oficina de Análisis Ecónomico, National Economic Accounts, tablas NIPA.

Las crisis estructurales implican un gran conflicto social y también tienen dimensiones políticas, ideológicas, culturales y de otra índole, como analizaré más adelante.[7] Hagamos aquí una breve reseña de los antecedentes del colapso financiero de 2008. Las crisis de sobreacumulación siguen a períodos de hiperacumulación. En un nivel estructural, para reiterar, la actual crisis global es sobre todo de sobreacumulación, o de falta de salidas para la absorción rentable de los excedentes. Como vimos en capítulos anteriores, la propia etapa de globalización del capitalismo mundial evolucionó a partir de la

respuesta de los distintos agentes a los episodios previos de crisis, en particular, a la crisis de los años setenta del fordismo-keynesianismo o capitalismo redistributivo. A raíz de esa crisis, el capital se volvió global como una estrategia de la emergente clase capitalista trasnacional y sus representantes políticos para reconstituir su poder de clase al liberarse de las restricciones del Estado-nación a la acumulación. Estas restricciones –el llamado "pacto de clase"– se habían impuesto al capital a través de decenios de luchas de masas en todo el mundo por parte de las clases populares y trabajadoras que se veían restringidas en su radio de acción por el Estado-nación. Sin embargo, durante 1980 y 1990, las élites de orientación global se hicieron del poder estatal en la mayoría de los países del mundo y utilizaron ese poder para impulsar la globalización capitalista.

La movilidad global proporcionó al capital trasnacional un nuevo poder estructural sobre las clases trabajadoras de base nacional. La globalización y las políticas neoliberales abrieron nuevas y vastas oportunidades para la acumulación trasnacional en los años ochenta y noventa. ¿Qué ocurrió, a grandes rasgos, en estos decenios? Las privatizaciones facilitaron una nueva ronda de acumulación originaria a medida que las esferas pública y comunitaria fueron mercantilizadas y convertidas en capital. Estas privatizaciones, así como la imposición de "derechos de propiedad intelectual", abrieron a la mercantilización los sectores públicos, los espacios comunitarios y la producción cultural y del conocimiento, facilitando así nuevas fuentes de acumulación. La desregulación, la liberalización y los acuerdos de libre comercio permitieron una nueva ola de inversión extranjera directa, un fuerte aumento de las fusiones y adquisiciones transfronterizas y una mayor concentración y centralización del capital a escala global. La incorporación del antiguo bloque soviético y de los países

revolucionarios del tercer mundo al capitalismo global proporcionó nuevos mercados y posibilidades de inversión. La introducción de las tecnologías de la información y la comunicación (TIC) representó una nueva "Revolución científica y tecnológica" que desencadenó un explosivo crecimiento de la productividad y de las capacidades productivas, un aumento desproporcionado del capital fijo y también los medios para que el capital se volviera global –coordinar un sistema globalizado de producción, finanzas y servicios, a diferencia de un mercado mundial para los bienes y servicios que se remonta a siglos atrás.

La revolución en las TIC y otros avances tecnológicos ayudaron al emergente capital trasnacional a reestructurar, "flexibilizar" y eliminar fuerza de trabajo en todo el mundo. Las nuevas modalidades de movilización y explotación de la fuerza de trabajo global incluyeron una nueva y masiva ronda de acumulación originaria, el desarraigo y el desplazamiento de cientos de millones de personas, especialmente del campo del tercer mundo, que se convirtieron en migrantes internos y trasnacionales. Estos procesos, a su vez, abatieron los salarios y el salario social y facilitaron la transferencia de ingresos al capital y a los sectores de alto consumo en todo el mundo, los cuales proporcionaron nuevos segmentos de mercado impulsando el crecimiento. La teoría de la crisis sugiere que inmediatamente después de la crisis vienen nuevas fases de acumulación de capital e implican la introducción de innovaciones tecnológicas que se convierten en punta de lanza de renovadas rondas de acumulación. Éste ciertamente parece ser el caso con respecto a la introducción generalizada de las TIC a raíz de la crisis de los años setenta. Queda por verse si la nanotecnología, la bioingeniería, las impresiones 3D, o alguna

otra tecnología emergente, se convierten en punteras de la acumulación tras la crisis actual.

En suma, la globalización posibilitó una importante expansión extensiva e intensiva del sistema y desencadenó una nueva ronda frenética de acumulación en todo el mundo que contrarrestó la crisis de caída de la ganancia y de las oportunidades de inversión de los años setenta. Las élites globales declararon vertiginosamente "el fin de la historia" en el esplendor de la hegemonía del capitalismo global a principios de los años noventa, tras el final de la guerra fría y la consolidación del llamado "Consenso de Washington" en torno al modelo neoliberal. Pero a finales de ese decenio los límites de la expansión se hicieron claros a medida que los mercados globales se saturaron. Cuando los programas de privatización concluyeron su curso, la fuente de activos para privatizar se secó. El auge inicial de las oportunidades de inversión en los antiguos países socialistas y revolucionarios comenzó a disminuir después de su introducción en los mercados globales. Una vez que las plantas y las infraestructuras adoptaron las tecnologías de la información y la comunicación, la notable tasa de rotación de capital fijo que la introducción inicial de estas tecnologías en todo el sistema generó no pudo sostenerse. La inversión en alta tecnología se desaceleró considerablemente en el siglo XXI, y en 2008 los pedidos de telecomunicaciones y computadoras bajaron 50% desde su punto más alto de finales de los años noventa (Grosselin, 2009: A1). Al iniciar el siglo era evidente que nos dirigíamos hacia una crisis estructural. El sistema estaba generando excedentes cada vez más masivos, pero la globalización originaba desigualdades cada vez más agudas y pauperización en todo el mundo. Disminuyeron las oportunidades para la absorción rentable de los excedentes después del auge de los años ochenta y noventa. La expansión

económica global y la contracción del mercado global reflejan quizá la contradicción fundamental del capitalismo: la sobreacumulación.

El sistema capitalista, en suma, volvió a enfrentarse al desafío recurrente de cómo deshacerse de los excedentes de manera rentable. Desde mediados de los años noventa el sistema había estado tropezando de una crisis menor a otra. Primero fueron la crisis del peso mexicano de 1995 y su "efecto tequila" en otros lugares. Esto fue seguido por la crisis financiera asiática de 1997-1998 que también se extendió a Rusia, Brasil y otras partes del mundo. Luego vino el estallido de la burbuja punto.com y la recesión de 2001. Entre la crisis asiática de 1997-1998 y la recesión de 2001 las élites globales comenzaron a hacer sonar las alarmas. El multimillonario financiero George Soros (1998) advirtió sobre la necesidad de salvar al sistema de sí mismo. Estas élites se vieron afectadas por divisiones y luchas internas, mientras los políticamente más astutos clamaban por un proyecto de reforma "post Consenso de Washington" –la llamada "globalización con rostro humano"– (Stiglitz, 2003). El monolito neoliberal empezó a agrietarse, aunque pasarían varios años más antes de su caída. Hacia el nuevo siglo, dos importantes mecanismos para descargar el capital excedente proveerían una perversa tabla de salvación al sistema: la especulación financiera y la acumulación militarizada.

EL COMPLEJO FINANCIERO CAPITALISTA GLOBAL

Existen formas de organización capitalista históricamente contingentes moldeadas por tendencias seculares en el sistema junto con la lucha entre fuerzas sociales y de clase. El papel oscilante que las finanzas han desempeñado en diferentes lugares y en diferentes momentos de la historia del capitalismo mundial es un reflejo de este movimiento histórico. El ascenso a la hegemonía del capital financiero trasnacional es un acontecimiento histórico de finales del siglo XX y comienzos del XXI. Los mercados financieros concentran la riqueza; se apropian del valor de otros circuitos que, a su vez, se lo han apropiado del trabajo. Con la desregulación y la liberalización de los mercados financieros en todo el mundo en los años ochenta y noventa y la introducción de las TIC, los sistemas financieros nacionales se han fusionado en un sistema financiero global cada vez más integrado –un monstruoso complejo global que permite concentraciones de poder social hasta ahora desconocidas, incluyendo la posibilidad de dictar a los estados y a otros circuitos de acumulación–. Los funcionarios, directores y propietarios de las corporaciones financieras (bancos, compañías de seguros, empresas de valores, etc.) suelen estar en el centro de la interconexión de los órganos directivos en la economía corporativa. Sin embargo, el concepto de capital financiero no se refiere exclusivamente a individuos o instituciones del sector financiero; se refiere al peso preponderante del sector financiero en la economía capitalista en su conjunto. En este sentido, el capital financiero trasnacional está en el centro de la economía capitalista global y es la fracción hegemónica del capital a

escala mundial. Marazzi observa cómo la totalidad de la economía (global) se ha financiarizado:

> El proceso de financiarización que condujo a la crisis en la que ahora vivimos es distinto de todas las otras fases de financiarización históricamente registradas en el siglo XX [...] Las crisis financieras [...] basadas en una relación contradictoria entre las economías real y financiera, [es] una relación que hoy ya no se expresa en los mismos términos. La economía financiera de hoy está generalizada, es decir, se extiende a lo largo de todo el ciclo económico, coexistiendo con él, por así decirlo, de principio a fin. Figurativamente hablando, las finanzas están presentes incluso cuando vas de compras al supermercado y usas tu tarjeta de crédito. La industria del automóvil, para dar sólo un ejemplo, funciona enteramente con mecanismos de crédito (plazos, leasing, etc.), de modo que los problemas de una General Motors tienen que ver tanto con la producción de automóviles como, si no sobre todo, con la debilidad de GMAC, su rama especializada en el crédito al consumo, indispensable para vender sus productos a los consumidores. Esto significa que estamos en un período histórico en el que las finanzas son consubstanciales a la propia producción de bienes y servicios (Marazzi, 2011).

La "revolución en las finanzas" incluyó en los últimos decenios todo tipo de innovaciones financieras –una amplia y desconcertante gama de derivados, de swaps, mercados de futuros, fondos de cobertura, fondos de inversión institucionales, valores respaldados por hipotecas, obligaciones de deuda colateralizada, esquemas Ponzi, piramidación de activos, y muchas más–.[8] Un derivado se refiere a un activo financiero cuyo valor depende directamente (o se deriva) del de

otro activo, como el seguro del hogar, en el cual el seguro es el activo financiero derivado del activo material, una casa. Pero la reciente explosión de derivados implica algo nuevo: el derivado está vinculado no a un activo material sino a otro activo financiero o pago, como una deuda.[9] Estas innovaciones hacen posible un casino global, o circuitos financieros trasnacionales basados en la especulación y la expansión en curso del capital ficticio, es decir, de dinero lanzado a la circulación sin ninguna base en las mercancías o en la producción. Así como el capital toma el control y se apodera de todas las esferas a través de la marcha de tambor de la mercantilización, los circuitos de la acumulación financiera asumen progresivamente el control del sistema capitalista, dado que el capital dinero es universalmente convertible a cualquier otra forma mercantil del capital. Marx observó:

> Todas las formas particulares del capital, según las distintas ramas de producción o circulación en que se invierta, se esfuman [...] El capital sólo existe en la forma indiferenciada, igual a sí misma, de valor independiente, de dinero [...] El capital aparece aquí realmente, con toda su fuerza, en la oferta y la demanda de capital, como capital común de una clase [...] como una masa concentrada y organizada, puesta bajo el control de los banqueros como representantes del capital social de un modo completamente distinto a la producción real (apud Henwood, 1998).

Con la desregulación y la liberalización de los mercados financieros, el dinero puede ahora moverse virtualmente sin fricción e instantáneamente alrededor del mundo; no conoce límites. El capital ha desarrollado la habilidad de capitalizar casi cualquier cosa y absorber casi cualquier cosa en el circuito del

dinero. La titularización hace que todo cúmulo de dinero –las pensiones, por ejemplo– así como la deuda misma, o dinero negativo, sea un "comercializable" y, por lo tanto, una fuente de especulación y acumulación. La "revolución en las finanzas" permitió a los especuladores globales apropiarse de los valores a través de nuevos circuitos que eran en muchos aspectos independientes del espacio e independientes del valor "real" o de la producción material. Además, la liberación de las divisas –la introducción de tipos de cambio flotantes y el levantamiento de los controles cambiarios en la mayoría de los países– contribuyó en gran medida al auge de los derivados. El comercio global de divisas no está vinculado a los activos subyacentes, por lo que representa por excelencia la ruptura entre la economía "real" y la economía especulativa.

Con la "revolución en las finanzas" el capital ha adquirido la capacidad de transformar cualquier flujo actual o futuro de ingresos (dividendos, intereses, hipotecas, pagos con tarjetas de crédito, vencimientos de títulos públicos y privados, suministro de productos básicos, etc.) en un activo de capital fácilmente negociable. Y entonces, a su vez, ha adquirido la capacidad de una mayor especulación a través del comercio que tiene lugar como un segundo grado de separación del origen productivo original del flujo de ingresos del instrumento financiero que se negocia. Dicho de otro modo, la mayoría de las operaciones con derivados se realizan con los propios derivados financieros, es decir, se trata de la duplicación de los derivados sobre sí mismos, independientemente del vínculo original con los activos. Teóricamente, puede haber un grado de separación sin fin de esta especulación respecto a la generación productiva original de valor, de modo que el capital ficticio se disocia cada vez más de la economía "real" (o productiva). Es decir, el comercio frenético de dinero y papel –en realidad, comercio

electrónico– implica cada vez mayores grados de separación respecto a cualquier valor tangible subyacente –activos o riqueza producida por los seres humanos–. El capital dinero puede abrir o cerrar las puertas para la generación de riqueza dentro de la lógica de la acumulación capitalista (de valor de cambio), pero no hace nada en sí mismo más que tener valores reales adheridos a él; es decir, el capital ficticio no puede producir plusvalía, pero puede redistribuir la riqueza. Volveré a este asunto momentáneamente.

Los mercados accionarios y crediticios han sido claramente sustituidos en el ápice del hipertrofiado complejo financiero capitalista global por los mercados de derivados y de otros "instrumentos financieros" exóticos que permiten el movimiento permanente y vertiginoso del capital dinero especulativo de un instrumento a otro. Lo que se conoce en el léxico del mundo financiero como derivados OTC (over the counter o "sobre el mostrador") –es decir, no regulados o no organizados– comenzaron su impresionante despegue a mediados de los años ochenta con la proliferación de nuevos instrumentos en todo el mundo y con el aumento de las instituciones financieras no bancarias que controlaron los mercados de derivados y de swaps de divisas. Doug Henwood señala que en 1986 el principal en swaps de tasas de interés fue de 400 000 millones de dólares con otros 100 000 millones de dólares en swaps de divisas. Apenas cuatro años después, a fines de 1990, las cifras eran de 2.3 billones de dólares y 578 000 millones de dólares, respectivamente, a las que se habían agregado otros 561 mil millones de dólares en caps, floors, collars y swaptions. En 1997, estas cifras combinadas habían alcanzado la asombrosa suma de 24 000 millones de dólares (Henwood, 1998: 36). Y, para poner en perspectiva la relación entre el mercado de acciones y el de derivados, a fines de 2008 el tamaño del

mercado accionario mundial se estimaba en unos 37 000 millones de dólares, mientras que el mercado de derivados total mundial subió a la colosal cifra de 791 000 millones de dólares, 11 veces el tamaño de toda la economía mundial, aunque se trata de un valor nocional (más que real), y además la gran mayoría de los derivados “se cancelan” entre sí porque son “apuestas” sobre la ocurrencia de un evento compensadas por una “apuesta” comparativa derivada sobre la no ocurrencia del evento.

Las ganancias corporativas se reparten cada vez más en forma de dividendos e intereses para los accionistas y para los inversionistas y especuladores financieros globales Henwood señala que en Estados Unidos los dividendos y los intereses como porcentaje de las ganancias pasaron de 20 y 30% en los años cincuenta a 60% en los años noventa. Al reinvertir sus ganancias en los mercados de acciones y de derivados los inversionistas generan burbujas especulativas continuas (ibid.: 73). Las compañías tenedoras (Financial holding companies) que manejan e incluso organizan estas transacciones globales parecen ser los engranajes de la economía corporativa global. En Estados Unidos éstas surgieron a raíz de la desregulación bancaria y la liberalización de los mercados financieros en 1998 con la derogación de la Ley Glass-Steagall que separaba la banca de otras actividades financieras. Estas sociedades holding pueden ahora poseer bancos como subsidiarias, participar en la banca comercial, negociar con valores y fondos mutuos, suscribir seguros y administrar inversión de cartera (Barth, 2000). En el centro institucional del complejo financiero global se encuentran estas gigantescas compañías tenedoras como Goldman Sachs y Blackstone Group.

Algunos observadores han presentado la problemática como el aumento del poder de los rentistas sobre la política

corporativa. Doug Henwood argumenta en su estudio Wall Street que "detrás de la abstracción conocida como 'los mercados' se esconde un conjunto de instituciones diseñadas para maximizar la riqueza y el poder del grupo de personas más privilegiado del mundo, la clase acreedor-rentista del primer mundo y sus socios menores en el tercero" (1998: 6-7). Aunque esta noción de una clase acreedor-rentista tiene cierto sustento, debe ser matizada con varias observaciones. En primer lugar, los conglomerados bancarios posteriores a la segunda guerra mundial que los economistas políticos analizaron en referencia a la economía estadunidense (Kotz, 1978), los cuales reunían a grupos o clusters de los principales bancos, corporaciones y empresas financieras (especialmente compañías de seguros) en relaciones de largo plazo, a finales del siglo XX dieron paso claramente a una estructura muy diferente en la que las relaciones de largo plazo se han disuelto (esas relaciones ahora parecen efímeras), las relaciones de propiedad cambian con gran rapidez y fluidez, los grupos de inversionistas institucionales y las casas de inversión y gestión de cartera han eclipsado las funciones bancarias tradicionales y, sobre todo, para nuestros propósitos, los diferentes capitales se han integrado y organizado cada vez más trasnacionalmente.

Al mismo tiempo –y esto es crucial–, las corporaciones globales suelen ser los principales operadores de derivados, de manera que la cobertura es sólo una parte de sus actividades financieras, cada vez más subordinadas a las puras operaciones especulativas. Aquí las líneas entre el capital "industrial" y "comercial" con el capital financiero (trasnacional) se desdibujan. Lo que ha ocurrido es, más que la dominación del capital financiero sobre el industrial y el comercial, una financiarización general del capitalismo global. La fuente primaria de acumulación de riqueza la constituye ahora la

financiarización. Como señala Marazzi, "las propias empresas no financieras aumentaron fuertemente su inversión en activos financieros en relación con aquella en instalaciones y equipo, y se volvieron cada vez más dependientes de las fuentes financieras de ingresos y ganancias en relación con lo obtenido de las actividades productivas" (Marazzi, 2011: 32, cursivas en el original). De hecho, Marazzi enfatiza las conclusiones de Krippner de "que la manufactura no solamente domina, sino que lidera esta tendencia hacia la financiarización de la economía no financiera" (ibidem, énfasis en el original).[10]

En segundo lugar, la desregulación y la liberalización de los sistemas financieros nacionales junto con la liberación de las divisas en todo el mundo puede haber "causado" el boom de los derivados en la medida en que el dinero no regulado podía moverse ahora prácticamente de forma instantánea y sin fricciones, y operar de nuevas maneras en relación con los estados y los distintos grupos sociales. Sin embargo, la liberación de las divisas y la banca fue a su vez "causada" por una reestructuración más fundamental en la economía política global, la liberación del capital de las restricciones del Estado-nación y del poder social compensatorio que las clases populares habían podido acumular, tanto en sus confrontaciones directas con el capital como a través de los Estados nacionales. El casino global sólo pudo haber surgido sobre los cimientos de la creación más fundamental de un sistema de producción global dominado por el capital corporativo trasnacional. La economía mundial, en la que las naciones estaban vinculadas entre sí a través del comercio y los flujos financieros concomitantes, no fue la base para el casino global. Su fundamento fue la economía global, en la cual los circuitos nacionales de producción han sido funcionalmente integrados como

componentes de un sistema globalizado de producción y servicios.

Stephen Hymer argumentó que la integración de los mercados financieros nacionales en un único sistema global –un proceso que sólo estaba comenzando cuando él escribió en 1972– se desarrolló en simbiosis con el crecimiento de la Corporación Multinacional. Hymer había escrito en 1972 que "la necesidad de préstamos a corto plazo y de inversiones de la empresa multinacional resultante de los flujos continuos de entrada y salida de dinero de todas las naciones, nunca del todo en equilibrio, ha alentado a la banca internacional y ha ayudado a integrar los mercados monetarios de corto plazo; sus requerimientos financieros de largo plazo [...] han ampliado la demanda de bonos internacionales y de acciones y otras participaciones" (apud Henwood, 1998: 112). Henwood añade: "La producción debe ser financiada, y si todo va bien, arroja ganancias en forma de dinero, y la producción globalizada no es una excepción, lo que significa que las corporaciones multinacionales inevitablemente generan flujos financieros junto con sus actividades productivas" (ibidem). En cierto punto a fines del siglo XX, estos flujos financieros se volvieron dominantes dentro de los circuitos globales de acumulación a medida que los mercados financieros globales hipertrofiados empequeñecieron su base productiva del mundo real. El capital-dinero se convirtió en el determinante del capital productivo en la medida en que el nivel y la asignación de la inversión real se volvieron cada vez más dependientes de los mercados financieros y de la especulación que caracteriza a estos mercados.

Queremos recordar que el dinero es la encarnación móvil y enajenada del valor, y como tal es una forma de poder social. Las estructuras financieras son en esencia relaciones de poder –

estructuras de control legal e institucional–. El control sobre el dinero se convierte en control social. El poder de clase de los capitalistas se impone sobre las corporaciones y los estados –así como sobre las clases populares mediante estas instituciones– a través de los mecanismos financieros. La generalización del valor de cambio, que es una característica definitoria del capitalismo, presupone que el dinero encierra todo el conjunto de relaciones capitalistas, incluyendo las relaciones de poder social y el ejercicio del poder social a través de las instituciones, especialmente a través del Estado. Bajo el capitalismo, el objetivo de la producción es siempre la obtención de ganancia y la realización de la ganancia es siempre a través del intercambio por dinero. Por lo tanto, la producción y el dinero conforman una unidad, a menos que la crisis rompa esa unidad –tanto para el capitalista como para el trabajador que deben convertir la producción y la fuerza de trabajo, respectivamente, en dinero–. El ascenso a la hegemonía del capital financiero trasnacional es en realidad la historia del ascenso al poder de la CCT y la dictadura de la CCT en un sentido literal de que tiene el poder social de dictar.

Como señala Henwood, "el intercambio de reclamaciones [monetarias] en los mercados financieros equivale a la construcción social de la propiedad" (ibid.: 11), es decir, el sistema financiero da forma a las relaciones de clase. El sistema financiero ahora globalizado se ha convertido quizá en la vanguardia de las relaciones de clase globales en la medida en que las relaciones de propiedad/posesión se estructuran a escala global a través de los circuitos del capital financiero y que el capital financiero globalmente móvil puede invadir, de modo vampiresco, y extraer los valores a medida que circulan a través de circuitos que se intersecan con los del capital financiero global. Muchos ven a Wall Street como el centro de este

complejo financiero global. Puede ser cierto que Wall Street es un puesto de mando (aunque incluso esto está cambiando rápidamente).[11] Pero los movimientos de los inversionistas institucionales son trasnacionales. Henwood observa que los mercados de capitales nacionales juntan a unidades fragmentadas de superávit y déficit que pueden estar a kilómetros de distancia. Podemos argumentar, de manera similar, que el mercado global une a acreedores y deudores de todo el mundo. Es importante enfatizar la naturaleza trasnacional –y no internacional– de las relaciones de clase contenidas en esta estructura financiera global. El capital trasnacional invierte en todas las direcciones a través de las fronteras en el casino global y, al hacerlo, se apropia de valores de la clase obrera global a través de múltiples mecanismos.

Especulación en el casino global

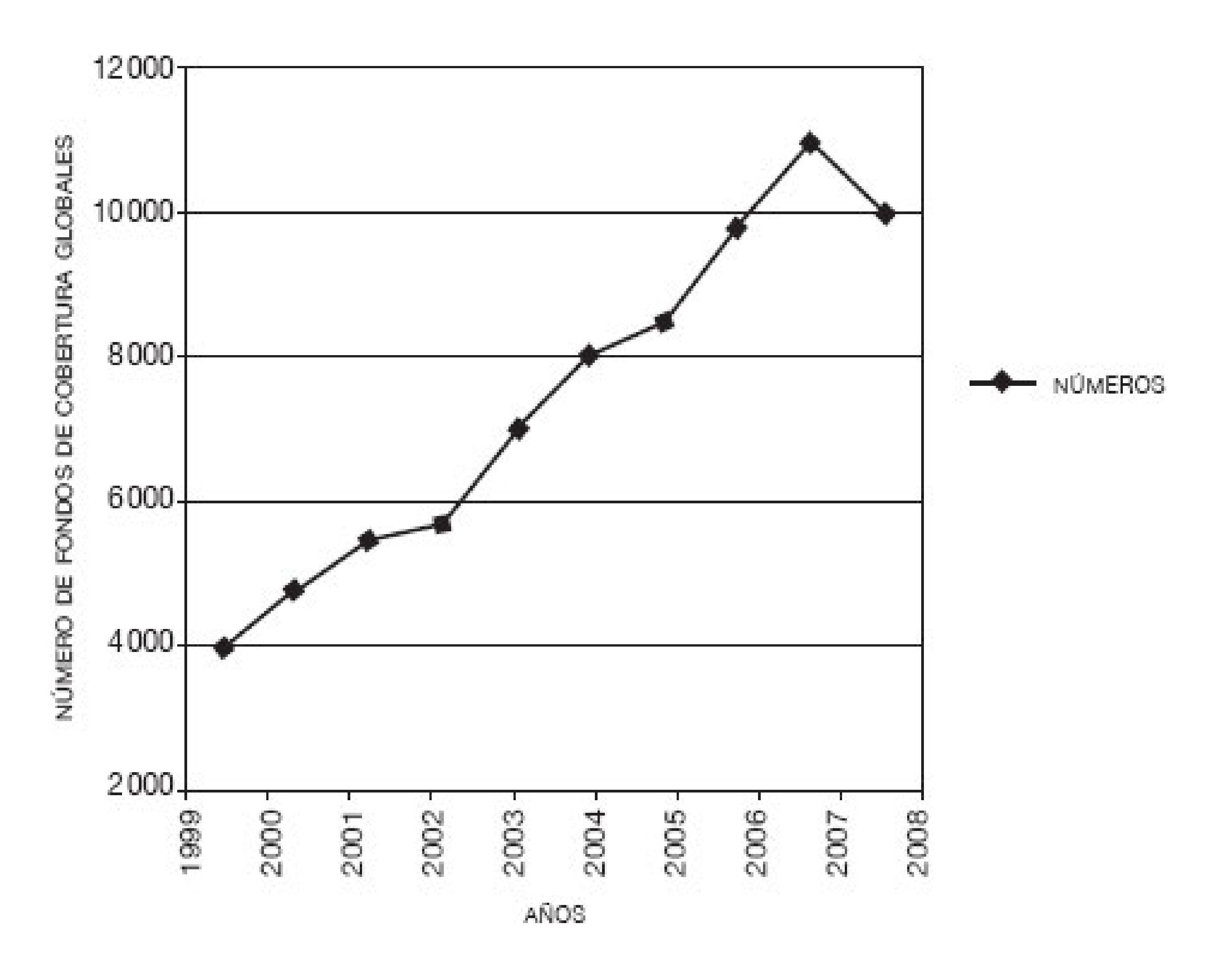
El capital financiero trasnacional ha demostrado ser totalmente depredador, buscando una salida tras otra para la especulación frenética. La secuencia de las olas especulativas en el casino global a partir de 1980 incluyó las inversiones en bienes raíces en el emergente mercado inmobiliario global que inflaron los valores de las propiedades en una localidad tras otra; la especulación salvaje en el mercado de valores que condujo a auges y caídas periódicas, la más notable fue el estallido de la burbuja puntocom en 2001, seguido por un desplazamiento masivo al mercado hipotecario; la escalada fenomenal de los flujos de fondos de cobertura y la piramidación de activos (véase la gráfica 4.2);[12] la especulación monetaria; un esquema Ponzi tras otro; y, más tarde, la especulación desmedida en el mercado global de productos primarios, especialmente en los mercados de energía y

alimentos, lo que provocó un repunte de los precios mundiales en 2007 y 2008 (y de nuevo en 2012 y 2013) y suscitó motines contra el hambre en todo el mundo.

Dado que la especulación en el casino global alcanzó un ritmo febril tras la recuperación de la recesión de 2001, la brecha entre el capital ficticio de este casino y la economía productiva, o lo que los medios llamaban popularmente la "economía real", creció cada vez más. La "economía real" fue mantenida a flote momentáneamente por el aumento masivo de la deuda del consumidor (en gran parte tarjetas de crédito e hipotecas) y el gasto federal deficitario en Estados Unidos. La deuda del consumidor en Estados Unidos aumentó de 355 000 millones de dólares en 1980 a 1 billón de dólares en 1994, 2 billones en 2004 y 2 600 billones en 2008, mientras que la cuenta corriente de Estados Unidos pasó de un superávit en 1992 a un déficit de 100 000 millones de dólares en 1998, 700 000 millones en 2004 y 1 200 billones en 2008, según datos de la Reserva Federal. El crédito al consumo y el gasto deficitario convirtieron a Estados Unidos en el "mercado de última instancia" del mundo. Como resultado, China y otros países asiáticos que a raíz del colapso financiero asiático de 1997-1998 orientaron su economía hacia las exportaciones para acumular reservas en dólares, pudieron seguir exportando al mercado de consumo de Estados Unidos, así como comprar bonos del Tesoro. A su vez, los productores latinoamericanos de materias primas estuvieron en condiciones de ampliar su producción y exportación, especialmente a Asia. Y así sucesivamente. En suma, el consumo impulsado por las tarjetas de crédito y la deuda hipotecaria del consumidor estadunidense y el financiamiento del déficit estatal mantuvieron la acumulación mundial y momentáneamente desplazaron (en el tiempo) la crisis. El crédito al consumo es uno de los mecanismos que el

capital y el Estado tienen para romper las barreras a la acumulación. De este modo, la sobreacumulación conduce típicamente a una expansión peligrosa del crédito para mantener la absorción del excedente. Pero ésta es una "solución" temporal que termina por agravar el problema al aumentar la brecha entre el valor real y el valor "ficticio" y generar "ganancias ficticias", lo que significa que tarde o temprano una masa de capital debe experimentar una desvalorización.[13] Ya en 2005, un investigador del FMI advirtió que la economía china dependiente de las exportaciones y el financiamiento de la deuda y la burbuja inmobiliaria de Estados Unidos indujeron a una ola de consumo, que estos dos procesos entrelazados representaban casi la mitad del crecimiento económico global, y que este crecimiento insostenible creó un desequilibrio alarmante en la economía global (Rajan, 2005).

GRÁFICA 4.2. FONDOS GLOBALES DE INVERSIÓN MUNDIAL, 1999-2008



FUENTE:

La decisión de la Reserva Federal de reducir las tasas de interés alrededor de 1% en 2003 como mecanismo para superar la recesión también generó una ola de especulación en el mercado hipotecario estadunidense e incitó a los inversionistas a comenzar a otorgar préstamos de alto riesgo (subprime), incluyendo las infames tasas de interés introductorias “señuelo” (teaser) agresivamente vendidas a millones de personas que más tarde no podrían cumplir con el pago de su hipoteca una vez que las tasas se reajustaron hacia arriba.[14] En el momento del colapso de 2008, la burbuja inmobiliaria se estimaba en 8 billones de dólares (Baker, 2009). Además, los préstamos

hipotecarios y otros préstamos se titularizaron. La titularización de préstamos significa empaquetar un conjunto de préstamos similares (por ejemplo, hipotecas) y luego venderlos como bonos en el mercado abierto, donde tiene lugar una frenética especulación global. Esta actividad había estado ocurriendo desde los años ochenta y constantemente se aceleraba, y realmente despegó en 2003 cuando el presidente de la Reserva Federal Alan Greenspan redujo la tasa de interés a sólo 1%. Ya en 1993, los 20 bancos más grandes afincados en Estados Unidos tenían exposiciones fuera de balance equivalentes a 39% de los activos y a 573% de su "capital básico" (utilidades retenidas más los ingresos de las ventas pasadas de acciones), "lo que significa que si se desatara un infierno, muchos serían legalmente insolventes" (Henwood, 1998: 83). De hecho, se desató un infierno con el colapso del sistema financiero global a mediados de 2008 provocado por el desplome del mercado hipotecario subprime que empezó en 2007.

El aumento de la deuda del consumidor en Estados Unidos y en otros lugares no puede separarse de la creciente desigualdad de los ingresos. A medida que los salarios y los ingresos de las familias disminuyen, los hogares se endeudan más para mantener su posición, de modo que el consumo está cada vez más impulsado por la deuda, intermediado por el capital financiero trasnacional para quien el acto de consumo (la última fase de la circulación del capital) no es su fuente de ganancias. Más bien, las ganancias se derivan de la contratación de deuda seguida por la especulación con esa deuda. Detrás de las relaciones institucionales están las relaciones de clase: los trabajadores toman préstamos de los capitalistas financieros y los inversionistas ricos, de modo que "los pocos prestan a los muchos". Los ricos se enriquecen más mediante esta redistribución hacia arriba de los ingresos invertidos en el

crédito mientras que los trabajadores se hacen más pobres, contribuyendo a la hipertrofia del sector financiero y, por supuesto, a las contradicciones de la sobreacumulación. Sin embargo, la relación inicial entre deudor y acreedor es sólo la primera parte de esta historia, ya que la deuda del consumidor y otras formas de deuda se empaquetan y se revenden sin cesar en el casino financiero global. Los capitalistas, por lo tanto, descargan los excedentes prestándoles a los trabajadores y luego descargan este capital-dinero acumulado lanzándolo a la circulación en los circuitos en expansión del casino global, donde éste se divorcia de los activos originales o de la economía "real".

El mundo perverso del capital financiero trasnacional depredador

En el mundo perverso del capital financiero trasnacional depredador, la deuda privada y pública y los propios déficits públicos se convirtieron en nuevas fuentes de especulación financiera, una mina de oro para el capital financiero. El aumento masivo de la deuda de Estados Unidos y del tercer mundo a partir de los años ochenta está estrechamente asociado con el desarrollo de los nuevos "productos financieros" que posibilitaron el comercio mundial de esta deuda y fueron de la mano con la liberalización y trasnacionalización de los sistemas financieros nacionales. La deuda abrió el camino a la trasnacionalización del sistema financiero a medida que los gobiernos del primer y tercer mundo por igual recurrieron a los inversionistas de todo el mundo para financiar sus déficits. Marx observó hace mucho tiempo que la deuda pública se convierte en la palanca más poderosa de la acumulación originaria. El crecimiento de los déficits y de la deuda del

Estado de Estados Unidos, al tiempo que ha sostenido la acumulación global al generar mecanismos para prolongar la absorción de los excedentes, también ha significado el crecimiento del poder del capital financiero. El déficit federal de Estados Unidos históricamente sin precedentes, representa una transferencia de ingresos de la fuerza de trabajo al capital trasnacional y también aumentó considerablemente el poder del capital financiero sobre el Estado de Estados Unidos. Cuanto mayor sea el endeudamiento público, tanto más los estados deben adoptar las políticas que satisfagan a los tenedores de bonos y otros acreedores. Este "poder de veto" de los inversionistas financieros trasnacionales ha sido ampliamente observado en la literatura, de modo que las agencias de calificación crediticia que actúan al servicio de esta comunidad inversionista ejercen un enorme poder sobre los estados, incluyendo el poder de exigir ajustes neoliberales, flexibilización laboral, austeridad, etc. Sir William Ryrie, vicepresidente ejecutivo de la Corporación Financiera Internacional del Banco Mundial, fue muy sincero a este respecto: "La crisis de la deuda puede ser vista como una bendición disfrazada" (apud Henwood, 1998). La guerra del capital global contra la fuerza de trabajo global se desarrolla en el complejo financiero capitalista global.

El mercado de bonos del tesoro de Estados Unidos es el mayor mercado financiero del mundo. Esto debe ser visto en el contexto de Estados Unidos como mercado de última instancia y como sumidero para los inversionistas a escala global. La relación de clase entre el Estado de Estados Unidos y la CCT se manifiesta en parte en el capital trasnacional que "presta" dinero al Estado de Estados Unidos, lo que significa comprar bonos que generan intereses (que se supone que están garantizados), dado que el Estado de Estados Unidos y su solvencia fiscal (esperada) es el eje central de la capacidad de la

economía global para mantenerse unida y funcionar. Fue el capital trasnacional –no el "estadunidense"– el que dependía de la deuda y los déficits de Estados Unidos para sostener las ganancias en todo el mundo. El mercado hipotecario subprime, por ejemplo, atrajo billones de dólares de inversionistas individuales, institucionales y corporativos de todos los continentes. Es un error ver las cosas en términos del "capitalismo estadunidense" en lugar del capitalismo global. El Estado de Estados Unidos ha actuado como un instrumento del capitalismo global y Estados Unidos como eje principal o punto nodal para la acumulación globalizada. Por ejemplo, los rescates de la tesorería estadunidense de los bancos con sede en Wall Street a fines de 2008 y principios de 2009, fueron para rescatar a inversionistas individuales e institucionales de todo el mundo, al tiempo que la deuda de Estados Unidos era financiada por estos mismos inversionistas. Según un informe de 2011 de la Oficina General de Contabilidad del Gobierno de Estados Unidos, entre 2007 y 2010 la Reserva Federal de Estados Unidos erogó la enorme cantidad de 16 billones de dólares para rescatar a bancos y corporaciones de todo el mundo que no fue dada a conocer al público (OGC, 2011). Además, se ha dado una creciente fusión entre instituciones financieras privadas y aparatos del ETN. Alrededor de dos tercios del paquete de rescate de unos 100 000 millones de dólares proporcionados a Irlanda en 2011, para poner un ejemplo, procedían del Fondo Europeo de Estabilidad Financiera y del Mecanismo Europeo de Estabilización Financiera, ambos programas de préstamos con fondos procedentes de bancos privados pero garantizados por los bancos centrales de la UE. De esta manera, el ETN provee a los inversionistas globales medios de inversión con garantía pública.

La especulación financiera también alimentó la producción industrial, en parte, de modo que el casino global mantuvo la fábrica global funcionando por un tiempo. Pero gran parte del crédito no se dirigió a la expansión de la producción, sino a inflar los precios de los activos ya existentes. La brecha entre la economía especulativa y la economía productiva mundial alcanzó magnitudes inimaginadas. El capital es ficticio cuando el capital-dinero no tiene fundamento en la actividad productiva, porque el capital productivo es el que realmente genera valor. La valorización, o la adición de nuevo valor a través del trabajo humano al total, tiene lugar en la producción. La existencia de una brecha entre el valor real generado en la economía productiva y el valor ficticio que circula en el sistema financiero puede muy bien ser algo intrínseco al funcionamiento del capitalismo, pero la disparidad casi inconmensurable existente entre los dos es algo nuevo. En el año 2000, por ejemplo, el comercio mundial de bienes y servicios fue inferior a 10 billones de dólares durante todo el año, según datos del FMI, mientras que los movimientos diarios de dinero especulativo ascendían a 3.5 billones de dólares, de modo que ¡en sólo unos pocos días circulaba más dinero en la especulación que en la circulación internacional de bienes y servicios de todo un año! Graham informa que en 2006 los mercados financieros estaban negociando más en un mes que el producto interno bruto anual de todo el mundo (2010: 4). El resultado de tal brecha sólo puede ser la desvalorización del capital social global total. La desvalorización puede tomar la forma de un cambio de cuotas de riqueza entre capitalistas e inversionistas de todo el mundo, de modo que algunos ganan y otros pierden, y también la de una transferencia de riqueza de la masa de los trabajadores alrededor del mundo al capital. Ambas formas parecieron ser el resultado de la crisis de 2008 y de sus secuelas, pero

particularmente la segunda, llevando a rondas más intensas de austeridad, etc., como discutiremos más adelante.

En los primeros años del siglo XXI, las concentraciones masivas de capital financiero trasnacional estaban desestabilizando el sistema, y el capitalismo global se topó con los límites de los "apaños financieros". La caída del mercado hipotecario subprime en 2007 que desencadenó el colapso del sistema financiero global con sede en Wall Street un año después fue simplemente la "gota que derramó el vaso".

Tras el colapso, el frenesí especulativo se trasladó al mercado global de bonos, ya que los gobiernos que se enfrentaban a la insolvencia a raíz del 2008 y 2009 se volcaron a la emisión de bonos para mantenerse a flote. Los especuladores globales utilizaron los rescates del Estado de Estados Unidos para dirigir una nueva ronda de inversiones especulativas al mercado de bonos emitidos por el Estado y a los préstamos bancarios a los países con problemas de liquidez. Una vez que la banca y las instituciones financieras privadas se recuperaron del colapso de 2008 –en gran parte gracias a los rescates del gobierno– se volcaron a descargar los excedentes en los mercados de deuda soberana que ellos mismos ayudaron a crear. El mercado global de bonos ("deuda soberana") subió a unos 95 billones de dólares a principios de 2011 y constituyó el mayor mercado de especulación financiera a raíz del colapso de 2008. En 2011, los bonos gubernamentales representaron 43% del valor adeudado, frente a 39% del año anterior.[15] Atrás quedaron los tiempos en que estos bonos se compraban y se mantenían hasta su vencimiento. Son comprados y vendidos por inversionistas individuales e institucionales en un frenético comercio mundial de 24 horas y apostados continuamente a través de mecanismos tales como los swaps de incumplimiento crediticio que cambian sus valores y hacen de los mercados de

bonos una apuesta de alto riesgo y volatilidad para los inversionistas. Esto explica, en parte, la reciente ronda de crisis que se manifiesta en Grecia, España, Portugal, Irlanda y otros lugares. La deuda pública es presentada como un "gasto por encima de sus posibilidades" y se utiliza para justificar los recortes en el gasto social y la austeridad. Sin embargo, esta deuda se ha convertido en una fuente importante de ganancias para el capital financiero trasnacional –el último "apaño financiero"– en la medida en que el consumo social continúa reduciéndose como fuente de acumulación.

La austeridad que se extiende por Europa (y por Estados Unidos) a partir de 2008 es particularmente reveladora; representa la aceleración del proceso de "tercermundización" del primer mundo, en el que la riqueza concentrada en ciertos polos de acumulación del mundo ya no se redistribuye localmente hacia abajo hacia las aristocracias laborales del primer mundo. Independientemente del resultado de la crisis financiera en el caso de cada país en particular, el capital sale ganando en el corto y el largo plazo. En el corto plazo, los inversionistas sacan provecho de un posible moroso con mayores tasas de los bonos o a través de los rescates del Estado que se canalizan hacia sus arcas. En el largo plazo, la austeridad intensifica los procesos de tributación regresiva, de privatización y de desmantelamiento del salario social. Detrás de los recortes masivos en educación y el aumento del costo de las matrículas tanto en Europa como en Estados Unidos, por ejemplo, está el avance constante de la privatización y la mercantilización de la educación pública. En resumen, la mezcla tóxica de las finanzas públicas y el capital financiero privado trasnacional en esta era del capitalismo global constituye un nuevo campo de batalla en el que los ricos globales están librando una guerra contra los pobres y las clases trabajadoras globales.

Junto con el mercado global de bonos, los inversionistas dirigieron la especulación a los mercados globales de productos básicos. La inversión mundial en los mercados de materias primas subió de 2006 a 2011 casi 300%, de 141 000 millones a 431 000 millones de dólares (The Economist, 2011a). Las fluctuaciones salvajes de los precios de los productos básicos pueden convertirse en una característica fija en el capitalismo global no regulado, siempre que el capital dinero pueda entrar y salir de los mercados con facilidad y el capital corporativo trasnacional pueda manipular los mercados en busca de ganancias extraordinarias y otras ventajas. Como observa Rosset, los productos agrícolas experimentaron una tendencia de 25 años de precios bajos y estables, hasta que los precios comenzaron a subir en 2004 y 2005, y luego alcanza un pico, de 200 a 300% para los productos básicos, en 2007 y 2008, sólo para caer un 55-65% más tarde en 2008 (Rosset, 2009: 16-21). En 2007 y 2008 estallaron protestas y disturbios contra el hambre en docenas de países de todo el mundo, desde Bangladesh hasta Brasil, Burkina Faso, India, Etiopía, Myanmar, Panamá, Filipinas, Pakistán, Rusia y Egipto.

Las causas inmediatas de la crisis alimentaria global que se produjo en 2007 fueron el cambio progresivo de las tierras agrícolas de la producción de alimentos a la de biocombustibles, las sequías prolongadas en varias regiones agrícolas importantes y la creciente demanda de granos por parte de China. Pero la causa más inmediata fue la especulación salvaje en los mercados de materias primas, especialmente en los fondos de cobertura que apuestan en los mercados de futuros, y el acaparamiento del sector privado, a medida que el capital financiero se desplazaba de los mercados hipotecarios y otros circuitos especulativos hacia los mercados de alimentos y energía (Pitts, 2011). En el período previo a la crisis alimentaria

de 2007-2008, se vertió en estos mercados un torrente de nuevas inversiones, de hasta 300 000 millones de dólares (Rosset, 2009: 20). En México, por ejemplo, Cargill compró una parte importante de la cosecha de maíz de finales de 2006 y luego retuvo las existencias fuera del mercado en la expectativa de precios más altos, creando una escasez artificial, lo que llevó a los precios a más del doble el año siguiente (ibidem).

Acumulación militarizada

Junto con la frenética especulación financiera, el Estado de Estados Unidos aprovechó los eventos del 11 de septiembre de 2001 para militarizar la economía global. Esta militarización debe ser vista como una respuesta a la crisis del capitalismo global. Las TIC revolucionaron la guerra y las modalidades de la acumulación militarizada organizada por el Estado, incluida la aplicación militar de muchas nuevas tecnologías y la posterior fusión de la acumulación privada con la militarización estatal. Sin embargo, después de la crisis de las empresas puntocom, la punta de lanza de la acumulación en la "economía real" en todo el mundo pasó de las TIC al complejo militar-industrial-de seguridad-construcción-ingeniería-petróleo, el cual adquirió una enorme influencia en las esferas del poder en Washington.[16] Tras el colapso de 2008 parecía estar cristalizando un bloque de poder emergente que reúne a los dos complejos (el complejo financiero y este complejo militar-industrial-de seguridad-construcción-ingeniería-petróleo) con el capital financiero en su centro.[17] El gasto militar estadunidense se disparó a billones de dólares a través de la "guerra contra el terrorismo" y las invasiones y ocupaciones de Irak y Afganistán (cuadro 4.1). La "destrucción creativa" de la guerra actuó para arrojar leña fresca sobre las ardientes brasas de la economía global. En 2003,

por ejemplo, el gasto militar representó 70% del aumento del PIB de Estados Unidos (Wray, 2003). El presupuesto del Pentágono aumentó 91% en términos reales entre 1998 y 2011, e incluso dejando a un lado las asignaciones especiales de guerra el aumento fue de casi 50% en términos reales durante ese período (PDA, 2011: 1). Este gasto se ha estabilizado a niveles significativamente por encima de los picos de la guerra fría (ajustados por la inflación) y muy por arriba del promedio de la guerra fría en términos reales (PDA, 2010). Entre 2001 a 2011 las ganancias de la industria de defensa casi se cuadruplicaron (Associated Press, 2011). Se preveía que las erogaciones totales en defensa (militares, agencias de inteligencia, seguridad/defensa nacional) en todo el mundo crecerían 50% entre 2006 y 2015, de 1.4 billones de dólares a 2.03 billones de dólares (Graham, 2010: 74).

CUADRO 4.1: GASTO MILITAR DE ESTADOS UNIDOS, 1997-2012

Año	Monto (mil millones USD 2005)
1997	325
1998	323
1999	333
2000	360
2001	366

2002	422
2003	484
2004	544
2005	601
2006	622
2007	654
2008	731
2009	795
2010	848
2011	879
2012	902*

*Proyectado.

FUENTE: usgovernmentspending.com, http://www.usgovernmentspending.com/
spending_chart_1997_2012USb_13s1li111mcn_30t_30_Defense_Spending_Chart.

Los efectos derivados de este gasto fluyeron a través de las venas abiertas de la economía global, –es decir, de las estructuras de red integradas de la producción, los servicios y el sistema financiero globales–. De esta manera, el Estado estadunidense movilizó vastos recursos y presiones políticas, sacando ventaja del papel del dólar como moneda global y, por lo tanto, del extraordinario poder del Tesoro de Estados Unidos, con el fin de absorber los excedentes y sustentar la acumulación global militarizando esa acumulación y creando una economía global de guerra bajo el pretexto de una "guerra contra el terrorismo" y una "guerra contra las drogas" (nótese también que las guerras aceleran el tiempo de rotación del circuito de acumulación militarizada). La "guerra contra el terrorismo" tiene también funciones políticas e ideológicas colaterales.

El neoliberalismo forzó "pacíficamente" la apertura de nuevas áreas para el capital global en los años ochenta y noventa. Esto se logró a menudo sólo mediante la coerción económica, en particular, a través de la imposición de programas de ajuste estructural, políticas neoliberales y acuerdos de libre comercio, posibilitados por el poder estructural de la economía global sobre los países particulares. Pero ante el estancamiento, este poder estructural se volvió menos efectivo como medio para sostener la acumulación global. Las oportunidades para la expansión intensiva y

extensiva comenzaron a agotarse a medida que las privatizaciones siguieron su curso, los países “socialistas” se integraron en el mercado mundial, el consumo de los sectores de alto ingreso en todo el mundo alcanzó su techo, el gasto a través de la expansión del crédito privado no pudo sostenerse, etc. El espacio para una expansión “pacífica”, tanto intensiva como extensiva, se volvió cada vez más restringido. La agresión militar se convirtió en un instrumento para abrir nuevos sectores y regiones para la reestructuración forzada del espacio con el fin de acrecentar la acumulación, ya sea por la fuerza militar o mediante la contratación de capital corporativo por el Estado para la producción y ejecución del control social y la guerra. El tren del neoliberalismo se enganchó a la intervención militar y a la amenaza de sanciones coercitivas como locomotora para hacer avanzar el tren del capitalismo global. Las guerras, las intervenciones y los conflictos desatan ciclos de destrucción y reconstrucción que generan enormes ganancias. Estamos viviendo actualmente en una economía de guerra global que va mucho más allá de las “guerras calientes” de Irak o Afganistán.

No hay una explicación monocausal para la acumulación militarizada, o para determinadas intervenciones, como se indicó anteriormente, ni tampoco es sólo una la “función” que ésta cumple. El marco teórico-conceptual más amplio aquí es el de las coyunturas históricas, no en el sentido de unión de fuerzas antecedentes en un cierto momento de la historia sino en el de configuración histórica única de un conjunto de factores o procesos contingentes en la determinación de los resultados.[18] Sin embargo, una vez lanzada, la “guerra contra el terrorismo” logró una serie de objetivos para un capitalismo global acosado por crisis estructurales, políticas e ideológicas. Proporcionó una salida militar aparentemente interminable para

el excedente de capital, generó un déficit colosal que justifica el desmantelamiento cada vez más profundo del Estado de bienestar keynesiano y, en su lugar, afianza la austeridad neoliberal. Legitimó nuevos sistemas trasnacionales de control social y la creación de estados policiales para reprimir la disidencia política en nombre de la seguridad. Permitió a estos estados criminalizar los movimientos sociales y a las poblaciones "indeseables", tales como los inmigrantes indocumentados o los activistas de Occupy Wall Street en Estados Unidos (véase el capítulo siguiente).

Políticamente la "guerra contra el terrorismo" permitió a la élite trasnacional pasar de la defensiva a la ofensiva. Los efectos devastadores del neoliberalismo produjeron una resistencia generalizada, aunque a menudo espontánea y desorganizada, en todo el mundo en los años ochenta y noventa. Pero en todas partes hubo también movimientos de resistencia organizada. En cierto momento de los años noventa, las fuerzas de resistencia popular formaron una masa crítica, uniéndose en torno a una agenda de justicia social, o "movimiento antiglobalización", y presentando un desafío contrahegemónico. Al concluir el siglo, la élite trasnacional se había puesto a la defensiva y comenzó a desarrollarse una crisis de legitimidad del sistema, simbolizada con la creación del Foro Social Mundial (FSM) en Porto Alegre, Brasil, bajo el lema "Otro mundo es posible". Un movimiento global de paz y justicia emergió de las entrañas de una sociedad civil trasnacional en rápida expansión, representando, en palabras del New York Times, la "otra superpotencia" del mundo. Pero el 11-S socavó su impulso. En el período posterior al 11-S, la dimensión militar parecía ejercer una influencia sobredeterminadora en la reconfiguración de la política global. La militarización ha conllevado no sólo las principales intervenciones dirigidas por

Estados Unidos, sino la adopción por parte de 144 países de leyes "antiterroristas" y el desarrollo de sistemas reforzados de vigilancia policial, seguridad interna, militarización urbana y control social para sofocar la disidencia (y también para obtener ganancias).[19] Estas leyes "incluyen elementos que plantean serias preocupaciones sobre los derechos humanos, incluyendo definiciones demasiado amplias y vagas de terrorismo –como 'perturbar el orden público'–, así como plenos poderes para el registro y arresto sin orden judicial, el uso de pruebas secretas y la inmunidad para los policías que abusen de las leyes", de acuerdo con un informe de Human Rights Watch. El informe señala que muchas de estas leyes autorizan la detención prolongada sin cargos, incluyendo a Estados Unidos, donde la Ley de Autorización de Defensa Nacional de 2012 codifica la detención indefinida sin cargos de "sospechosos de terrorismo".

Como vimos en el capítulo anterior, muchos interpretaron la militarización y el renovado intervencionismo estadunidense bajo la administración Bush a través de las teorías del "nuevo imperialismo" tan populares durante los años de Bush, porque permitieron a los críticos identificar a un enemigo visible –un Estado y sus agentes directos– responsable de los horrores de la intervención y la dominación globales. Pero ésta fue una interpretación fundamentalmente errónea de la acumulación militarizada. A pesar de la retórica del neoliberalismo, el Estado estadunidense asumió un papel sin precedentes en la creación de oportunidades para la obtención de ganancias para el capital trasnacional y en el impulso de un proceso de acumulación que dejado a sus propios medios (el "libre mercado") se hubiera detenido antes de 2008. Las guerras intervencionistas de finales del siglo XX y principios del XXI, de Yugoslavia a Afganistán y de Irak a Libia y Somalia, son guerras globales protagonizadas no por Estados Unidos sino por la élite trasnacional.

La acumulación militarizada de hoy no es lo mismo que el "keynesianismo militar" anterior, ya que gran parte de la guerra misma y los procesos relacionados de control social y represión se han privatizado y semiprivatizado. Mucho más allá del antiguo vínculo entre la guerra estatal y el capital corporativo –esto es, la adquisición de armamento, equipo y tecnología militar–, la acumulación militarizada comprende ahora desde el reemplazo de las tropas estatales por ejércitos de mercenarios ("empresas de seguridad privadas"), hasta la subcontratación de los proyectos de reconstrucción, de ingeniería militar, de construcción de instalaciones militares y las relacionadas con los conflictos, el suministro de alimentos, artículos de consumo y servicios a los ejércitos de ocupación, la construcción de prisiones privadas y "muros de seguridad", e incluso la subcontratación de torturas e interrogatorios.[20] El Estado organiza y dirige la guerra desde arriba, pero reparte las distintas actividades directamente e indirectamente asociadas con la guerra y con el establecimiento de la "seguridad" global a las corporaciones trasnacionales. En otras palabras, las intervenciones militares no sólo abren nuevos mercados y crean oportunidades de inversión en los países intervenidos; son en sí mismas mercados y oportunidades de inversión.

La privatización de la guerra y de la represión es una dimensión crucial de la acumulación militarizada del siglo XXI. Durante 30 años de neoliberalismo y globalización capitalista gran parte de los sectores públicos de la economía mundial se privatizaron o semiprivatizaron, desde la industria y las finanzas hasta los servicios públicos, la tierra, la salud y la educación. La privatización de la guerra se convirtió en un nuevo horizonte para la fuerza irresistible de la mercantilización. Para que esto suceda, las guerras y las intervenciones deben ser lanzadas y legitimadas política e ideológicamente, es necesario conjurar

enemigos y la propia cultura requiere ser militarizada y masculinizada. En este proceso se da una fusión del Estado con el capital trasnacional. Los clusters dentro de la CCT que se benefician de la privatización de la guerra, de la militarización, de la vigilancia policial y del control social tienen un interés económico en generar y mantener conflictos independientemente de cualquier interés ideológico o político, como veremos en el próximo capítulo.

El gobierno de Estados Unidos lanzó el llamado "proyecto de transformación" en el primer decenio del siglo XXI para reestructurar y privatizar los sistemas militares y de control social. La estructura de cadenas de subcontratación y outsourcing que caracteriza a la economía global se aplicaría ahora al estamento militar. "¿Por qué el Departamento de Defensa (DoD) es una de las últimas organizaciones existentes que aún expide sus propios cheques?", preguntó el entonces secretario de Defensa, Donald Rumsfeld, al anunciar el proyecto. "Cuando existe toda una industria para administrar los almacenes de manera eficiente, ¿por qué somos propietarios y operamos tantos de los nuestros? En las bases de todo el mundo, ¿por qué recogemos nuestra propia basura y trapeamos nuestros propios pisos en lugar de contratar servicios a terceros como hacen muchas empresas? Y seguramente podemos externalizar más soporte de sistemas informáticos" (Klein, 2007: 287) Como observó Klein:

El equipo de Bush creó todo un marco nuevo para sus acciones –la Guerra contra el Terror– construido para ser privado desde el principio. Esta característica requería dos etapas. Primero, la Casa Blanca utilizó la omnipresente sensación de peligro a consecuencia del 11-S para aumentar drásticamente los poderes policiales, de vigilancia, detención y

ataque bélico del ejecutivo [...] Después, esas funciones de seguridad, invasión, ocupación y reconstrucción, recientemente mejoradas y ricamente financiadas, fueron de inmediato subcontratadas, entregadas al sector privado para que las realizara con ganancias. Aunque el objetivo establecido era la creación del complejo del capitalismo del desastre –una nueva economía completamente desarrollada de seguridad nacional, guerra privatizada y reconstrucción de desastres encargada nada menos que de construir y operar un estado de seguridad privatizado [...C]ada aspecto de la forma en que la administración Bush ha definido los parámetros de la Guerra contra el Terror ha servido para maximizar su rentabilidad y sostenibilidad como mercado (ibid.: 298-300).

El Pentágono creó la Iniciativa Catalizadora de Proyectos de Defensa (Defense Venture Catalyst Initiative, DeVenCI) con el fin de proporcionar información de seguridad a las empresas capitalistas y al sector corporativo para poner en marcha productos de vigilancia, seguridad y afines, que van desde la identificación biométrica y la videovigilancia hasta el rastreo web, la minería de datos, sensores de movimiento, construcción de cercas de alta tecnología, y así sucesivamente. En 2001 había sólo dos empresas de cabildeo orientadas a la seguridad en Washington. En 2006 había 543 (ibid.: 302). De acuerdo con un estudio de 2006, los directores generales de los 34 principales contratistas de defensa vieron duplicarse sus niveles de remuneración promedio tras el 11-S. Y el Spade Defense Index, un punto de referencia para las acciones de defensa, de seguridad interior y aeroespaciales, aumentó cada año de 2001 a 2006 en 15% (ibid.: 311, 425). En el mundo decadente del capitalismo global, la guerra, el conflicto y la inestabilidad generan un entorno propicio para la acumulación permanente.

"Era una máxima del mercado contemporáneo que no se podía tener crecimiento económico pujante en medio de la violencia y la inestabilidad", observa Klein. "Pero esa máxima ya no es cierta. Desde 2003, el año de la invasión de Irak, el índice encontró que el gasto ha estado subiendo tanto en aviones de combate como en aviones ejecutivos rápida y simultáneamente, lo que significa que el mundo se está volviendo menos pacífico al tiempo que se acumulan ganancias significativamente mayores" (ibid.: 424).

Las guerras globales son cada vez más libradas por ejércitos privados pagados y contratados por los Estados. En la primera Guerra del Golfo de 1990, uno de cada 100 soldados era un contratista privado. Unos años más tarde, durante las guerras de la ex Yugoslavia, la cifra era uno de cada 50. Para 2006, era uno de cada diez en Irak y Afganistán (Gomez, 2006). Blackwater (más tarde renombrada Xe) puede ser la más notoria de estas compañías, pero hay docenas más. Durante el punto culminante de la ocupación de Estados Unidos en 2006-2007 había más contratistas privados, entre militares y civiles, que tropas estadunidenses, 180 000 (entre ellos 25 000 contratistas militares) y 160 000, respectivamente.[21] Irak puede haber sido el caso más conocido del despliegue de estos ejércitos mercenarios, pero también se han contratado empresas privadas de seguridad para luchar en conflictos y realizar misiones en Bosnia, Sierra Leona, Congo, Afganistán, Nueva Orléans, México, Colombia, y otros lugares. La coerción militar se convierte en una mercancía que se compra y se vende en el mercado abierto, como señala Graham, donde la identidad de los proveedores y compradores tiene poca importancia. En 2010, las empresas de mercenarios contratadas por el Estado recibieron un estimado de 202 000 millones de dólares del gobierno de Estados Unidos solamente (Graham, 2010: 17, 75). En efecto, el Estado renuncia a su

monopolio de la violencia legítima; comparte ese monopolio con el capital trasnacional privado, tanto para los propósitos de la acumulación directa como para fines políticos. Con las guerras de Irak y Afganistán llegando a su fin, los contratistas dirigieron su atención hacia la generación de ganancias a partir de la militarización de la frontera y otros sistemas de control social. En Estados Unidos, la "seguridad nacional" se convirtió en un gran negocio, generando toda una industria y un mercado que se esperaba superaría los 30 000 millones de dólares para 2014 (véase el siguiente capítulo) (Murphy, 2011: A1, A14-A15). Al final del primer decenio del siglo XXI, el mercado de bienes y servicios para la "seguridad fronteriza" crecía 5% anual y se estimaba que se convertiría en una industria de 25 000 millones de dólares para 2020 (Miller, 2012: 23).

El ataque de septiembre de 2001 al World Trade Center de Nueva York anunció el surgimiento de nuevas modalidades de conflicto entre los débiles y los poderosos en la sociedad global. Por primera vez, los actos de rebelión pueden librarse en todo el mundo con independencia del espacio. La separación espacial de los opresores respecto a los oprimidos tal como se presentó en el viejo sistema colonial está desapareciendo. El capitalismo global es demasiado poroso para la contención espacial. Así como la resistencia progresista a las depredaciones del capitalismo global está menos sujeta al espacio y es más trasnacional que en el pasado, lo mismo sucede con la resistencia reaccionaria. Los planificadores del Pentágono hablan ahora de una "guerra larga" que proyecta un "arco de inestabilidad" causado por grupos insurgentes desde Europa hasta Asia del Sur que durará entre cincuenta y ochenta años (Hayden, 2010: A31). Este tipo de guerra global permanente incluye guerras de baja y alta intensidad, misiones "humanitarias", "operaciones de intercepción de drogas", etc.;

parece ser la variante del siglo XXI de lo que fueron las conquistas militares externas y el expansionismo territorial formal de los siglos XIX y XX. Los costos sociales de esta acumulación militarizada son enormes, casi insondables. Entre ellos figuran las víctimas directas de la intervención –desde millones de iraquíes muertos y heridos, cuatro millones de colombianos sumidos en el terror y desplazados por las fuerzas paramilitares respaldadas por Estados Unidos, etc., hasta la privación social causada por la transferencia de los recursos a los ciclos de destrucción y la austeridad social, la devastación ecológica y los costos de oportunidad de no invertir en desarrollo social.

CONCLUSIÓN: ¿QUIÉN PAGARÁ?

Una crisis de sobreacumulación significa que se agota la capacidad del sistema para absorber los excedentes y que se ha iniciado una fase de devaluación o destrucción de los excedentes de capital. En 2008, cerca de 7 billones de dólares fueron eliminados en Wall Street a través de la devaluación (Merle, 2009: A1). Un punto de discrepancia crucial entre la economía burguesa y el marxismo "es que dentro de esta última tradición hay una aceptación general de que el capitalismo no sólo está preñado de crisis, sino que es crisis-dependiente", señala O'Connor. El capital se acumula a través de las crisis, es decir, "las crisis son el caldero en el cual el capital se reestructura cualitativamente para la renovación económica, social y política y para una mayor acumulación" (O'Connor, 1987: 93-94). Las crisis del capitalismo son un mecanismo de reestructuración y renovación del sistema; forman parte de los procesos de su reproducción. La crisis está dando lugar ya, de manera acelerada, a una mayor concentración y centralización del capital en manos de la CCT en todo el mundo. Este proceso fue una de las grandes historias no contadas del auge de la economía global en los años noventa (Robinson, 2004a). Se ha acelerado desde el colapso financiero; a saber, tan sólo en 2008 las ocho grandes casas financieras de Wall Street pasaron a ser únicamente cuatro.

Históricamente, los grupos dominantes intentan transferir el costo de la crisis a la masa de las clases populares y trabajadoras y a su vez estas clases resisten tales intentos. Éste es el momento político global. Las crisis son tiempos de gran incertidumbre, por lo que las predicciones a corto plazo son de

poco valor. Como he señalado anteriormente, también son momentos en los que la agencia política puede prevalecer sobre las determinaciones estructurales: dependiendo de los elementos de la contingencia y de la agencia, las crisis pueden inclinar la correlación de las fuerzas sociales y de clase en direcciones distintas. El capital trasnacional y sus agentes políticos han intentado resolver la crisis estructural mediante un amplio cambio en el equilibrio de las fuerzas sociales y de clase en todo el mundo –en efecto, profundizar muchas veces más y consumar la "contrarrevolución neoliberal" que comenzó en los años ochenta–. En este sentido, la crisis financiera de 2008 fue un importante punto de inflexión. El multimillonario Warren Buffet, presidente de Berkshire Hathaway, y uno de los hombres más ricos del mundo, declaró en 2006 que "hay guerra de clases, está bien, pero es mi clase, la clase rica, la que está haciendo la guerra, y nosotros estamos ganando"(Carroll, 2010: 1). De hecho, la crisis global proporcionó a la CCT una oportunidad para intensificar esta guerra. Los mandarines del dinero del capitalismo global y sus agentes políticos utilizaron la crisis global para imponer una brutal austeridad y tratar de desmantelar lo que queda de los sistemas de bienestar y los estados sociales en Europa, América del Norte y otros lugares. La crisis permitió que el capital trasnacional extrajera más valor de la fuerza de trabajo, directamente a través de una explotación más intensa e indirectamente a través de las finanzas estatales. El conflicto social y político escaló en todo el mundo a raíz de 2008, incluyendo una serie de huelgas nacionales y movilización de masas en la Unión Europea, levantamientos en el norte de África, etc., como discutiremos en el capítulo final. Si bien el ETN no intervino para imponer regulaciones sobre el capital financiero global, sí intervino para

imponer los costos de la desvalorización sobre la fuerza de trabajo.

Una vez que la banca y las instituciones financieras privadas se recuperaron del colapso de 2008, se dirigieron, como señalé anteriormente, a los mercados de deuda soberana que ellos mismos ayudaron a crear para descargar el excedente. Grecia ofrece un caso clásico de cómo funcionó esto. Goldman Sachs lideró el ataque de los inversionistas trasnacionales en Grecia, aconsejando a las autoridades financieras griegas verter los fondos estatales en derivados con el fin de hacer que las cuentas nacionales se vieran bien y de esta manera atraer préstamos y compras de bonos. Después Goldman Sachs se dio la vuelta y se dedicó al comercio paralelo de derivados conocido como permuta o swaps de incumplimiento crediticio (credit default swap o CDS) –apostando a la posibilidad de que Grecia incumpliera–. Esto elevó el costo del endeudamiento del país, produciendo enormes ganancias para Goldman Sachs y el aumento de las tasas de interés muchas veces para Grecia, al tiempo que aumentaba la perspectiva de incumplimiento de la deuda soberana y justificaba así las brutales medidas de austeridad impuestas por la UE y el FMI como condición para una serie de préstamos puente.[22] Cuando un Estado emite bonos que generan intereses, está extrayendo excedentes de las clases trabajadoras para entregarlos al capital, en forma de una reclamación sobre los salarios futuros junto con la presión sobre el Estado para que reduzca los salarios actuales y el gasto social. La especulación con la deuda soberana es un mecanismo en funcionamiento en la UE y en Estados Unidos y, en general, en todo el mundo (a este respecto, la crisis de la deuda soberana de la zona euro es sólo la llegada al primer mundo de la crisis de deuda que el Sur global ha experimentado durante varios decenios).

Aparte de las desvalorizaciones masivas de 2007 y 2008, la crisis ha implicado, más que una desvalorización del capital, una nueva transferencia de riqueza del trabajo al capital trasnacional y ha allanado el camino para una nueva ronda de austeridad profunda. La crisis se ha desplazado en parte a los presupuestos estatales –rescates, austeridad, déficit, etc.–, pero esto debe ser visto en términos de relaciones de clase. Los rescates del capital trasnacional representan en sí mismos una transferencia de la devaluación del capital al trabajo. Las crisis presupuestarias y fiscales que supuestamente justifican los recortes del gasto y la austeridad son una cuestión de decisiones políticas, son tramadas, literalmente. Son consecuencia de la falta de voluntad o de la incapacidad de los estados para enfrentarse al capital y oponerse a su propensión a transferir la carga de la crisis a las clases populares y trabajadoras. El desempleo masivo, las ejecuciones hipotecarias, la mayor erosión de los salarios sociales, las reducciones salariales, los despidos, el aumento de la explotación de los trabajadores a tiempo parcial, la reducción de las horas de trabajo, la informalidad y la creciente servidumbre por deudas –incluido el reclamo del capital sobre los salarios futuros de los trabajadores a través de la deuda pública–, son algunos de los mecanismos de transferencia que tiene el capital. A menos que haya una resistencia efectiva, es probable que el capital global haga permanente la cada vez mayor flexibilización del trabajo y otras concesiones que está arrancando a los trabajadores a través de la crisis.

Resulta evidente que el capital financiero trasnacional logró apropiarse privadamente de los rescates estatales y convertirlos en ganancias extraordinarias. En 2009, Wall Street reportó una recuperación de ganancias masivas, incluso en medio de una severa recesión y bajos niveles de consumo, disminución de la

inversión productiva y un fuerte aumento del desempleo. En 2010, las corporaciones globales registraban ganancias récord y los ingresos corporativos aumentaban. Después de sufrir pérdidas en 2008, los 25 principales gestores de fondos de cobertura recibieron, en promedio, más de 1 000 millones de dólares cada uno en 2009, eclipsando el récord que habían establecido en la pre-recesión de 2007 (Freeland, 2011: 4). El Dow Jones, que había caído de 14 000 puntos a 6 500 a finales de 2008 y principios de 2009, ascendió a 13 000 a principios de 2012 y a 16 000 a finales de 2013. En Estados Unidos, las ganancias corporativas en 2011 alcanzaron su nivel más alto desde 1950. Entre 2008 y 2011, 88% del crecimiento del ingreso nacional en Estados Unidos correspondió a las ganancias corporativas, en tanto que a los salarios sólo 1%. En comparación, en la recuperación de la recesión de 2000-2001, 155 del crecimiento del ingreso fue a sueldos y salarios, mientras que 535 fue a ganancias corporativas, y en la recuperación que comenzó en 1991, 505 del ingreso nacional fue a sueldos y salarios mientras que las ganancias corporativas en realidad cayeron 1% (Greenhouse, 2011). Según datos de la Reserva Federal, a finales de 2010 las empresas en Estados Unidos poseían 1.8 billones de dólares en efectivo, más de lo que habían tenido en cualquier momento desde 1956 (a precios ajustados) en efectivo no invertido un poderoso indicador de la persistencia de la sobreacumulación (apud Parenti, 2011: 228-229).

¿Lograrán los sectores populares forjar una solidaridad social entre los oprimidos, los explotados y las mayorías subordinadas a través de las fronteras étnicas y nacionales? Los grupos dominantes, especialmente en los países centrales del capitalismo global, han tratado de agravar las jerarquías laborales y étnicas nacionales existentes, de usar como chivos

expiatorios a los inmigrantes y a los negros desempleados, etc., como discutiremos en el próximo capítulo. Gary Dymsky ha demostrado cómo los financieros pasaron de las prácticas discriminatorias contra las comunidades afroamericanas en Estados Unidos en sus créditos hipotecarios a otorgarles préstamos predatorios, es decir, de la exclusión racial a la explotación racial (Dymsky, 2009). Tras el colapso del subprime, el discurso dominante intentó echar la culpa a estas familias afroamericanas calificándolas como "deudores irresponsables". Igualmente, las fuerzas antiinmigrante en Estados Unidos pasaron de un claro discurso racista antilatino a un discurso economicista de "protección del empleo de los ciudadanos". Estos cambios discursivos subrayaron que una dimensión importante de las batallas por venir es cuál es la interpretación de la crisis que prevalecerá. La manera en que las mayorías en la sociedad global entiendan las amenazas a su seguridad y supervivencia dará forma a su agencia social y política. En este sentido, no se pronostica que la crisis actuará como un mecanismo de dirección o "correctivo" para que el capital reanude la acumulación y afirme su dominio en lugar de fortalecer a las fuerzas fascistas, anticapitalistas o socialistas, o llevar a la "ruina mutua de las clases contendientes". En el próximo capítulo exploraré más la respuesta de los distintos agentes a la crisis global y los futuros alternativos, y luego abordaremos el tema de los boyantes sistemas represivos de control social en todo el mundo, tanto en respuesta a la resistencia real y potencial desde abajo como un mecanismo para la obtención de mayores ganancias mediante el conflicto y la coerción a medida que persiste el estancamiento de la economía global.

[1] Véase, por ejemplo, Foster y Magdoff, 2009; Kliman, 2012. Ambos estudios se limitan a examinar los datos de la "economía de Estados Unidos" y los datos de Estados Unidos como país, lo que a mi juicio los vuelve inevitablemente erróneos, a pesar de sus importantes ideas.

[2] O'Connor escribe: "La diferencia entre el concepto de crisis como fluctuaciones económicas periódicas y crisis estructural es que este último se refiere a coyunturas de larga duración y múltiples contradicciones en la vida económica, política y social". James O'Connor, The Meaning of Crisis (New York: Basil Blackwell, 1987), 63-4.

[3] Pero véase, entre otros, Belany, 1976; Luxemburg, 1971; Mandel, 1968, 1978; Harvey, 2006; O'Connor, 1987.

[4] "Como la contradicción más fundamental del capitalismo es entre las clases", según Cleaver y Bell, "el papel más fundamental de la crisis como solución es restablecer el equilibrio de las fuerzas de clase de modo que el capital pueda reanudar su crecimiento, es decir, crecimiento en el control de la clase obrera y la sociedad" (véase Cleaver y Bell, 1982: 257).

[5] Véase, entre otros, la discusión de Harvey, 2006; O'Connor, 1987.

[6] De nuevo Cleaver and Bell: "Para los trabajadores, lo más importante de la crisis capitalista es que ésta es, en su mayor parte, consecuencia de sus luchas. La ruptura de la acumulación por la lucha es un momento de conquista" (1982: 258).

[7] Vale la pena, sin embargo, citar aquí a James O'Connor: "La crítica del dualismo arraigado entre los enfoques objetivistas y subjetivistas de la teoría de la crisis se basa en la idea de que las crisis económicas, sociales, políticas y culturales modernas se interpenetran entre sí de manera que se

conviertten en diferentes dimensiones del mismo proceso histórico" (1987: 11).

[8] Una buena explicación de los aspectos básicos del nuevo sistema financiero y todos sus "instrumentos" la encontramos en Tabb, 2012.

[9] En la revista Historical Materialism (2009, núm. 17: 109-113), se publicó un útil glosario de términos técnicos que se convirtieron en términos comunes a raíz del colapso financiero de 2008.

[10] Se refiere a Krippner, 2012: 32.

[11] El New York Times reporta que "en los florecientes mercados financieros globales 'de hoy' cada vez más integrados –un vasto espagueti neural de cables, sitios web y plataformas comerciales– el NYSE claramente ya no es el epicentro. Tampoco lo es Nueva York [...E]l comercio y la gestión del dinero se están esparciendo globalmente. Desde el final de la guerra fría, se han formado vastas reservas de capital en el extranjero" (Gross, 2007, cursivas en el original).

[12] "En ninguna parte la concentración de riqueza es más sorprendente que en el caso de los fondos de cobertura", escribe Rothkopf: "En sólo unos años, los fondos de cobertura han crecido de manera casi exponencial en importancia económica, desde controlar 221 000 millones de dólares en 1999 a más de 2 billones de dólares a mediados de 2007. Pero lo más importante, dadas sus estrategias de negociación activas –por ejemplo, ganando dinero con pequeños movimientos en los precios diarios de los valores– estos diez mil fondos son, según algunas estimaciones, responsables de entre 30 y 50% de la negociación en la mayoría de los principales mercados de valores y deuda en los que participan. Eso significa que las personas que controlan las actividades comerciales de estos fondos, junto con un puñado de otros inversionistas

institucionales y profesionales importantes, juegan un papel central en la determinación del precio de las acciones de las compañías más grandes del mundo” (Rothkopf, 2008: 36).

[13] Para resumir a Harvey: durante los booms económicos, el dinero crediticio y el capital ficticio tienden a crecer más rápidamente que el capital real, produciendo así un doble problema de realización –la realización de valores ficticios y la de los valores en forma de mercancía–. Además, durante los períodos de expansión económica, las tasas de interés aumentan, el capital-dinero se redistribuye del capital industrial al capital que genera interés, y el capital en su conjunto tiende a verse socavado (2006).

[14] Para un excelente análisis sobre la burbuja inmobiliaria y su estallido, véase Baker, 2009.

[15] Para estos detalles, véase CityUK, 2001.

[16] Según el Departamento de Comercio de Estados Unidos, hacia finales de 1990, la tecnología de la información se había convertido en el motor principal de la inversión en Estados Unidos, representando más de la mitad de los equipos de nueva producción para las empresas, en comparación con sólo 10% de una generación anterior (Margherio et al., 1998).

[17] Como veremos en el próximo capítulo, incluyo dentro de la noción de un complejo de “seguridad” lo que ha sido denominado “complejo industrial penitenciario”, pero uno mucho más amplio que incluye un complejo global de detención e interrogatorio y un vasto sistema nuevo de control social represivo.

[18] Para Althusser, la coyuntura es el equilibrio de las fuerzas sociales y políticas desarrolladas de manera desigual en la sociedad en un momento dado. Mi uso aquí de la coyuntura histórica es más cercano al de Max Weber, aunque no es equivalente. Weber es invariablemente resbaladizo para

precisar epistemológicamente. En La ética protestante y el espíritu del capitalismo, por ejemplo, sugirió que el surgimiento del capitalismo fue el resultado fortuito de desarrollos históricamente distintos cuando se unieron en una coyuntura particular. Sin embargo, Weber también consideraba que la racionalización ejercía una determinación histórica subyacente, y esta racionalización no era universal sino exclusiva de las sociedades europeas. Considero que las leyes y las dinámicas del desarrollo capitalista ejercen la determinación histórica definitiva; aunque esas leyes y dinámicas son relaciones generales/universales y su aparición original en Europa fue por casualidad.

De hecho, es poco probable que la acumulación militarizada, como se discutió aquí, fuera consecuencia de alguna intencionalidad, algo distinto a un resultado no planificado de múltiples intencionalidades –la convergencia de la agenda política de los "neoconservadores" en Estados Unidos, las ansias de ganancias de las CTN, etc.

[19] La cifra de 144 es de Human Rights Watch (2012). Sobre la militarización urbana en ciudades de todo el mundo, véase Graham, 2010.

[20] Sobre la privatización de la guerra, véase, inter-alia, el destacado trabajo de Jeremy Scahill Blackwater: The rise of the world's most powerful mercenary army (2008) y de Naomi Klein The shock doctrine: The rise of disaster capitalism (2007).

[21] Véase Miller, 2007; Isenberg, 2008.

[22] Para mayores detalles, véase Robinson, 2011: 2-6.

5. ESTADO POLICIAL GLOBAL

Este es un momento extremadamente importante: el punto en el que, agotadas las posibilidades de la "hegemonía a través del consenso", la deriva hacia el uso rutinario de las características más represivas del Estado entra en juego cada vez más de manera prominente. Aquí el péndulo en el ejercicio de la hegemonía se inclina, decisivamente, de una situación donde el consenso prevalece sobre la coerción a aquélla en la que la coerción se convierte, cual si fuera, en la forma natural y rutinaria en que se garantiza el consenso. Este cambio en el equilibrio interno de la hegemonía –del consenso a la coerción– es una respuesta, dentro del Estado, a la creciente polarización de las fuerzas de clase (real e imaginada). Es exactamente como se expresa una "crisis de hegemonía" [...] el lento desarrollo de un Estado de coerción legítima, el nacimiento de una sociedad de "ley y orden" [...] Todo el tenor de la vida social y política se ha transformado por [este momento]. Se ha precipitado un clima ideológico claramente nuevo.

Stuart Hall y sus colegas, en Policing the crisis (1978: 320-321).

RESPUESTAS A LA CRISIS

¿Cómo han respondido las fuerzas sociales y políticas de todo el mundo a la crisis global? Cuando señalamos que las crisis estructurales de los años 1870, 1930 y 1970 habían sido resueltas mediante una reestructuración del sistema capitalista, esto no quiere decir que las cosas necesariamente mejoraran para la mayor parte de la humanidad. "Resueltas" significa que la reestructuración permitió la reanudación de la acumulación sostenida. Como he enfatizado hasta ahora, las crisis abren la posibilidad de un cambio que puede ir en muchas direcciones diferentes. Cómo se resuelve una crisis depende, entre otras cosas, de las agencias de la constelación de las fuerzas sociales que se reúnen en determinadas coyunturas, la correlación de fuerzas entre las clases en estas coyunturas, los distintos proyectos que se presentan en respuesta a la crisis, las condiciones políticas y la contingencia –todo dentro de los límites de lo que es estructuralmente posible–. Aquí identifico tres respuestas a la crisis que están en disputa, aunque esto no significa que no haya, o que no habrá, otras respuestas no tratadas aquí.

La primera es un reformismo desde arriba dirigido a estabilizar el sistema, o salvar al sistema de sí mismo y de las respuestas más radicales desde abajo. Muchas élites globales respondieron al colapso de 2008, e incluso antes, presionando por un neokeynesianismo. Estas élites articularon un proyecto que implicaba el cambio de la economía neoclásica a la institucional, una re-regulación limitada de las fuerzas del mercado global, una reforma tributaria (como la tasa Tobin), una redistribución limitada y programas de intervención estatal

de varios billones de dólares para rescatar al capital trasnacional. El "nuevo institucionalismo" es una agenda de investigación extendida en las ciencias sociales, cuyo principal argumento teórico es que las instituciones tienen una influencia independiente y formativa sobre la política, la economía y la estructura social. Asimismo, que el desarrollo institucional previo establece patrones que dan forma y circunscriben los procesos políticos, económicos y sociales presentes y futuros ("dependencia de la trayectoria" o "path dependence").[1] Los reformistas entre las élites globales como Joseph Stiglitz, Jeffrey Sacks, Kofi Annan y George Soros, entre otros, todos previamente adheridos al neoliberal "Consenso de Washington", acogen la economía institucional sobre la economía neoclásica como el andamiaje intelectual de un orden capitalista global posneoliberal.[2] Si la economía neoclásica proporcionaba el fundamento teórico e ideológico para el programa neoliberal, es probable que el institucionalismo, junto con el neokeynesianismo, proporcione la base para los proyectos reformistas desde arriba.

Inmediatamente después del colapso de 2008 la respuesta dominante de las élites parecía ser un reformismo global, pero luego empezó a perder fuerza. No hubo un consenso de la élite global sobre este proyecto de reforma. Es totalmente prematuro predecir o describir un nuevo modelo de capitalismo global, ya sea reformista en este sentido o de otra manera, ya que cualquier proyecto será el resultado de la lucha entre las fuerzas sociales que pelearán por él durante mucho tiempo. Además, un proyecto de este tipo debe enfrentarse a la contradicción fundamental de una economía globalizada dentro de un sistema de autoridad política y de aplicación de la ley basado en el Estado-nación. De hecho, desde la crisis asiática de 1997 y 1998, las élites globales han estado luchando por

desarrollar aparatos de ETN o instituciones y mecanismos más efectivos que permitan la coordinación y la supervisión trasnacionales. Estos esfuerzos se intensificaron a partir del colapso de 2008. Como se mencionó anteriormente, por ejemplo, el gobierno chino, entre muchas propuestas de este tipo, ha pedido la creación de una nueva moneda de reserva global para reemplazar al dólar como divisa dominante –una supermoneda compuesta por una canasta de monedas nacionales y controlada por el FMI (Don, 2009a: A1).

El regreso al proteccionismo nacional en respuesta a la presión de los grupos de interés nacionales para hacer frente a la crisis es, en mi opinión, muy improbable. La naturaleza integrada del sistema global de producción y finanzas dificulta su desmontaje en sistemas nacionales. Por otra parte, no es del interés del capital trasnacional cerrar ningún territorio nacional, lo que afectaría a los circuitos trasnacionales de acumulación. Un puñado de medidas aparentemente proteccionistas a fines de 2008 y comienzos de 2009 buscaban no proteger a los capitales nacionales en rivalidad unos con otros, como en los años treinta, sino rescatar al capital trasnacional dentro de determinados Estados-nación. Las agrupaciones nacionales que presionaban por el proteccionismo no eran en su mayor parte grupos de capitalistas, los cuales aunque tengan su sede en una u otra nación son de carácter trasnacional, sino de las clases populares y trabajadoras. Los sindicatos estadunidenses, por ejemplo, pidieron que se incluyera una resolución de "compra estadunidense" en el rescate de las empresas automotrices por el gobierno de Estados Unidos a comienzos de 2009, mientras la Cámara de Comercio de Estados Unidos y otros grupos empresariales arremetieron contra tales disposiciones (Wallsten, 2009: A1). El proteccionismo laboral puede ser progresista en algunos casos,

pero en otros es claramente chovinista, como en Estados Unidos e Inglaterra, donde ha sido dirigido contra los inmigrantes por los sectores privilegiados de la clase obrera, en gran medida blancos.

¿Cuáles son las posibilidades de un "nuevo New Deal"? En el momento de escribir esto (principios de 2013) había pocas señales de que los estados capitalistas pudieran fomentar un cambio de la acumulación financiera a la acumulación productiva. Como he sugerido, el capital global se ha convertido en un leviatán en el que los capitales de todo el mundo están tan profundamente interpenetrados, no sólo a través de las fronteras sino a través de la superposición de los circuitos productivo y financiero, aunque no está claro qué sentido tiene seguir haciendo una distinción, en la forma clásica, entre los dos. Los grandes conglomerados financieros globales atraen a inversionistas individuales e institucionales de todo el mundo y a su vez mueven cantidades insondables de capital en los circuitos productivos, comerciales y de servicios. En los años posteriores al colapso, no parecía existir entre las élites globales y los administradores del Estado capitalista la voluntad política, o incluso la noción, para reestructurar el sistema de manera que restableciera algunas fronteras entre los circuitos financieros y productivos o que modificara el papel que el capital financiero trasnacional ha jugado como regulador del circuito de acumulación y agente causal inmediato de la crisis. Aunque algunos funcionarios estatales llamaron a una re-regulación del sistema financiero global, ninguno pareció desafiar de manera importante la estructura misma en la que el capital financiero trasnacional ejerce su dominio absoluto sobre el mundo. Por otra parte, los supuestos reformadores dentro de la CCT, como Warren Buffet, Carlos Slim y George Soros, han adoptado un discurso reformista-redistributivo, pero su afán de

aprovechar la crisis para obtener ganancias les impide desempeñar un papel reformista significativo. A modo de ejemplo, aunque Warren Buffet criticó públicamente a Wall Street por su papel en la crisis, compró acciones controladoras en Citigroup, mientras que Soros es un accionista mayoritario en los mismos bancos –por ejemplo, Citigroup y JP Morgan– que ha condenado por sus contribuciones a la crisis.[3]

En los años treinta, las fuerzas reformistas de arriba fueron capaces de reestructurar el capitalismo restringiendo las prerrogativas del capital sin cuestionar sus intereses fundamentales. Ahora, a diferencia de entonces, no veo ninguna forma en que un reformismo desde arriba pueda abordar adecuadamente la crisis sin una colisión frontal con los intereses del capital global (los bancos trasnacionales, el sector petrolero/energético, el complejo militar-de seguridad-industrial-de reconstrucción, etc.). Esto quiere decir que el Estado capitalista, para salvar al sistema de su propia autodestrucción, tendría que ejercer un notable grado de autonomía no sólo respecto a los capitalistas individuales y a los grupos de inversionistas, sino respecto al leviatán, que es la masa inextricablemente enredada del capital global. Ese papel sólo podría cumplirse en virtud de un cambio en la correlación mundial de las fuerzas sociales y de clase en favor de las clases populares y trabajadoras. La principal diferencia subyacente entre el proyecto de reforma y reestructuración del New Deal de los años treinta y la coyuntura del siglo XXI es esta correlación de las fuerzas sociales y de clase en todo el mundo. En la actualidad no hay ningún bloque de países socialistas que pueda ejercer un contrapeso crítico a las élites capitalistas en respuesta a la crisis, mientras que los movimientos de masas socialistas y obreros, aunque están floreciendo, son débiles en comparación con los años treinta.

Una segunda respuesta, por lo tanto, es la resistencia popular y de izquierda desde abajo. Aunque a menudo con tropiezos, esta resistencia parecía resurgir a raíz de 2008, pero se extendió de manera muy desigual entre países y regiones. A pesar de que estas fuerzas son más débiles en un sentido histórico comparativo, también están más coordinadas a través de las fronteras y las regiones en la nueva era global y revitalizadas por la crisis. Hablar de un movimiento de justicia global no es mera retórica, porque las fuerzas de resistencia y contrahegemónicas en todo el mundo son plenamente conscientes, de una manera que no hemos experimentado anteriormente, de que las luchas de resistencia y los proyectos alternativos locales adquieren su significado en el contexto y en relación con las luchas y los proyectos trasnacionales. El resurgimiento de las fuerzas de izquierda, radicales y anticapitalistas en todo el mundo ha vuelto a colocar al socialismo en la agenda política mundial. América Latina parece ser el "eslabón más débil" del leviatán capitalista global en este momento. La revolución venezolana está intentando construir un socialismo del siglo XXI y establecer un polo radical anticapitalista en América del Sur. En todas partes las fuerzas populares están en fermento y las luchas de masas se intensifican. La izquierda organizada ha tenido una presencia renovada en muchos países.

Estas fuerzas contrahegemónicas exigen la resolución de la crisis mediante una transformación más profunda del orden social global. Pero la severa fragmentación de las clases populares, provocada por decenios de informalización y acumulación flexible global, continúa desafiando a las fuerzas contrahegemónicas para encontrar nuevas formas de reunir a los grupos dispersos en proyectos colectivos de transformación. La aversión a luchar por el poder estatal y la ilusión de poder

"cambiar el mundo sin tomar el poder" (Holloway, 2005), ambas de inspiración anarquista, se enfrentan a un gran desafío. Una respuesta radical desde abajo a la crisis carece en este momento de un "príncipe posmoderno" o de vehículos políticos y proyectos concretos para reordenar el mundo, una deficiencia de la que el movimiento de justicia global parecía ser más consciente después de la crisis que antes. Al cierre de una reunión de 120 000 personas del Foro Social Mundial en Belem, Brasil, en enero de 2009, representantes de movimientos sociales de todo el mundo declararon:

> Estamos ante una crisis global provocada por el capitalismo que no tiene salida dentro de este sistema [...] Para hacer frente a esta crisis es necesario ir a la raíz de los problemas y avanzar lo más rápidamente posible hacia la construcción de una alternativa radical que erradique el sistema capitalista y la dominación patriarcal. Los movimientos sociales estamos ante una ocasión histórica para desarrollar iniciativas de emancipación a escala internacional. Sólo la lucha social de masas puede sacar al pueblo de la crisis [...] El desafío para los movimientos sociales es lograr la convergencia de las movilizaciones globales (Foro Social Mundial, 2009).

La iniciativa parecía pasar de nuevo, a principios de 2009, de las élites globales a las fuerzas de oposición desde abajo. Las élites globales reunidas en enero de 2009 en la cumbre anual del Foro Económico Mundial en Davos, Suiza, parecían estar sin timón: confundidas y divididas, incapaces de encontrar soluciones coherentes a la crisis y a la defensiva. En contraste, los 120 000 participantes de la reunión del Foro Social Mundial de Belem estaban claramente a la ofensiva. ¿Podría una movilización global desde abajo como ésta empujar a las élites

reformistas más hacia la izquierda o incluso más allá del reformismo? En mi opinión, las fuerzas populares de abajo necesitan convertir la contrahegemonía en hegemonía dentro de la gama de respuestas sociales y políticas a la crisis en curso. Esta hegemonía debe implicar una crítica radical de la crisis. La oposición al neoliberalismo necesita ir más allá de la oposición a las propuestas ligeramente reformistas que no cuestionan el poder de la CCT. Retomaré algunas de estas cuestiones en el capítulo final.

Pero las crisis de legitimidad del Estado y los vacíos en el poder institucional abren espacio no sólo para las fuerzas populares de abajo, sino también para las fuerzas de extrema derecha que rivalizan con las respuestas reformistas y radicales a la crisis. La tercera respuesta es lo que llamo fascismo del siglo XXI. La necesidad de los grupos dominantes de todo el mundo de asegurar un control social masivo, organizado y amplio de la población superflua del mundo y de las fuerzas rebeldes de abajo, imprime un impulso poderoso al proyecto del fascismo global del siglo XXI. Las imágenes en los últimos años de lo que implicaría un proyecto político de este tipo van desde las invasiones israelíes de Gaza y la limpieza étnica de los palestinos, hasta la criminalización de los trabajadores inmigrantes y su conversión en chivos expiatorios y el movimiento del Tea Party en Estados Unidos, el genocidio en el Congo, la ocupación de Haití por parte de Estados Unidos/ONU, la propagación de los neonazis y los cabezas rapadas en Europa, así como la oleada de apoyo a los partidos de extrema derecha y la intensa represión india en la Cachemira ocupada. La crisis está dando lugar a una rápida polarización política en muchas partes del mundo y en el sistema global en su conjunto. Están resurgiendo tanto las fuerzas de derecha como las de izquierda. El resto del presente

capítulo analizará la naturaleza cada vez más coercitiva y militarizada de la sociedad global y el surgimiento de una derecha protofascista en Estados Unidos como un estudio de caso del fascismo del siglo XXI.

EL FASCISMO DEL SIGLO XXI[4]

"La crisis consiste precisamente en el hecho de que lo viejo muere y lo nuevo no puede nacer", dice la famosa frase de Gramsci. "En este interregno aparecen los fenómenos morbosos más variados". La ultraderecha es una fuerza resurgente en muchos países –en América Latina, por ejemplo, en Colombia, México, Honduras y otros lugares, en varios países de la UE y, lo que nos interesa en este capítulo, en Estados Unidos–. Si el reformismo desde arriba falla y si la izquierda no es capaz de tomar la iniciativa, el camino puede estar abierto para el fascismo del siglo XXI, al menos en algunos países y regiones del mundo. Esta derecha protofascista busca fusionar el poder político reaccionario con el capital trasnacional y organizar una base de masas entre los sectores históricamente privilegiados de la clase obrera global, como los trabajadores blancos del Norte y las capas medias del Sur que experimentan una mayor inseguridad y el espectro de una movilidad hacia abajo. La respuesta protofascista a la crisis incluye el militarismo, la masculinización extrema, el racismo, la búsqueda de chivos expiatorios (como los trabajadores inmigrantes y los musulmanes en Estados Unidos y Europa) y las ideologías mistificadoras, a veces milenarias.

Debemos recordar que el fascismo es una respuesta particular a la crisis capitalista que busca contener cualquier desafío al sistema que pueda venir de los grupos subordinados. En este sentido, para la historia del capitalismo global y la crisis global, así como para el espectro del neofascismo, resulta fundamental la existencia de una masa de la humanidad que involucra a cientos de millones, si no miles de millones, de

personas que han sido expropiadas de los medios de supervivencia pero también expulsadas de la producción capitalista como supernumerarios globales o fuerza de trabajo superflua, relegadas a malvivir en un "planeta de barrios marginales" y sujetas a todos los sistemas de control social omnipresentes y cada vez más sofisticados y represivos, como ya he mencionado en el capítulo 1 y analizaré en detalle más adelante. Desde el punto de vista de los grupos dominantes, el reto es cómo contener a la masa de supernumerarios y marginados y la resistencia de las mayorías que experimentan una movilidad descendente.

Crisis del Estado nacional capitalista y el impulso hacia el neofascismo

Para resumir lo que argumenté en el capítulo 2, las funciones de acumulación y de legitimación del Estado capitalista –siempre en tensión una con otra– no pueden ser satisfechas ambas en el largo plazo. La globalización ha agudizado esta contradicción. La crisis económica intensifica el problema de la legitimación de los grupos dominantes de modo que las crisis de acumulación aparecen como una espiral de crisis políticas. La fuerza irresistible de la mercantilización de todo ha agravado las crisis de reproducción social, ha socavado las bases sociales de formas más estables de dominación consensual y dado un mayor impulso a formas más coercitivas de control social. En esencia, la capacidad del Estado para funcionar como "factor de cohesión" dentro del orden social se descompone en la medida en que el capital se ha globalizado y la lógica de la acumulación o mercantilización penetra todos los aspectos de la vida social –el propio "mundo-vital"– de modo que la "cohesión" requiere cada vez más control social frente al

colapso del tejido social. Se da un cambio del bienestar social al control social o a los estados policiales. Esto es menos una cuestión de política pública, en primer lugar, que de relaciones de clase; la liberación del capital trasnacional emergente respecto al Estado-nación ha socavado la base material del Estado capitalista redistributivo –la particular correlación de fuerzas entre clases populares y capital que constituyó la base de clase de los estados sociales del capitalismo fordista-keynesiano.[5]

En respuesta, el Estado abandona sus esfuerzos por obtener la legitimidad entre amplias franjas de la población que han sido relegadas como fuerza de trabajo superflua. El sistema ni siquiera intenta incorporar a esta población superflua, sino que trata de aislar y neutralizar su rebelión real o potencial, criminalizando a los pobres y a los desposeídos, con tendencias al genocidio en algunos casos. Los estados recurren a una serie de mecanismos de exclusión coercitiva: encarcelamiento masivo y complejos penitenciarios-industriales, presencia policial generalizada, legislación antimigrante represiva, nuevas formas de manipulación del espacio para que tanto las comunidades cerradas como los guetos estén controlados por ejércitos de guardias de seguridad privados y sistemas de vigilancia tecnológicamente avanzados, y campañas ideológicas dirigidas a la seducción y la pasividad a través del pequeño consumo y la fantasía. Todo esto proporciona bases fértiles para los proyectos del fascismo del siglo XXI.

Poulantzas hace una distinción entre las formas de Estado "normal" y "excepcional". La primera corresponde a coyunturas en las que la hegemonía burguesa es estable, y la segunda a crisis de hegemonía (Poulantzas, 1968). ¿En qué medida los países de todo el mundo se están moviendo hacia un Estado excepcional? Y ¿cómo aparecerían esas formas excepcionales?

Los contornos de un neofascismo del siglo XXI parecían estar cristalizando en los años de la presidencia de Bush en Estados Unidos, de 2001 a 2009, y como una tendencia ascendente en la sociedad global. Un descenso a la barbarie, impulsado por el gasto militar, múltiples formas de represión y guerras para contener a los oprimidos, conquistar nuevos territorios, recursos y reservas de fuerza de trabajo, y mantener el control social, ya ha comenzado un verdadero señorío de guerra (warlordism) global. ¿Podría un proyecto neofascista que se mueva en esta dirección organizar el apoyo suficiente para crear un bloque hegemónico? Algunos de los signos reveladores de este proyecto neofascista son la fusión del capital trasnacional con el poder político reaccionario, la militarización creciente y la masculinización extrema, una base de masas entre sectores económicamente inseguros y socialmente descontentos animados por una ideología fanática, la supremacía racial/cultural y la xenofobia que abraza un pasado idealizado y mítico, la desestabilización económica y la ansiedad social concomitante entre los estratos privilegiados de las clases trabajadoras y medias, la movilización racista contra los chivos expiatorios que sirve para desplazar y redireccionar las tensiones y las contradicciones sociales, y un liderazgo carismático.

La división del mundo en Estados-nación distintos, aunque inextricablemente interconectados, significa que puede aparecer una gran variedad de políticas de acuerdo con las historias, las fuerzas sociales y las coyunturas nacionales y regionales particulares, y dentro de una unidad global más amplia. Dicho esto, sin embargo, debemos tener claro que una investigación sobre el fascismo del siglo XXI en Estados Unidos es tanto una simplificación metodológica como una reducción epistemológica, ya que el fascismo del siglo XXI no puede

entenderse como proyecto de un Estado-nación en esta era de capitalismo global. Analítica y conceptualmente, es más exacto hablar de un Estado policial global –o, aplicando la noción de Poulantzas, un ETN excepcional–. El orden global como unidad es cada vez más represivo y las formas autoritarias y específicas de los sistemas políticos o Estados nacionales excepcionales, incluyendo el fascismo del siglo XXI, se desarrollan sobre la base de historias nacionales y regionales, fuerzas sociales y de clase, condiciones políticas y coyunturas particulares. Sin embargo, la militarización de las ciudades, de la política y la cultura en países como Estados Unidos e Israel es inseparable de la implicación de estos países en las redes de guerras globales y la acumulación global militarizada o economía global de guerra, como discutí en los capítulos 3 y 4. Los poderes existentes en el sistema internacional deben asegurar el control social y defender el orden global en cada territorio nacional particular, no sea que el propio orden global se vea amenazado.

En su brillante, y escalofriante, estudio, Cities under siege: The new military urbanism, Stephen Graham muestra cómo las estructuras y los procesos de los sistemas permanentes de control social militarizado y la guerra constituyen un proyecto global que por definición es trasnacional. Las "guerras" contra la droga, contra el crimen, contra el terrorismo y contra la inseguridad incorporan "la militarización furtiva de una gran variedad de debates políticos, paisajes urbanos y circuitos de infraestructura urbana, así como de todas las esferas de la cultura popular y urbana". Esto conduce a "la difusión insidiosa y progresiva de los debates militarizados sobre la 'seguridad' en todos los ámbitos de la vida. Juntos [...] trabajan para aportar ideas esencialmente militares para la prosecución y la preparación para la guerra en el corazón de la vida cotidiana de

la ciudad" (Graham, 2010: XIV) Todos los países se han involucrado en el control policial de la crisis global a medida que la economía global hace suyas, cada vez más, la guerra, la violencia social, la coerción y la represión organizadas por el Estado. Graham observa:

El nuevo urbanismo militar se nutre de los experimentos con los sistemas de localización del objetivo y la tecnología en las zonas de guerra coloniales, como Gaza o Bagdad, y de las operaciones de seguridad en eventos deportivos internacionales o cumbres políticas. Estas operaciones sirven de campo de prueba para la tecnología y las técnicas que se venderán en los boyantes mercados mundiales de seguridad nacional [...] Los drones israelíes diseñados para someter y atacar verticalmente a los palestinos son ahora desplegados de manera rutinaria por las fuerzas policiales en Estados Unidos, Europa y Asia Oriental. Los operadores privados de las prisiones "supermax" de Estados Unidos están muy involucrados en la gestión del archipiélago global organizando el encarcelamiento y la tortura que ha florecido desde el comienzo de la "guerra contra el terrorismo". Las corporaciones militares privadas acaparan gran parte de los contratos de reconstrucción en Irak y Nueva Orléans. Los expertos israelíes en control de la población son buscados por quienes planean operaciones de seguridad para eventos internacionales en Occidente. Y las políticas de tirar a matar desarrolladas para combatir los atentados suicidas en Tel Aviv y Haifa han sido adoptadas por las fuerzas policiales en Europa y América. Mientras tanto, en el control policial agresivo y militarizado de las manifestaciones públicas y las movilizaciones sociales en Londres, Toronto, París y Nueva York se están empezando a utilizar las mismas "armas no letales" que utiliza el ejército israelí en Gaza o Jenin. La

construcción de "zonas de seguridad" alrededor de los centros financieros estratégicos y los distritos gubernamentales de Londres y Nueva York importan directamente las técnicas utilizadas para fortificar enclaves en Bagdad o encerrar permanentemente a civiles en Gaza y Cisjordania [...Estas técnicas] se venden en todo el mundo como "soluciones de seguridad" de vanguardia y probadas en combate por las coaliciones corporativas que unen a compañías y estados de Israel, Estados Unidos y de otros países (ibid.: XVIII).

Fascismo de los siglos XX y XXI

Si no todos los "estados excepcionales" pueden considerarse fascistas, ¿se justifica atribuir el término fascismo a estas tendencias hacia estados excepcionales? Para abordar esta cuestión, especifico aquí mi comprensión del fascismo y examino la forma que podría adoptar un neofascismo estadunidense en este siglo. Adicionalmente a lo que subrayé anteriormente –que cualquier neofascismo debe ser visto en términos de la unidad del sistema global–, lo hago en el entendido de que el fascismo no es un fenómeno simple y claramente demarcado, y también de que el fascismo del siglo XXI, por las razones que expondré a continuación, no necesita ser semejante, ni lo será, al fascismo "clásico" del siglo XX en muchos aspectos, a pesar de ciertos paralelismos.

En su detallado análisis comparativo de los dos casos históricos –el fascismo italiano y el nacionalsocialismo alemán, o nazismo–, Robert Paxton resume buena parte de la literatura anterior sobre el fascismo y describe el fascismo clásico como un fenómeno característico del siglo XX basado en la movilización de un electorado de masas que había surgido en la Europa del siglo XIX (Paxton, 2005: 78-80). Entre los factores

que contribuyeron a su éxito se encuentran los trastornos económicos producidos en Europa por una economía cada vez más internacionalizada, las perturbaciones sociales y económicas que acompañaron a la primera guerra mundial y los temores por parte de las élites tradicionales a los fuertes movimientos socialistas entre la clase obrera. Paxton identifica algunos temas característicos de los movimientos y regímenes fascistas clásicos:

•Un fuerte énfasis en el nacionalismo y en la integración de una comunidad, con el consiguiente desénfasis en el individuo;
•Movilización política de masas sobre la base de una fuerte apelación emocional;
•Militarismo y objetivos expansionistas; imperialismo;
•Satanización de los enemigos imputados, a menudo de carácter étnico;
•Un sentido de victimización;
•Autoritarismo; un orden jerárquico con un líder supremo y carismático;
•Un deseo de purificación de la sociedad, con la glorificación de los medios violentos;
•Un rechazo a las instituciones democráticas ineficaces o vacilantes

Es importante ver estos "temas" de los movimientos fascistas que Paxton identifica en el contexto del vínculo crucial entre la crisis capitalista y los movimientos fascistas y la fusión de los intereses capitalistas con el poder político reaccionario, como analizaré más adelante, y como destacaron el marxismo clásico y algunos tratados liberales sobre el fascismo.[6] Al mismo tiempo, el andamiaje del fascismo clásico, así como el del siglo XXI, contiene un importante componente

sociopsicológico y cultural. Erich Fromm, en su texto clásico de 1941 sobre el fascismo europeo El miedo a la libertad (1969),[7] argumentó que con la desintegración del mundo medieval los europeos habían perdido una estructura social establecida y una concepción religiosa del mundo que les había proporcionado, a pesar de sus inconvenientes, un sentido de lugar en la sociedad y en el universo, lo que dio por resultado una ansiedad generalizada y una pérdida de significado. En muchos casos, esto condujo a la creación de soluciones jerárquicas y autoritarias que representaban el "miedo a la libertad".

Estas tensiones psicológicas, según Fromm, dieron como resultado la formación de un carácter autoritario, o personalidad, en aquellos sectores sociales más afectados. Fromm procede a vincular estas dimensiones psicosociales del fascismo clásico con la crisis del capitalismo de inicios del siglo XX, especialmente en la Alemania nazi, y con las bases de clase del nazismo en los estratos inferiores de las clases medias, compuestas de pequeños comerciantes, artesanos y trabajadores de cuello blanco amenazados por el desplazamiento capitalista. "[Las] condiciones psicológicas no fueron la 'causa' del nazismo", dice Fromm, al observar la confluencia de factores racionales y no racionales en la explicación del triunfo del régimen nazi. Las condiciones psicológicas "constituyeron la base humana sin la cual no podría haberse desarrollado, pero cualquier análisis del fenómeno del ascenso y la victoria del nazismo en su conjunto debe abordar las condiciones estrictamente económicas y políticas, así como las psicológicas" (Fromm, 1969: 216).

Claramente, muchas, pero no todas, de estas dimensiones del fascismo clásico están presentes o son emergentes en Estados Unidos. La aparición de una derecha cristiana desde mediados de los años ochenta, la explosión del movimiento Tea

Party, la escalada de la violencia social, el fuerte aumento de los grupos violentos de odio, la propagación de un feroz movimiento antimigrante y la psicopatología de la decadencia blanca son algunos de los indicadores del auge de las tendencias fascistas dentro de la sociedad civil y la política de Estados Unidos. Más adelante analizaré algunos de estos acontecimientos. Concibo el fascismo del siglo XXI como una forma excepcional del Estado y la sociedad capitalista que no se limita a movimientos como estos en la sociedad civil y la política, ya que también implica tendencias dentro del Estado, las industrias culturales, la economía política y la acumulación de capital. Y reitero asimismo, siguiendo los estudios marxistas clásicos sobre el fascismo del siglo XX, que el fascismo, ya sea en su forma clásica o en las posibles variantes del neofascismo del siglo XXI, es una respuesta particular a la crisis capitalista.

Al mismo tiempo (y esto es crucial) el fascismo del siglo XXI no será una repetición de su predecesor del siglo XX. En mis discusiones públicas sobre el fascismo del siglo XXI he encontrado mucha aversión incluso a plantear el término. Ese rechazo tan irreflexivo es indigno de un investigador y no muy útil políticamente. Supongo que tal desprecio se explica en parte por el frecuente uso indebido del término en estos días para referirse a cualquier situación de represión estatal o a un sistema autoritario, o a la asociación estereotipadamente rígida del término con imágenes de la Alemania nazi. Sin embargo, cualquiera que haya pasado algún tiempo recientemente en Colombia y entienda cómo opera y está organizado ese país, sin duda reconocerá el fascismo del siglo XXI como se analiza y discute aquí, por mencionar sólo un ejemplo de un sistema ya existente y en funcionamiento de este tipo de fascismo (Hristov, 2009). El fascismo del siglo XXI no será una repetición de su predecesor del siglo XX. El papel de la

dominación política e ideológica a través del control sobre los medios de comunicación y el flujo de imágenes y símbolos hará más sofisticado cualquier proyecto del siglo XXI y –junto con las nuevas tecnologías de vigilancia panóptica y control social (véase más adelante)– probablemente le permita apoyarse más en la represión selectiva que en la generalizada. Estas y otras formas nuevas de control social y modalidades de dominación ideológica desdibujan los límites de tal manera que puede haber un neofascismo constitucional y normalizado –con instituciones representativas formales, una constitución, partidos políticos y elecciones–, al tiempo que el sistema político está estrechamente controlado por el capital trasnacional y sus representantes y cualquier disenso que amenace realmente al sistema es neutralizado o liquidado. Estoy de acuerdo, en este sentido, con Bertram Gross, quien en su clásico moderno de 1980, Friendly fascism: The new face of power in America, abordó algunas de estas diferencias ente el fascismo clásico y el neofascismo. El elemento que Gross contempla como central para todos los tipos de fascismo es una fuerte interpenetración de las grandes corporaciones capitalistas con un gobierno represivo centralizado que sirve a los intereses corporativos. Argumentó que tal estado de cosas puede desarrollarse de manera gradual e incremental, sin una toma de poder dramática por parte de un partido abiertamente autoritario, y que el control puede ejercerse a través de medios más sutiles y sofisticados que en los casos clásicos. De hecho, creía que la evolución de tal sistema de fascismo amistoso en Estados Unidos es totalmente compatible con la conservación de un sistema bipartidista y ostensiblemente democrático. Su afirmación a este respecto tiene gran relevancia en la coyuntura actual:

¿Cómo reaccionarían las élites si las masas comenzaran a pedir a las élites que dieran mucho más y ganaran mucho menos –particularmente cuando, bajo condiciones de estanflación capitalista y contracción del poder mundial, las élites tienen menos que dar–. Algunos comentaristas radicales afirman que los poderes existentes usarían su fuerza para seguir el ejemplo de los fascistas clásicos y destruir la maquinaria democrática [...] Veo esto [...] como altamente improbable. Ningún grupo de poder del primer mundo va a destruir una maquinaria que, con algunos remiendos y un poco de suerte, puede ser rentablemente convertida en un sofisticado instrumento de represión (Gross, 1980: 230).

En opinión de Gross, el mayor éxito de los incipientes movimientos neofascistas en la sociedad y la política de Estados Unidos en los años setenta fue que “muchas de [sus] posiciones, que primero sonaron escandalosas cuando se expresaron durante la campaña [presidencial] de Goldwater en 1964, ahora se consideran parte de la corriente principal. Esto no es resultado de los desplazamientos de la derecha radical hacia el centro. Por el contrario, es resultado de un movimiento decisivo hacia la derecha por parte de los ultra ricos y los líderes corporativos” (ibid.: 198). Huelga decir que la deriva del “centro” siempre hacia la derecha en Estados Unidos ha continuado sin cesar desde tiempos de Gross, y se ha acelerado desde que estalló la crisis en 2008, empujada por una serie de fuerzas de extrema derecha que analizaré a continuación. No afirmo que el fascismo haya llegado a Estados Unidos, ni siquiera que sea probable. Más bien, sugiero que las fuerzas fascistas han experimentado una rápida expansión en la sociedad y la política estadunidenses y que un fascismo del siglo XXI es sólo uno de los resultados posibles de la crisis.

Basándome en los estudios clásicos y más contemporáneos sobre el fascismo, como se analizó de manera breve arriba, y en mayor medida en mis propias proposiciones sobre la naturaleza del fascismo del siglo XXI, me dirijo ahora a este impulso fascista en Estados Unidos.

La dictadura del capital trasnacional y el poder político reaccionario

El fascismo del siglo pasado implicaba la fusión del poder político reaccionario con el capital nacional. De hecho, fue, en parte, la incapacidad del capital nacional alemán e italiano para competir con los capitales nacionales de otras potencias europeas en las conquistas imperialistas de principios del siglo XX y después de la derrota alemana en la primera guerra mundial lo que produjo una respuesta fascista cuando la crisis de los años treinta golpeó con toda su fuerza. Las principales concentraciones de lo que eran capitales nacionales se han trasnacionalizado bajo la globalización. No veo el fascismo del siglo XXI en Estados Unidos como un mecanismo de competencia con otros capitales nacionales, sino como una expresión de la dictadura del capital trasnacional. La fusión del poder político reaccionario en los niveles más altos del Estado de Estados Unidos con el capital trasnacional se había estado desarrollando durante los años de Bush y podría emerger o reemerger en los próximos años.

La elección de Barack Obama a la presidencia en 2008 y su reelección en 2012 hicieron más opaca esa fusión tan clara. También generó otra serie de condiciones propicias para el desarrollo de las fuerzas neofascistas en Estados Unidos. El proyecto de Obama desde el principio fue un esfuerzo de los grupos dominantes por restablecer la hegemonía a raíz de su

deterioro durante los años de Bush. La elección de Obama fue un desafío al sistema a nivel cultural e ideológico y sacudió los fundamentos raciales/étnicos sobre los cuales la República de Estados Unidos siempre ha descansado, aunque ciertamente no desmanteló esos fundamentos. Sin embargo, el proyecto de Obama nunca tuvo la intención de desafiar el orden socioeconómico; por el contrario, buscó preservar y fortalecer ese orden mediante la reconstitución de la hegemonía y la realización de una revolución pasiva contra el descontento de las masas y la propagación de la resistencia popular que comenzó a filtrarse en los últimos años de la presidencia de Bush y que implicó, entre otras cosas, el surgimiento de un movimiento masivo pro derechos de los inmigrantes que tuvo su punto culminante en el invierno y en la primavera de 2006 en un verdadero "momento contrahegemónico".[8]

Gramsci desarrolló el concepto de revolución pasiva para referirse a los esfuerzos de los grupos dominantes por lograr un ligero cambio desde arriba para debilitar la movilización desde abajo para una transformación más profunda. Parte integral de la revolución pasiva es la cooptación del liderazgo de abajo; la integración de ese liderazgo en el proyecto dominante. La campaña electoral de Obama en 2008 aprovechó y ayudó a expandir la movilización de masas y las aspiraciones populares de cambio que no se habían visto en muchos años en Estados Unidos. El proyecto de Obama cooptó esa tormenta que se avecinaba desde abajo, la canalizó a la campaña electoral y luego traicionó esas aspiraciones, ya que el Partido Demócrata efectivamente desmovilizó a la insurgencia desde abajo con más revolución pasiva. En este sentido, el proyecto de Obama debilitó la respuesta popular y de izquierda desde abajo a la crisis, lo que abrió espacio para que emergiera la respuesta de la derecha –por un proyecto de fascismo del siglo XXI–. La

administración de Obama surgió, indiscutiblemente a este respecto si no en otros, como una República de Weimar. Aunque los socialdemócratas estuvieron en el poder durante la República de Weimar de Alemania en los años veinte y principios de los treinta, no buscaron una respuesta de izquierda a la crisis, sino que dejaron de lado a los comunistas, socialistas y sindicatos militantes, y progresivamente complacieron al capital y a la derecha antes de entregar el poder a los nazis en 1933.

El capital corporativo trasnacional financió las dos campañas presidenciales de Obama y parecería haber "comprado" la presidencia de Obama. Al mismo tiempo, ha financiado ampliamente movimientos neofascistas tales como el Tea Party, así como la legislación neofascista como la ley anti-inmigrante de Arizona, SB1070. Los hermanos multimillonarios de la extrema derecha, David y Charles Koch, cuya fortuna combinada de unos 40 000 millones de dólares es superada solo por la de Bill Gates y Warren Buffet, son los principales financiadores del Tea Party y también de una gran cantidad de fundaciones y organizaciones de fachada, tales como Americans for Prosperity, el Cato Institute y el Mercatus Center, que han concitado una versión extrema de la agenda corporativa neoliberal, incluyendo la reducción y eliminación de los impuestos corporativos, recortes en los servicios sociales, la destrucción de la educación pública y la liberación total del capital de cualquier regulación estatal. Menos conocido es que los hermanos Koch han recaudado fondos para el Tea Party y otras organizaciones de docenas de las mayores corporaciones trasnacionales que operan en la escena política estadunidense.[9] El contenido programático real de los hermanos Koch y las organizaciones y movimientos que financian y ayudan a dirigir es profundizar muchas veces más la "contrarrevolución"

neoliberal del capitalismo global de libre mercado radical, y converge perfectamente con los intereses del capital trasnacional. Esta convergencia es independiente del hecho de que una parte del liderazgo politizado de la CCT haya presentado programas políticos y propuestas de políticas muy distintos de los de la extrema derecha estadunidense.

El capital trasnacional y sus agentes políticos han intentado resolver la crisis declarando la guerra a la clase obrera global –en efecto, un esfuerzo por consumar la "contrarrevolución neoliberal" que comenzó en los años ochenta–.[10] Aunque la ofensiva del capital trasnacional contra la clase obrera global se remonta a la crisis de los años setenta y ha crecido en intensidad desde entonces, la gran recesión de 2008 fue, en varios aspectos, un punto de inflexión importante. Como señalé en el capítulo anterior, Europa y Estados Unidos se enfrentan ahora a las mismas políticas neoliberales que se han impuesto en el Sur global desde los años ochenta. Cabe señalar también que tres sectores del capital trasnacional se destacan como los más agresivos en la consecución de esta agenda y son más propensos a buscar arreglos políticos neofascistas para facilitar la acumulación: el capital financiero especulativo, el complejo militar-industrial-de seguridad y el sector extractivo y energético –particularmente petróleo– (el núcleo de las industrias Koch es el petróleo). La acumulación de capital en el complejo militar-industrial-de seguridad, por ejemplo, depende de los conflictos y las guerras interminables, incluidas las llamadas guerras contra el terrorismo y contra las drogas, así como de la militarización del control social dirigido contra los inmigrantes y los grupos oprimidos como los afroamericanos y los palestinos (abundaremos sobre esto más adelante).

Recordemos que un componente clave del fascismo clásico fue el aplastamiento de los sindicatos (junto con los partidos

socialistas y comunistas). En Estados Unidos, como en otros lugares, el asalto a los sindicatos ha estado ocurriendo durante varios decenios. Gross había observado en su estudio Friendly fascism que el capital corporativo estaba financiando esfuerzos denodados para contener a los sindicatos en sectores ya sindicalizados y para mantener libres de sindicatos a otros sectores y regiones, como el Sur de Estados Unidos, mediante tácticas como la descertificación y las campañas de "derecho al trabajo" (Gross, 1980: 244.245). De hecho, mientras que en 1945 más de un tercio de los trabajadores estadunidenses estaban sindicalizados, la afiliación sindical cayó a 24.1% en 1979, a 13.9% en 1998, y a sólo 11.8% en 2011.[11] Esta tendencia ha tenido el efecto de reducir la militancia del movimiento obrero y ayudar a mover al Partido Demócrata en una dirección más conservadora. El asalto a los sindicatos se remonta a los años setenta, cuando las corporaciones intensificaron la presión sobre los funcionarios gubernamentales para cambiar las leyes laborales que facilitarían a las empresas no sólo demandar a los sindicatos, sino, en primer lugar, impedir que los trabajadores se organizaran. El estancamiento salarial en Estados Unidos apareció a partir de la crisis económica de 1973, ha continuado su marcha constante desde entonces y está correlacionado positivamente con la disminución de la participación sindical. Stone observa que lo central en la ofensiva ideológica antisindical fue culpar a los sindicatos de la crisis de los años setenta y equiparar públicamente a los sindicatos con el "socialismo" y el "comunismo". Esta táctica incorporó a la derecha religiosa (véase abajo) –que ve al "comunismo" como ateo y obra del diablo– en la campaña antisindical. Según un líder fundamentalista cristiano, "muchos versículos bíblicos señalan que las personas pueden ser eternamente separadas de

Dios si son miembros de organizaciones malignas como los sindicatos" (Stone, 2011). En 1981, el gobierno de Reagan lanzó un asedio general contra los sindicatos con el escandaloso despido de los controladores de tránsito aéreo.

La desindicalización es también efecto de la desindustrialización, de la flexibilización del trabajo, del aumento de la competencia entre los trabajadores a medida que aumentan el desempleo y el subempleo ante la amenaza de la fuga de capitales, y de las campañas corporativas contra los sindicatos hechas notorias en las perversas tácticas empleadas por Walmart.[12] Los sindicatos del sector público, tal vez el último bastión importante de la fuerza sindical en Estados Unidos, con 37% de sindicalizados en 2011, fueron objeto de un ataque a gran escala tras la "Batalla de Wisconsin" en 2010-2011. Allí, el gobernador republicano Scott Walker, financiado por los hermanos Koch, impulsó un proyecto de ley en la legislatura estatal que quebrantó el derecho laboral a la negociación colectiva, redujo gravemente los beneficios para los trabajadores del sector público y allanó el camino para una reestructuración antiobrera más amplia de las finanzas del Estado, incluyendo cortes draconianos en los servicios sociales junto con incentivos fiscales para las empresas. A pesar de que los trabajadores y los estudiantes resistieron feroz pero pacíficamente al asalto, Walker amenazó ominosamente con desplegar a la Guardia Nacional, y otros estados alrededor del país introdujeron leyes antisindicales y antiobreras similares (Schneider, 2012).

Colocar candidatos como Walker, tan comprometidos con la agenda corporativa trasnacional y tan afectos a los medios represivos y autoritarios para lograr esa agenda, se ha hecho mucho más fácil por la famosa resolución Citizens United (Ciudadanos Unidos) de 2010 de la Corte Suprema de Estados

Unidos. Esta sentencia estipula que las corporaciones no pueden ser restringidas en sus contribuciones financieras a las campañas electorales y partidos políticos. Citizens United es un precedente legal alarmante, ya que elimina cualquier restricción a la capacidad del capital trasnacional para imponer su abrumador poder financiero en el proceso político para obtener resultados políticos sin tener que apoyar golpes de Estado extra legales o romper con procesos electorales y órdenes constitucionales.

Movimientos neofascistas en la sociedad civil y la política de Estados Unidos

La Gran recesión de 2008 parece haber sido el desencadenante del estallido de una de las más importantes rebeliones populistas de derecha en la historia de Estados Unidos. La insurgencia neofascista se remonta a varios decenios, a la movilización de extrema derecha que comenzó a raíz de la crisis de hegemonía provocada por las luchas de masas de los años sesenta y setenta, en especial las luchas de liberación negra y chicana y otros movimientos militantes de los pueblos del tercer mundo, las corrientes contraculturales y las luchas militantes de la clase obrera. Las corrientes neofascistas van desde la derecha cristiana fundamentalista y el Tea Party hasta los Oath Keepers (Custodios del Juramento), el movimiento Patriota, el movimiento de milicias, los Minutemen, el movimiento del Poder Blanco, varias organizaciones neonazis y el Ku Klux Klan, nacionalistas blancos, etc. Existe una creciente polinización cruzada entre los diferentes sectores de la derecha radical no vista en años. Las limitaciones de espacio no permiten más que un análisis somero aquí.

No existe sólo una organización o movimiento neofascista en Estados Unidos y las diferentes tendencias de lo que constituyen las corrientes de los neofascistas en la sociedad civil y política de Estados Unidos son muy dispares. Más aún, los líderes carismáticos de masas del proyecto fascista del siglo XXI han estado hasta ahora en gran medida ausentes en Estados Unidos, aunque figuras como Sarah Palin y Glen Beck han aparecido en ciertos momentos como precursores. Algunos han visto al Tea Party como un movimiento que podría galvanizar los distintos sectores, en particular, que podría reunir a la convergencia tripartita del movimiento del Tea Party con la derecha cristiana y la extrema derecha política alojada en el Partido Republicano, aunque considero que es prematuro hacer tal predicción. Es significativo que tanto la derecha cristiana como el Tea Party hayan echado profundas raíces en el Partido Republicano, como cualquier movimiento neofascista, para lograr avanzar, tendrían que estar basados en los partidos y en el sistema político.

El movimiento Patriota y las milicias que le sirven como brazo armado ven al gobierno federal como un complot para quitar "libertades" y apoyar un "gobierno mundial único". Alcanzó prominencia por primera vez en 1990 entre las personas anteriormente asociadas con los grupos de odio basados en la raza. En los últimos años, el movimiento Patriota ha experimentado un dramático resurgimiento, liderado por el grupo Patriota de más rápido crecimiento, los "Oath Keepers". Fundado en 2009 por Stewart Rhodes, exayudante del congresista republicano Ron Paul, considerado uno de los padres intelectuales del movimiento Tea Party, el movimiento militarizado de los Oath Keepers tiene un núcleo básico formado por hombres y mujeres en uniforme, incluyendo soldados, policías, y veteranos. En ceremonias regulares en

cada estado, los miembros reafirman sus juramentos oficiales de servicio, se comprometen a proteger la Constitución y prometen desobedecer, haciendo uso de las armas si es necesario, órdenes "inconstitucionales" de lo que ven como un gobierno cada vez más tiránico que amenaza la Constitución de Estados Unidos. Para 2010, los Oath Keepers tenían por lo menos una sección en cada estado y agregaban docenas de miembros diariamente, reclutando también a policías en servicio activo y miembros del ejército.

La formación de un claro movimiento de la derecha cristiana y su creciente identificación con el Partido Republicano se dio durante 1960 y 1970 en torno a la candidatura anti-derechos civiles de Barry Goldwater, considerada como un hito en el surgimiento de la nueva ultraderecha en la política estadunidense, y en torno al discurso de campaña de 1972 del presidente Richard Nixon, "ley y orden", que sustituyó a las apelaciones raciales abiertas.[13] La derecha cristiana también galvanizó en torno a la oposición al movimiento feminista, a los derechos de los homosexuales, al derecho al aborto, a la prohibición de las oraciones escolares y en favor de la familia tradicional patriarcal. Estos "asuntos sociales" se convirtieron en la punta de lanza de las llamadas "guerras culturales" como complemento de la creciente agenda corporativa neoliberal.

El acontecimiento más significativo en la consolidación de una derecha cristiana politizada fue la creación de la Mayoría Moral, también en 1979, que difundió los mensajes de la derecha cristiana a través de la cadena de televisión de Jerry Falwell e inició las campañas para registrar votantes religiosos y animarlos a votar contra los candidatos liberales (Williams, 2010: 177 y ss.). El aspecto más importante de la Mayoría Moral fue su papel en la fusión de la derecha cristiana con la

emergente extrema derecha política, alojada principalmente en el ala derecha del Partido Republicano. Las elecciones de Ronald Reagan dieron como resultado la consolidación del papel de la derecha cristiana en el Partido Republicano, con una influencia correspondientemente decisiva en las futuras plataformas del Partido Republicano.

Pero la identificación del fundamentalismo cristiano de derecha con la derecha política neofascista alojada en el Partido Republicano –y en las instituciones estatales– alcanzó un crescendo durante los años de la presidencia de George W. Bush, él mismo manifestó ser "cristiano renacido". Un atisbo de la naturaleza verdaderamente fascista de este movimiento fundamentalista quedó notablemente registrado en el escalofriante documental de 2006 de las cineastas Heidi Ewing y Rachel Grady, Jesus Camp: Soldados de Dios, que muestra a niños cristianos evangélicos siendo entrenados como jóvenes soldados en el "ejército de Dios" en un campamento de verano en el norte del estado de Dakota y a quienes se les enseña que pueden "recuperar América para Cristo" (en una escena se presenta un recorte de cartón de George W. Bush a los niños, que reaccionan poniendo sus manos sobre la figura y postrándose como en una procesión religiosa).

La politización de largo plazo de los conservadores cristianos de Estados Unidos y su influencia cada vez más arraigada en el Partido Republicano, ha llevado a algunos observadores a ver a la derecha cristiana como pieza central de un posible neofascismo estadunidense. Chris Hedges describe la rápida expansión de la red de influencia en la sociedad civil de base a través de una corriente rápidamente creciente y altamente influyente, conocida como "dominionismo", que a nivel de doctrina toma su nombre del Génesis 1:26-31 en el que Dios da a los seres humanos "dominio" sobre toda la creación, y

en el plano de la política llama a que la iglesia de ultraderecha tome el poder político y reemplace la ley secular por la ley bíblica. Según Hedges:

> El dominionismo, nacido de una teología conocida como reconstruccionismo cristiano, busca politizar la fe. Tiene, como todos los movimientos fascistas, una creencia en la magia junto con la adoración del liderazgo y un estridente llamado a la supremacía moral y física de una raza maestra, en este caso los cristianos estadunidenses [...] Enseña que los cristianos estadunidenses han sido mandatados por Dios para hacer de Estados Unidos un Estado cristiano [...] Estados Unidos se convierte, en este biblicismo militante, en un agente de Dios y todos los opositores políticos e intelectuales de los líderes cristianos de Estados Unidos son vistos [...] como agentes de Satanás [...] Los sindicatos laboristas, las leyes de derechos civiles y las escuelas públicas serán abolidos (Hedges, 2006: 10-12).

Mientras tanto, el movimiento Tea Party irrumpió de lleno en la escena política estadunidense a principios de 2009 a raíz de la elección de Obama y tiene una importante superposición con la derecha cristiana y con otros movimientos neofascistas, especialmente con el movimiento antimigrante (Montgomery, 2010: 9-10).[14] El Tea Party no es sólo una organización. De hecho, en el momento de escribir esto (principios de 2013) había seis agrupaciones principales. Una era el Tea Party Express, que ha apoyado a Sarah Palin, ha financiado candidatos republicanos de extrema derecha para el cargo, se dedica al activismo antislam y promueve a los “birthers” –el movimiento que afirma que Obama nació en el extranjero y, por lo tanto, está legalmente impedido para ser presidente–. La

segunda era Freedom Works, que está fuertemente financiada por donantes corporativos y proporciona apoyo a sus candidatos preferidos de derecha y a los activistas antimigrantes. Una tercera era el Tea Party Patriots, un grupo de base que declaraba más de dos mil delegaciones locales. Los Patriots demandan la derogación de la Dieciseisava Enmienda a la Constitución de Estados Unidos (que estableció el impuesto sobre la renta), adoptan una posición antimigrante virulenta y son cercanos a los grupos de milicias de derecha y a organizaciones racistas como el Ku Klux Klan. La cuarta era la Tea Party Nation, que organizó una conferencia en 2010 con Sarah Palin, tiene fuertes lazos con la derecha cristiana, los "birthers" y el movimiento antimigrante. La quinta era Resistant Tea Party, que se enfoca en la organización de redes sociales y en internet para impulsar las agendas antiaborto, pro-matrimonio tradicional, antimigrante, antislámica y antimulticultural. También tiene superposición de miembros con los Minutemen –el grupo de odio paramilitar virulentamente antimigrante–. Finalmente está el 1776 Tea Party, que también se superpone con el Minuteman y la derecha cristiana.

Fuertemente financiado por los hermanos Koch, que a su vez recaudan fondos de una amplia variedad de donantes corporativos, el Tea Party combina un programa hecho a la medida de la agenda empresarial trasnacional con un discurso totalmente irracional, fanáticamente anti-Obama y a menudo bizarro, sobre un secreto "complot socialista" para apoderarse de Estados Unidos y sobre la necesidad de restaurar un pasado mítico –oculto en códigos– de patriarcado, supremacía blanca, y la restauración de la estabilidad de la clase media y la comunidad conservadora. Los temas programáticos del Tea Party incluyen: recortes de impuestos para los ricos y para las

corporaciones; levantamiento de las regulaciones ambientales y de otro tipo sobre los negocios; reducción y privatización de los servicios sociales, incluyendo la Seguridad Social; antisindicalismo, especialmente, ataques a los sindicatos de empleados públicos, y ataques antimigrantes –y, más allá de ellos, un discurso antilatino, antinegro y antigay más amplio, aunque a menudo codificado.

El Tea Party, un movimiento abrumadoramente blanco, es la voz de los blancos cristianos más vulnerables de las clases bajas y medias cuyo mundo está en crisis y colapsando alrededor de ellos. Sus privilegios sociales basados en la raza/etnia ya no los protegen contra los estragos del capitalismo global y en respuesta intentan refugiarse en una fortaleza de ira relajante y alinearse con la derecha cristiana, con otras organizaciones neofascistas y con el fanatismo ideológico y el absolutismo moral promovido por sus patrocinadores corporativos. Cuando se decodifican, los llamados del Tea Party a "recuperar el país" deben leerse como recuperar los privilegios de casta que los Tea Partiers sienten que han perdido como resultado de la quiebra de la tradicional supremacía de la raza/cultura blanca que ha sustentado esos privilegios. Las manifestaciones del Tea Party y los eventos de la derecha cristiana exudan entusiasmo popular masivo así como la ira característica de un movimiento neofascista que no puede reducirse a la manipulación por parte del capital y de la derecha reaccionaria.

La irracionalidad y los clamores lunáticos de los miembros del Tea Party –por ejemplo, la afirmación de que la presidencia de Barack Obama es a la vez una conspiración socialista y fascista– tienen cierta semejanza con las estructuras profundas de lo que Fromm (véase más arriba) y la Escuela de Frankfurt denominaron "personalidad autoritaria", incluyendo el

antintelectualismo, la antintracepción, el cinismo y la renuncia a la investigación crítica y a la reflexividad (Adorno et al., 1993). Sin embargo, a diferencia del famoso estudio de la Escuela de Frankfurt de 1950, yo caracterizaría esa estructura de la personalidad no como una psicopatología originada en la experiencia de la niñez, sino inducida por el autoritarismo arraigado del orden cultural y político hegemónico y su tendencia hacia el desplazamiento irracional de la ansiedad social. En un orden hegemónico autoritario, los desestabilizados por la crisis son más susceptibles a las interpretaciones de las causas de la inseguridad y la ansiedad de los agentes culturales y políticos dominantes, o de los intelectuales orgánicos de los grupos dominantes, aunque estos grupos pueden distar mucho de estar unificados en términos de los discursos que promueven.

"Ansiedades, preocupaciones, inquietudes, descontentos que [...] no han encontrado una articulación constante o esclarecedora [...no] desaparecen simplemente," observan Hall y sus colegas. "El impulso para articularlos [...] se vuelve sobre sí mismo y constituye un semillero de 'movimientos sociales' que son colectivamente poderosos aun cuando sean profundamente irracionales, irracionales al grado, al menos, en que se pierde toda la medida debida entre la amenaza real percibida, el peligro simbólico imaginado y la escala de castigo y control que se 'requiere' ". Pero –y esto es clave–, esta defensa de la concepción del mundo tradicional, con los chivos expiatorios correspondientes, no surge por arte de magia: "Las conexiones necesarias tienen que ser elaboradas, forjadas públicamente y articuladas –la sensación de amargura descrita por Seabrook tiene que ser trabajada para llegar a identificar a sus chivos expiatorios. Es necesario el trabajo ideológico para mantener la articulación de la experiencia de la clase

subordinada con la ideología dominante [...] Los demonios tienen, de hecho, que ser convocados" (Hall et al., 1978: 162, cursivas en el original).

Sin embargo, el Tea Party, el fundamentalismo cristiano, el Patriot y otros movimientos de extrema derecha no pueden reducirse al desplazamiento del miedo entre los trabajadores blancos y las capas de clase media a la desestabilización económica y social, o a al esfuerzo por retener el "soborno racial", es decir, el "privilegio de la piel". Estos casos representan una auténtica rebelión contra los efectos desestabilizadores de la globalización y la crisis capitalistas. Hay una rebelión más profundamente estructurada dentro de la lógica o marco de referencia del sistema dominante. Porque así es como funciona la hegemonía; establece los límites externos a la oposición al orden social sin salir de la estructura lógica de ese orden, de modo que incluso si las ideas pueden variar su estructura subyacente se convierte en "sentido común" –dando por sentados los supuestos sobre el mundo y su naturaleza. Aquí queremos dejar claro que esas suposiciones de "sentido común" no representan una "falsa conciencia" (y vale la pena señalar que Marx nunca utilizó esa frase, mientras que por su parte Gramsci insistió en que las clases explotadas no tienen una falsa conciencia, sino una conciencia contradictoria). Es absolutamente cierto que las ideas dominantes están basadas en las relaciones de dominación material. Como Marx señaló hace mucho tiempo en La ideología alemana:

Las ideas de la clase dominante son las ideas dominantes en cada época; es decir, la clase que ejerce el poder material dominante en la sociedad es, al mismo tiempo, su poder espiritual dominante. La clase que tiene a su disposición los medios para la producción material dispone con ello, al mismo

tiempo, de los medios para la producción espiritual, lo que hace que se le sometan, en términos generales, las ideas de quienes carecen de los medios necesarios para producir espiritualmente. Las ideas dominantes no son otra cosa que la expresión ideal de las relaciones materiales dominantes, las mismas relaciones materiales dominantes concebidas como ideas; por lo tanto, las relaciones que hacen de una determinada clase la clase dominante son también las que confieren el papel dominante a sus ideas. Los individuos que componen la clase dominante tienen, entre otras cosas, la conciencia de ello y, por lo tanto, piensan a tono con ello. Por eso, en cuanto dominan como clase y determinan todo el ámbito de una época histórica, se comprende que lo hagan en toda su extensión y, por lo tanto, entre otras cosas, también como pensadores, como productores de ideas, que regulen la producción y la distribución de las ideas de su tiempo; y que sus ideas sean, por ello mismo, las ideas dominantes de la época (Marx y Engels, 1978: 172-173).

Sin embargo, el contenido de las experiencias sociales materiales que conforman los sistemas de valores subordinados es, de hecho, muy diferente de lo que se expresa en las "ideas dominantes". Esta diferencia estructurada se oculta y armoniza bajo la tutela del marco dominante. Es a través de esta complementariedad desigual que se mantiene la hegemonía de las ideas dominantes sobre las subordinadas. Esta complementariedad es la base de las alianzas entre clases, donde las actitudes subordinadas se movilizan y activan en apoyo de intereses y actitudes que reflejan una realidad de clase muy diferente y antagónica. Hall y sus colegas observan, en este sentido: "El mundo rodeado de 'sentido común' es el mundo de las clases subordinadas. Para las clases subordinadas, las ideas dominantes tienden a equipararse con toda la

estructura de ideas como tal. Esto no significa que las personas de la clase trabajadora 'piensen' el mundo con las mismas ideas que las clases dominantes [...] Las clases subordinadas mantienen su autonomía, por medio de la lucha y estableciendo su propia cultura defensiva". Pero, y ésta es la esencia de la hegemonía como dominación consensual, "las ideas dominantes tienden a formar el límite exterior y el horizonte del pensamiento en una sociedad. Esto nunca es simplemente una cuestión de subordinación mental. Las ideas dominantes están encarnadas en el orden institucional dominante; las clases subordinadas están atrapadas en estas relaciones dominantes. Por eso, tanto en la acción como en el pensamiento, están constantemente disciplinadas por ellas" (Hall et al., 1978: 154, 156). El significado de estas observaciones se verá claramente a medida que avancemos a través de las siguientes secciones.

FUERZA DE TRABAJO SUPERFLUA, RACISMO, CHIVOS EXPIATORIOS Y NUEVOS CAMPOS DE CONCENTRACIÓN: LAS BASES SOCIALES DEL FASCISMO DEL SIGLO XXI

Una nueva dimensión estructural del capitalismo global del siglo XXI es la dramática expansión de la población global superflua –esa porción marginada y excluida de la participación productiva en la economía capitalista que constituye alrededor de un tercio de la humanidad–.[15] Para resumir lo que argumenté en el capítulo 1, las crisis proporcionan al capital la oportunidad para acelerar el proceso de lograr una mayor productividad con menos trabajadores, y los procesos por los que se genera fuerza de trabajo superflua se han acelerado bajo la globalización. La reorganización espacial ha ayudado al capital trasnacional a quebrantar el poder de la fuerza de trabajo organizada territorialmente y a imponer nuevas relaciones capital-fuerza de trabajo basadas en la fragmentación, la flexibilización y el abaratamiento del trabajo. Estos acontecimientos, combinados con una nueva y masiva ronda de acumulación originaria y de desplazamientos, han dado lugar a un nuevo ejército global de trabajo superfluo que va mucho más allá de lo que tradicionalmente se considera un ejército industrial de reserva.

Esta masa de "supernumerarios" no tiene una utilidad directa para el capital. Sin embargo, en un panorama más amplio, el trabajo superfluo es crucial para el capitalismo global en tanto que ejerce presión a la baja sobre los salarios en todas partes –especialmente en la medida en que puedan ser explotados los mercados de trabajo globales y la fuerza de

trabajo pueda movilizarse por toda la economía global– y permite al capital trasnacional imponer disciplina sobre aquellos que permanecen activos en el mercado de trabajo. Por otro lado, los disturbios, la rebelión espontánea y la movilización política organizada entre los desempleados y los marginados estructurales representan una amenaza potencial para el sistema y deben ser controlados y contenidos. La criminalización y el control militarizado de los marginados estructurales es uno de los principales mecanismos de contención preventiva. Estas acciones para contener la rebelión real o potencial de la masa de los desposeídos y privados de derechos en el fascismo del siglo XXI equivale, en algunos aspectos, a la ofensiva para aplastar al socialismo emanado de una clase obrera organizada que ayudó a impulsar el fascismo del siglo XX. El Estado responde a los expulsados del mercado laboral y excluidos del trabajo productivo no con una ampliación de la protección y el bienestar social, sino con el abandono y con estrategias represivas de control y contención social, incluyendo la criminalización racializada y la movilización de las industrias culturales para deshumanizar a las víctimas del capitalismo global como elementos peligrosos, depravados y como "Otros" culturalmente degenerados, como criminales que representan una amenaza para la sociedad.

Stuart Hall y sus colegas, en su estudio clásico de 1978, Policing the crisis, muestran cómo la reestructuración del capitalismo en respuesta a la crisis condujo en los años setenta en el Reino Unido (y en otros lugares) a un "Estado excepcional" caracterizado por el desgaste continuo de los mecanismos de consenso del orden social y un autoritarismo creciente. Subrayan, en particular, la naturaleza altamente racializada de la vigilancia policial y la criminalización de las comunidades negras y de inmigrantes, deconstruyendo el

complejo proceso ideológico de fabricar la criminalización de las poblaciones oprimidas en función del control social. Aquí observamos fuertes paralelismos entre el incipiente Estado excepcional en el Reino Unido en 1970 y la tendencia actual hacia un Estado de este tipo en Estados Unidos (y en otros lugares). En particular, vemos la construcción ideológica y cultural del "criminal" y la subsecuente legitimación por el discurso hegemónico de la criminalización como un proceso de desplazamiento racial y étnico de las tensiones sociales en tiempos de crisis. Este desplazamiento de las ansiedades sociales hacia el crimen y hacia una población "criminal" racializada en Estados Unidos se remonta a la crisis de los años setenta. A raíz de los movimientos a favor de los derechos civiles y de liberación negra, los grupos dominantes promovieron sistemáticamente campañas culturales e ideológicas de "ley y orden" para legitimar el paso del Estado de bienestar social al Estado de control social y el surgimiento de un complejo penitenciario-industrial. "Ley y orden" significó reconstruir y reforzar las jerarquías raciales y el orden social hegemónico a raíz de las rebeliones de los años sesenta. La criminalización ayudó a desplazar las ansiedades sociales resultantes del quebranto de la estabilidad, la seguridad y la organización social generado por la crisis hacia la atribución irreflexiva de esta desestabilización al crimen y la identificación del crimen con los grupos racialmente oprimidos.

Se elaboraron múltiples asociaciones de la inseguridad con las interpretaciones hegemónicas (a menudo construcciones discursivas disimuladas) de una serie de fenómenos: crimen, terrorismo, empoderamiento de grupos previamente subordinados, etc. Los pánicos morales son vistos sociológicamente como sentimientos colectivos intensos sobre temas que se perciben como amenazantes para el orden social.

Pero qué cuestiones son percibidas como amenazantes para el orden social (y qué temas amenazantes desaparecen de la percepción pública) no es un proceso casual; estas cuestiones son socialmente construidas por agentes poderosos en los medios de comunicación, el Estado y la sociedad civil. Los pánicos morales sirven para reorganizar la opinión pública y el "sentido común" de maneras que desvían la atención de las fuentes de perturbación e inseguridad. En su lugar, para centrar las ansiedades de una comunidad son conjurados los "demonios populares" caricaturizados y estereotipados, para usar el término acuñado por el sociólogo Stanley Cohen en su estudio clásico de 1972, Folk devils and moral panics. Hall y sus colegas observan que la "opinión pública" sobre el crimen no se forma simplemente al azar:

> Ésta presenta una forma y estructura. Sigue una secuencia. Es un proceso social. Hablar del crimen no es socialmente inocente [...] Cuanto más este problema pase al dominio público, a través de los medios de comunicación, tanto más está estructurado por las ideologías dominantes sobre el crimen. Cuanto más se publica un crimen en la escena pública, se vuelve más estructurado, más constreñido por los marcos de comprensión e interpretación disponibles, más sentimientos, emociones y actitudes socialmente validados se movilizan a su alrededor. Así, cuanto más público –más del dominio público– se convierte un tema, más podemos detectar la presencia de redes más amplias de significado y sentimiento al respecto; más podemos discernir la presencia de un conjunto de ideologías sobre el crimen altamente estructuradas, aunque de ninguna manera completas, o coherentes o internamente consistentes [...] La conexión íntima entre las fuentes de noticias del crimen (los tribunales y la cultura de control) y los medios de difusión

pública (los medios de comunicación) sirve poderosamente para estructurar y moldear el conocimiento público sobre el crimen, y al mismo tiempo para modular esa comprensión con las "interpretaciones dominantes" [...] es decir, la "opinión pública" es algo "estructurado en la dominación" (Hall et al., 1978: 136, segundas cursivas del autor).

Reconstruir la hegemonía en torno a un Estado policial de "ley y orden"

La hegemonía en el sentido gramsciano tiene que ver con las contradicciones fundamentales en la estructura de las relaciones capitalistas. Básicamente, la hegemonía asegura las condiciones sociales para la reproducción del capital. En palabras de Gramsci, es el "teatro" sobre el cual los conflictos entre las fuerzas sociales y de clase se resuelven dado que las correlaciones de poder entre estas fuerzas se reacomodan de forma continua. La crisis de hegemonía de los años sesenta y setenta, como hemos visto, fue "resuelta" por la reestructuración global del capitalismo –pero no sólo en términos de reestructuración productiva, expansión global y nuevas relaciones "flexibles" capital-fuerza de trabajo–. Esta solución implicó también la reestructuración a nivel político, cultural e ideológico, induciendo a pasar de la lucha a la fuga (escapismo, despolitización) a través del consumismo y avivando múltiples deseos; políticas de identidad multicultural; y una penetración corporativa más profunda de la producción cultural y de los medios de comunicación de masas. Se efectuó un cambio de los modos de control social consensuados a unos más coercitivos, por ejemplo, en la esfera policial y en los sistemas jurídico y penal. En Estados Unidos, la ofensiva de la derecha involucró la expansión del Estado policial y del

complejo penitenciario-industrial legitimado por las campañas de "ley y orden" antes mencionadas que eventualmente cristalizaron alrededor de la "guerra contra las drogas", lanzada en 1980 por la administración de Reagan como "fuerza legítima" del Estado.

Alexander (2010) señala que a principios de los años ochenta la gran mayoría de las personas en Estados Unidos no identificó las drogas como un problema significativo. Así que tenía que ser creado un "pánico moral", y se creó. Este "pánico moral" implicó la construcción de los negros como narcotraficantes y de los pobres "indignos". "Para decirlo crudamente", afirma Hall, "el 'pánico moral' parece [...] ser una de las principales formas de conciencia ideológica por medio de la cual una 'mayoría silenciosa' se convierte en el apoyo de medidas cada vez más coercitivas por parte del Estado y otorga legitimidad a un ejercicio de control 'mayor de lo habitual' " (Hall et al., 1978: 221).[16] Las guerras declaradas "contra las drogas" y "contra el terrorismo", así como la guerra no declarada contra los inmigrantes, las pandillas y los jóvenes, lograron claramente la generación de pánicos morales para este propósito. "Existe en efecto, en las últimas etapas" del paso hacia un Estado excepcional, "una 'representación conjunta' de los pánicos morales en un pánico general acerca del orden social, y esa espiral ha tendido [...] a culminar en [...] una campaña de 'ley y orden', " continúa Hall. Estos pánicos "tienden ahora a operar de arriba hacia abajo" y efectivamente sensibilizan "a los aparatos de control social y a los medios de comunicación sobre la posibilidad de una amenaza general a la estabilidad del Estado. Las formas menores de disidencia parecen proporcionar la base de los casos de "chivo expiatorio" para una cultura de control nerviosa y alerta; y esto empuja

progresivamente a los aparatos del Estado hacia una postura más o menos permanente de 'control' " (ibid.: 222).

La reacción violenta de los conservadores a la movilización radical de los negros y de la clase obrera allanó el camino para la "guerra contra las drogas", lanzada en octubre de 1982, que inició un proceso de encarcelamiento masivo. Este proceso coincidió con un aumento sin precedentes de la inmigración latina –cuya importancia quedará clara más adelante–. Alexander observa que "prácticamente de la noche a la mañana los presupuestos de las fuerzas del orden federales se dispararon", aumentando entre 1980 y 1984 en más del 1 000% para el FBI y la Agencia Antidrogas (DEA) y en 3 000% para las actividades de la guerra contra las drogas del Pentágono (Alexander, 2010: 49).[17] Entre el lanzamiento de la "guerra contra las drogas" y 2010, la población penitenciaria estadunidense se elevó de unos 300 000 a cerca de 2.5 millones, con las condenas por delitos relacionados con las drogas representando la mayor parte de este aumento. Estados Unidos alcanzó la tasa más alta de encarcelamiento del mundo y tuvo un porcentaje de su población negra en prisión mayor que Sudáfrica en el apogeo del apartheid –y, de hecho, en 2010, había más gente negra bajo el control del sistema penal que la esclavizada en 1850, en vísperas de la guerra civil de Estados Unidos (ibid.: 6, 180).

La "guerra contra las drogas" marcó el inicio de una militarización interna que se expandió exponencialmente con la "guerra contra el terrorismo". Treinta millones de personas fueron arrestadas por delitos relacionados con las drogas entre 1982 y 2010, y las encarceladas por estos delitos aumentaron 1 100%. Hacia 2007 más de siete millones de personas estaban tras las rejas, en libertad condicional, o en libertad bajo palabra, y unas 650 000 estaban siendo liberadas de la prisión

anualmente. Aproximadamente 65 millones de personas tienen antecedentes penales, muchas de ellas con una sentencia de muerte social de por vida (véase más abajo). La conversión de la población afroamericana en una masa de fuerza de trabajo superflua estrechamente controlada no puede ser subestimada. Aquellos recluidos en el sistema penal no son incluidos en las estadísticas de empleo. Durante los años noventa, 42% de los hombres negros no universitarios estaban desempleados y la cifra era de 65% entre los que no habían obtenido un título de educación media superior (ibid.: 60, 147-48, 229). Aunque los blancos pobres también son víctimas de la guerra contra las drogas, los estudios muestran que las personas de todos los colores consumen y venden drogas a tasas notablemente similares; en todo caso, de acuerdo con los datos, los jóvenes blancos son más propensos a cometer delitos relacionados con las drogas que las personas de grupos racial y étnicamente oprimidos. Sin embargo, en algunos estados, señala Alexander, los hombres negros han sido enviados a la cárcel por cargos relacionados con las drogas a tasas de entre 20 y 50 veces mayores que las de los hombres blancos, y en las grandes ciudades hasta 80% de los jóvenes afroamericanos tienen antecedentes penales y, por lo tanto, están sujetos a la discriminación legalizada por el resto de sus vidas (ibid.: 7).

Entre los muchos estudios sobre el surgimiento de un complejo penitenciario-industrial en Estados Unidos, Ruth Wilson Gilmore, en Golden Gulag, muestra cómo California, tal vez el epicentro de la estrategia de encarcelamiento masivo, ha liderado el camino en "el mayor proyecto de construcción de prisiones en la historia del mundo". El número de personas en prisiones estadunidenses se disparó a pesar de la constante disminución de las tasas de criminalidad. La derrota de las luchas radicales junto con la acumulación de excedentes de

capital condujo a una estrategia de recluir a la fuerza de trabajo superflua, formada por jóvenes de grupos racial y étnicamente oprimidos ("personas de color"),[18] en gran desproporción con la población en general (Gilmore, 2007).[19] Ella demuestra la correlación entre la expansión del desempleo o la población superflua relativa y el aumento masivo de la población penitenciaria, ensfatizando, sin embargo, que esta población privada de la libertad ha crecido mucho más rápidamente que el desempleo.

Gilmore señala que alrededor de un millón de personas en California, en su mayoría negros y latinos, fueron recluidas en enclaves aislados, en virtud de haber sido excluidos del empleo y de otras instituciones sociales, a medida que la reestructuración capitalista avanzaba a partir de los años setenta. "Entre los escombros de una reestructuración generalizada", señala, "los individuos y las familias han desarrollado modos alternativos de reproducción social, dado su absoluto abandono por el capital. Estos modos incluyen estructuras económicas informales para el intercambio de bienes y servicios legales e ilegales; parentalidad social, especialmente por las mujeres, en familias extendidas de parentezco biológico y afectivo; y la redivisión de los espacios urbanos en unidades controladas por las organizaciones de la calle" (ibid.: 74). La criminalización de estos modos alternativos de reproducción social no es coincidencia, y como Graham lo demuestra de manera tan inquietante, estos espacios urbanos se convirtieron en verdaderas zonas de guerra militarizadas bajo el control total y violento de los aparatos represivos del Estado (Graham, 2010). "Los barrios afroamericanos suelen ser presentados como lugares patológicos habitados por criminales no blancos, traficantes de drogas y Otros amenazantes", señala Graham. Estas poblaciones "son ampliamente retratadas como

sombrías y monstruosas, acechando más allá de la franja normalizada, principalmente blanca y próspera, suburbana y exurbana. Aunque en gran medida invisibles en esos lugares, representan, sin embargo, una amenaza y, por lo tanto, crean la necesidad de un aumento masivo de la fortificación, la militarización de las medidas de seguridad y del control de acceso para generar un sentimiento de seguridad entre las élites blancas o la clase media" (ibid.: 45). Al mismo tiempo, las prisiones despersonalizan el control social, "de manera que éste puede ser administrado burocráticamente a través del tiempo y el espacio", señala Gilmore, logrando así "soluciones geográficas parciales a las crisis político-económicas, organizadas por el Estado, que también está en crisis" (ibid.: 11).

Como analicé en el capítulo 3, Neil Smith se refiere a los determinantes estructurales del flujo de capital a través del territorio urbano como procesos contradictorios de centralización e igualación, para mostrar cómo el movimiento del "capital más que de personas" es el indicador principal cuyos síntomas sociopolíticos incluyen tanto la gentrificación como lo que Gilmore denomina "guerra oficial de clase racial" creada a través de la criminalización y la vigilancia policial (Smith, 1996: 70; Gilmore, 2007: 64)). En respuesta a las luchas populares de los años sesenta, el discurso estatal y capitalista se dirigió a deslegitimar la redistribución del ingreso por parte del Estado de bienestar keynesiano, lo que implicó, entre otras cosas, un cambio regresivo en la estructura tributaria. Esto contribuyó a generar crisis fiscales del Estado que luego se utilizaron para legitimar el desmantelamiento del salario social. A raíz de la crisis general de comienzos de los años setenta, los excedentes fueron canalizados por el Estado al proyecto de expansión penitenciaria, resolviendo el problema del Estado de "exceso de capacidad", el problema del capital de cómo invertir

de forma rentable los excedentes en nuevas actividades de acumulación y retirando fuerza de trabajo superflua de la población. El capital financiero, en particular, jugó un papel clave invirtiendo en bonos estatales y municipales que recaudaron fondos para el proyecto de expansión. Sólo California construyó veintitrés nuevas prisiones importantes entre 1983 y 2004, con un costo de 280-350 millones de dólares cada una; el Estado había construido sólo doce presidios entre 1852 y 1964 (Gilmore, 2007: 7). El Estado acumuló la increíble cantidad de 1 200 nuevas leyes penales, incluyendo la three strikes ("tres golpes –convicciones– y estás afuera") y los gang injunctions ("mandatos judiciales de la pandilla"), esta última como parte de una guerra contra la juventud (especialmente los jóvenes pobres negros y latinos), la cual no puedo abordar aquí.

El giro hacia un Estado policial de "ley y orden" coincidió con la globalización capitalista, el neoliberalismo y el incipiente desmantelamiento del Estado de bienestar. Lejos de ser una coincidencia, estos dos procesos se refuerzan mutuamente y forman parte de un mismo proyecto de reconstitución de los mecanismos de control social y cambio del discurso hegemónico. A finales de los años sesenta y principios de los setenta, los intelectuales orgánicos dentro y fuera de la academia desarrollaron las teorías del "déficit cultural" o "cultura de la pobreza". Estas teorías plantean que los atributos de los pobres, en particular sus patrones culturales y de comportamiento, explican la pobreza y el desempleo y que el fin de estas condiciones implica una modificación de esos atributos. Esta construcción ideológica eliminó del análisis el racismo y las grandes fuerzas sociales del poder, la desigualdad y la marginación, al tratar de explicar la pobreza de grupos oprimidos como los afroamericanos. Una versión de esta tesis, la teoría del mercado de trabajo dual, como exponen sus

adherentes más conservadores, los economistas Peter Doeringer y Michael Piore (1971), concluye que los afroamericanos constituyen un sector de la fuerza de trabajo marginado y mal remunerado debido a su propio subdesarrollo cultural. Por lo tanto, estos grupos constituyen un pobre "indigno" que está involucrado en las patologías sociales del crimen, el consumo de drogas ilegales y la delincuencia.

Esta construcción ideológica se convirtió en la base para desmantelar los servicios sociales y justificar el desempleo, particularmente entre los negros, de forma recíproca a la campaña de "ley y orden" y a los esfuerzos por generar un consenso sobre el encarcelamiento masivo. El crimen y el bienestar social, que se mencionan incesantemente en el lenguaje racialmente codificado, fueron dos de los principales temas nacionales del presidente Reagan. Habló de "reinas del bienestar social" y sugirió que el programa de cupones para alimentos permitía a "un tipo delante de ti comprar un T-bone [mientras] tú estás parado en la fila para pagar con tu paquete de hamburguesa". Declaró que el criminal es "un rostro lleno de espanto –un rostro que pertenece a una realidad aterradora de nuestro tiempo: el rostro del depredador humano" (Alexander, 2010: 49). Sin embargo debemos ser claros: no hubo reducción de los recursos estatales dirigidos a los pobres; esos recursos fueron simplemente transferidos del gasto social al control social represivo de los pobres. Durante el mandato del presidente Bill Clinton, por ejemplo, los fondos para vivienda pública se redujeron en 61% y se incrementaron para la construcción de prisiones en 171% –"haciendo efectivamente de la construcción de prisiones", señala Alexander, "el principal programa de vivienda de la nación para los pobres de las ciudades"–. Y en el estado de Illinois, sólo por delitos relacionados con las drogas había más hombres negros en

prisión que el número total de hombres negros matriculados en las instituciones de educación superior (ibid.: 57, 190).

Limpieza social de los pobres; limpieza racial y étnica de negros y latinos

El fascismo del siglo XXI en Estados Unidos tendría raíces históricas en su particular historia de relaciones de clase racializadas y en el evangelismo religioso que han sido centrales para el desarrollo del capitalismo en el país. Los bloques históricos basados en la dominación hegemónica, para lograr alguna estabilidad, deben contener incentivos materiales y concesiones para aquéllos de las clases subordinadas incorporados en el bloque. La fuerza de trabajo blanca en Estados Unidos, que gozó históricamente de privilegios de casta dentro de los mercados de trabajo racial y étnicamente segmentados, ha experimentado bajo la globalización capitalista una movilidad descendente, flexibilización y mayor inseguridad. Esta pérdida del privilegio de casta es problemática para las élites políticas y los administradores del Estado, ya que la legitimación y la dominación se han construido históricamente a través de un bloque hegemónico racial blanco. Los intelectuales orgánicos de los grupos dominantes que operan desde la sociedad política y civil han intentado reconstruir dicho bloque por medio de, entre otros procesos, la resubordinación de la población negra a través de la criminalización y el encarcelamiento masivo, y convirtiendo en chivos expiatorios a las comunidades de inmigrantes junto con los musulmanes y otros grupos raciales y étnicos oprimidos, tratando de atraer a los trabajadores blancos con llamados a la solidaridad racial, la xenofobia, el chovinismo nacional (la "nación" concebida como blanca, cristiana y de habla inglesa), y

a través de la manipulación directa e incesante del miedo (Robinson, 2006: 77-91).

Estas campañas ideológicas ocultan las fuentes de la privación social. Combinadas con la seducción hacia el pequeño consumo y la fantasía como alternativa a la presentación de demandas sociales o políticas al sistema a través de la movilización, canalizan las inseguridades asociadas con la globalización capitalista hacia los grupos marginados. Dentro del Estado-nación estos marginados o superexplotados se convierten en chivos expiatorios que sirven para condensar simbólicamente y luego reencauzar las ansiedades de desorganización y desestabilización, y ayudar a los representantes políticos de los grupos dominantes a organizar coaliciones electorales y construir consenso alrededor del nuevo orden (v. gr., campañas antimigrantes y de lucha contra el crimen). Internacionalmente, las víctimas del abandono del tercer mundo –como Somalia, Haití y Congo– son retratadas, en el mejor de los casos, como víctimas pasivas e incompetentes que suscitan simpatía paternal, si no como seres inferiores a ser desestimados y relegados a la muerte y al olvido. La manipulación de las crisis económicas de esta manera ayuda a canalizar las frustraciones masivas y la inseguridad hacia un racismo altamente codificado, un sentimiento antimigrante, etc., que desvía la atención de las verdaderas causas de la crisis.

Cuando el miedo y el enojo entre la clase obrera y los estratos medios, en su mayoría blancos, alcanzan niveles sin precedentes, lo que Hage llama "psicopatología del declive blanco" (2000: 9), ocultan las dimensiones de clase de la crisis y se prestan para la búsqueda de chivos expiatorios. Lo que ocurre es "nada menos que la sincronización de los aspectos de raza y de clase de la crisis", observan Hall y sus colegas. "El

asedio policial contra los negros [aquí 'negros' es la representación del Otro colectivo] amenazó con articularse con el problema del control policial de los pobres y de los desempleados: los tres concentrados precisamente en las mismas zonas urbanas [...] El continuo problema del control policial de los negros se había convertido, a todos los efectos prácticos, en sinónimo del problema más amplio del control policial de la crisis" (Hall et al., 1978: 332, cursivas en el original). Aquellas ocasiones en que existe una discrepancia radical entre la naturaleza de la "amenaza" y la escala de la "contención", o cuando la incidencia de ciertos tipos de crímenes parece aumentar de repente o asumir un nuevo patrón, o cuando el ritmo de la represión legal y del control aumenta rápidamente –observan– "coinciden con momentos de mayor trascendencia histórica que la que encierra la acción de la represión normalizada sobre la estructura del crimen normalizado", una observación muy a propósito para el tema que se examina. "Esos momentos de 'alarma mayor a la habitual' seguidos por el ejercicio de un 'control mayor al habitual' han indicado, una y otra vez en el pasado, períodos de profunda agitación social, de crisis económica y ruptura histórica" (ibid.: 186).

El racismo, y la raza en sí como categoría social construida históricamente, no se puede separar de la explotación capitalista. Por otra parte, si la raza no puede ser reducida, o subsumida en la clase, tampoco puede ser vista como separada de la clase. No es una categoría inmanente ni orgánica. No tiene existencia independiente de la clase. La noción cosificada de la raza como algo con existencia independiente se halla extendida tanto en la conciencia de las masas como en la literatura académica. Por una parte, existe una fusión sistemática de la cultura con la biología y, por otra parte, una

concepción de la cultura donde ella misma es cosificada. Estas cosificaciones quedan grabadas en la conciencia de las masas y, lamentablemente, en los paradigmas académicos dominantes.[20] La organización de clase se ha efectuado históricamente a través de la estratificación racial y la aplicación de distintas formas de explotación laboral, control estatal y discriminación institucional a distintos segmentos de las masas trabajadoras, junto con procesos culturales, ideológicos, e incluso psicológicos como la sublimación, asociados a una formación social racializada y racista. El objeto correcto de investigación son las relaciones de clase racializadas.

Los dos paradigmas dominantes en la literatura sociológica sobre raza y racismo (sobre todo en la sociología típicamente insular de Estados Unidos), el "paradigma asimilacionista" y la teoría de la "formación racial", son sumamente deficientes en este sentido. Como señala Greene, ambos le dan mayor importancia a la construcción ideológica y cultural de la raza y a la formación del significado y la identidad racial que a las raíces histórico-estructurales de la raza y sus impactos materiales. Al extraer la raza de sus orígenes históricos en la acumulación de capital (especialmente a través del colonialismo y el imperialismo) y su reproducción contemporánea en la explotación capitalista, ambos paradigmas al final reducen la dominación racial a creencias y conductas discriminatorias; ambos fallan rotundamente en explicar por qué ciertas actitudes y no otras se convierten en una fuerza material.[21] La raza, como Hall y sus colegas afirman, es la experiencia vivida de la clase. Estoy de acuerdo con su siguiente afirmación, con la observación de que lo que ellos llaman "negro" puede ser generalizado a los grupos racial y étnicamente oprimidos en el sistema capitalista global:

[La] forma general en que se reproducen la posición de clase y la división del trabajo para la clase obrera en su conjunto adopta una forma específica y diferenciada en relación con el estrato de la fuerza de trabajo negra. Existen mecanismos específicos que sirven para reproducir lo que casi parece ser una "división racial del trabajo" dentro, y como característica estructural, de la división general del trabajo. Estos mecanismos no solamente son específicos para la raza; tienen un impacto diferenciado en los diversos sexos y generaciones dentro de la fuerza de trabajo negra. De esta manera sirven para sostener y apoyar la fragmentación política de la clase en clases racialmente segmentadas o fracciones de clase, y para ponerlas en competencia unas con otras. Por lo tanto, es importante ver a la raza en sí como una característica estructural de la posición y la reproducción de esta fuerza de trabajo de los negros [e inmigrantes latinos, etc.] –así como una categoría experiencial de la conciencia de la clase–. Raza, para la fuerza de trabajo negra, es una estructura crítica del orden social del capitalismo contemporáneo (Hall et al., 1978: 345).

En su impactante trabajo sobre "el nuevo Jim Crow", la profesora de derecho estadunidense y defensora de los derechos civiles Michelle Alexander documenta cómo el encarcelamiento masivo en Estados Unidos ha surgido "como un sistema de control social racializado increíblemente amplio y bien disfrazado". Todo el conjunto de instituciones y prácticas que componen el sistema de justicia penal funcionan como puerta de entrada a un sistema mucho más amplio de estigmatización racial y marginación permanente. De hecho, la naturaleza racializada de las guerras contra las drogas, las reclusiones y la pena de muerte social es tan evidente que sacude los sentidos. Human Rights Watch reportó en el año 2000 que en siete

estados los afroamericanos constituyen entre 80 y 90% de todos los narcodelincuentes enviados a prisión. En al menos quince estados, los negros son recluidos en prisión por cargos relacionados con las drogas a una tasa de veinte a cincuenta y siete veces mayor que la de los hombres blancos. De hecho, en todo el país, la tasa de encarcelamiento de narcodelincuentes afroamericanos excede la tasa de blancos. Cuando la guerra contra las drogas cobró fuerza a mediados de 1980, la reclusión de afroamericanos se disparó, casi cuadruplicándose en tres años, y luego aumentó constantemente hasta alcanzar en el año 2000 un nivel más de veintiséis veces mayor al de 1983. Los blancos también han sido recluidos en prisión por delitos relacionados con las drogas a tasas cada vez mayores –el número de blancos recluidos por narcodelitos en 2000 fue ocho veces mayor al de 1983– pero su número es pequeño en comparación con los negros o los latinos. Aunque la mayoría de los consumidores y los distribuidores de drogas a nivel nacional son blancos, tres cuartas partes de todas las personas encarceladas por delitos relacionados con las drogas son negros o latinos (Alexander, 2010: 98).

El encarcelamiento masivo hecho "legal" por la guerra contra las drogas es un sistema terriblemente eficaz para debilitar a la fuerza de trabajo superflua, fragmentando las comunidades de las que proviene, recluyendo a los detenidos en prisiones y luego condenándolos a una muerte social permanente una vez en libertad, generando de este modo condiciones que, como mínimo, hacen que la rebelión colectiva sea mucho más difícil. Prácticamente todas las libertades civiles constitucionalmente protegidas han sido socavadas por la guerra contra las drogas. Los tribunales de Estados Unidos han aprobado tests obligatorios de detección del consumo de drogas para empleados y estudiantes, manteniendo registros

aleatorios, operativos en escuelas públicas y redadas de estudiantes, permitiendo a la policía obtener órdenes de búsqueda basadas en información de denunciantes anónimos, ampliando la autoridad gubernamental para las escuchas telefónicas, legitimando el uso de informantes pagados no identificados por parte de la policía y los fiscales, aprobando el uso de helicópteros para la vigilancia de los hogares sin una orden judicial, y permitiendo la confiscación de dinero en efectivo, casas y otros bienes basada en acusaciones no comprobadas de actividad ilegal relacionada con estupefacientes, explica Alexander (ibid.: 62).

"El término encarcelamiento masivo se refiere no sólo al sistema de justicia penal sino también a la red más amplia de leyes, normas, políticas y costumbres que controlan a aquellos etiquetados como criminales tanto dentro como fuera de la prisión. Una vez puestos en libertad, los exprisioneros entran en un submundo oculto de discriminación legalizada y exclusión social permanente" (ibid.: 12-13). En lo que equivale a una muerte social y cívica, los encarcelados, una vez liberados, son objeto de discriminación legalizada en el empleo, la vivienda, la educación, los beneficios públicos y el servicio como jurados. En muchos estados también se les niega el derecho a votar de la misma manera que el anterior sistema de apartheid conocido como Jim Crow logró esta privación de derechos y discriminación. "Estas leyes operan colectivamente para asegurar que la gran mayoría de los delincuentes convictos nunca se integren en la sociedad dominante, la sociedad blanca. Ellos serán discriminados, legalmente, por el resto de sus vidas –se les niega empleo, vivienda, educación y servicios públicos–. Incapaces de superar estos obstáculos, la mayoría eventualmente volverá a la cárcel y luego serán liberados de

nuevo, atrapados en un circuito cerrado de marginalidad perpetua" (ibid.: 186). Alexander concluye:

> Lo que ha cambiado desde el colapso del sistema Jim Crow tiene menos que ver con la estructura básica de la sociedad que con el lenguaje que usamos para justificarlo. En la era del daltonismo, ya no es socialmente permisible utilizar la raza, explícitamente, como justificación de la discriminación, la exclusión y el desprecio social [...] En lugar de basarnos en la raza, usamos nuestro sistema de justicia penal para etiquetar a las personas de color como "criminales" y luego adoptar todas las prácticas que supuestamente dejamos atrás. Hoy en día es perfectamente legal discriminar a los criminales en casi todas las formas en que alguna vez fue legal discriminar a los afroamericanos. Una vez que se te etiqueta como delincuente, las viejas formas de discriminación –discriminación en el empleo, discriminación en la vivienda, negación del derecho a votar, negación de oportunidades educativas, negación de cupones de alimentos y otros beneficios públicos, y exclusión del servicio como jurado– de repente son legales. Como criminal, tienes apenas más derechos, y posiblemente menos respeto, que un hombre negro que vivía en Alabama en el apogeo del sistema Jim Crow. No hemos eliminado las castas raciales en Estados Unidos: simplemente la hemos rediseñado (ibid.: 2).

La "guerra contra las drogas" implica una rápida y continua militarización interna y, junto con ella, un patrón particular de acumulación militarizada e infraestructura represiva que se prestan a modos coercitivos de control social de masas. En los años noventa las fuerzas policiales de Estados Unidos estaban adquiriendo millones de piezas de equipo militar del Pentágono

para operaciones internas, incluyendo aviones para el transporte de unidades de la policía, helicópteros UH-60 Blackhawk y UH-1 Hewy (en los años 2000 se agregaron drones), rifles automáticos M-16, lanzagranadas, cascos a prueba de balas, gafas de visión nocturna e incluso tanques y bazucas. La militarización interna se aceleró con la "guerra contra el terrorismo". Se han formado unidades paramilitares conocidas como equipos de Armas y Táctica Especiales (SWAT) en prácticamente todas las ciudades importantes de Estados Unidos, primero para participar en la guerra contra las drogas y luego también para combatir el "terrorismo". En 1972 hubo unos pocos cientos de redadas paramilitares antidrogas por año en Estados Unidos. A comienzos de los años ochenta había tres mil operaciones anuales de los SWAT, en 1996 había 30 000, y en 2001, en vísperas del 11 de septiembre, 40 000.[22]

A medida que las fuerzas policiales se convierten en unidades paramilitares, pasan de "policía comunitaria" a "policía militar". Los guetos urbanos de Estados Unidos se convierten en zonas de guerra. "[En] las redadas antidrogas conducidas por los equipos SWAT [que actúan a menudo sobre nada más que denuncias de informantes anónimos ...] la policía irrumpe en los hogares de la gente, generalmente a media noche, lanzando granadas, gritando y apuntando con armas y rifles a cualquier persona en el interior, a menudo incluyendo a niños pequeños", observa Alexander. "En los últimos años, decenas de personas han sido asesinadas por la policía en el curso de estas redadas, incluidos abuelos ancianos y aquellos que son completamente inocentes de cualquier delito" (ibid.: 74-75). En lo que equivale a una ocupación militar de las comunidades pobres y de las zonas urbanas deprimidas, casi todos en estas comunidades se ven directa o indirectamente afectados. "La naturaleza del sistema de justicia penal ha

cambiado. Ya no se trata principalmente de la prevención y el castigo del delito, sino más bien de la gestión y el control de los desposeídos. Las guerras contra las drogas anteriores eran auxiliares del sistema de castas prevaleciente. Esta vez la guerra contra las drogas es el sistema de control" (ibid.: 188).

Estos son, entonces, los nuevos campos de concentración, los del fascismo del siglo XXI en Estados Unidos.[23]

Canalización de la "patología blanca" hacia un potencial bloque hegemónico racial blanco

Retrocediendo unos pasos para tener una visión más amplia, la espuria y totalmente artificiosa guerra contra las drogas tenía como objetivo resubordinar a la mayoría de la población negra –pobres urbanos y clase obrera– al tiempo de absorber a la clase media y profesional negra en el sistema hegemónico mediante la eliminación de la discriminación legal, el multiculturalismo, la acción afirmativa y las políticas de diversidad. Esta resubordinación llegó en un momento en que la fuerza de trabajo se radicalizaba rápidamente y cuando los trabajadores negros se estaban convirtiendo en la vanguardia militante de las luchas obreras, tal como se plasmó en la formación de la Liga de Trabajadores Negros Revolucionarios en 1969. La Liga llamó a vincular las luchas en el lugar de trabajo con los movimientos comunitarios de masas y a la construcción de un movimiento que pudiera combatir el capitalismo (Geschwender, 1977). A medida que la crisis dio paso a la reestructuración y la globalización, el desempleo negro se expandió y se volvió más de largo plazo y estructural. El capital comenzó a cambiar su reclutamiento de fuerza de trabajo de negra a inmigrante, particularmente latina, como veremos más adelante. La clase obrera afroamericana se

encontró transitando de la superexplotación en los peldaños inferiores de los mercados de trabajo segmentados a la expulsión del mercado de trabajo, la exclusión y la marginación, lo que Gilmore, entre otros, llama el "abandono" (Gilmore, 2207; Wilson, 1997).

La naturaleza racializada extrema de la "guerra contra las drogas" descrita anteriormente sugiere que estaba dirigida, en particular, al control de la población negra y puede haber ayudado a restablecer el consenso entre la clase obrera blanca y las clases medias. Planteado como tipo ideal, el sistema de dominación se bifurcó, de modo que la dominación coercitiva se convirtió, o permaneció, en la forma principal de control con respecto a la clase obrera negra y latina y los pobres, mientras que la reproducción del consenso se convirtió, o permaneció, en el modo principal con respecto a la población blanca. De hecho, en términos gramscianos, la construcción de los bloques hegemónicos implica concesiones materiales a aquellos grupos subordinados integrados en el bloque y la represión de aquellos que no están dispuestos a dar su consentimiento o que el sistema no puede o no está preparado para incorporarlos materialmente. Sin embargo, este análisis nos sirve sólo hasta cierto punto porque el intento de construir un bloque histórico neoliberal tiene severas limitaciones materiales en el sentido de que la masa de trabajadores blancos, bajo el capitalismo global, también está experimentando movilidad hacia abajo y siendo desestabilizada. La hegemonía –es decir, la dominación con consenso– no puede sostenerse sobre la base de la ideología y la cultura por sí solas. El "soborno racial" tiende a perder su fundamento material. Los agentes del orden social han intentado cohesionar el pretendido bloque hegemónico neoliberal a través de una reformulación de la construcción racista como un medio para el desplazamiento de las

ansiedades e inseguridades sociales. La "ley y el orden" y la criminalización racializada se convirtieron en un mecanismo para el control social de la población recientemente superflua y marginada, a raíz de la reestructuración económica global, y de la clase trabajadora blanca, flexibilizada y con movilidad hacia abajo.

Bajo el capitalismo, el "control del crimen" significa sobre todo la defensa de la propiedad privada y la supresión de cualquier amenaza, ya sea directa o indirecta, al sistema de propiedad privada. La criminalización en este contexto constituye la normalización de la represión estatal. La "guerra contra las drogas" y el encarcelamiento masivo que ha provocado están claramente fuera de toda proporción ante cualquier amenaza manifiesta que el consumo y la distribución de drogas representan para el sistema. De hecho, las drogas son una mercancía como cualquier otra, producida y distribuida en todo el mundo justo del modo en que una corporación trasnacional organiza sus actividades mundialmente, con la excepción de que esta mercancía peculiar se considera ilegal. La economía global "legal" depende, en realidad, del comercio de drogas. El consumo de drogas en Estados Unidos ayuda a alimentar el tráfico de drogas global como una forma ilegal de acumulación de capital trasnacional que se integra en formas legales a través de numerosos canales. Las Naciones Unidas han estimado las ganancias anuales mundiales del tráfico de drogas en 300 a 500 000 millones de dólares, es decir, 8 a 10% del comercio mundial. El periodista John Gibler reporta en su revelador estudio, To die in Mexico, que en 2008 el dinero de la droga salvó a los principales bancos globales del colapso. Según un funcionario de las Naciones Unidas que cita, la mayoría de los 352 millones de dólares de ganancias de las drogas en ese año fue absorbida en el sistema económico y fue el único

capital de inversión líquido disponible para algunos bancos globales antes de los rescates del Estado (Gibler, 2011: 33).

A las fuerzas policiales se les ha concedido la facultad de mantener para su propio uso la gran mayoría del dinero en efectivo y de los bienes que confiscan cuando llevan a cabo la guerra contra las drogas y, por lo tanto, desarrollan un interés creado no sólo en su éxito sino en su perpetuación, y en simplemente elegir como blanco a cualquier individuo, familia o comunidad para adquirir dichos activos. Esto es especialmente así dado que la propiedad y el dinero en efectivo pueden ser confiscados por la mera sospecha de una actividad relacionada con las drogas, la incautación puede ocurrir sin previo aviso o audiencia, e incluso si el dueño de la propiedad nunca es incriminado, mucho menos encontrado culpable, está sujeto a confiscación. Esto se vuelve aún más alarmante si se considera que el peso total de esta represión y este despojo puede desatarse simplemente por la sospecha de "probable implicación" en un delito relacionado con las drogas, que tal sospecha puede legitimarse simplemente por una denuncia de una llamada telefónica anónima y que "implicación" incluye si la casa u otra propiedad de alguien se utiliza para un delito incluso si el individuo no tiene conocimiento o no tiene una participación directa (Alexander, 2010: 78-79). En resumen, la policía, como aparato coercitivo del Estado, desarrolla un interés institucional creado en la rentabilidad del mercado de las drogas en sí y en el desencadenamiento del terrorismo organizado por el Estado contra comunidades enteras –un terrorismo que sirve para eliminar a la humanidad superflua de la sociedad y relegarla a los nuevos campos de concentración y a los procesos de muerte social, acumulando al mismo tiempo capital en el proceso (ibid.: 74-75).

En la abstracción analítica, reitero, el encarcelamiento masivo ocupa el lugar de los campos de concentración, en la medida en que se conjugan con cambios legales –como las leyes contra el consumo de drogas y la ley Three strikes– que criminalizan a los marginados, especialmente a los jóvenes de los grupos racial y étnicamente oprimidos. Las llamadas políticas de "tolerancia cero" que criminalizan y castigan severamente la más leve violación de una regla o incluso la sospecha de tal violación a través de una vigilancia durante las 24 horas dentro y fuera de la escuela han establecido lo que los críticos llaman un conducto de la escuela a la cárcel; los jóvenes pobres negros y latinos son canalizados desde las escuelas, que a menudo son administradas en condiciones altamente represivas, autoritarias y similares a un régimen carcelario, al sistema penitenciario, de hecho encerrados desde la adolescencia hasta la edad madura y tras su puesta en libertad sujetos a muerte cívica. El sistema somete a una población superflua y potencialmente rebelde de millones de personas a la concentración, la privación de la libertad y la violencia estatal. Las así llamadas (y declaradas) "guerra contra las drogas" y "guerra contra el terrorismo", al igual que la no declarada "guerra contra las pandillas", entre otras, deben situarse en este contexto.

Un ejército de reserva de fuerza de trabajo inmigrante

Durante los años ochenta, ocho millones de emigrantes latinoamericanos llegaron a Estados Unidos a medida que la globalización, el neoliberalismo y la reestructuración global del mercado de trabajo indujeron una oleada de emigración desde América Latina. Ésta fue casi igual a la cifra total de inmigrantes europeos que llegaron a las costas estadunidenses

durante los primeros decenios del siglo XX y convirtió a América Latina en el principal origen de la migración a Estados Unidos. En 2010 se encontraban en Estados Unidos alrededor de 36 millones de trabajadores inmigrantes, al menos 20 millones de ellos procedentes de América Latina. La represión y la xenofobia contra los inmigrantes de los países del tercer mundo está arraigada en la historia de Estados Unidos (y Occidente) (y debe subrayarse que aquí me concentro en la fuerza de trabajo inmigrante latina, pero existen condiciones análogas para muchos trabajadores inmigrantes de África, Asia, el Caribe y de otras partes). Los flujos trasnacionales de fuerza de trabajo inmigrante de las periferias tradicionales es un mecanismo que ha reemplazado al colonialismo en la movilización de las reservas de fuerza de trabajo racializada. Los estados asumen la función de guardianes para regular el flujo de fuerza de trabajo para la economía capitalista. Los organismos de inmigración estadunidenses emprenden prácticas de "puerta giratoria", abriendo y cerrando el flujo de inmigración durante distintos períodos en función de las necesidades de la acumulación de capital. Los inmigrantes son absorbidos cuando su trabajo es necesario y luego son expulsados cuando se vuelven superfluos o potencialmente desestabilizadores para el sistema.[24] La crisis de los años setenta desencadenó un "nuevo nativismo" y el control punitivo de los inmigrantes patrocinado por el Estado en muchos países alrededor del mundo. "El principal problema es cómo deshacernos de esos seis a ocho millones de extranjeros que están interfiriendo con nuestra prosperidad económica", declaró en 1976 el entonces presidente de Estados Unidos, Gerald Ford (Nevins, 2002: 63).

La superexplotación de la fuerza de trabajo inmigrante no sería posible si esa fuerza de trabajo tuviera los mismos

derechos civiles, políticos y laborales que los ciudadanos, si no enfrentara las inseguridades y las vulnerabilidades de ser indocumentado o "ilegal". Otorgar derechos de ciudadanía plenos a las decenas de millones de inmigrantes en Estados Unidos socavaría la división de la clase trabajadora estadunidense –y por extensión, de la global– en inmigrantes y ciudadanos. Esta división es un componente central de las nuevas relaciones de clase del capitalismo global, basado en una masa informal y "flexible" de trabajadores que pueden ser contratados y despedidos a voluntad, no están sindicalizados y se enfrentan a condiciones de trabajo precarias, inestabilidad laboral, retroceso de las prestaciones y las presiones a la baja sobre los salarios. Es la función de "puerta giratoria" de los estados en la era de la globalización (véase más adelante) lo que hace que parezca que la política estatal es contradictoria. Ni los empleadores ni el Estado quieren acabar con la fuerza de trabajo migrante. Por el contrario, quieren mantener una enorme reserva de mano de obra explotable que existe en condiciones precarias, que no goza de los derechos civiles, políticos y laborales de los ciudadanos, que enfrenta barreras lingüísticas y un entorno cultural e ideológico hostil, y que es flexible y desechable mediante la deportación.

La condición de deportable debe ser creada y luego reproducida –periódicamente actualizada con nuevas olas de inmigrantes "ilegales"–, ya que esta condición asegura la posibilidad de sobreexplotar con impunidad esta fuerza de trabajo y desecharla sin consecuencias si se vuelve rebelde o innecesaria. Conducir a los trabajadores inmigrantes a una mayor clandestinidad y absolver al Estado y a los empleadores de cualquier compromiso con la reproducción social de esta fuerza de trabajo permite su máxima explotación junto con su eliminación cuando sea necesario. Las características punitivas

de la política de inmigración en las últimas décadas se han combinado con las reformas a la ley federal de bienestar social que niegan a los inmigrantes –documentados o no– el acceso a salarios sociales tales como seguro de desempleo, cupones de alimentos y ciertas prestaciones de bienestar social (Binford, 2005: 32). De esta manera, la fuerza de trabajo inmigrante se hace responsable de su propio mantenimiento y reproducción, así como –a través de las remesas– de sus familiares en el extranjero. Esto hace que el trabajo de los inmigrantes sea de bajo costo y flexible para el capital y también sin costo para el Estado comparado con la fuerza de trabajo nativa. Los trabajadores inmigrantes se convierten en el arquetipo de estas nuevas relaciones de clase globales –la fuerza de trabajo por excelencia del capitalismo global–. Son arrancados de las relaciones de reciprocidad arraigadas en las comunidades sociales y políticas que han sido institucionalizadas históricamente en los Estados-nación. Los trabajadores latino/inmigrantes son reducidos a una simple mercancía, un insumo más, flexible y reemplazable, en la producción globalizada; una mercancía trasnacionalmente móvil utilizada cuando y donde sea necesario a lo largo de toda América del Norte. Como alardeó un representante canadiense de la agroindustria de Ontario: "Podemos tomar los tomates mexicanos y traerlos aquí, se puede mandar a un mexicano a California para producir tomates allí y enviarlos para acá, o se puede traer a un mexicano y cultivar el tomate aquí en Ontario" (ibid.: 36).

La oferta de fuerza de trabajo a través de la migración trasnacional constituye, de esta manera, la exportación de seres humanos mercantilizados. Esta mercantilización va más allá del concepto más limitado desarrollado por Marx, en el cual la fuerza de trabajo del trabajador se vende al capital como una

mercancía. A Marx debemos añadir la concepción foucaultiana, en particular, del reconocimiento de que el control va más allá de la estructura productiva, más allá del consumo y de las relaciones sociales, para abarcar el propio cuerpo (de ahí la "biopolítica"). En la construcción marxista clásica, el trabajador enfrenta la enajenación y la explotación durante el tiempo que vende esta mercancía al capital, es decir, durante la jornada de trabajo. En el ínterin de esta venta regularizada de la fuerza de trabajo él o ella no son una mercancía, sino un ser humano enajenado, "libre" para descansar y reponerse en la esfera de la reproducción social. En su forma arquetípica, el nuevo trabajador inmigrante, como insumo móvil para los circuitos globalizados de acumulación, no es sólo fuerza de trabajo mercantilizada en venta durante el tiempo que está trabajando; todo el cuerpo se convierte en una mercancía, movilizada y suministrada del mismo modo que las materias primas, el dinero, los bienes intermedios y otros insumos. Después de todo, es el cuerpo entero el que debe emigrar e insertarse en los circuitos globales de acumulación como fuerza de trabajo inmigrante. Por lo tanto, incluso después de que concluye cada venta regular de fuerza de trabajo –es decir, después de cada jornada laboral– el trabajador no es "libre" para descansar y reponerse, como en el análisis marxista tradicional del trabajo y el capital, dado que sigue siendo fuerza de trabajo inmigrante/indocumentada las 24 horas del día, imposibilitada de participar en los canales "normales" de descanso y reproducción social debido a todo el conjunto de exclusiones institucionales, controles estatales, discriminación racializada, xenofobia y opresión que el trabajador inmigrante indocumentado experimenta en el ámbito social más amplio. El régimen laboral mundial de los inmigrantes se convierte en el

epítome de la dominación manifiesta del capital trasnacional en la era de la globalización.

Convocando al diablo: "mata a un mexicano hoy"

Si los afroamericanos han sido políticamente privados de sus derechos en grandes cantidades a través del encarcelamiento que también les quita muchos derechos políticos, los inmigrantes –en particular los inmigrantes latinos que ocupan los niveles inferiores de la fuerza de trabajo itinerante–, son completamente privados de sus derechos mediante la denegación de los derechos de ciudadanía y más allá de eso, en efecto, de los derechos laborales, sociales y civiles que de acuerdo con la ley internacional (¡y estadunidense!) son universales. La "guerra contra el terrorismo" allanó el camino para una guerra no declarada contra los inmigrantes fusionando la "seguridad nacional/antiterrorismo" con la aplicación de la ley de inmigración, que implica la designación de las fronteras y los flujos de inmigrantes como "amenazas terroristas", así como la aprobación de grandes fondos nuevos y de una serie de políticas y leyes para emprender la nueva guerra.[25]

Esta guerra contra los inmigrantes ha escalado en los últimos años en parte como respuesta a la propagación en todo el mundo de un movimiento a favor de los derechos de los inmigrantes para luchar contra la represión, la explotación, la exclusión, la degradación cultural y el racismo. Un importante punto de inflexión en esta lucha en Estados Unidos se produjo en la primavera de 2006 con una serie de huelgas y manifestaciones sin precedentes que asolaron el país.[26] Más allá de las demandas inmediatas, el movimiento emergente desafió los propios cambios estructurales vinculados con la

globalización capitalista que han generado un aumento en la migración laboral global y llevado a ese segmento de la clase obrera global a una confrontación cada vez más directa con el capital trasnacional.

El detonante inmediato de las protestas masivas fue la introducción en el Congreso de Estados Unidos de un proyecto de ley conocido como "Sensenbrenner bill", que criminalizaba a los inmigrantes indocumentados al establecer como delito grave estar en Estados Unidos sin la documentación requerida. También estipulaba la construcción de los primeros 1 126 kilómetros de un muro militarizado entre México y Estados Unidos, la duplicación del tamaño de la Patrulla Fronteriza de Estados Unidos y la aplicación de sanciones penales contra cualquier persona que proporcionara asistencia a los inmigrantes indocumentados, incluyendo iglesias, grupos humanitarios y agencias de servicios sociales. Este proyecto de ley demostró hasta dónde están dispuestas a llegar las élites, en Estados Unidos como en otras partes de la sociedad global, para mantener un ejército de fuerza de trabajo inmigrante superexplotable y supercontrolado para la nueva economía global. Aunque la legislación federal estadunidense fue archivada tras las protestas, docenas de gobiernos estatales y locales de todo el país aprobaron una legislación represiva antimigrante en los años subsiguientes, comenzando con la infame SB1070 de Arizona, como veremos en seguida.

Las protestas derrotaron el proyecto de ley Sensenbrenner y, al mismo tiempo, asustaron a la clase dominante, provocando una escalada de la represión estatal y el nativismo racista y nutriendo al movimiento neofascista antimigrante.[27] El contragolpe significó, entre otras cosas, la intensificación de las redadas en los lugares de trabajo y en las comunidades de inmigrantes, las deportaciones masivas, el aumento del número

de agentes federales de inmigración, la habilitación de las fuerzas policiales locales como agentes de inmigración, la militarización de la frontera entre Estados Unidos y México, la histeria antimigrante en los medios de comunicación y la introducción a nivel local, estatal y federal de una serie de iniciativas legislativas antimigrantes discriminatorias. Los grupos de odio antimigrantes ya habían aumentado en los años anteriores a 2006. El FBI reportó más de 2 500 crímenes de odio contra los latinos en Estados Unidos entre 2000 y 2006. Para 2005 se había incorporado y transmitido cada vez más en los medios de comunicación un discurso público descaradamente racista que sólo unos años antes se consideraría extremo. La organización paramilitar Minutemen, la versión moderna de odio al latino del Ku Klux Klan, se expandió en el primer decenio del siglo XXI desde su lugar de origen a lo largo de la frontera Estados Unidos-México en Arizona y California a otras partes del país. La organización paramilitar Minutemen reclamaba que ellos debían tomar en sus manos "la seguridad de la frontera" ante un control inadecuado por parte del Estado. Su discurso, más que racista, es neofascista. Algunos de sus miembros incluso fueron filmados vistiendo camisetas con el lema "Kill a mexican today?" (¿mataste a un mexicano hoy?), y otros han organizado "safaris humanos" en el desierto con fines lucrativos. Un videojuego descubierto en 2006 circulando en internet, "Patrulla Fronteriza", permite a los jugadores disparar contra inmigrantes mexicanos cuando intentan cruzar la frontera hacia Estados Unidos. A los jugadores de este juego en Flash se les indica que apunten a alguno de los tres grupos de inmigrantes, presentados de una manera negativa y estereotipada, cuando las figuras pasan apresuradamente una señal que dice "Bienvenidos a Estados Unidos". Los inmigrantes son

caricaturizados como "nacionalistas mexicanos" vestidos como bandoleros, "traficantes de drogas" tatuados y "reproductoras" embarazadas que saltan con sus hijos a cuestas. Los clubes Minutemen han sido patrocinados por líderes de la derecha, rancheros ricos, empresarios y políticos, pero su base social proviene de la clase obrera blanca.

Como he señalado anteriormente, mantener un ejército de reserva de fuerza de trabajo inmigrante significa reproducir la división de los trabajadores en inmigrantes y ciudadanos, lo que a su vez requiere prácticas contradictorias por parte de los estados. El Estado debe suprimir las fronteras nacionales para el capital, pero debe reforzar estas mismas fronteras nacionales en sus políticas migratorias, y en sus actividades ideológicas debe generar una histeria nacionalista propagando imágenes como las de "fronteras fuera de control" e "invasiones de inmigrantes ilegales". La hostilidad racista hacia los latinos y otros inmigrantes puede ser generada deliberadamente por los políticos de derecha, los agentes de la ley y los movimientos antimigrantes neofascistas. Puede ser el efecto de la subordinación estructural y legal-institucional de los trabajadores inmigrantes y sus comunidades, o simplemente un subproducto no intencionado (aunque no necesariamente no bienvenido) de las políticas coercitivas del Estado. Esta condición estructural encuentra su arraigo en el proceso de aumento y recomposición continua de una clase trabajadora global estratificada internamente, controlada por las fronteras políticas, la represión estatal, la criminalización y la militarización. La guerra del Estado contra los inmigrantes en Estados Unidos, incluyendo la intensificación de las redadas en el lugar de trabajo y en la comunidad, de las detenciones y las deportaciones, la segregación racial, el abuso policial, etc., ha alimentado los crímenes de odio contra los inmigrantes y la

hostilidad hacia las comunidades latinas. De esta manera, las actividades represivas del Estado se combinan con la estrategia corporativa para generar la expansión de las fuerzas neofascistas en la sociedad civil, como se mencionó anteriormente. Un informe de 2007 del Centro Legal sobre la Pobreza Sureña (SPLC) observó:

No hay duda de que el tono del rabioso debate nacional sobre la inmigración se pone cada día peor. Limitado anteriormente a los supremacistas blancos y a un puñado de extremistas de los estados fronterizos, las crueles denuncias públicas contra los inmigrantes indocumentados de piel morena son cada vez más frecuentes entre las corrientes principales de los activistas antimigrantes, las emisoras de radio y los políticos. Aunque su retórica deshumanizante generalmente no llega a aprobar abiertamente el derramamiento de sangre, gran parte de ella implícitamente alienta o incluso respalda la violencia al caracterizar a los inmigrantes de México y Centroamérica como "invasores", "extranjeros criminales" y "cucarachas". Los resultados no son menos trágicos por ser predecibles: las estadísticas de los crímenes de odio [...] sugieren fuertemente un marcado repunte de la violencia por motivos raciales contra todos los latinos, independientemente de su estatus migratorio (SPLC, 2007: 1).

El Centro también informó en 2011 que "tres corrientes de la derecha radical" –los grupos de odio, los grupos extremistas nativistas y las organizaciones patriotas–, pasaron de 1 753 grupos en 2009 a 2 145 en 2010, un aumento de 22%, que siguió al aumento de 40% en 2008 y 2009, y que estos grupos se han expandido en parte a través de la actividad antimigrante (SPLC, 2011). Un informe de 2010 del Departamento de

Seguridad Nacional (DHS) observó que "los extremistas de derecha pueden estar ganando nuevos reclutas jugando con los temores sobre varios asuntos de emergencia. La recesión económica y la elección del primer presidente afroamericano constituyen un factor excepcional para la radicalización de la derecha y el reclutamiento". El informe del DHS concluye que "en los últimos cinco años, varios extremistas de derecha, incluidas las milicias y los supremacistas blancos, han adoptado el tema de la inmigración como un llamado a la acción, un punto de convergencia y una herramienta de reclutamiento" (DHS, 2009).

Las funciones de "guardián", la superexplotabilidad y la supercontrolabilidad se vuelven más complejas –y contradictorias– a medida que el capital trasnacional se vuelve cada vez más dependiente del trabajo de los inmigrantes. Al concluir el siglo, la fuerza de trabajo de los inmigrantes latinos estaba estructuralmente integrada en la economía norteamericana. Aunque la mano de obra inmigrante sostiene la agricultura estadunidense y canadiense, en la década de 1990 la mayoría de los inmigrantes latinos eran absorbidos por la industria, la construcción y los servicios como parte de una "latinización" general de la economía. Los inmigrantes latinos han ocupado masivamente los peldaños más bajos de la fuerza laboral estadunidense. Ellos proveen casi toda la fuerza de trabajo agrícola y gran parte de la que se emplea en los hoteles, restaurantes, construcción, conserjería y limpieza doméstica, cuidado de niños, servicio doméstico, jardinería y diseño de jardines, peluquería, reparto, empaque de carnes y aves, procesamiento de alimentos, manufactura ligera, venta al por menor, y así sucesivamente (Golash-Boza, 2011; Robinson, 2006).

Históricamente, fuera del suroeste de Estados Unidos (donde chicanos y chicanas ocuparon este lugar en la estructura), los afroamericanos fueron los relegados a los peldaños inferiores del sistema de castas de Estados Unidos. Pero a medida que lucharon por sus derechos civiles y humanos en los años sesenta y setenta, se organizaron, politizaron y radicalizaron. Como analicé anteriormente, los trabajadores negros lideraban la militancia sindical. Todo esto los convirtió en una fuerza de trabajo indeseable para el capital –"indisciplinada" e "inconforme"–. A partir de los años ochenta, los empleadores comenzaron a expulsar a los trabajadores negros y a reclutar masivamente a inmigrantes latinos, coincidiendo con la desindustrialización y la reestructuración (Taylor, 2006). Como declaró un empleador a un reportero, los afroamericanos son "demasiado caros y, bueno, demasiado activistas". El artículo continúa describiendo este activismo como perjudicial para el empleo de los negros precisamente porque tiene éxito en lograr "mejores salarios, mejores servicios de salud" (Kaplan, 2006: A17; Cacho, 2008: 195, 206, n. 16).[28] Los negros pasaron de la superexplotación a la marginación –sujetos al desempleo, a los recortes en los servicios sociales, al encarcelamiento masivo y a una mayor represión estatal–, mientras que la fuerza de trabajo inmigrante latina se convirtió en el nuevo sector superexplotado.

Existe una amplia base social y política, por lo tanto, para el mantenimiento de una fuerza de trabajo de inmigrantes latinos flexible, supercontrolada y superexplotada. El sistema no puede funcionar sin ella. Pero si el capital global necesita la fuerza laboral de los migrantes trasnacionales, esta fuerza de trabajo pertenece a seres humanos que deben ser controlados estrictamente, dada la opresión especial y la deshumanización que entraña la extracción de su fuerza de trabajo como mano

de obra inmigrante no ciudadana. La cuestión de los inmigrantes presenta una contradicción para las élites políticas y económicas: desde el punto de vista de los intereses del grupo dominante, el dilema es cómo lidiar con los nuevos "bárbaros" a las puertas de Roma. El Estado debe hacer un acto de equilibrio encontrando la fórmula para lograr un suministro estable de mano de obra barata a los empleadores y, al mismo tiempo, ejercer un mayor control estatal sobre los inmigrantes.

Los dos instrumentos para lograr el objetivo dual de superexplotabilidad y supercontrolabilidad son: 1] la división de la clase trabajadora en inmigrante y ciudadana; 2] la racialización de la primera. De esta manera convergen la raza y la clase. La racialización es un instrumento de la política de dominación. Se incorpora a las estrategias de los grupos dominantes para gestionar la resistencia y mantener el orden ante la incertidumbre y la crisis. El dilema para el capital, los grupos dominantes y los estratos ricos y privilegiados es cómo "comer el pastel y tenerlo a la vez"; ¿cómo van los grupos dominantes a resolver la contradicción de garantizar una oferta constante de fuerza de trabajo inmigrante al mismo tiempo que promueven prácticas e ideologías antimigrantes? Por otra parte, como hemos visto anteriormente en el caso del "nuevo Jim Crow", la pérdida de los privilegios de casta de los sectores blancos de la clase obrera es un problema para las élites políticas y los administradores del Estado en Estados Unidos, ya que la legitimación y la dominación se han construido históricamente por medio de un bloque hegemónico racial blanco.

Por lo tanto, al igual que el bloque "ley y orden", el bloque antimigrante también capta trabajadores blancos que históricamente gozaron de privilegios de casta dentro de los mercados de trabajo racialmente segmentados y que ahora

experimentan una movilidad descendente y mayor inseguridad. Por ejemplo, estudios realizados a comienzos de los años noventa encontraron que, además de las concentraciones en áreas “tradicionales” como Los Ángeles, Miami, Washington D.C./Virginia y Houston, los inmigrantes centroamericanos habían formado clusters en los sectores de servicios formales e informales en áreas en las que, en el proceso de movilidad descendente, reemplazaron a las “etnias blancas”, como en el suburbio de Long Island, en pequeñas ciudades de Iowa y Carolina del Norte, en Silicon Valley y en los suburbios norte y este del área de la Bahía de San Francisco (Robinson, 2006). Nuevamente vemos la contradicción con la que el Estado y los grupos dominantes tienen que batallar: cómo construir un bloque histórico que permita estabilizar la hegemonía en ausencia, dada la crisis, de una sólida base material para tal bloque.

LA MILITARIZACIÓN COMO CONTROL SOCIAL Y COMO ACUMULACIÓN

La fusión del capital y el Estado en la guerra contra los inmigrantes

La criminalización y la militarización llevan cada vez más a los inmigrantes indocumentados a la clandestinidad, donde se vuelven vulnerables a los intermediarios en la búsqueda de la supervivencia, como las pandillas, las agencias de trabajo temporal y los empleadores sin escrúpulos. El conjunto de los controles estatales y otros controles institucionales sobre los inmigrantes hacen disminuir aún más los salarios del mercado negro e informal, empeoran las condiciones de trabajo y de vida y dejan a los empleadores con las manos cada vez más libres (SPLC, 2006a, 2006b).[29] Al mismo tiempo, para que las fronteras sean instrumentos eficaces en la regulación y el control de la oferta de fuerza de trabajo inmigrante, tienen que ser militarizadas. La frontera entre Estados Unidos y México es una de las extensiones de tierra más militarizadas del mundo, con 10 guardias por cada 1.6 kilómetros para una frontera de 3 218 kilómetros de longitud. Muchos tramos a lo largo de la frontera son similares a una zona de guerra.[30]

El abastecimiento de fuerza de trabajo inmigrante al capital global es ahora una industria multimillonaria. Las redes de "comerciantes de la migración", o intermediarios usurarios, organizadas a escala global, proporcionan una gama completa de servicios legales e ilegales necesarios para la migración, incluido el suministro de pasaportes, visados, permisos de trabajo, anticipos de efectivo, casas de seguridad, transporte

terrestre y clandestino, el cruce de fronteras por los coyotes y las oportunidades de empleo en los países de destino, todo ello por tarifas que pueden llegar a ser de decenas de miles de dólares y en muchos casos sitúan al migrante trasnacional en una situación de servidumbre por contrato durante muchos años. Pero estas empresas ilícitas, y a menudo clandestinas con fines de lucro, se ven empequeñecidas frente a las oportunidades de acumulación abiertas al capital corporativo trasnacional por la guerra contra los inmigrantes.

Las actividades del Consejo Americano de Intercambio Legislativo, o ALEC (American Legislative Exchange Council), revelan las conexiones internas entre los intereses corporativos, el Estado, la militarización y la vigilancia policial, así como las tendencias antimigrantes y otras tendencias neofascistas en la sociedad civil.[31] El ALEC reúne a los funcionarios electos estatales y federales y a los representantes de las fuerzas del orden y del sistema de justicia penal con unas 200 corporaciones trasnacionales de las más poderosas, entre ellas ATT, Coca Cola, Exxon Mobile, Pfizer, Kraft Foods, Walmart, Bank of America, Microsoft, Nestle, AstraZeneca, Dow Chemical, Sony, y Koch Industries, esta última una de las mayores financiadoras del ALEC. El ALEC elabora iniciativas legislativas que promueven la agenda corporativa trasnacional, consiguiendo sacar adelante en sus reuniones propuestas de justicia penal, antisindicales, de reforma fiscal, de desregulación financiera y ambiental y los respectivos proyectos de ley que después son presentados por los funcionarios electos estatales y locales asociados al ALEC. Estos proyectos de ley han incluido la Three Strikes Law, que mandata penas de 25 años a cadena perpetua para quienes cometen una tercera infracción a la ley (incluso por posesión menor de drogas), y “veracidad en la sentencia” (truth in sentencing), que requiere

que las personas cumplan efectivamente todo el tiempo de su condena sin posibilidad de libertad condicional.

La ley SB1070 fue introducida por primera vez en la legislatura estatal de Arizona por el asambleísta estatal Russell Pearce, consejero del ALEC. En 2009 los miembros del ALEC, incluyendo a Pearce y a representantes de la Corporación Correccional de América (CCA), redactaron un modelo de ley antimigrante. Posteriormente Pearce introdujo el proyecto de ley en la legislatura de Arizona con el apoyo de 36 copatrocinadores, 30 de los cuales recibieron contribuciones de campaña de los cabilderos de la CCA, así como de los grupos de presión de otras dos empresas privadas de prisiones, Geo Group y Management and Training Corporation, y después fue firmado por la gobernadora de Arizona, Jan Brewer, quien tiene estrechos vínculos con la CCA y el ALEC. La CCA ha recibido jugosos contratos para dirigir centros de detención de inmigrantes en Arizona.[32] La SB1070 fue aprobada en 2010. La ley legalizó la práctica del perfil racial ordenando a los agentes de seguridad estatales detener e interrogar a cualquier persona que parezca ser indocumentada, y autorizando a cualquiera denunciar a los policías que no lo hagan, exigiendo en efecto a todos llevar comprobante de ciudadanía o de residencia legal en todo momento. Entre otras estipulaciones, también requería que los maestros compilaran listas de presuntos niños inmigrantes y ordenó a las salas de emergencia y a las agencias de servicios sociales que negaran la atención a quienes no pudieran probar la ciudadanía o la residencia legal. Aunque algunas de las disposiciones más draconianas fueron anuladas posteriormente por los tribunales federales, la ley de Arizona se convirtió en el modelo para la legislación de "imitación" aprobada en otros cinco estados e introducida en varias docenas más al momento en que escribo (principios de 2013).

La revista Mother Jones elaboró una base de datos de cientos de leyes represivas antimigrantes a escala local y estatal introducidas por todo Estados Unidos a raíz de la SB1070, incluyendo 164 leyes aprobadas por las legislaturas estatales sólo en 2010 y 2011.[33] La base de datos también reveló la gran interconexión existente entre las organizaciones de extrema derecha que comprenden el movimiento antimigrante, otras organizaciones neofascistas de la sociedad civil (véase más arriba), agencias gubernamentales y funcionarios electos (locales y federales), políticos y corporaciones y patrocinadores de fundaciones, cabildos y activistas.

La mercantilización de la coerción y la represión

Reexaminemos ahora el tema introducido por primera vez en el capítulo tres, el de la acumulación militarizada. El fascismo, tanto en su variante del siglo XX como en la del XXI, no es sólo una respuesta política a la crisis capitalista, sino también un proyecto en sí y por sí mismo en función de la acumulación y de la obtención de ganancia, que reúne al Estado con el capital. La profunda y continua privatización de la guerra, el control social y la represión patrocinados por el Estado, motiva el interés de una amplia gama de grupos capitalistas en cambiar el clima político, social e ideológico hacia la generación y el mantenimiento de conflictos sociales y la expansión de los sistemas de guerra, represión, vigilancia y control social. La generación de conflictos, la criminalización de los desposeídos y la represión de los movimientos sociales y de las poblaciones vulnerables en todo el mundo es una estrategia de acumulación independiente de cualquier objetivo político. Si bien el capital trasnacional no se ha fusionado en este momento con el poder político reaccionario al más alto

nivel del gobierno federal de Estados Unidos, la acumulación militarizada y casos como el patrocinio de Koch para el programa de extrema derecha del gobernador Walker de Wisconsin y el amplio patrocinio corporativo de la legislación antisindical y antimigrante subrayan una característica general tanto del fascismo clásico como del fascismo de este siglo: las fuerzas políticas reaccionarias en el Estado abren oportunidades de acumulación para el capital en crisis y, a su vez, el capital desarrolla un interés en el sistema de violencia y control coercitivo.

Las profundas raíces históricas de la militarización y el neofascismo en Estados Unidos se remontan al genocidio y la esclavitud que sentaron las bases de una República racial, seguidos por la expansión territorial, las conquistas y las intervenciones imperialistas a través de la historia del país y las campañas de terror del Ku Klux Klan y los Rangers de Texas, entre otros. Fueron los ataques del 11 de septiembre de 2001 contra las Torres del World Trade Center y el Pentágono lo que dio el mayor impulso a la militarización en relación con la crisis actual y generó un complejo militar-seguridad-industrial-construcción-ingeniería-petróleo que se ha convertido en punta de lanza de la acumulación frente al estancamiento. Los altos mandos militares se han politizado cada vez más y participan en la formulación de las políticas (Ackerman, 2010: A9). Como hemos visto anteriormente, el gasto militar se disparó a billones de dólares a través de la "guerra contra el terrorismo", las invasiones y las ocupaciones de Irak y Afganistán, actuando para echar leña fresca a las ardientes brasas de la economía global.

El complejo penitenciario industrial y el sistema de represión-detención de inmigrantes en Estados Unidos son de esta manera multifuncionales para el sistema. El complejo

penitenciario-industrial retira en un solo año a varios millones de trabajadores superfluos del mercado de trabajo y emplea a otros varios millones de trabajadores para la custodia de los reclusos, generando ganancias multimillonarias. Los intereses económicos ligados al complejo son enormes y se benefician con la ampliación del grupo de personas que pueden ser mantenidas cautivas con fines de lucro. El interés de los inversionistas en un número creciente de prisiones privadas, de los proveedores del complejo, de los 2.4 millones de guardias y empleados de las prisiones, de los subcontratistas que utilizan la fuerza de trabajo penitenciaria, etc., es enorme, estimado por Alexander en unos 200 000 millones de dólares, y esto no incluye todo tipo de actividades auxiliares como la propia construcción de las prisiones o los vínculos hacia atrás con otras actividades económicas. Las compañías carcelarias con fines de lucro son responsables de la reclusión de 12% de los presos estatales y federales en Estados Unidos y de 50% de las detenciones de inmigrantes. En 2010, estas empresas recibieron un promedio de 122 dólares por día por cada detenido por varios cientos de miles de inmigrantes retenidos en estas instalaciones.[34] En un panorama más amplio, el complejo debe ser visto como parte de la acumulación militarizada, de la economía de control social –un componente interno de Estados Unidos de la economía de guerra global y el Estado policial trasnacional.

El informe anual 2005 de la Corporación Correccional de América (CCA), el mayor operador privado de prisiones en Estados Unidos, afirmó con respecto a las oportunidades de lucro abiertas por el complejo penitenciario-industrial: "Nuestro crecimiento depende generalmente de nuestra capacidad de obtener nuevos contratos para desarrollar y administrar nuevas instalaciones correccionales y de detención [...] La demanda de

nuestras instalaciones y servicios podría verse afectada negativamente por la relajación de los esfuerzos de aplicación de la ley, la indulgencia en las prácticas de condena y sentencia o la descriminalización de ciertas actividades actualmente proscritas por nuestras leyes penales" (Alexander, 2010: 231). La empresa de servicios de inversión World Research Group, con sede en Nueva York, dio la bienvenida a los inversionistas en una conferencia de 1996 sobre las grandes oportunidades de obtener ganancias en las cárceles privadas: "Mientras las detenciones y las condenas estén en constante aumento, se van a obtener ganancias –ganancias del crimen–. ¡Sean de los primeros en entrar en esta próspera industria ahora!" (Silverstein, 2003: 3)

Del mismo modo, la fuerza de trabajo inmigrante es extremadamente rentable para la economía corporativa en un doble sentido. En primer lugar, es fuerza de trabajo altamente vulnerable, forzada a existir en la semiclandestinidad, deportable y, por lo tanto, superexplotable. Segundo, la criminalización de los inmigrantes indocumentados y la militarización de su control no sólo reproducen estas condiciones de vulnerabilidad sino que también generan en sí mismas nuevas y vastas oportunidades de acumulación. El complejo privado de detención de inmigrantes es una industria en auge. Los inmigrantes indocumentados constituyen el sector de más rápido crecimiento de la población penitenciaria de Estados Unidos y son detenidos en centros privados de detención y deportados por empresas privadas contratadas por el Estado de Estados Unidos. En 2010 había 270 centros de detención de inmigrantes que recluían en un día cualquiera a más de 30 000 inmigrantes. Bajo la administración de Obama, han sido detenidos y deportados más inmigrantes que en cualquier otro momento en el último medio siglo (hay que

señalar que, además del aumento de la detención y la deportación de inmigrantes, Obama aprobó en 2011 una ley que permite la detención indefinida sin juicio de cualquier persona en Estados Unidos que el Estado considere como un "sospechoso de terrorismo") (McGreal, 2011).[35] Dado que las instalaciones de detención y la logística de deportación son subcontratadas a empresas privadas, el capital tiene un interés creado en la criminalización de los inmigrantes y en la militarización del control de los inmigrantes –y, de manera más amplia, un interés creado en contribuir con el movimiento antimigrante neofascista.

No es de extrañar que William Andrews, el director general de la CCA, el mayor contratista privado estadunidense para centros de detención de inmigrantes, declaró en 2008 que "la demanda de nuestras instalaciones y servicios podría verse afectada negativamente por la relajación de los esfuerzos de aplicación de la ley [...] o por la descriminalización [de los inmigrantes]" (Barry, 2009). Un mes después de que el SB1070 se convirtiera en ley, Wayne Callabres, el presidente de Geo Group, celebró una conferencia telefónica con inversionistas y explicó las aspiraciones de su compañía: "Las oportunidades a nivel federal van a continuar a un ritmo acelerado como resultado de lo que está sucediendo", dijo, refiriéndose a la ley de Arizona. "Esa gente que cruza la frontera que está siendo aprehendida va a tener que ser detenida y eso para mí, al menos, indica que va a haber mayores oportunidades para lo que hacemos" (Sullivan, 2010; Nieto, 2011). Tampoco es de extrañar que CCA y otras corporaciones, como Geo Group –las dos cotizan en las bolsas globales– hayan financiado y participado directamente en la redacción del aluvión de leyes antimigrantes neofascistas de Arizona y otros estados de Estados Unidos, mientras que los funcionarios estatales que

impulsan esta legislación están ellos mismos vinculados al complejo penitenciario industrial para inmigrantes privado, incluyendo al gobernador de Arizona, Jan Brewer, y al senador por el estado de Arizona, Russell Pearce, quienes de hecho introdujeron la tristemente célebre ley antimigrante SB1070. Mientras que Arizona es la zona cero para la guerra contra los inmigrantes –y posiblemente para la insurgencia del fascismo del siglo XXI– en el vecino Nuevo México, la empresa CSI Aviation está encabezada por el coronel retirado de la Marina Allen Weh. CSI es el contratista más grande de los vuelos del Servicio de Control de Inmigración y Aduanas (ICE) que deportan a los indocumentados. CSI también financió y patrocinó la SB1070 y la legislación similar en Nuevo México (Golash-Boza, 2009: 1-15).

Debe reiterarse que esta guerra y la conversión de la criminalización y de la reclusión en un lucrativo negocio no es algo exclusivo de Estados Unidos. Es cada vez más parte integral de la política y la economía globales. La creación de un "complejo industrial de detención", señala Bernstein, es "parte de un patrón en tres continentes, donde un puñado de compañías multinacionales de seguridad han estado convirtiendo las medidas represivas contra los inmigrantes en una industria global en crecimiento" (Bernstein, 2011). G4S, un conglomerado de "seguridad" de origen anglo-danés, emplea a 600 000 personas en 125 países. La cartera de 10 000 millones de dólares de otro conglomerado global de "seguridad", Serco, incluye el monitoreo del control del tráfico aéreo y el procesamiento de visas en Estados Unidos, el mantenimiento de armas nucleares, la videovigilancia, los programas immigration removal centers y welfare-to-work en Reino Unido, y las prisiones de inmigrantes en Australia. Los grupos de Geo cuentan con decenas de instalaciones en Sudáfrica, Australia,

Estados Unidos y Reino Unido (ibidem). En 2011 había unos 20 millones de guardias de seguridad privados en todo el mundo, según un informe de la ONU, un aumento de 200 a 300% en los últimos decenios, y el doble del número de oficiales de policía empleados por el gobierno en todo el mundo.[36] El Departamento de Seguridad Nacional de Estados Unidos ha otorgado miles de millones de dólares a importantes corporaciones militares y de seguridad trasnacional, entre ellas Lockheed Martin, Northrop Grumman, IBM, Boeing, Halliburton y empresas penitenciarias privadas con fines de lucro, para todo tipo de actividades, desde la construcción de un "muro de seguridad fronteriza" entre Estados Unidos y México y la "seguridad fronteriza" relacionada (por ejemplo, vigilancia con drones) hasta la construcción de centros de detención de inmigrantes y bases de datos (Golash-Boza, 2011: 153-154).

Está claro que la militarización y la globalización se han vuelto un proceso singular, reforzadas y sinérgicas, que fusiona la economía global con los aparatos ideológicos y coercitivos del ETN y la industria de la cultura global. Los lugares de producción, el transporte, las comunicaciones y las cadenas logísticas globales, así como sus zonas residenciales, recreativas y comerciales asociadas, están "protegidas" por el aparato militar global. Al mismo tiempo, estas vastas redes trasnacionales constituyen en sí mismas acumulación militarizada a través de la producción de "bienes y servicios" marciales, incluyendo el comercio global de armas (la "armamentización" del mundo), los ciclos de "destrucción creativa" y reconstrucción, el montaje de la red global de detención y tortura, la construcción de prisiones y la gestión de la reclusión, la construcción de muros fronterizos, etc. –todo ello parte de una economía global de guerra y un Estado

policial-global fusionados–. Estos numerosos mecanismos de control social muestran "sorprendentes similitudes con los que sustentan las geografías globales de turismo, finanzas, producción, logística, poder militar y estilos de vida de las élites" (Graham, 2010: 94). El comercio global de armas es un negocio de 3.5 billones de dólares que conjuga la economía legal y la economía sumergida (Feinstein, 2012). La gentrificación, por ejemplo, se ha fusionado con la militarización –lo que Klein llama "gentrificación militarizada" (Klein, 2007)– de manera que en Estados Unidos, por poner un ejemplo, el colapso del mercado hipotecario ha provocado el desalojo de varios millones de familias de sus hogares y una gentrificación acelerada de las ciudades. Este despojo por la gentrificación financiera se traduce en capital y en la apropiación por parte de los más pudientes del espacio de las masas pobres y de la clase obrera y el posterior acordonamiento de estos espacios para zonas residenciales, comerciales o turísticas de lujo (o simplemente para futuras especulaciones) a través de las nuevas modalidades de exclusión, cercamiento, vigilancia y represión.

Las funciones duales de acumulación y control social que cumple la militarización se manifiestan en la militarización de la sociedad civil y en la hibridación entre la aplicación militar y civil de las armas avanzadas y de los sistemas de rastreo, seguridad y vigilancia. Este hibridismo está en el centro de lo que Graham llama "el nuevo urbanismo militar". Al considerar este nuevo urbanismo militar, recordemos que para 2007 más de la mitad de la población mundial vivía en las ciudades globales. Mike Davis señala en su estudio Planet of slums (2006) que al menos 1 000 millones de personas vivían en los tugurios abarrotados de las megalópolis globales y que probablemente hay más de 200 000 barrios marginales en la

tierra. La distinción entre guerras dentro de las naciones y guerras entre las naciones se vuelve cada vez menos significativa. El gobierno estadunidense ha reducido paulatinamente las antiguas barreras legales para el despliegue militar dentro de las ciudades de Estados Unidos. Los ejercicios de entrenamiento en guerra urbana ahora tienen lugar regularmente en las ciudades de Estados Unidos. De hecho, en unos 18 000 departamentos de policía de Estados Unidos se están introduciendo drones.[37] "Los disturbios de Los Ángeles de 1992; los diversos intentos de resguardar los núcleos urbanos durante los grandes eventos deportivos o las cumbres políticas; la respuesta militar al huracán Katrina en Nueva Orléans en 2005; los desafíos de la 'seguridad nacional' en las ciudades de Estados Unidos –todo ello se convierte en operaciones militares urbanas de 'baja intensidad' comparables a la realización de la guerra de contrainsurgencia en una ciudad iraquí", escribe Graham en referencia a Estados Unidos. "Las prácticas de alta tecnología de localización del objetivo, como los drones no tripulados y los programas organizados de vigilancia satelital, anteriormente utilizados para atacar espacios fuera de la nación para (supuestamente) garantizar la seguridad nacional, están comenzando a colonizar los espacios internos de la propia nación. La doctrina militar también ha llegado a tratar la operación de las pandillas en las ciudades de Estados Unidos como 'insurgencia urbana', 'guerra de cuarta generación' o 'guerra en red' (netwar) de una forma totalmente comparable a lo que ocurre en las calles de Kabul o Bagdad" (Graham, 2010: 20). Son muy pertinentes las observaciones de Graham que vale la pena citar con cierta extensión:

[En] Estados Unidos este proceso [que difumina la tradicional separación de las esferas militar y civil, de las

escalas local y global, y de dentro de la nación-fuera de la nación] permite a los militares de la nación superar los obstáculos legales tradicionales a su despliegue dentro de la propia nación. Como consecuencia, las presentaciones en PowerPoint de los militares estadunidenses hablan de operaciones urbanas en Mogadiscio, Faluya o Yenín del mismo modo a las emprendidas durante los disturbios de Los Ángeles, las confrontaciones antiglobalización en Seattle o Génova, o la devastación de Nueva Orléans por el huracán Katrina. Este paradigma permite que una gran cantidad de campañas y movimientos trasnacionales –por la justicia social, por la sustentabilidad ecológica, contra la opresión del Estado o los efectos devastadores del fundamentalismo de mercado– sean interpretados como "guerra en red". Los organismos civiles encargados de hacer cumplir la ley se están remodelando en términos mucho más (para)militarizadas. Además de reorganizarse para participar en operaciones antiterroristas altamente militarizadas y en la fortificación de grandes convenciones, eventos deportivos o cumbres políticas, adoptan cada vez más las técnicas y el lenguaje de guerra para lanzar equipos SWAT contra una serie cada vez más amplia de eventos civiles y operaciones de rutina [...] Los equipos SWAT son solicitados en Estados Unidos unas cuarenta mil veces al año, un aumento respecto a las tres mil llamadas anuales de los años ochenta (ibid.: 21).

La mayoría de estas acciones, observa, son ejecutadas para cumplir órdenes de arresto contra narcodelincuentes no violentos. Graham continúa:

Se están estableciendo actualmente sistemas de comando y control de estilo militar para apoyar las prácticas policiales y

de vigilancia urbana de "tolerancia cero" diseñadas para excluir a los consumidores fallidos o a las personas indeseables de los nuevos enclaves de consumo y ocio urbanos. Lo que Robert Warren llama "ejércitos emergentes", son organizados trasnacionalmente para militarizar de manera preventiva a las ciudades que enfrentan importantes manifestaciones antiglobalización. Además, la metaforización casi infinita de la "guerra" –contra el crimen, las drogas, el terror, la enfermedad– favorece cambios más drásticos de los paradigmas urbanos sociales, del bienestar y keynesianos hacia las nociones autoritarias y militarizadas sobre el papel del Estado en el mantenimiento del orden (ibid.: 23).

Es difícil subestimar la importancia de las nuevas tecnologías que permiten a los aparatos represivos estatales y corporativos ejercer tal grado de vigilancia y control sobre el espacio que las amenazas pueden desarticularse antes de que se haga necesaria la represión generalizada, masiva. "Debido a que los dispositivos de control y vigilancia electrónicos en red están distribuidos ahora por toda la sociedad, la vida urbana cotidiana está ahora modulada por una sensación de seguimiento, escrutinio y cálculo electrónico siempre presente", observa Graham.

De este modo, los movimientos de un individuo entre diferentes espacios y lugares dentro de ciudades o naciones a menudo implican un movimiento paralelo de lo que los sociólogos llaman "sujeto de datos" o "persona estadística" –el paquete de rastros e historias electrónicas amasadas como un medio para juzgar la legitimidad del individuo, sus derechos, su rentabilidad, seguridad o grado de amenaza–. El intento de control social funciona cada vez más a través de complejos

sistemas tecnológicos que se extienden tanto a través de zonas temporales como geográficas [...] detrás de cada movimiento social opera una gran variedad de cálculos computarizados dispersos a través de una matriz global de computadoras enlazadas y dispositivos computarizados. Las bases de datos se comunican y su contenido se extrae continuamente a través de una diversidad de fuentes, escalas y sitios mediante algoritmos informáticos avanzados que evalúan una diversidad acorde de cuerpos, transacciones y movimientos (ibid.: 63-64).[38]

Graham pregunta si "la segurización urbana podría alcanzar un nivel en el futuro que escindiera efectivamente el papel económico estratégico de las ciudades como principales impulsoras de la acumulación de capital de su papel histórico como centros para la movilización de la disidencia democrática" (ibid.: XXII). Ese futuro puede haber llegado ya. Documentos del FBI, con mucha censura, obtenidos a través de la Ley de Libertad de Información (FOIA) a solicitud de la Asociación para el Fondo de Justicia Civil, un fondo de defensa legal y de los derechos civiles con sede en Washington, tras la represión del movimiento Occupy en Estados Unidos y subidos al sitio web de la organización (http://www.justidirector generalnline.org/index.html), revelan que la represión violenta del movimiento en el otoño de 2011 –incluyendo arrestos con violencia, infiltraciones y desorganización de grupos, ataques con gas lacrimógeno y granadas, detenciones masivas y detenciones sin cargos– por los aparatos represivos del Estado, incluyendo el FBI, el Departamento de Seguridad Nacional y la policía local, estuvo coordinada con los bancos que fueron blanco de las protestas de Occupy, la Bolsa de Nueva York y las oficinas de la Reserva Federal. Los documentos también mencionan ominosamente "disparos de francotiradores" para

asesinar a los líderes de OWS (Occupy Wall Street) aunque los documentos editados no dan más detalles. Destacan la coordinación entre el FBI, el Departamento de Seguridad Nacional y el sector corporativo. Incluyen un informe del Consejo de la Alianza de Seguridad Nacional (DSAC), descrito por el gobierno federal como "una asociación estratégica entre el FBI, el Departamento de Seguridad Nacional y el sector privado", discutiendo las protestas de OWS en los puertos de la Costa Oeste para "crear conciencia sobre este tipo de actividad criminal". Lo que se pone claramente de manifiesto en el informe del Consejo de la Alianza de Seguridad Nacional es la colaboración rutinaria entre la policía y las agencias de inteligencia estadunidenses y los ejecutivos corporativos. El documento contiene un "aviso de manejo" de que la información está "destinada a ser utilizada principalmente dentro de la comunidad de seguridad corporativa. Dichos mensajes no se divulgarán en forma escrita ni oral a los medios de comunicación, al público en general u otro personal".[39]

Esta coordinación nos recuerda la fusión del capital con el aparato represivo estatal característico del fascismo. Según la autora Naomi Wolf, había "una aterradora red de actividades coordinadas del DHS, el FBI, la policía, el centro regional de fusión y el sector privado tan completamente fusionadas unas con las otras que el monstruoso conjunto es, de hecho, una entidad: en algunos casos, portando un solo nombre", Consejo de la Alianza de Seguridad Nacional. "[Se reveló que] esta entidad fusionada tenía una misión planeada centralmente, ejecutada localmente": deshabilitar políticamente al movimiento Occupy, que fue designado por el gobierno como "amenaza terrorista" (Wolf, 2012). En muchas ciudades, el movimiento OWS fue blanco de las unidades de "terrorismo

interno" de las agencias estatales, a pesar de que el OWS era un movimiento pacífico.

Junto a la militarización de la sociedad civil y de la vida cotidiana, vemos en todo el mundo la normalización cultural, ideológica y política de esa militarización. Durante la invasión y la ocupación estadunidense de Irak, debe recordarse que la "gestión de la percepción" y las operaciones psicológicas del Pentágono implicaron la completa fabricación goebbelsiana de noticias suministradas a los medios de comunicación estadunidenses e internacionales (Graham, 2010: 72).[40] Goebbelsiana se refiere al ministro nazi de propaganda Joseph Goebbels, quien afirmó que si una mentira ("la gran mentira") se repite con la suficiente frecuencia, no importa cuán fabricada, descabellada o escandalosa, eventualmente será aceptada como verdad.

El cineasta Roger Stahl ha acuñado el término militainment (militarización del entretenimiento) en referencia a cómo el belicismo y el militarismo de Estados Unidos son ahora presentados por programas de "noticias" como un espectáculo de entretenimiento. Las noticias sobre las guerras se hacen indistinguibles de las películas de Hollywood, los videojuegos y la televisión reality, a medida que la cultura popular viene a normalizar y glamurizar la militarización.[41] La cultura omnipresente de guerra es una cultura de violencia y dominación. Tan frecuentes son los asesinatos masivos con armas de fuego en Estados Unidos que la muerte por violencia social se ha convertido casi en infoentretenimiento. Desde el tiempo de los romanos, en que los ciudadanos festejaban la sangrienta carnicería del enfrentamiento de los gladiadores en el Coliseo, el general de la población no llegaba a estar tan fascinada con el uso ilimitado del poder para dominar y deshumanizar. Dirigir la agresión contra los chivos expiatorios

o los enemigos "extranjeros" se basa en el miedo internalizado a los satanizados por la maquinaria propagandística de los aparatos estatales y la cultura dominante, que reverberan esta demonización en los medios de comunicación y la cultura popular de Hollywood. Las guerras en gran medida artificiales contra las drogas, la delincuencia, los inmigrantes, las pandillas y el terrorismo sirven para mantener un miedo internalizado duradero cuyo efecto es desplazar las inseguridades generadas por la crisis y, al mismo tiempo, legitimar la militarización y la guerra sin límites, ya sea "caliente" o de "baja intensidad". Ceteris paribus, el sistema funciona como un mecanismo de control preventivo de aquellos que podrían cuestionar el orden social.

La cultura masculinista y militarista que acompaña a la acumulación militarizada ha alcanzado niveles sin precedentes. La fusión de la militarización y la masculinización extrema –el miedo masculino al poder femenino, la misoginia y la homofobia, lo que Goff llama "masculinidad marcial"– ha invadido la esfera de la cultura de masas. Una cultura pop cada vez más fascista combina esta celebración de la militarización y la masculinidad con la fantasía, el misticismo y la irracionalidad, como se pone de manifiesto en el éxito masivo de los juegos de computadora extremadamente violentos, la proliferación de los reality shows televisivos y la glorificación de la agresión militar, la violencia social y la dominación en la corriente principal del cine de Hollywood. El cine de Hollywood atrae a audiencias enormes, alcanza ganancias récord y gana premios Oscar con películas true grit (valor de ley) como The Hurt Locker que despolitizan y normalizan, incluso glorifican, la guerra, aun cuando no alcanzan el endoso oficial. Los videojuegos de guerra y de violencia estatal e interpersonal para puro entretenimiento –a saber, el muy

popular juego de vídeo HAWX– normalizan y estetizan la militarización de la cultura y de la vida cotidiana como nunca antes.

Las inmensas desigualdades estructurales de la economía política global no pueden ser fácilmente contenidas a través de mecanismos consensuales de control social, es decir, mediante la dominación consensual o hegemónica. No obstante, reitero que el fascismo del siglo XXI no se parecerá al fascismo del siglo XX. Entre otras cosas, la capacidad de los grupos dominantes para controlar y manipular el espacio y ejercer un control sin precedentes sobre los medios de comunicación de masas y otros medios de comunicación y la producción de símbolos, imágenes y mensajes significa, como se ha señalado anteriormente, que la represión puede ser más selectiva (como vemos, por ejemplo, en México o Colombia), y también organizada jurídicamente para que el encarcelamiento masivo "legal" tome el lugar de los campos de concentración. Además, los nuevos y vastos poderes de la hegemonía cultural abren nuevas posibilidades para atomizar y canalizar los reclamos y las aspiraciones frustradas hacia el escapismo y las fantasías consumistas. Las industrias de la moda y del entretenimiento comercializan cualquier cosa que pueda convertirse en una mercancía. Con esto viene la despolitización, en el mejor de los casos, si no la posibilidad de canalizar el miedo hacia el escape en vez del contraataque. La ideología del fascismo del siglo XXI a menudo se basa en la irracionalidad –la promesa de ofrecer seguridad y restablecer la estabilidad es emotiva, no racional–. El fascismo de este siglo es un proyecto que no distingue –y no necesita hacerlo– entre la verdad y la mentira.

CONCLUSIÓN: FUTUROS INCIERTOS

Todas las condiciones y los procesos están presentes y activos para que el fascismo del siglo XXI tome forma, y las fuerzas sociales y políticas detrás de ese proyecto se están movilizando rápidamente. No obstante, Estados Unidos no pueden ser caracterizado en este momento como fascista. ¿Qué hacer? No tengo la respuesta, ni intento proporcionarla dentro del alcance de este estudio. Reitero, a manera de conclusión de este capítulo, que las épocas de crisis abren espacio para que la agencia colectiva y la contingencia influyan en el curso de la historia de maneras que no son posibles en tiempos de estabilidad, de modo que las predicciones de corto plazo son de poco valor. En estas circunstancias, cómo entiendan la naturaleza de la crisis global las masas populares se convierte en un campo de batalla crítico en la lucha por futuros alternativos. Por lo tanto, para cualquier lucha en Estados Unidos y en la sociedad global contra el neofascismo y la guerra que se ha desatado contra la clase obrera global, resulta crucial contrarrestar el discurso de derecha y neofascista con una explicación coherente de la crisis y de las posibles soluciones desde una perspectiva de clase, de izquierda y del socialismo democrático, tema que revisaré brevemente en el capítulo final.

En Estados Unidos, el reto para las fuerzas antineofascistas es cómo construir un frente antifascista que pueda reunir la lucha popular con algunas de las fuerzas reformistas de arriba, pero en el que la hegemonía sobre esa lucha sea ejercida por las fuerzas populares desde abajo y no por los reformistas de la élite. Más allá de Estados Unidos, el contrapeso al fascismo del siglo XXI debe ser una lucha coordinada por parte de la clase

obrera global que implica la reconstrucción de las organizaciones de la clase obrera, incluyendo los sindicatos independientes y los movimientos socialistas, y extendiendo las culturas de solidaridad social y resistencia trasnacional. La única solución viable a la crisis del capitalismo global es una redistribución masiva de la riqueza y del poder hacia abajo, hacia la mayoría pobre de la humanidad en la línea de un socialismo democrático del siglo XXI en el que la humanidad ya no esté en guerra consigo misma y con la naturaleza. Y la única manera de que esa redistribución pueda producirse es a través de la lucha trasnacional de masas desde abajo. De lo contrario, la humanidad podría encaminarse hacia lo que Chew (2007), entre otros, ha denominado una nueva Edad Oscura.

[1] Quizá el académico más conocido asociado con la Nueva Economía Institucional (NEI) es Douglass C. North (1990). Véase también Harris, Hunter y Lewis, 1997.

[2] Véase, por ejemplo, Stiglitz, 2003; Sacks, 2006.

[3] Véase "Soros's firm buys shares of Morgan Stanley, Citigroup, JPMorgan", Money News, 15 de febrero de 2013, <http://www.moneynews.com/InvestingAnalysis/soros-Morgan-Stanley-Citigroup-JPMorgan/2013/02/15/id/490537>.

[4] La siguiente sección es una versión radicalmente revisada y ampliada de un artículo que escribí en coautoría con Mario Barrera, "Global crisis and twenty-first century fascism: A U.S. case study" (2012: 4-29).

[5] La redistribución aún es posible a nivel de Estado-nación cuando distintas fuerzas sociales y de clase (como en Venezuela) toman el control y transforman el Estado nacional neoliberal. Incluso entonces, sin embargo, el sistema global más

amplio y el poder estructural que el capital transnacional puede ejercer sobre el poder directo de los Estados nacionales restringe severamente los proyectos redistributivos, a menos que, en mi opinión, tales proyectos: 1] sean transnacionales, dado que ni el keynesianismo ni el socialismo son ya posibles en un solo país (algo que he argumentado extensamente en otra parte); 2] vayan más allá de la redistribución para lograr una transformación más fundamental en las relaciones de clase/propiedad.

[6] Dos textos marxistas clásicos sobre el fascismo del siglo XX son: Behemoth: The structure and practice of national socialism, 1933-1944 de Franz Newmann (reeditado por Ivan R. Dee Publishers en 2009 con una introducción de Peter Hayes) y Fascism and social revolution de R. Palme Dutt (2009).

[7] Fromm no está solo al enfatizar las dimensiones sociopsicológicas del fascismo, Hannah Arendt (2009) y Wilhelm Reich (1997), entre otros, también lo han hecho.

[8] Sobre este punto, véase Gonzales, 2009: 30-39.

[9] Véase, entre otros: Mayer, 2010 y el documental Billionaire Tea Party, dirigido y producido por Taki Oldham y publicado por Larrikin Films en 2010 (http://www.billionairesteaparty.com).

[10] Sobre estos detalles, véase Robinson, 2010b y 2011: 2-6.

[11] Véase About.Com.Economics (www.economics.about.com/od/laborinamerica/a/union_decline.htm) para 1945, 1979 y 1998, y para 2011 véase U.S. Department of Labor, Bureau of Labor Statistics, comunicado de prensa de enero 27 de 2012 (www.bls.gov/news.release/union2.nr0.htm).

[12] Véase, por ejemplo, Lichtenstein (2009), especialmente el capítulo 5: “Unions keep out”.

[13] Esta sección es una versión resumida de Mario Barrera y William I. Robinson, "The christian right, the republican party, and the prospect of an american neofascism", manuscrito inédito y trabajo en progreso, disponible mediante petición a los autores, mbarrera@yahoo.com y wirobins@soc.ucsb.edu.

[14] Los datos de las encuestas presentados por Montgomery muestran que "47% de los que se consideran parte del movimiento Tea Party y 57% de los Tea Partiers que se identifican como cristianos, afirman que también son parte del movimiento conservador cristiano o de la derecha religiosa.

[15] La OIT informó que a fines del siglo XX, aproximadamente un tercio de la fuerza de trabajo global estaba desempleada (OIT, 1997).

[16] Hall añade: "El paso ideológico real a una sociedad de 'ley y orden' implica un proceso de un tipo muy específico. Crucialmente, en los primeros años de nuestro período, se sustenta en lo que llamamos un efecto de desplazamiento: la conexión entre la crisis y la forma en que la experiencia social de la mayoría se la apropia –ansiedad social– pasa por una serie de falsas 'resoluciones', principalmente tomando la forma de una sucesión de pánicos morales" (1978: 322).

[17] He calculado estos porcentajes sobre la base de los datos proporcionados por Alexander.

[18] El lector notará que no uso la frase "personas de color". Soy contrario a esta frase por razones que no puedo abordar aquí. Utilizo la frase personas racial y étnicamente oprimidas.

[19] Véase también, entre otros, Herivel y Wright, 2003; Alexander, 2010.

[20] Estoy de acuerdo con Barrera en que etnicidad es un concepto más amplio que no se presta a tanta confusión y cosificación. Aunque no puedo abordar el asunto aquí, véase Barrera, 2008: 305-324.

[21] Estoy de acuerdo a este respecto con la crítica formulada por Kyra R. Greene (2011: 149-174).

[22] Para estos detalles, véanse varias de las referencias de Alexander.

[23] Mi concepción de los resultados históricos es de inspiración weberiana, en el sentido de que los resultados discutidos aquí no fueron (en su mayor parte) producto de ningún plan conspirativo o intencionalidad clara. Más bien, ciertos resultados se dieron por una configuración de interacciones entre distintos procesos (incluidas las formas en que el capital y el Estado se unieron) en la coyuntura histórica de la crisis de los años setenta y las respuestas de los grupos dominantes en ese decenio y las que siguieron a una pérdida palpable de control ideológico y político.

[24] En 1994, por ejemplo, el gobierno lanzó la "Operación Guardián" (Operation Gatekeeper), que aceleró la militarización de la frontera entre Estados Unidos y México (véase Nevins, 2002). Dos años después, el gobierno de Clinton aprobó la Ley de Reforma de Inmigración Ilegal y Responsabilidad de Inmigrantes (IIRIRA), que endureció las solicitudes de asilo, aumentó las penas a los inmigrantes indocumentados y condujo a un aumento masivo de deportaciones. En ese mismo año, la Ley de Reforma del Bienestar excluyó incluso a los inmigrantes legales de las prestaciones por desempleo o los servicios de salud. Y en 2005, la legislatura de Estados Unidos aprobó la Real ID Act (Ley de Identificación Verdadera) que prohibió a los inmigrantes indocumentados tener licencias de conducir.

[25] Véase, entre otros, Golash-Boza, 2011; Nevins, 2002; Fernandez, 2007.

[26] En un "día de protesta nacional", el 25 de marzo de 2006, entre uno y dos millones de personas se manifestaron en Los Ángeles, la protesta pública más grande en la historia de la

ciudad, y millones más hicieron lo mismo en Chicago, Nueva York, Atlanta, Washington D.C., Phoenix, Dallas, Houston, Tucson, Denver y docenas de otras ciudades. Luego, el 1 de mayo de 2006, los sindicalistas y activistas por la justicia social se unieron a los inmigrantes en "El gran boicot estadunidense 2006/Un día sin inmigrantes". Millones, quizá decenas de millones, en más de 200 ciudades de todo el país se ausentaron del trabajo y la escuela, suspendieron la actividad comercial y las rutinas diarias para participar en un boicot nacional, una huelga general, manifestaciones y acciones simbólicas. Cientos de comunidades locales en el sur, medio oeste, noroeste y otros lugares, lejos de las "ciudades de entrada" donde se concentran las poblaciones latinas, experimentaron movilizaciones públicas masivas que las colocaron en el mapa político.

[27] La represión estatal del levantamiento masivo de inmigrantes de 2006 provocó una importante escisión en el movimiento. A grandes rasgos, el establishment latino de clase media y profesional descubrió que sus intereses de clase estaban amenazados por una automovilización incontrolada de las masas de inmigrantes. Agrupados en ONG bien financiadas y en cargos de gobierno elegidos y nombrados locales, estatales y federales, el establishment intenta desmovilizar las bases populares, dirigir la protesta hacia el cabildeo para una reforma legislativa y alinearse con el Partido Demócrata. La campaña presidencial de Obama de 2008 se combinó efectivamente con las aspiraciones políticas del establishment y la represión del Estado para cooptar y neutralizar, al menos momentáneamente, el movimiento de masas. El sector radical popular no estaba en contra del cabildeo o del intento por penetrar en los pasillos del poder, pero insistió en priorizar un movimiento de masas permanente desde abajo que subordinara las alianzas con los liberales a los intereses de la mayoría privada de derechos de

los trabajadores inmigrantes y sus familias. Este sector también ha insistido en la necesidad de vincular el movimiento por los derechos de los inmigrantes de manera más abierta y cercana con otras luchas populares, laborales y de resistencia en todo el mundo por la justicia global. Estas estrategias distintas representan, en un análisis más amplio, dos proyectos de clase diferentes dentro de la comunidad multiclase de inmigrantes y sus partidarios: el primero, el de los estratos de clase media que aspiran a eliminar los impedimentos racistas y legales a su propia condición de clase; el segundo, el de una clase trabajadora inmigrante que enfrenta no sólo el racismo y la discriminación legal, sino también la aguda explotación laboral y las luchas por la supervivencia impuestas sobre ellos por un capitalismo global rapaz.

[28] El artículo de Kaplan aborda el importante tema de las tensiones entre la comunidad de inmigrantes afroamericanos y latinos, incluye la forma en que el sistema ha utilizado la ciudadanía y la no ciudadanía para generar dinámicas de "divide y vencerás" que socavan la unidad interétnica (y nosotros deberíamos agregar, de la clase obrera).

[29] Hay evidencia de que a medida que los latinos se convirtieron en la principal fuerza laboral para la reconstrucción de Nueva Orléans a raíz de la destrucción causada por el huracán Katrina en 2005, los empleadores recurrieron a prácticas tales como negarse a pagar a los trabajadores inmigrantes después de haber prestado servicios, entregarlos a las autoridades de inmigración para deportarlos y emplearlos en una variedad de condiciones de trabajo tipo esclavo.

[30] Para mayor información al respecto, véase Nevins, 2002.

[31] Para un excelente documental breve sobre el ALEC, la legislación antinmigrante y el interés corporativo creado en la

guerra contra los inmigrantes, véase “Immigrants for sale”, en http://www.youtube.com/watch?v=vuGE1VxVsYo. El documental fue producido por Brave New Foundation, que se encuentra en (http://www.bravenewfoundation.org/). Véase también http://www.mycuentame.org/immigrantsforsale.

[32] Para mayor detalle, consúltese un informe del 28 de octubre de 2010 de National Public Radio (NPR), que se publicó en su sitio web (http://www.npr.org/2010/10/28/130833741/prison-economics-help-drive-ariz-immigration-law. Véase también la revista Mother Jones en http://www.motherjones.com/politics/2012/03/john-tanton-anti-immigration-laws). Nótese que después de una serie de revelaciones sobre el ALEC en los medios en 2012, unas cuarenta de estas corporaciones retiraron sus fondos. La lista de las corporaciones que se retiraron, así como más detalles sobre el ALEC, se pueden encontrar en el sitio web de Sourcewatch (http://www.sourcewatch.org/index.php/ALEC_Corporations).

[33] Véase http://www.motherjones.com/politics/2012/03/john-tanton-anti-immigration-laws.

[34] Para mayores detalles, véase Ridgeway, 2011.

[35] El artículo cita a un portavoz de Human Rights Watch observando: “Es algo tan radical que habría sido considerado una locura si hubiera sido impulsado por la administración de Bush”.

[36] El informe fue fechado en julio de 2011 y resumido por la oficina de prensa de las Naciones Unidas en el siguiente sitio web: http://www.un.org/apps/news/story.asp?NewsID=38957&Cr=small+arms&Cr1=#.UP8ZAPLjGqI. Dos millones de personas fueron desplegadas como guardias de

seguridad privada en Estados Unidos en 2007, comparado con 880 000 oficiales de policía.

[37] Sobre la propagación de la guerra de drones en todo el mundo y en Estados Unidos, véase Benjamin, 2013. Es de destacar que Estados Unidos estableció recientemente un comando militar para América del Norte por primera vez: el Comando del Norte. Anteriormente, ésta era la única parte del mundo que no estaba cubierta de esta manera.

[38] Las ciudades de todo el mundo están comenzando a mostrar sorprendentes similitudes: las fronteras duras de estilo militar, las cercas y puestos de control alrededor de los enclaves defendidos y están proliferando las "zonas de seguridad", superpuestas en la ciudad más amplia y abierta. Graham analiza los muros antiexplosivos de barreras Jersey, los puestos de control de identidad, el circuito cerrado de televisión (CCTV) computarizado, la vigilancia biométrica y los controles de acceso de estilo militar que protegen a los centros sociales, económicos, políticos o militares fortificados "de un exterior considerado rebelde, empobrecido o peligroso. En los casos más extremos, estos abarcan zonas verdes, prisiones militares, barrios étnicos y sectarios y bases militares; están creciendo alrededor de distritos estratégicos, embajadas, espacios turísticos y de consumo, aeropuertos y complejos portuarios, estadios deportivos, comunidades exclusivas y zonas de procesamiento de exportaciones" (Graham, 2010: XXI).

[39] Véase http://www.justiceonline.org/commentary/fbi-files-ows.html, que publicó los documentos con muchas censuras del FBI obtenidos bajo la FOIA.

[40] Esto fue denunciado parcialmente una vez que se expuso públicamente.

[41] Militainment, Inc., documental de 2007 escrito, producido y narrado por Roger Stahl, publicado por Media Education

Foundation, Northhampton.

6. CONCLUSIONES

INTERREGNO: UNA NUEVA CRISIS DE HEGEMONÍA

Es más fácil imaginar el fin del mundo que imaginar el fin del capitalismo.
FREDERIC JAMESON, 2003: 27

Nosotros no pretendemos anticipar dogmáticamente el futuro, sólo queremos encontrar el nuevo mundo a partir de la crítica del viejo. Pero si la construcción del futuro y la proclamación de soluciones definitivas no es nuestro asunto, resulta más claro aún lo que en el presente debemos llevar a cabo –me refiero a la crítica despiadada de todo lo existente, despiadada en dos sentidos: la crítica no debe temer a sus propias conclusiones ni al conflicto con aquellos que detentan el poder.
KARL MARX, 1978: 13

En 2003 coorganicé una conferencia en Santa Bárbara, California, titulada Hacia unos estudios críticos de globalización. El cónclave reunió a unos 100 destacados estudiosos de la globalización de todo el mundo con los principales activistas e intelectuales del movimiento por la justicia global. Nuestro objetivo era explorar lo que implica un estudio crítico de la sociedad global y cómo este estudio está relacionado con las luchas por la justicia social en todo el mundo. Argumenté que no había tal cosa como académicos apartidistas (free-floating) y que todo trabajo intelectual es orgánico en el sentido de que el estudio del mundo es en sí mismo un acto social, llevado a cabo por agentes con una relación definida con el orden social. Los intelectuales que se consideran revolucionarios deben asumir como tarea el análisis

del sistema del capitalismo global, continué, exponiendo sus mitos y mentiras, desenmascarando sus discursos e ideologías legitimadoras e identificando las fuerzas que se benefician de la continuación de este sistema. Si hemos de contribuir con los movimientos por la justicia social a través de nuestro trabajo intelectual, debemos tratar de ayudar a quienes están directamente organizando las luchas de masas alrededor del mundo para transformar este sistema, aplicando nuestra formación y experiencia para elucidar el verdadero funcionamiento interno del orden social y las contradicciones en el mismo. Para esta tarea es fundamental llevar a cabo una crítica convincente y sistemática del capitalismo global (Robinson, 2003b: 11-18).[1] Por su parte, la activista y erudita Susan George advirtió en la conferencia de Santa Bárbara que los académicos que desean ser relevantes deben estudiar a los ricos y poderosos, no a los pobres e indefensos. "Aunque la riqueza y el poder están en una mejor posición para ocultar sus actividades y, por lo tanto, son más difíciles de estudiar, cualquier conocimiento sobre ellos será valioso para los movimientos por la justicia social", argumentó. "Mejor una sociología del Pentágono o del country club de Houston que de las madres solteras o las pandillas de L.A." (George, 2005: 8).

El presente estudio ha enfocado su análisis más en el poder desde arriba y en los grupos dominantes que en la resistencia y las luchas populares desde abajo. Para mis propósitos así es como debe ser; aquí y en otros lugares he intentado desarrollar "una etnografía del 'hombre de Davos' ". Sin embargo, hay que hacer una advertencia: los grupos dominantes sólo existen en relación con los grupos subordinados y, por lo tanto, también sus proyectos de dominación se construyen en una tensión dialéctica permanente con las luchas y los proyectos desde abajo. Dado que esta dialéctica se desarrolla en medio de la

crisis en curso, el reto es cómo reconstruir el poder social de las clases populares en todo el mundo en una era nueva en la que ese poder está menos mediado y organizado a través del Estado-nación. La penetración universal del capitalismo a través de la globalización atrae a todos los pueblos no sólo a las redes de las relaciones de mercado sino también a las redes de resistencia.

A finales del siglo XX, la globalización desorganizó a las clases trabajadoras y populares, actuando como una fuerza centrífuga para estas clases alrededor del mundo y como una fuerza centrípeta para las élites trasnacionales. Las clases trabajadoras se vieron fragmentadas por la reestructuración debido a que la intensa competencia a la que fueron sometidas en cada nación debilitó su acción colectiva. En períodos anteriores del capitalismo mundial los sectores populares se unieron como intersubjetividades y constituyeron un desafío colectivo al orden social. En la medida en que las antiguas subjetividades fueron fragmentadas y dispersadas y las nuevas subjetividades aún no se habían unido, la globalización capitalista quebrantó el protagonismo político colectivo de las clases populares. Sin embargo, la crisis actual parece haber ayudado a generar nuevas bases para la resistencia de masas a medida que las clases populares se reagrupan. En esta breve conclusión analizo la crisis de hegemonía en el sistema global y las perspectivas y los desafíos de los proyectos contrahegemónicos desde abajo ante la crisis global, así como la amenaza del holocausto y el colapso ecológico. Una mayor elaboración de estos temas es propiamente materia de otro estudio.

EL COLAPSO DE LA DOMINACIÓN CONSENSUAL

Debemos recordar que la crisis mundial de hegemonía de finales de los años sesenta y principios de los setenta abrió el camino para la globalización capitalista. ¿Estamos entrando en una nueva crisis de hegemonía a escala sistémica mundial?[2]

Recurriré aquí a varios conceptos gramscianos que son útiles para intentar comprender el interregno histórico que enfrentamos en el segundo decenio del siglo XXI: hegemonía restringida y amplia; bloque histórico; y revolución pasiva. La hegemonía en el sentido gramsciano se refiere no al predominio o dominación de un país en el sistema internacional de Estados-nación, sino a una relación particular de dominación social en la que los grupos subordinados otorgan su "consentimiento activo" al sistema de dominación. Los proyectos de hegemonía implican no sólo dominio, sino dirección política e ideológica basada en una serie de alianzas de clase. La hegemonía como una modalidad particular de dominio de la clase dominante es frágil; debe ser construida y reconstruida constantemente porque la posibilidad de la dominación hegemónica o consensual descansa tanto en fundamentos ideológicos como materiales. Por lo tanto, la hegemonía requiere una base material –lo que algunos científicos sociales han llamado una "economía moral" (Scott, 1977)–, o las condiciones materiales, las instituciones y las normas concomitantes que permiten la reproducción social de un número suficiente de personas entre los grupos subordinados. Ninguna clase dominante potencial puede ejercer la hegemonía sin desarrollar diversos mecanismos de legitimación y asegurar una base social –una combinación de la

integración consensual mediante una recompensa material para algunos y la exclusión coercitiva de otros que el sistema no está dispuesto a, o no puede, cooptar.

Las crisis estructurales del sistema capitalista alteran los acuerdos materiales (de clase) existentes. Ponen a las fuerzas sociales y de clase en estado de cambio continuo y reorganización que implica una lucha por la hegemonía. Los grupos subalternos y contrarios a las élites persiguen proyectos de contrahegemonía que compiten con los esfuerzos de los grupos dominantes por reconstituir su hegemonía fracturada. "Se habla de 'crisis de autoridad' y esto precisamente es la crisis de la hegemonía, o crisis del Estado en su conjunto", escribe Gramsci.

La crisis crea situaciones inmediatas peligrosas, porque los diferentes estratos de la población no poseen la misma capacidad de reorientarse rápidamente y de reorganizarse con el mismo ritmo. La clase dirigente tradicional, que cuenta con un numeroso personal adiestrado, cambia hombres y programas y reasume el control que se le estaba escapando con una celeridad mayor de cuanto ocurre en las clases subalternas; si es necesario hace sacrificios, se expone a un futuro incierto haciendo promesas demagógicas, pero se mantiene el poder (Gramsci, 1957: 1974).

Los grupos dominantes se han esforzado efectivamente por reconstituir la hegemonía. En los años ochenta y noventa las élites trasnacionales emergentes iniciaron la construcción de un bloque histórico capitalista global. Un bloque histórico es un conjunto social que comprende a los estratos dominantes y una base social más allá del grupo dominante, en el que un grupo ejerce la dirección e impone su proyecto a través del consenso

de quienes integran el bloque. El grupo dominante en el bloque histórico puede presentar su proyecto de clase como si fuera en el interés general y obtener el apoyo activo de los integrantes del bloque a través de la combinación de la recompensa material y el liderazgo ideológico, logrando lo que Gramsci denominó hegemonía amplia. Durante algún tiempo en los años noventa parecía que las élites trasnacionales conseguirían crear este bloque histórico, pero sus esfuerzos para consolidarlo no tuvieron éxito. La "contrarrevolución neoliberal" que acabó con los Estados de bienestar social, desarrollistas y socialdemócratas del capitalismo redistributivo del siglo XX nunca obtuvo el apoyo activo de la mayoría de la humanidad. Las élites y sus intelectuales orgánicos en todo el mundo pueden haber llegado a un consenso en torno al neoliberalismo y darle forma desde dentro de las instituciones estatales y del ETN con el fin de reestructurar el capitalismo mundial por medio de la globalización. Pero las clases populares nunca interiorizaron esta concepción del mundo neoliberal. Si el neoliberalismo parecía tener un consenso más amplio, esto se debió a la derrota mundial de la izquierda en los años ochenta y al cambio radical en la correlación de las fuerzas sociales y de clase globales a favor del capital trasnacional y sus agentes a finales del siglo XX. En el mejor de los casos, ese bloque globalista logró en los años ochenta y noventa una cierta hegemonía restringida opuesta a una hegemonía amplia, limitada a la construcción de un bloque de poder capitalista global, basada más que nada en la desorganización de las clases populares como consecuencia de la fuerza impetuosa de la globalización capitalista, y no en el consenso.

A medida que la crisis se ha profundizado en los últimos años, el bloque globalista ha sido incapaz de reproducir incluso esta hegemonía restringida. Ha tenido que recurrir, como vimos

en el capítulo anterior, a un uso cada vez mayor de la coerción directa a escala mundial para mantener su dominación. El bloque de poder neoliberal se ha ido descomponiendo. A medida que las fuerzas sociales y de clase se reagrupan, surgen nuevas contrahegemonías y nuevos proyectos políticos. ¿Qué forma social puede ocupar el lugar del proyecto neoliberal?, como he sugerido, es algo que está en disputa y que puede estar así por mucho tiempo. La política mundial estará determinada por las luchas vinculadas a la reorganización de la economía mundial ante una crisis prolongada. Mientras escribo estas líneas (principios de 2013) estamos en medio del interregno. La crisis sostenida puede abrir oportunidades para que el capital se reestructure de una manera favorable a sus intereses, pero también vuelve problemática la legitimación, dado que la legitimidad política está ligada a la capacidad del Estado para manejar las crisis.

Específicamente, en la medida en que el neoliberalismo ha acabado con una economía moral, socava la base material para un proyecto hegemónico trasnacional. La lógica de la acumulación irrumpió en los siglos pasados como la negación de la lógica social. Pero las intensas luchas sociales y de clase en todo el mundo fueron capaces en el siglo XX de imponer una medida de control social sobre el capital, lo que Karl Polanyi denominó el "doble movimiento" (el primer movimiento es la expansión del mercado capitalista) (Polanyi, 2001). Las clases populares, en diversos grados, fueron capaces de obligar al sistema a vincular la reproducción social con la acumulación de capital. Lo que ha ocurrido a través de la globalización es la escisión de la lógica de la acumulación de la lógica de la reproducción social, cuyo resultado ha sido el crecimiento sin precedentes de la desigualdad social, tema que abordé en el capítulo 1, y la intensificación de las crisis de

supervivencia para miles de millones de personas alrededor del mundo.

A raíz del colapso financiero de 2008, parecía que el neoliberalismo en su encarnación original, como un conjunto de políticas ceñidas a la ideología de "libre mercado" del laissez-faire y a la economía neoclásica y monetarista, estaba dando paso a políticas "posneoliberales", que implican nuevas formas de regulación y de intervención estatal con la intención de otorgar cierta estabilidad al caos de la acumulación desenfrenada o, en algunos casos, de permitir la introducción limitada de medidas redistributivas. No está claro si ese posneoliberalismo conseguirá prevalecer. En el momento en que escribo, más bien parece lo contrario –que las élites globales están llevando a cabo una nueva ronda tenaz de reestructuración neoliberal, acompañada de nuevas modalidades de represión y control social para contener el descontento que genera la austeridad.

Por lo tanto, el presente momento es un tiempo de conflicto continuo y creciente en todo el mundo sin ninguna solución clara a la crisis de hegemonía en gestación. La volatilidad extrema parece ser endémica al sistema. Las causas estructurales del colapso de 2008 siguen vigentes. Cualquier número de nuevas burbujas, como las de los mercados globales de materias primas y bonos, o del mercado de préstamos estudiantiles, podría desencadenar nuevos colapsos cuyas consecuencias sociales y políticas no es posible predecir.[3] El FMI advirtió en un informe de 2011 que la brecha extrema y creciente entre los ricos y los pobres en todo el mundo podría desencadenar guerras civiles y sumir a la economía global en una mayor inestabilidad. Los levantamientos en el norte de África, advirtió el informe, pueden ser un preludio de lo que ocurrirá en todo el mundo, ya que 400 millones de jóvenes se

integran a la fuerza de trabajo en el próximo decenio. "Podríamos presenciar una creciente inestabilidad social y política dentro de las naciones –incluso la guerra" (Evans-Pritchard, 2011).

El conflicto en la sociedad global tiende a ocurrir en múltiples niveles: entre las élites con orientación trasnacional y aquéllas con una orientación más local, nacional o regional; entre los agentes del capitalismo global y las fuerzas populares, dentro y entre los Estados-nación; entre los grupos competidores dentro del bloque globalista que pueden fomentar conflictos interestatales, o de otro tipo, en busca de sus intereses particulares; o simplemente entre comunidades divididas por factores étnicos o culturales ante la desestabilización económica y el estrés social. En concreto, los desafíos al bloque de poder capitalista global pueden provenir de los grupos subalternos de la sociedad civil trasnacional o de determinados Estados-nación cuando estos Estados son conquistados por los grupos subalternos –como en el caso de Venezuela desde el inicio de la revolución bolivariana en 1999–, así como de los grupos dominantes que están menos integrados en el capitalismo global (o incluso son opuestos a éste), como, por ejemplo, la élite estatal iraquí del partido Partido Baath antes de la invasión de Estados Unidos en 2003, sectores de la oligarquía rusa o algunas élites económicas y políticas chinas. El panorama se complica aún más por la inestabilidad producida por la ruptura del orden social y el colapso de la autoridad estatal nacional en muchas regiones. Podemos esperar guerras civiles y conflictos internacionales continuos o, incluso más probablemente, conflictos que combinan estas dos dimensiones, como en Siria.

UN MUNDO POR GANAR; UN MUNDO POR PERDER

La Revolución Mundial de 20XX

¿Hemos entrado en una nueva oleada de revueltas y revoluciones populares? Desde que comenzó la crisis del capitalismo global en los últimos años del siglo XX parece haber habido dos oleadas de rebelión global. La primera consistió en el surgimiento de un movimiento por la justicia global, la fusión de numerosas luchas populares y movimientos de resistencia de todo el mundo en una masa crítica a finales de los años noventa y la formación del Foro Social Mundial bajo el lema "Otro mundo es posible". Esta ola alcanzó su cresta en el cambio de siglo y fue en parte descarrilada, en parte transformada, por los acontecimientos del 11 de septiembre de 2001 y la contraofensiva de la élite trasnacional hecha posible por esos acontecimientos. La segunda ola comenzó a raíz del colapso financiero de 2008. Se expandió entre 2009 y 2011. Entre los focos de tensión más destacados en los titulares internacionales se cuentan: rondas repetidas de huelgas y movilizaciones de masas en los países de la UE (especialmente en los más golpeados por la austeridad, como Grecia, España, Chipre e Irlanda); levantamientos en Medio Oriente y África del Norte; el Movimiento Ocupa Wall Street en Estados Unidos; el movimiento estudiantil chileno; la ola de huelgas entre los trabajadores chinos; las luchas por los derechos de los inmigrantes en muchos países, etcétera.

Necesitamos teorizar y conceptualizar estos diversos movimientos y su potencial emancipatorio, así como sus limitaciones. La noción de un movimiento por la justicia global,

que en realidad no es un solo movimiento sino cientos (miles) de movimientos, articula cada vez más una revuelta global expansiva y multifacética, especialmente en la medida en que las comunicaciones globales y las redes sociales brindan a estos movimientos, no importa cuán locales sean, un sentido de conexión trasnacional y conciencia global. No está claro en el momento de escribir si el impulso de esta revuelta global podrá sostenerse o si será desactivado por la revolución pasiva (véase más adelante). Sin embargo, a medida que los movimientos sociales de masas en todo el mundo continúen luchando y proliferen, es improbable la restauración de la hegemonía del bloque capitalista global.

El sociólogo y estudioso de los sistemas-mundo Christopher Chase-Dunn ha colocado la ola actual de revueltas en una perspectiva histórica. Él llama a esta ola "la revolución mundial de 20XX", las X para denotar que está todavía en formación. "La idea de una revolución mundial es una noción amplia que abarca todo tipo de resistencia a la jerarquía independientemente de si está o no coordinada", afirma. "Por lo general, la idea de la revolución se conceptualiza a una escala nacional en la que las nuevas fuerzas sociales llegan al poder estatal y reestructuran las relaciones sociales". Pero el "sistema político mundial u orden mundial es la arena de contestación dentro de la cual se han producido las revoluciones mundiales y que las revoluciones mundiales han reestructurado". Las revoluciones mundiales implican constelaciones de rebeliones y revoluciones locales, regionales, nacionales y trasnacionales que tienen consecuencias de largo plazo para cambiar el orden mundial. Los años que simbolizan las principales revoluciones mundiales después de la Reforma Protestante son 1789, 1848, 1917, 1968 y 1989. Concluye que "los revolucionarios parecen haber perdido al fracasar sus

demandas más radicales, pero los conservadores ilustrados que están tratando de ejercer la hegemonía terminan incorporando en el actual orden mundial las reformas que eran las demandas radicales anteriores" (Chase-Dunn, 2007: 7).

Aunque tras el colapso financiero de 2008 la rebelión parece haber estallado por todas partes, se ha propagado de manera muy desigual entre países y regiones y enfrenta muchos problemas y desafíos. La resistencia está fragmentada, es a menudo espontánea, carente de estructuras, estrategias y programas, así como de organizaciones sólidas que puedan dar tanto sustancia como continuidad a los levantamientos populares. Parte del problema para sostener una rebelión que pueda presentar un desafío sistémico al capitalismo global se deriva de la crisis de la izquierda del siglo XX en el mundo, su disposición a aceptar como válida la pretensión ideológica neoliberal del "fin de la historia". A finales del siglo XX, ante el ascenso a la hegemonía del capitalismo global, esta izquierda se volvió derrotista, insistiendo en que debíamos ser "realistas" y "pragmáticos", limitarnos a poner un "rostro humano" al sistema capitalista. La cita de Frederic Jameson que abre este capítulo tiene por objeto llamar la atención sobre la parálisis mental y el "cinismo posmoderno" de la izquierda global.

La bancarrota de la estrategia y del programa de gran parte de esta izquierda del siglo XX –la socialdemócrata, así como la autodeclarada socialista y comunista–, su dogmatismo, sus prácticas vanguardistas, jerárquicas y a menudo autoritarias, dejó una generación de jóvenes con un rechazo igualmente derrotista de la teoría, de las organizaciones, los programas y las estrategias socialistas. Las tendencias dominantes en muchos movimientos por la justicia global y en las rebeliones populares de finales del siglo XX y principios del XXI son una variante del anarquismo, anarcosindicalismo, "horizontalismo",

"autonomismo", etc. – distintos enfoques de lucha que tienen dos nociones en común sobre todo–. La primera es que podemos "cambiar el mundo sin tomar el poder", es decir, que podemos crear una sociedad alternativa en los intersticios del capitalismo global existente, sin confrontar al Estado (capitalista), derrocarlo y utilizar el poder del Estado revolucionario como parte de un proyecto transformador más amplio de emancipación.[4] Y la segunda es la idea de que no son necesarias las teorías revolucionarias ni las organizaciones políticas (llámense partidos o no), ni los programas socialistas (o incluso ninguno).[5]

Se glorifica la rebelión espontánea aunque no tenga rumbo. La protesta espontánea da la ilusión de poder. Sin embargo, si los movimientos de protesta social no tienen su propia agenda, terminan negociando la de los que están en el poder. El periodista Paul Mason cita a un manifestante del Reino Unido que protesta contra la privatización de la educación superior, quien, cuando le preguntaron qué lee y qué influye en su forma de pensar y actuar, declaró que "no me gusta hablar de lo que pienso; es una mierda. Es esta acción, esta protesta, Irak, Palestina, Deptford" (Mason, 2011: 57). Sin teoría, señaló el muy denostado Lenin, no puede haber revolución. La práctica por sí sola se vuelve efímera, sin timón y susceptible a la cooptación y a la revolución pasiva (véase más adelante); la teoría por sí sola carece de sentido, ya que "el objetivo es cambiar el mundo." La praxis –la unidad y la sinergia de la teoría y la práctica– a menudo ha estado ausente en las nuevas revueltas globales. Confrontar la crisis significa también confrontar estas ideas y prácticas políticas –¡o más bien apolíticas!– como ilusiones que restan poder y son autodestructivas.

El compromiso de la juventud, en particular, con el "horizontalismo", puede generar una gran cantidad de "prácticas prefigurativas" indispensables para el desarrollo de movimientos contrahegemónicos. Sin embargo, a veces es difícil eliminar el individualismo de esas prácticas de la solidaridad social: la fetichización de la subjetividad individual contribuye a la fragmentación social producida por el capitalismo global y, en el caso extremo, al narcisismo. Mason sostiene que las "protestas en red", que son posibles gracias a las nuevas tecnologías de comunicación social, "reducen el nivel de compromiso necesario para participar en cualquier cosa. Permiten a los usuarios adoptar múltiples identidades, una actitud de picar de todo un poco frente al compromiso, una especie de volubilidad aprendida. Permiten una concentración instantánea sobre un objetivo (como en la Plaza Tahrir, o la pintura de Manet en la Galería Nacional de Londres), pero igualmente una fragmentación y dispersión instantáneas". Hacen que cada acción, observa, "sea materia de negociación entre los participantes; a diferencia de un batallón de infantería" (ibid.: 81-82).

¿Qué tan viables son las estrategias de transformación basadas en la idea de que las comunidades locales pueden apartarse del capitalismo global? Los intentos de crear comunidades alternativas a nivel local, establecer cooperativas, descentralizar los circuitos de suministro de alimentos, apartarse del régimen agroindustrial global, descentralizar la distribución y el consumo de energía, y construir empresas cooperativas y economías solidarias locales, son necesarios e importantes. Sin embargo, no resuelven por sí mismos el problema del poder. En ausencia de una estrategia para confrontar al Estado y transformar el sistema desde dentro nos quedamos con la peligrosa ilusión de que el mundo puede ser

cambiado sin resolver la cuestión del poder. El capitalismo global es actualmente algo interno en prácticamente todas las comunidades del planeta. Ha tendido redes de interdependencia mundial que nos vinculan a una totalidad más amplia. El capitalismo global es de hecho totalizante. La idea de que uno puede escapar del capitalismo global no derrotándolo sino creando espacios alternativos o islas de utopía ignora el hecho poco placentero de que no importa cómo uno quiera que sea, estos espacios no pueden desprenderse del capitalismo, aunque sólo sea porque el capital y el Estado penetrarán –a menudo por la fuerza– y reincorporarán continuamente estos espacios.

Las soluciones locales son demasiado asistemáticas para hacer frente al poder del capitalismo global; para cambiar la correlación global de las fuerzas sociales y de clase. No hay manera de eludir el hecho de que la CCT tiene poder de clase sobre la humanidad y que el ETN ejerce múltiples formas de poder directo, coercitivo. El Estado ejerce poder sobre nosotros. Este hecho no desaparecerá ignorando este poder. Es ilusorio suponer que se le puede contrarrestar construyendo comunidades autónomas, que de hecho no son autónomas porque esas comunidades no pueden liberarse de las redes del capitalismo global, e incluso si pudieran, en teoría, el Estado no se los permitiría; utilizaría la fuerza de su ley para reintegrar esas comunidades. No se puede eludir la confrontación con el Estado, no se puede evitar la lucha para arrebatar el poder estatal al capital, a sus agentes y aliados. La lucha por apartarse del capitalismo global, por importante que sea, debe ir acompañada de una lucha por derrocar al capitalismo global, destruir al Estado capitalista trasnacional.

Por otro lado, lo que subyace a la revuelta global son movimientos menos “glamorosos” y menos propensos a llamar la atención de los medios internacionales, pero profundamente

arraigados en las luchas cotidianas de las clases trabajadoras y populares de todo el mundo. Organizaciones como los sindicatos no oficiales en Egipto o el movimiento Vía Campesina de campesinos y pequeños productores han ido acumulando fuerzas pacientemente, construyendo organizaciones fuertes y programas de lucha que pueden sostenerse durante muchos años. Mason, entre otros, informa sobre una clase obrera insurgente en Egipto que desde 2008 rompió con los sindicatos oficiales y lanzó campañas ininterrumpidas contra la privatización, el neoliberalismo y la dictadura de Hosni Mubarak (véase más adelante). Vía Campesina es quizá uno de los movimientos sociales de masas más trasnacionalizados, más grandes y mejor coordinados del mundo, que reúne a millones de campesinos y trabajadores rurales de 69 países y de todos los continentes. El sistema agrícola global y su acelerada absorción por parte de la agroindustria corporativa trasnacional se está convirtiendo en un sitio importante de luchas sociales y de clase trasnacionales, y Vía Campesina está a la vanguardia de esas luchas, con su agenda de "soberanía alimentaria", reforma agraria, defensa de la tierra de los pequeños propietarios y retirada del sistema agroindustrial. En Brasil, "los campesinos que en el pasado estaban acostumbrados a luchar sólo contra los grandes terratenientes y los propietarios de las plantaciones se han convertido ahora en un actor de primer orden contra el gran capital trasnacional", observó Joao Pedro Stedile, líder del Movimiento de los Trabajadores Rurales Sin Tierra de Brasil afiliado a Vía Campesina (Desmarais, 2007: 29; Holt-Giménez y Patel, 2009). De manera similar, la clase obrera ha sido central en muchas luchas recientes en todo el mundo, incluso si está ausente de la cobertura mediática internacional de estas luchas

que ha tendido a concentrarse en la juventud urbana de clase media y su destreza para organizarse en las redes sociales.

¿Revolución pasiva?

Está claro que no se puede llegar a una conclusión única con respecto al contenido y la dirección de la revuelta mundial, que abarca desde las revoluciones explícitamente socialistas en América del Sur hasta los movimientos sociales bien organizados de campesinos en la Vía Campesina mundial o la unión sudafricana de habitantes de los asentamientos pobres, hasta el anticapitalismo amorfo de las revueltas de inspiración anarquista en España o el movimiento Occupy Wall Street y las coaliciones cambiantes de jóvenes, obreros, profesionistas de clase media y tecnócratas neoliberales en Egipto o Grecia. La pregunta clave es si estas revueltas globales tendrán éxito en alterar las estructuras de poder político y económico o si en realidad las renovarán mediante la combinación de una reforma moderada y la cooptación. O lo que es aún peor, ¿responderá el Estado policial global a los levantamientos masivos que intentan transformar el orden social en favor de la mayoría pobre imponiendo el fascismo del siglo XXI?[6]

El socialista italiano Antonio Gramsci desarrolló el concepto de revolución pasiva para referirse a los esfuerzos de los grupos dominantes para lograr un cambio moderado desde arriba con el fin de socavar la movilización desde abajo para una transformación más profunda. Integral a la revolución pasiva es la cooptación de la dirigencia de abajo; su integración en el proyecto dominante. Gramsci también se refirió a este proceso como transformismo en el cual el dominio de los grupos dominantes depende de la absorción continua en el bloque dominante de los dirigentes intelectuales, políticos y

culturales de la mayoría subordinada y la consiguiente decapitación y desorganización de la resistencia desde abajo. A raíz de las rebeliones mundiales de los años sesenta y de la crisis de los años setenta, la élite trasnacional parecía haber llevado a cabo una especie de "revolución pasiva" que implicaba la reorganización de la economía política mundial y de las relaciones sociales ("revolución") al tiempo de neutralizar la resistencia de la mayoría subordinada. Para Gramsci, una revolución pasiva implica la "estatización" o la reestructuración desde arriba de manera que los proyectos populares desde abajo sean contenidos y socavados, combinados con, en palabras de Gramsci, el uso de "la fuerza, el fraude y la corrupción" como mecanismos de control social.[7] Asimismo, parece que el ETN ha respondido a la revuelta de 20XX con intentos de una nueva revolución pasiva.

Para ilustrar este punto, las élites globales, dirigidas por el Estado de Estados Unidos, parecen haber emprendido una revolución pasiva en el Medio Oriente y el Norte de África (MENA) como respuesta a la Primavera árabe. Las luchas populares en la región MENA antes y después del derrocamiento del dictador egipcio Hosni Mubarak en enero de 2012, no podían claramente ser controladas por las élites trasnacionales. Sin embargo, la integración de Egipto en los nuevos circuitos del capitalismo global comenzó en los años noventa y en 2003 el gobierno estadunidense anunció un amplio programa para "promover la democracia" y el "libre mercado" en Medio Oriente y el Norte de África (Ramadan, 2012; Hanieh, 2006). Estados Unidos y otros agentes trasnacionales habían estado trabajando junto con las élites empresariales y políticas locales con orientación trasnacional para introducir a la región más plenamente en estos circuitos y llevar a cabo una transformación neoliberal más amplia. En Egipto esto implicó

programas para llevar a cabo una transición a la "democracia" que reemplazaría a la decadente dinastía Mubarak por las élites con mayor orientación trasnacional que podían asegurar un gobierno más estable y desmantelar lo que quedaba de un Estado rentista. La estrategia era llevar a cabo una reforma política suave desde arriba para mantener cualquier posible rebelión popular dentro de límites manejables. El cambio de régimen político no sólo fue tolerado, sino que en realidad se alentó –en tanto que las masas populares de Egipto no desafiaran los pilares del propio orden social egipcio– la dominación de una élite civil-militar cada vez más orientada trasnacionalmente y un programa neoliberal de integración en el capitalismo global.

"Las sucesivas administraciones estadunidenses habían dejado claro que por razones económicas y políticas", observa Ramadan, "las dictaduras de la región debían cambiar como precondición necesaria para abrir los mercados árabes e integrar a la región en la economía global" (2012: 9). A este respecto, la Primavera árabe ha ayudado a abrir la región al capitalismo global. En Egipto, los líderes del Movimiento 6 de abril de la juventud egipcia, en su mayoría de clase media, que desempeñaron un papel crítico en la convocatoria de las protestas de masas que llevaron al derrocamiento, habían estado previamente en Estados Unidos para recibir capacitación por organizaciones financiadas por el gobierno de Estados Unidos sobre cómo organizar un movimiento contra Mubarak. Las corporaciones trasnacionales con intereses en la región MENA, junto con organizaciones gubernamentales y cuasi gubernamentales de Estados Unidos, también proporcionaron un amplio entrenamiento y recursos a estos jóvenes. "De hecho", apunta Ramadan, "Google, Twitter y Yahoo participaron directamente en la capacitación y en la difusión de

información en la web promoviendo el activismo pro-democracia". Estos líderes, a su vez, declararon su apoyo a Mohamed el-Baradei, el exdirector general de la Agencia Internacional de Energía Atómica y el tecnócrata con orientación trasnacional favorito para reemplazar a Mubarak (ibid.: 11-13; Berger, 2013: 310-333).

Que las élites trasnacionales no puedan controlar las fuerzas sociales y políticas desatadas por la crisis se hizo evidente cuando las masas populares egipcias que protestaban rechazaron rotundamente a el-Baredei como su futuro líder mientras volvía a su país de un exilio autoimpuesto en medio del levantamiento anti-Mubarak. El Estado de Estados Unidos y las élites trasnacionales han influido, pero no pueden controlar los acontecimientos o los resultados en la región MENA. Sin embargo, el entusiasmo desmesurado de algunos analistas internacionales ignoró que los levantamientos de la Primavera árabe no eran anticapitalistas y, de hecho, no tendían a cuestionar de manera fundamental el orden socioeconómico. El resultado –o múltiples resultados– de la revolución egipcia, de la Primavera árabe y, más en general, de la revolución de 20XX, será determinado por las luchas en curso entre las distintas fuerzas sociales/de clase y los distintos agentes políticos.

Reflexionando sobre estas luchas, Bayat observa la "disyunción profunda entre dos dimensiones clave de la revolución [del siglo XXI]: el movimiento y el cambio" (Bayat, 2013: 48). El enfoque de "la revolución como movimiento" que parece predominar en la revuelta global, continúa, "ha servido para oscurecer la naturaleza peculiar de estas 'revoluciones' (en MENA) en términos de cambio, con poco que decir sobre lo que sucede el día después de que los dictadores abdican. Puede incluso servir para enmascarar las paradojas de estos

levantamientos, moldeados por los nuevos tiempos políticos en los que las grandes visiones y utopías emancipatorias han dado paso a proyectos fragmentarios, a la improvisación y a las redes horizontales laxas" (ibid.: 48). El abandono de la revolución como cambio o transformación socioeconómica y, junto con ello, o quizás como resultado de ello, la renuncia a la lucha por el poder estatal, allana el camino para que las élites globales promuevan la revolución pasiva. En Egipto y en todo el mundo, como he escrito en extenso en otras partes, la estrategia de la revolución pasiva busca canalizar las rebeliones de las masas a un "movimiento sin cambio", con frecuencia por medio de la retórica y las políticas de "promoción de la democracia", es decir, de la promoción de los sistemas poliárquicos de la élite gobernante (Robinson, 1996).[8] Los revolucionarios se quedaron fuera de las estructuras de poder porque no planeaban tomar el poder del Estado, mientras que el ETN y las élites globales canalizaron y utilizaron las revueltas para catapultar al poder a las élites orientadas trasnacionalmente e intentar una revolución pasiva.

¿Una nueva Edad Oscura? El espectro del colapso

Sería imposible concluir este estudio sobre crisis, hegemonía y contrahegemonía sin una discusión, por breve que sea, del holocausto ecológico. Las ciencias del medio ambiente han demostrado que la historia natural y social –siempre una unidad dialéctica, aunque apenas empezamos a ser conscientes de esta unidad– están convergiendo de una manera sin precedentes. El químico atmosférico Premio Nobel Paul Crutzen acuñó el término Antropoceno para marcar la llegada de una nueva época en la historia planetaria que ha reemplazado al Holoceno, que se refiere a la época geológica

interglacial estable que data de hace 10-12 000 años. Para Crutzen, en esta nueva época, la humanidad se ha convertido en el principal impulsor de rápidos cambios en el sistema terrestre, y el cambio de escala geológica entra de repente en la historia humana misma. Siempre ha habido una coevolución compleja de la naturaleza y la sociedad humana (la producción humana para ser específicos), o de los "sistemas terrestres" y los "sistemas mundiales". Sin embargo, en este momento el sistema mundial es un sistema verdaderamente global y las transformaciones de los sistemas naturales producidas por la actividad humana han comenzado, según palabras del ecologista Peter Vitousek, a "alterar la estructura y la función de la Tierra como un sistema" (Foster, Clark y York, 2010: 35).

El concepto de Antropoceno "pone de manifiesto que entre los seres humanos y la tierra ha surgido una brecha ecológica potencialmente mortal, emanada de los conflictos y las contradicciones de la sociedad capitalista moderna", según palabras de Foster, Clark y York. Marx había sostenido que el capitalismo produce una brecha metabólica entre la sociedad humana y los sistemas naturales. La producción capitalista, dijo Marx, "perturba la interacción metabólica entre el hombre y la tierra", o el equilibrio de los intercambios, el "metabolismo" entre la sociedad humana y los sistemas naturales. Partiendo de la concepción de Marx de una brecha metabólica, Foster y sus colegas advierten que "el planeta está dominado ahora por una humanidad tecnológicamente potente pero enajenada –enajenada tanto de la naturaleza como de sí misma–; y, por lo tanto, fundamentalmente destructiva de todo lo que le rodea. El problema no es sólo la sustentabilidad de la sociedad humana, sino la diversidad de la vida en la Tierra". De hecho, "quizá el mayor peligro del cambio climático para la vida es el ritmo acelerado del cambio en el sistema terrestre,

desbordando los procesos evolutivos naturales e incluso la adaptación social, y amenazando de esta manera con la extinción masiva de especies e incluso de la propia civilización humana" (ibid.: 14, 35).

Es aterrador comprender que el capitalismo global actualmente acopla la historia humana y la natural de tal manera que amenaza con llevar a cabo lo que sería la sexta extinción masiva en la historia conocida de la vida en la tierra (se estima que al ritmo actual una tercera parte de los millones de especies del planeta se habrán extinguido para el año 2100) (Leakey y Lewin, 1996). Pero esta extinción masiva no sería causada por ninguna catástrofe natural como un impacto de meteoros o por cambios evolutivos como el final de una era glacial, sino por la actividad humana deliberada. Visto desde este ángulo, la conclusión de Foster y sus colegas parece una sutileza:

Irónicamente, la mayoría de los análisis del problema medioambiental de hoy se preocupan menos por la salvación del planeta o la vida o la humanidad que por la salvación del capitalismo –el sistema en el origen de nuestro problema ambiental [...] El significado estructural y la magnitud de la crisis ecológica no se reflejan en soluciones de importancia y escala correspondientes. Esta falla tanto de la imaginación como de las prácticas sociales es en muchos sentidos el producto de una doble enajenación: de la naturaleza y dentro de la propia sociedad humana. Esto no sólo ha generado inercia con respecto al cambio social –de hecho, una tendencia a tocar el violín mientras Roma arde– sino que también ha llevado a la creencia de que la crisis puede ser manejada esencialmente por las mismas instituciones sociales que la generaron en primer lugar [...] Al abandonar la crítica del capitalismo y apartarla

cada vez más de su visión analítica, los científicos sociales convencionales (incluso los sociólogos del medio ambiente, en algunos casos) han eliminado de su visión analítica el problema esencial que ahora enfrenta la sociedad planetaria. Una vez aceptada la noción de "capitalismo verde" –como si el capitalismo no fuera un sistema de valor que se autoexpande, o si la acumulación sin fin fuera de algún modo compatible con la sustentabilidad medioambiental– el problema medioambiental se convierte simplemente en cuestión de gestión y mercados (Foster, Clark y York, 2010: 29-30, 37).[9]

Las tres preguntas clave que nos preocupan aquí son: primero, ¿se puede evitar el holocausto ecológico sin reemplazar al capitalismo? Segundo, ¿cómo se relaciona la crisis ecológica con otras dimensiones de la crisis global? Tercero, ¿cómo combinan las clases populares y trabajadoras la lucha contra los atroces efectos sociales del saqueo capitalista trasnacional con la lucha contra los efectos mortales sobre el medio ambiente que resultan de este saqueo?

En cuanto a la primera –¿puede el capitalismo reconciliarse más ampliamente con la naturaleza?–, el imperativo de la acumulación que está en la base del sistema capitalista, el imperativo de que este sistema se expanda constantemente, que es el verdadero significado de "crecimiento", significa que bajo el capitalismo no es posible un estado estacionario. Como observó Joseph Schumpeter, un capitalismo estacionario "sería una contradictio in adjeto" (Schumpeter, 1951: 293). Por definición, no puede haber una solución de la "brecha metabólica" dentro del sistema del capitalismo global.[10] Un reformismo global o neokeynesianismo, aun si pudiera aportar algún alivio temporal a las contradicciones sociales más agudas de la globalización neoliberal, no es viable porque cualquier

proyecto que busque resolver la crisis dentro de la lógica de la acumulación de capital debe por definición buscar el crecimiento continuo, es decir, la expansión continua del sistema (la autoexpansión sin fin del capital).

Sin embargo, la expansión está llegando a sus límites. Como señalan Foster y sus colegas, "el problema esencial es el hecho inevitable de que el sistema económico en expansión está imponiendo una presión adicional a un sistema terrestre fijo hasta el punto de sobrecargar al planeta" (Foster, Clark y York, 2010: 17). Desde una perspectiva ecológica, el sistema actúa cada vez más destructivamente sobre los recursos limitados y la capacidad de absorción de la naturaleza, dado que la economía crece continuamente en escala en relación con el sistema planetario. El agotamiento de los recursos, la destrucción de la biosfera y el inminente colapso de la agricultura hacen imposible una mayor expansión del sistema, al menos si queremos evitar una muerte masiva. La implosión puede ser el resultado final del impulso para una mayor expansión. Aquellos que llaman al "pragmatismo" y a operar dentro de "los límites de lo posible" no entienden el problema: es más utópico creer que la crisis se puede resolver dentro de los confines del sistema que creer que el sistema puede y debe ser derrocado.

Sin embargo, al atribuir el holocausto ecológico al capitalismo, un sistema de 500 años de antigüedad (y el capitalismo industrial un sistema de 250 años), Foster y sus colegas ignoran que las civilizaciones precapitalistas y antiguas se derrumbaron bajo el impacto de sus formas sociales sobre los cambios naturales (medioambientales), empezando por el colapso de la primera civilización conocida (sumeria) debido a la sobresalinización de las tierras agrícolas. Las élites gobernantes de la Isla de Pascua o de las ciudades mayas no podían separar su imperativo de dominación de la destrucción

que sus sistemas de dominación y explotación ejercían sobre el medio ambiente, socavando así la capacidad de estas sociedades para la reproducción social. Hay muchos episodios históricos de ese colapso, casos en los que las civilizaciones son incapaces de resolver las contradicciones que las desgarran (Diamond, 2005). Cuando ninguna fuerza social o política es capaz de prevalecer e imponer un sistema estable de dominación, el resultado ha sido la desaparición, desde la Isla de Pascua y los estados mayas hasta el colapso de las dinastías romanas y varias chinas. Sin embargo, ahora está claro que las crisis sociales y políticas en estas antiguas civilizaciones se combinaron con sus contradicciones con la naturaleza, de modo que las restricciones ecológicas jugaron un papel en su colapso. La dominación de algunos seres humanos sobre otros en las sociedades de clase, ya sean capitalistas o precapitalistas, ha estado históricamente unida a la dominación humana sobre la naturaleza de una manera que vuelve insostenible a la civilización.

Lo que hace al capitalismo único en este sentido no es que esté en contradicción fundamental con la naturaleza. Más bien, es el alcance y la magnitud de esta contradicción, al grado que la actividad humana amenaza ahora al propio sistema terrestre. El momento actual se distingue en que esta vez el colapso sería de la civilización global. Nos enfrentamos a la perspectivas de una implosión sistémica de mayor alcance en el siglo XXI a través de la crisis ecológica –como sugiere el cambio climático global, el pico o cénit del petróleo y otros escenarios de agotamiento de recursos, la espiral de extinción de las especies y las predicciones científicas de un colapso de los sistemas centrales de agricultura en China, Australia, el medio oeste de Estados Unidos y otros graneros globales en los próximos decenios–. Según los principales científicos ambientales, hay nueve "límites planetarios" cruciales para mantener un

medioambiente del sistema terrestre en el que los seres humanos pueden existir, cuatro de los cuales están experimentando en este momento el inicio de la degradación ambiental irreversible y tres de ellos (el cambio climático, el ciclo del nitrógeno y la pérdida de biodiversidad) están en "puntos de inflexión", lo que significa que estos procesos ya han cruzado sus límites planetarios (Foster, Clark y York, 2010: 14).[11] Las restricciones ecológicas para la solución de la crisis global circunscriben las posibilidades políticas para su resolución. Incluso si el capitalismo global lograra estabilizarse en los próximos años, la recuperación sería efímera sin una solución de la naturaleza fundamentalmente insustentable del sistema.

El sociólogo Sing Chew, que se especializa en lo que él llama la "relación naturaleza-cultura", ha estudiado las "edades oscuras recurrentes" en la historia del mundo, incluyendo la muerte masiva, el caos político y una regresión en los niveles de la organización social y las fuerzas productivas a medida que las civilizaciones se descomponen. Él ha advertido que ahora nos enfrentamos a la posibilidad de una "nueva Edad Oscura" a escala planetaria (Chew, 2001; 2007: XVI, 6-7):

Las Edades Oscuras (como acontecimientos históricos y como concepto teórico) son períodos críticos de crisis en la historia mundial a lo largo de los últimos cinco mil años, cuando las condiciones medioambientales han jugado un papel significativo en la determinación de cómo se reorganizan y organizan las sociedades, los reinos, los imperios y las civilizaciones. Ellas [las Edades Oscuras] son períodos de involución de las comunidades humanas y, como tales, desde la perspectiva del progreso humano, períodos de decadencia y regresión socioeconómica y política [...] En la historia del

mundo, esas Edades Oscuras, o períodos prolongados de adversidades sociales y económicas generalizadas y crisis ecológicas que duran siglos, son raras. Entre 3000 a.C. y 1000 d.C., han sido identificados sólo dos o tres de esos períodos que afectaron el noroeste de India, el oeste de Asia, el Mediterráneo y Europa.

Durante estos períodos, señala Chew, las tecnologías y las capacidades materiales más avanzadas, incluso el lenguaje escrito, desaparecieron por generaciones, la artesanía y las artes decayeron, el comercio y los negocios colapsaron, las enfermedades se propagaron, la producción de alimentos y las condiciones de vida se desplomaron, y la población disminuyó drásticamente. "A medida que el sistema mundial evolucionó en el tiempo, la ocurrencia de las Edades Oscuras que se extienden sobre un espacio geográfico cada vez más amplio reveló la interconectividad de las relaciones socioeconómicas y políticas. Los lugares donde las edades oscuras no se experimentaron o aparecieron más tarde en el tiempo nos sugieren que estas localidades no se habían incorporado al sistema mundial en evolución en ese momento particular en el tiempo cuando estaba acaeciendo una Edad Oscura" (ibid.: 170). Ahora, el sistema mundial de capitalismo –un sistema global– sugiere que cualquier nueva Edad Oscura abarcaría a toda la humanidad.

En cuanto a la segunda cuestión, la relación de la dimensión ecológica con otras dimensiones de la crisis global, Christian Parenti y Gwynne Dyer, en sus respectivos estudios: Tropic and chaos: Climate change and the new geography of violence (2012) y Climate wars: The fight for survival as the world overheats (2010), documentan la escalada de los conflictos sociales y políticos en todo el mundo ante los efectos del

cambio climático, especialmente la sequía, el agotamiento de los recursos y las tormentas climáticas extremas. La escalada de las "guerras climáticas" puede ser la manifestación social más visible del holocausto ecológico. Los eventos meteorológicos extremos desestabilizan aún más el orden social y generan conflictos violentos, añadiendo combustible a los fuegos de la crisis global. Aquí nos enfrentamos a lo que Walden Bello denomina la "fatal intersección de la crisis ecológica y la crisis económica" (Bello, 2012), ambas de naturaleza global.

Parenti escribe sobre la "convergencia catastrófica de la pobreza, la violencia y el cambio climático" cuyos impactos en la biosfera incluyen eventos climáticos extremos, desertificación, acidificación de los océanos, derretimiento de los glaciares, extinciones masivas y aumento gradual del nivel del mar, provocando una hambruna generalizada, la proliferación de enfermedades, millones de muertes y una proyección de 700 millones de refugiados climáticos en los próximos decenios. Los planificadores del Pentágono, señala, califican el cambio climático como un "multiplicador de amenazas", ya que el clima extremo y la escasez de agua exacerban e intensifican los conflictos sociales existentes, conduciendo a la "gestión militarizada de la desintegración violenta de la civilización". Un estudio del gobierno británico que él cita señala que, de continuar las tendencias actuales, un tercio de la masa terrestre del planeta será desierto para 2100, mientras que hasta la mitad de la superficie terrestre sufrirá sequía. El estudio también predice que durante el mismo período la proporción de tierra en "sequía extrema" aumentará de 3% actual a 30 por ciento (Parenti, 2012: 47).

Parenti sostiene que la solución de la crisis climática –que él y muchos otros ven como la tarea más urgente del movimiento

ambientalista– no puede esperar a que el capitalismo sea superado, y que se puede alcanzar mediante estrategias de “mitigación” y “adaptación”, en cuyo centro está la descarbonización de la economía global. No soy tan optimista como él, pero concuerdo en que las medidas, los protocolos y las políticas pueden mitigar la crisis climática dentro del orden global existente (lo cual quiere decir que bajo ciertas circunstancias el desarrollo de fuentes alternativas de energía puede ser lo suficientemente rentable para que el capital las desarrolle a una escala mayor, global), siempre y cuando haya movimientos masivos por la justicia ambiental que sean lo suficientemente fuertes como para obligar a la CCT y a sus agentes estatales a adoptarlos.

Por lo tanto, el tercer tema de preocupación aquí es la centralidad de un movimiento trasnacional de justicia ambiental para cualquier solución de la crisis de la humanidad. Vía Campesina puede ser un modelo para vincular las luchas sociales y ambientales y para trasnacionalizar estas luchas. Como se mencionó anteriormente, su pilar clave de batalla, la “soberanía alimentaria”, incluye la demanda de que la política agrícola sea por la autosuficiencia alimentaria, lo que implica la desconcentración y la democratización de la tierra a través de la reforma agraria y el acceso a la tierra y a los recursos productivos, por encima de la propiedad individual, permitiendo más formas de propiedad comunal y colectiva que promueven una administración ecológica. La lucha de Vía Campesina por transformar las relaciones sociales agrarias es inseparable de la lucha por la justicia ambiental. Para avanzar en esta lucha, Vía Campesina se organiza local, nacional, trasnacional y globalmente y se esfuerza por vincular sus actividades con las de otros movimientos tradicionales y nuevos en todo el mundo. Más allá de esta inspiradora

organización en red, el imperativo de un movimiento trasnacional de justicia ambiental nos lleva de nuevo a la cuestión del poder, de la lucha contra la propia lógica del capitalismo global y la necesidad de reemplazarlo por un sistema en el que la humanidad ya no esté en guerra consigo misma y con la naturaleza.

¿A dónde va el proyecto socialista democrático global?

A pesar de los peligros que enfrenta la humanidad, el actual interregno ofrece grandes oportunidades para proyectos transformadores y emancipadores. En primer lugar, el sistema ha perdido su legitimidad. Segundo, el neoliberalismo parece estar llegando a la extenuación material e ideológica. En tercer lugar, los grupos dominantes en todo el mundo parecen estar divididos y, a menudo, sin timón. En cuarto lugar, la "tercermundización" del primer mundo abre nuevas oportunidades para una política globalizada radical, para alianzas orgánicas entre el Norte y el Sur. Sin embargo, un movimiento de resistencia no es necesariamente un movimiento contrahegemónico y este último no es necesariamente un movimiento anticapitalista. La negativa de un movimiento anticapitalista no implica necesariamente el positivo (la "negación de la negación" de Hegel) de un proyecto poscapitalista o socialista alternativo. Una solución popular anticapitalista de la crisis global requiere no sólo la acción política sino la comprensión histórico-teórica del capitalismo mundial, de sus estructuras y dinámicas subyacentes, de su manifestación actual.

¿Qué configuración de fuerzas sociales y políticas podría producir un orden global poscapitalista? La alternativa socialista no está reñida con la lucha por un reformismo global

y, de hecho, lo más probable es que esa alternativa brotaría de los esfuerzos para lograr una reforma del sistema. La reforma y la transformación, o sustitución, del sistema del capitalismo global deben reforzarse mutuamente. La gente lucha en torno a las condiciones de su existencia cotidiana para abordar los problemas que perturban y socavan esa existencia. Éstas son, prácticamente por definición, luchas reformistas. Lo crucial es que las fuerzas populares, radicales y con tendencia al socialismo en el movimiento por la justicia global presenten una visión alternativa que trascienda el reformismo y que esa visión logre la hegemonía dentro de algún bloque contrahegemónico global. Ese bloque debe pasar de desafiar la "imparcialidad" del mercado a reemplazar la lógica del mercado por una lógica social.

El problema, por lo tanto, no es identificar la solución lógica o racional a la crisis global, ya que tales soluciones corresponden a racionalidades y lógicas distintas y contrapuestas. Las soluciones y los intereses no pueden separarse unas de otros. Desde la lógica de los grupos dominantes, la solución que ha sido promovida por los reformadores es un proyecto redistributivo que pueda elevar la demanda global, re-regular el capital trasnacional y desarrollar una solución "basada en el mercado" a la crisis ambiental, como hacer que resulten rentables las fuentes de energía alternativa, es decir, convertirlas en una vía atractiva para la acumulación trasnacional de capital. Desde la lógica de la mayoría popular, la solución es un cambio sistémico, un cambio en la lógica dominante, de una lógica acumulativa a una lógica social, lo que significa básicamente que la economía global esté organizada en función de las necesidades de los pueblos del mundo y no del imperativo de la acumulación. Es necesario generar una ruptura con la racionalidad o la lógica básica del

orden prevaleciente en lugar de generar contraposiciones dentro de esa lógica. Esto significa superar la fragmentación que es a su vez, en parte, resultado de la reestructuración global del capitalismo; también significa romper con lo que es "razonable" y "pragmático".

Sólo los movimientos de masas pueden generar contradefiniciones del orden global y su crisis. El teórico italiano (y admirador) del elitismo Gaetano Mosca (1960) observó que el poder de las élites descansa sobre una minoría organizada y una mayoría desorganizada. Esta mayoría no controla recursos; su poder real o potencial proviene de la organización. Las soluciones alternativas, es decir, la contrahegemonía, surgen del cambio en la correlación de las fuerzas sociales, a través de la organización y la movilización de las masas. Sin embargo, los movimientos sociales y las "organizaciones de la sociedad civil" no son en sí y por sí suficientes para enfrentar el poder del capital global. No basta con "decir la verdad al poder" (speak truth to power); quienes buscan construir un mundo más justo deben confrontar el poder con el poder. El enfrentamiento es inevitable. Como Frederick Douglas subrayó hace mucho tiempo, "el poder no cede nada sin una lucha; nunca lo ha hecho y nunca lo hará".

"Hay conexiones simples, básicas, que se deben hacer aquí dentro y entre los diversos movimientos", sostiene Sivanandan.

Conexiones que son orgánicas al socialismo, pero sólo pueden desarrollarse si los nuevos movimientos sociales se abren a las grandes cuestiones sociales y entre sí; se mueven de una manera centrífuga sin perder de vista el movimiento centrípeto, es decir, desde sus particularidades al conjunto y de nuevo a sí mismos, enriqueciendo a ambos, en un interminable tráfico de ideas, luchas y compromisos; tejiendo lo específico y

lo universal en un patrón holístico de socialismo que, lejos de fracasar en las partes, continúa siendo informado por ellas (Sivanandan, 1990b: 33).

Sin embargo, para hacer tales conexiones, en mi opinión, necesitamos organizaciones políticas que desafíen al Estado. Los movimientos sociales de masas no pueden resolver el problema del poder sin fusionarse en una poderosa fuerza política capaz de oponerse al ETN. Sin ese vehículo político para vincular las innumerables luchas de las comunidades a un objetivo más amplio, el de la transformación, las luchas populares no pueden abordar las causas fundamentales de las condiciones contra las cuales o por las cuales están luchando.

Los Estados, como los partidos políticos, no son instituciones monolíticas, en el sentido de que las fuerzas sociales y los grupos políticos luchan dentro de las instituciones estatales. A medida que la crisis se extiende a lo largo del sistema global, los Estados y los partidos gobernantes se convierten en campos de batalla para las fuerzas en pugna y pueden ser arrastrados en múltiples, y a menudo contradictorias, direcciones. El Estado es también un sitio de contestación permanente. Las clases populares tienen una presencia fragmentada y desunida en el ETN. Las luchas tienen lugar dentro y contra el ETN. Las luchas anticapitalistas y socialistas deben forjar un nuevo y efectivo modelo de relaciones entre los partidos (o las organizaciones políticas), los movimientos sociales de masas y –cuando las clases populares puedan establecer una presencia en sus instituciones– los Estados. Cualquier proyecto emancipatorio para tener éxito requiere de vehículos políticos renovados que proporcionen a las clases populares de la sociedad civil instrumentos para conquistar las estructuras estatales.

Como se mencionó anteriormente, el vanguardismo y el horizontalismo son trampas gemelas. El vanguardismo es la idea de que las luchas autónomas de las masas desde abajo deben estar subordinadas a la lucha de un partido revolucionario para tomar el poder del Estado y cambiar la sociedad desde la cima del poder. Esa estrategia resultó ser un desastre en el siglo XX. El horizontalismo es la idea de que las mayorías deben organizarse desde abajo sin necesidad de una dirigencia ni de partidos políticos –o para ese caso, tampoco de un programa unificador o una agenda–. No es necesario enfrentarse al Estado y conquistar el poder del Estado; es suficiente crear espacios locales supuestamente separables del sistema. Estar en contra del vanguardismo no significa estar en contra de las organizaciones políticas revolucionarias y estar en contra del horizontalismo no significa oponerse a las luchas autónomas de masas desde abajo (véase Robinson, 2008).

Como he comentado en el capítulo 1, una característica novedosa de la crisis global es que estamos llegando a los límites de la expansión extensiva e intensiva del sistema. A medida que el capital busca nuevas oportunidades de expansión, se ha dirigido cada vez más agresivamente hacia la mercantilización de los sitios de reproducción social: hogares, comunidades, espacios públicos. La lucha en los puntos de reproducción se vuelve estratégica para las luchas populares a medida que los espacios exentos de mercantilización de la existencia social, de la vida misma, se cierran. Kees Van der Pijl ha identificado tres momentos en el proceso de subordinación de la sociedad y la naturaleza a la reproducción del capital: la acumulación original; el proceso de producción capitalista; y el proceso de reproducción social, cada uno de los cuales genera su propia forma de "contramovimiento" de resistencia y lucha (Van der Pjil, 1997: 28-44). Es a las fuerzas

sociales de abajo que participan en la resistencia en todos estos tres momentos a las que debemos recurrir en la expectativa de cualquier impulso contrahegemónico que pueda convertirse en una alternativa socialista efectiva al capitalismo global. Esto implica la vinculación de tres frentes de lucha: las luchas laborales en los puntos de producción, las luchas comunitarias en los puntos de reproducción y las luchas políticas en la sociedad política. Para esta vinculación es importante el sindicalismo de los movimientos sociales –la organización de las comunidades de la clase obrera y popular en los puntos de reproducción social, o incluso más que, en los puntos de producción.

Así como "reforma y revolución" nunca fueron luchas o procesos mutuamente excluyentes, tampoco son proyectos excluyentes o antagónicos la lucha por construir el poder desde abajo y la lucha por la toma del poder. Por el contrario, ambas se refuerzan mutuamente; son parte de un proyecto más amplio de transformación. La participación en las elecciones –cuando dicha participación puede promover el empoderamiento popular– es un frente de batalla crucial y no es lo mismo que el electoralismo o la idea de que las luchas socialistas de masas se reducen a campañas electorales y que el capitalismo puede ser derrocado a través de las elecciones en sí y por sí mismas. Si en el siglo XXI no puede haber socialismo sin democracia, es igualmente cierto que la democracia no es posible sin el socialismo. Existen un sinfín de demandas que forman parte de una agenda popular, que van desde el cese de la austeridad; la imposición de impuestos al capital y a los ricos; la ampliación del salario social; la nacionalización de la banca, los servicios públicos, los servicios básicos y los recursos naturales; la abolición de los complejos industrial-penitenciarios, de las leyes represivas y las guerras falsas (por ejemplo, contra las drogas y

el terrorismo), la eliminación de fronteras para las personas y la concesión de derechos de ciudadanía universal (las fronteras no son de interés para la clase obrera global y tampoco lo son los "derechos de ciudadanía" cuando están definidos por el estatus legal y no como derechos universales). Más allá de las demandas específicas, las alternativas se definen en el calor de las luchas de masas, no de antemano y no deductivamente.

La clave está en lograr la hegemonía de la clase obrera global dentro de un movimiento para reformar y transformar el sistema global. Sin embargo, la clase obrera global del siglo XXI está muy lejos de la clase obrera clásica de la revolución industrial o de la clase obrera internacional del siglo XX. Los desafíos al capitalismo global requieren formas creativas nuevas de organización y formas nuevas de unir las intersubjetividades de la clase obrera global. "[El] centro de gravedad se ha trasladado", señala Sivanandan, "a los trabajadores periféricos, a los trabajadores a domicilio, a los trabajadores ad hoc, a los trabajadores informales, temporales, a tiempo parcial –todos fragmentos y piezas de la clase obrera que las nuevas fuerzas productivas han dispersado y disipado de su fuerza–" (Sivanandan, 1990b: 29). También se ha desplazado hacia las mujeres y los trabajadores inmigrantes trasnacionales. El eje de la lucha anticapitalista y universalista debe ser la nueva clase obrera global, con su arcoiris y su rostro fuertemente femenino, organizada trasnacionalmente. El empoderamiento de la clase obrera global implica una concepción completamente nueva de la organización del trabajo y de los sindicatos; implica la organización de los trabajadores del sector informal, los desempleados, los trabajadores inmigrantes, los trabajadores a tiempo parcial y por contrato, etc. La resistencia implica pasar de manera flexible de la interrupción de la acumulación reteniendo la fuerza de trabajo

a la interrupción de la acumulación trastocando el funcionamiento normal del sistema.

¿Cómo despertar la conciencia socialista? ¿Cómo llegan las personas a creer en visiones utópicas que inspiran la creencia de que el cambio es posible, deseable y que vale la pena el sacrificio que requiere? Las estructuras y las luchas –o la estructura y la agencia, el objeto y el sujeto– no pueden ser separados, porque sólo a través de la lucha se imponen, reproducen o transforman las estructuras. Todos los órdenes sociales requieren legitimación. La legitimación del capitalismo global descansa fundamentalmente en la negación de la humanidad de sus miles de millones de víctimas. El capitalismo global busca su legitimidad en innumerables procesos ideológicos y culturales –a través de los mitos de la democracia, la libertad, la igualdad, el progreso, el crecimiento, la libre elección, etc.– así como a través de construcciones inversas: la barbarie, la irracionalidad y la inhumanidad de los que se rehúsan a reconocer la legitimidad del sistema. Al mismo tiempo, la acumulación global depende cada vez más de los intercambios simbólicos y culturales que hacen posible la rápida circulación de las mercancías. Más que nunca, los procesos políticos y económicos se globalizan, como observa Levine (2005), en la medida en que son "culturizados". La lucha por quebrantar la legitimidad del capitalismo global implica la confrontación cultural e ideológica tanto como la organización de movimientos sociales y políticos y una labor teórica para combatir las concepciones hegemónicas de "sentido común", transmitidas a través de la cultura y la vida cotidiana, en la construcción de la contrahegemonía para lo que Gramsci denominó una "larga marcha" a través de la sociedad civil. Esa marcha requiere la renovación del pensamiento crítico y radical

junto con la capacidad para operar tanto en el terreno cultural e ideológico como en el político.

Hemos entrado, para reiterarlo una vez más a modo de conclusión, a un período de turbulencias, disturbios, colapso de Estados, vacíos políticos y conflictos prolongados al tiempo que nos adentramos en lo desconocido. Nos dirigimos hacia la distopía aterradora retratada en la película clásica Blade Runner, en la cual los ricos se han instalado en las ciudadelas altas mientras que el resto de la humanidad roza el borde de la muerte. Pero ese futuro no es inevitable. La solución de la crisis de la humanidad es posible. Esta solución de la crisis debe incluir la redistribución radical de la riqueza y el poder hacia abajo a las mayorías pobres. La justicia social requiere cierta medida de gobernación social trasnacional sobre el sistema global de producción y finanzas como un primer paso necesario para esta redistribución radical. Tal redistribución requerirá una reversión de las políticas neoliberales en el nivel del Estado-nación. Pero la redistribución no es suficiente. Debe estar vinculada a la transformación de las relaciones de clase y de propiedad, las cuales aunque sean locales tienen implicaciones globales. Las redes de interdependencia enlazan lo local con lo global. Es necesario que converjan las luchas de abajo hacia arriba (locales, nacionales, regionales) y de arriba hacia abajo. ¿Qué pueden lograr las fuerzas a favor de la justicia social cuando la gente pobre y los sectores populares son capaces ganar el poder del Estado en determinados países, o al menos posicionar en los organismos estatales a personas dispuestas a atender su difícil situación, conscientes de sus necesidades y dispuestas a desafiar las prerrogativas del capital trasnacional?

Esto nos lleva de vuelta a la globalización y a lo que diferencia al principio del siglo XXI de los momentos anteriores

de la historia y las crisis del capitalismo mundial. En esta etapa cualitativamente nueva del capitalismo global existen claras limitaciones a la reintroducción de un proyecto redistributivo a nivel de Estado-nación. No está claro cuán efectivas pueden ser las alternativas nacionales para transformar las estructuras sociales y resolver la crisis. Si el Estado (capitalista), como relación de clase, se está trasnacionalizando, entonces cualquier desafío al poder estatal capitalista (global) debe involucrar un componente trasnacional importante. Las luchas a nivel de Estado-nación están lejos de ser inútiles. Siguen siendo fundamentales para las perspectivas de justicia social, para el cambio social progresista y para cualquier solución de la crisis. Pero esas luchas deben ser parte de un proyecto contrahegemónico trasnacional más amplio, incluido el sindicalismo trasnacional, los movimientos sociales trasnacionales, las organizaciones políticas trasnacionales, etc. Y deben esforzarse por establecer un conjunto de instituciones y prácticas trasnacionales que puedan implantar controles en el mercado global y refrenar el poder del capital global como primer paso para resolver la crisis. La alternativa al capitalismo global debe ser un proyecto popular trasnacional. La masa popular de la humanidad en su lucha por la justicia social debe desarrollar una conciencia de clase trasnacional y un protagonismo político global concomitante con estrategias, programas, organizaciones e instituciones que vinculen lo local con lo nacional y lo nacional con lo global.

[1] La cuestión más general de los intelectuales en las sociedades injustas es crucial aquí. Mis propios comentarios sobre el trabajo intelectual en la sociedad global se enmarcan

dentro de este tema más amplio, como se recoge en una serie de obras clásicas, entre ellas: Benda, 2006; Mannheim, 1968; Chomsky, 1969.

[2] Veinte años después de la caída del Muro de Berlín, en 2009, una encuesta realizada en 27 países encontró una desafección generalizada con el capitalismo de libre mercado y un apoyo mayoritario a la intervención del gobierno para redistribuir la riqueza y regular la economía, un poderoso reflejo de la crisis de legitimidad del capitalismo global. Casi una cuarta parte de los encuestados creía que el sistema tenía fallas fatales, una opinión que compartían 43% en Francia, 38% en México y 35% en Brasil. Sólo 11% en los 27 países creía que el sistema funcionaba bien. La encuesta fue realizada por la BBC (este informe fue resumido por Hyland, 2009). Otra encuesta realizada en Estados Unidos ese mismo año encontró que sólo 53% de los estadunidenses adultos creía que el capitalismo era mejor que el socialismo. El 20% dijo que el socialismo era mejor y 27% no estaba seguro de cuál era mejor. Es importante destacar que cuanto más jóvenes son los adultos encuestados –y, por lo tanto, con una mayor parte de sus vidas vividas bajo el capitalismo en crisis– es más probable que prefieran el socialismo al capitalismo (Brown, 2009).

[3] Sobre el mercado de préstamos estudiantiles extraordinariamente rentable, véase Deritis, 2011: 54-59.

[4] Entre otros, John Holloway, en Change the world without taking power: The meaning of revolution today (2002), elevó a estatus teórico la noción de que el capitalismo puede ser reemplazado sin confrontar y derrocar al Estado capitalista. No puedo abordar el debate aquí, pero veáse mi crítica en Robinson, 2008. Anticipándose a tal argumento a raíz de la "política de identidad" de los años ochenta en adelante, Sivanandan señaló en 1990: "Puede haber todo tipo de

'resistencia al sistema' en la sociedad civil, todo tipo de nuevos movimientos sociales y una 'política de la familia, de la salud, de la alimentación, de la sexualidad, del cuerpo' ", observa Sivanandan. "E incluso pueden llegar a ensanchar los límites de la libertad individual. Pero en el momento en que amenazan con cambiar el sistema de una manera fundamental o ir más allá de las políticas personales de salud, alimentación, sexualidad, etc., se enfrentan al poder del Estado". Es solamente desafiando al poder del Estado que "se pone al descubierto la cara coercitiva del Estado hacia la gente, agudizando su sentido político y su resistencia, proporcionando el temperamento y el clima para la construcción de 'bloques sociales' más efectivos [...] Es inconcebible que debamos seguir hablando de resistencias en la sociedad civil e ignorar el poder del Estado [...] ¿Cómo se presenta una 'política de alimentos' a los hambrientos, 'una política del cuerpo' a las personas sin techo, una 'política de la familia' a los que no tienen ningún ingreso?" (Sivanandan, 1990b: 42-43).

[5] En su variante extrema –que lamentablemente se ha convertido en una actitud común entre los jóvenes–, está la creencia de que las reseñas de la comunicación social son suficientes para sustituir la lectura de textos y el estudio de la sociedad y la historia, según lo expresado a un periodista por un organizador de las protestas estudiantiles masivas contra la privatización de la educación superior de 2010 en Inglaterra: "Prefiero leer cosas nuevas [no libros y artículos que traten sobre historia, teoría y análisis]: es bueno conocer las viejas ideas; son contexto. Pero preferiría saber qué está pasando ahora. No puedo creer que todavía haya quienes lean artículos. Si todos tuvieran un feed de Twitter, simplemente podrían ver las noticias tal como ocurren. No necesitas 100 palabras de antecedentes" (Mason, 2011: 42).

[6] Haití proporciona un modelo claro para tal resultado. El país fue destruido en enero de 2010 por un fuerte terremoto que mató o hirió a medio millón de personas. Pero Haití había estado experimentando el terremoto del capitalismo global durante decenios. Las clases populares han sostenido una rebelión de masas, que comenzó a mediados de 1980, contra el orden social represivo y sus violentas desigualdades. Véase el excelente estudio de Podur, Haiti's new dictatorship: The coup, the earthquake and the UN occupation (2012), también, Sprague, 2012. Todas las maquinaciones de poder y dominación se han puesto en juego desde 1980 para reprimir este movimiento popular de masas y convertir al país en un campo abierto para el saqueo corporativo transnacional, incluido el terrorismo de Estado y paramilitar contra el movimiento popular, violaciones sistemáticas de los derechos humanos, ocupación de la ONU, orquestación de simulacros electorales, campañas de desinformación, chantaje económico, desmantelamiento de la autonomía estatal local y una austeridad y un despojo cada vez más profundos. Las élites globales aprovecharon el desastre natural de 2010 para acelerar la agenda transnacional en el país –un caso de libro de texto de "capitalismo del desastre"–, convirtiendo al país en un protectorado virtual del ETN, un taller de sudor gigante para la economía global a través de la "reconstrucción", un campo de concentración donde la desesperación total dominaría a la población, impondría disciplina, obediencia y sumisión bajo el control vigilante de una ocupación político-militar transnacional.

[7] Entre otros lugares, Gramsci desarrolló los conceptos de revolución pasiva y transformismo, y analizó el fraude y la corrupción en sus escritos sobre la historia italiana. Véase, v. gr., Prison notebooks (1971: 52-120).

[8] Berger señala, en referencia a las estrategias de protesta promovidas por las élites estadunidenses y trasnacionales, que éstas están "articuladas simplemente como el esfuerzo del sujeto/pueblo bajo el gobernante/gobierno. Por lo tanto, [estas] tácticas siempre están orientadas hacia la opresión arraigada en los Estados. El sistema de explotación del capitalismo es eliminado por completo" del análisis y las estrategias subsecuentes (Berger, 2013: 312).

[9] Foster, Clark y York también señalan que "lo único que puede salvarnos es una revolución en la constitución de la sociedad misma. Sin esos cambios revolucionarios en la relación metabólica humana con la tierra (en las relaciones materiales de producción), el futuro del mundo, como la naturaleza humana burguesa, será 'desagradable, brutal y corto' " (2010: 38).

[10] Entre muchos estudios que he encontrado invaluables desde la perspectiva de la "ecología marxista", y desde una perspectiva histórica más profunda, del sistema-mundo y del sistema terrestre, está Chew, 2006.

[11] Estos científicos toman parte en un proyecto dirigido por Johan Rockström del Centro de Resiliencia de Estocolmo en la Universidad de Estocolmo, que incluye la participación de Crutzen y el climatólogo estadunidense James Hansen. Los nueve límites son: cambio climático, acidificación de los océanos, agotamiento del ozono estratosférico, los ciclos de nitrógeno y fósforo, uso global de agua dulce, cambios en el uso de tierras, pérdida de biodiversidad, carga de aerosoles atmosféricos y contaminación química.

REFERENCIAS

Ackerman Bruce, 2010, "A less political military", Los Angeles Times, 21 de junio.

Adorno, Theodor W. et al., 1993, The authoritarian personality [1950], Nueva York, W.W. Norton.

Aglietta, Michel, 1979, A theory of capitalist regulation, Londres, Verso.

Alexander, Michelle, 2010, The new Jim Crow: Mass Incarceration in the age of color blindness, Nueva York, New Press.

Allawi, Ali A., 2007, The occupation of Iraq: Winning the Allawieace, New Haven, Yale University Press.

Althusser, Louis, 2001, Lenin and philosophy and other essays, Nueva York, Monthly Review Press.

_____, 1985, "Contradiction and overdetermination", Althusser, For Marx, Londres, Verso.

Amelio, William J., 2007, "Worldsource or Perish", Forbes, 17 de agosto, <http://www.forbes.com/2007/08/16/lenovo-world-sourcing-ooped-ex>.

Amin, Samir, 2006, "The Millennium Development goals: A critique from the South", Monthly Review, vol. 57, núm. 10,

<http://monthlyreview.org/2006/03/01/the-millennium-development-goals-a-critique-from-the-south>.

_____, 1977, Unequal development: An essay on the social formations of peripheral capitalism, Nueva York, Monthly Review Press.

_____, 1974, Accumulation on a world scale: A critique of the theory of underdevelopment, Nueva York, Monthly Review Press.

Anderson, Perry, 1974, Lineages of the absolutist state, Londres, New Left Books.

Anievas, Alexander, 2008, "Theories of a global state: A critique", Historical Materialism, núm. 16.

Annan, Kofi, 1998, "The UN and the private sector: 'Markets for a better world' ", The Economist, 28 de marzo-3 de abril.

Arendt, Hannah, 2009, The origins of totalitarianism [1951], Nueva York, Benediction Books.

Arnone, Marco, Bernard J. Laurens y Jean-Francois Segalotto, 2006, "Measures of Central Bank autonomy: Empirical evidence for OECD, developing, and emerging market economies", IMF Working Paper, WP/06/228, Washington, Fondo Monetario Internacional.

Arrighi, Giovvani, 2005a, "Hegemony unraveling I", New Left Review, vol. 2, núm. 32, marzo-abril.

_____, 2005b, "Hegemony unraveling II," New Left Review, vol. 2, núm. 33, mayo-junio.

_____, 1994, The long twentieth century: Money, power, and the origins of our time, Londres, Verso.

Associated Press, 2011, "Defense industry faces profit los as golden decade ends", Huffington Post, 15 de agosto, <http://www.huffingtonpost.com/2011/08/15/defense-industry-profits-911_n_927596.html>.

Babb, Sara, 2001, Managing Mexico: Economists from nationalism to neo-liberalism, Princeton, Princeton University Press.

Bajaj, Vikas, 2010, "India a hit for foreign investors," New York Times, 13 de octubre, <http://www.nytimes.com/2010/10/14/business/global/14indiastox.html?scp=3&sq=percentage%20of%20foreign%20investors%20in%20world%20stock%20markets&st=cse>.

Baker, Dean, 2009, Plunder and blunder: The rise and fall of the bubble economy, Sausalito, PoliPoint Press.

Baker, Yousef, 2011, "Global capitalism and Irak: The making of a neo-liberal republic", Global capitalism and transnational class formation, Center of Global Studies, Czech Academy of Sciences, 16-18 de septiembre.

Barahona, Diane, 2011, "The capitalist globalization of Latin America", Critical Sociology, vol. 37, núm. 6.

Baran, Paul A., 1957, The political economy of growth, Nueva York, Monthly Review Press.

Barnett, Richard J. y John Cavanagh, 1995, Global dreams: Imperial corporations and the new world order, Nueva York, Touchstone.

Barnett, Richard J. y Ronald E. Muller, 1976, Global reach: The power of multinational corporations, Nueva York, Touchstone.

Barrera, Mario, 2008, "Are latinos a racialized minority?", Sociological Perspectives, vol. 51, vol. 2.

Barrow, Clyde W., 1993, Critical theories of the state: Marxist, neo-marxist, post-marxist, Madison, University of Wisconsin Press.

Barry, Tom, 2009, "The National Imperative to Imprison Immigrants for Profit", Americas Program, Centro de Política Internacional, 10 de marzo, <http://www.cipamericas.org/archives/1662>.

Barth, James, R. Dan Brumbaugh Jr. y James A. Wilcox, 2000, "The repeal of Glass-Steagall and the advent of Broad Banking", Economic and Policy Analysis Working Paper 2000-5, abril, Office of the Comptroller of the Currency, Departamento del Tesoro de Estados Unidos.

Bayat, Asef, 2013, "Revolution in bad times", New Left Review, núm. 80.

Belany, Michael F., 1976, Underconsumption theories: A historical and critical analysis, Nueva York, International Publishers.

Bello, Walden, 2012, discurso en la Reunión Internacional de Movimientos Sociales, Focus on the Global South, Bangkok, 31 de agosto, <http://focusweb.org/content/challenge-asia% E2% 80% 99s-social-movimientos>.

_____, 2006, "The capitalist conjuncture: Over-accumulation, financial crises, and the retreat from globalization", Third World Quarterly, vol. 27, núm. 8.

_____, 2005, Dilemmas of domination: The unmaking of the american empire, Nueva York, Henry Holt.

Benda, Juilen, 2006, The treason of the intellectuals [1927], Piscataway, Transaction Publishers.

Benjamin, Medea, 2013, Drone warfare: Killing by remote control, Londres, Verso.

Berger, Edmund, 2013, "Egypt and international capital: Is this what democracy looks like?", en Rebecca Fisher (ed.), Managing democracy managing dissent: Capitalism, democracy and the organization of consent, Londres, Corporate Watch/Freedom Press.

Bernstein, Nina, 2011, "Companies use immigration crackdown to turn a profit", New York Times, 28 de septiembre,

<http://www.nytimes.com/2011/09/29/world/asia/getting-tough-on-immigrants-to-turn-a-profit.html?pagewanted=all&_r=0>.

Binford, Leigh, 2005, "A generation of migrants: Where they leave, where they end up", NACLA Report on the Americas, vol. 39, núm. 1.

Bloget, Henry, 2012, "CEO of Apple partner Foxconn: Managing one million animals gives me a headache", Business Insider, 19 de enero, <http://www.businessinsider.com/foxconn-animals-2012-I#ixzz2WGi7e4Hw>.

Brecher, Jeremy, Tim Costello y Brenda Smith, 2008, "The G-20 vs. the G-6 billion", Znet, 20 de noviembre, <http://www.zmag.org/znet/viewArticle/19707>.

Brenner, Robert, 2003, Monthly Review, julio-agosto, vol. 55, núm. 3.

______, 2002, The boom and the bubble: The U.S. in the world economy, Londres, Verso.

Briody, Dan, 2003, The iron triangle: Inside the secret world of the carlyle group, Hoboken, John Wiley and Sons.

Brown, Craig, 2009, "Poll: Just 54% favor capitalism over socialism", Common Dreams website, 9 de abril, <https://www.commondreams.org/further/2009/04/09>.

Bujarin, Nikolai, 1973, Imperialism and world economy [1929], Nueva York, Monthly Review Press.

Burnham, Peter, 1990, The political economy of postwar reconstruction, Londres, MacMillan.

Cacho, Lisa Marie, 2008, "The rights of respectability: Ambivalent allies, reluctant rivals, and disavowed deviants" en Rachel Buff (ed.), Immigrant rights in the shadow of citizenship, Nueva York, New York University Press.

Callinicos, Alex, 2010, Bonfire of illusions: The twin cries of the liberal world, Cambridge, Polity.

_____, 2009, Imperialism and the global political economy, Cambridge, Polity. Cammack, Paul, 2009, "Forget the transnational state," Geopolitics, History and International Relations, vol. 1, núm. 2.

_____, 2007, "Does capitalism need the state system?", Cambridge Review of International Affairs, vol. 20, núm. 4.

Carroll, William, 2012, "Global, transnational, regional, national: The need for nuance in theorizing global capitalism", Critical Sociology, vol. 38, núm. 3.

_____, 2010, The making of a transnational capitalist class: Corporate power in the 21st century, Londres, Zed.

_____ y Colin Caron, 2003, "The network of global corporations and elite policy groups: A structure for transnational capitalist class formation?," Global Networks, vol. 3, núm. 1.

_____ y Meindert Fennema, 2002, "Is there a transnational business community?," International Sociology, vol. 17, núm. 3.

Castells, Manuel, 1996, The rise of the network society, vol. I, The information age: Economy, society, culture, Oxford, Blackwell [1999, La era de la información: economía, sociedad y cultura, vol. 1: la sociedad red, Ciudad de México, Siglo XXI Editores].

Centeno, Miguel, 1997, Democracy within reason: Technocratic revolution in Mexico, Filadelfia, Pennsylvania State University.

Chase-Dunn, Christopher, 2007, The world revolution of 20xx, Riversida, Universidad de California, Instituto de Investigación sobre Sistemas Mundiales, <http://irows.ucr.edu/papers/irows35/irows35.htm>.

_____, 1998, Global formation: Structures of the world-economy, Lanham, Rowman and Littlefield.

Chew, Sing C., 2007, The recurring dark ages: Ecological stress, climate changes, and system transformation, Landham, AltaMira Press.

_____, 2001, World ecological degradation: Accumulation, urbanization, and deforestation, Landham, AltaMira Press/Rowman and Littlefield Publishers.

Chomsky, Noam, 1969, American power and the new mandarins, Nueva York, Vintage.

Chossudovsky, Michel y Andrew Gavin Marshall (eds.), 2010, The global economic crisis: The great depression of the XXI Century, Quebec, Global Research Publishers.

CityUK, 2001, “Global bond market up 5% in 2010 to record $95 trillion”, The CityUK, 7 de abril, <http://www.thecityuk.com/media/press-releases/global-bond-market-up-5-in-2010-to-record-95-trillion-more-than-two-thirds-the-size-of-equity-market/>.

Clarke, Simon, 1991, The state debate, Londres/Nueva York, Palgrave McMillan.

Cleaver, Harry y Peter Bell, 1982, Marx's Crisis Theory as a Theory of Class Relations”, Research in Political Economy, núm. 5.

Clegg, Jeremy y Syed Kamall, 1998, “The internationalization of telecommunications service firms in the European Union,” Transnational Corporations, vol. 7, núm. 2.

Cohen, Stanley, 2002, Folk devils and moral panics [1973], Nueva York, Routledge.

Cohglan, Andy y Debora MacKenzie, 2011, “Revealed – the capitalist network that runs the world,” New Scientist, 24 de octubre, <www.newscientist.com/article/mg21228354.500-revealed--the-capitalist-network-that-runs-the-world.html>.

Corradi, Juan, 2009, “Review of Latin America and global capitalism”, Contemporary Sociology, vol. 28, núm. 5.

Cox, Robert W., 1987, Production, power, and world order: Social forces in the making of history, Nueva York, Columbia University Press.

Cypher, James M. y Raul Delgado Wise, 2010, Mexico's economic dilemma: The developmental failure of neoliberalism, Landham, Maryland: Rowman and Littlefeld.

Davis, Mike, 2007, Planet of slums, Londres, Verso

DelForge, Isabelle, 2004, "Thailand: the world's kitchen", Le Monde Diplomatique, julio.

Deritis, Christian, 2011, "Student lending's failing grade", Moody's Analysis, julio.

Derne, Steve, 2008, Globalization on the ground: New media and the transformation of culture, class, and gender in India, Thousand Oaks, Sage.

_____, 2005, "Globalization and the making of a transnational middle class: Implications for class analysis," en Richard P. Appelbaum y William I. Robinson (eds.), Critical Globalization Studies, Nueva York, Routledge.

Desmarais, Annette Aurelie, 2007, La Via Campesina: Globalization and the power of peasants, Londres, Pluto.

DHS, 2009, Rightwing extremism: Current economic and political climate fueling resurgence in radicalization and recruitment, 7 de abril, Departamento de Seguridad Nacional, Gobierno de Estados Unidos.

Diamond, Jared, 2005, Collapse: How societies choose to fail or succeed, Nueva York. Penguin.

Dicken, Peter, 2007, Global shift, Nueva York, Guilford.

Doeringer, Peter y Michael Piore, 1971, Internal labor markets and manpower analysis, Lexington, D.C. Heath and Company.

Don Lee, 2009a, "China pushes for bigger role in reshaping the world economy", Los Angeles Times, 2 de abril.

_____, 2009b, "Era of global consumer may be dawning", Los Angeles Times, 4 de octubre.

Dunning, John, 1997, Alliance capitalism and global business, Nueva York, Routledge.

Dutt, R. Palme, 2009, Fascism and social revolution [1934], Rockville, Wildside Press.

Dyer, Gwynne, 2010, Climate wars: The Fight for survival as the world overheats, Oxford, Oneworld.

Dymsky, Gary A., 2009, "The political economy of the subprime meltdown" documento presentado en Financial Crisis and Globalization, Institute for Global Cooperation and Conflict (IGCC), Riverside, University of California, 3 de enero.

Economic Report of the President, 2012, Washington, United States Government Printing Office, 31 de agosto,

<http://www.gpo.gov/fdsys/pkg/ERP-2012/pdf/ERP-2012.pdf>.

Egremy, Nydia, 2011, "México y grandes regiones del mundo, en riesgo de hambrunas", Rebelión, 2 de febrero, <http://www.rebelion.org/noticia.php?id=122471&titular=m%E9xico-y-grandes-regiones-del-mundo-en-riesgo-de-hambrunas->.

Evans, Peter, Dietrich Rueschemeyer y Theda Skocpol (eds.), 1985, Bringing the State Back In, Cambridge, Cambridge University Press.

Evans-Pritchard, Ambrose, 2011, "IMF raises spectre of civil wars as global inequalities worsen", The Telegraph, 1 de febrero, <http://www.telegraph.co.uk/finance/globalbusiness/8296987/IMF-raises-spectre-of-civil-wars-as-global-inequalities-worsen.html>.

Feinstein, Andrew, 2012, The shadow world: Inside the global arms trade, Nueva York, Picador.

Fernandez, Deepa, 2007, Targeted: Homeland security and the business of immigration, Nueva York, Seven Stories Press.

FMI, 2004, "Independent Evaluation Office (IEO) of the IMF, report on the evaluation of the role of the IMF in Argentina, 1999-2001", 30 de junio, Fondo Monetario Internacional (FMI), <http://www.imf.org/external/np/ieo/2004/arg/eng/index.htm>.

Foro Social Mundial, 2009, Declaración de la Asamblea de los Movimientos Sociales, Foro Social Mundial, 5 de febrero, <http://www.globalresearch.ca/index.php?context=viewArticle&code=ASS20090204&articleId=12160>.

Foster, John B., 2006, Naked imperialism: U.S. pursuit of global dominance, Nueva York, Monthly Review.

_____, 2003, "The new age of imperialism", Monthly Review, vol. 55, núm. 3.

_____, Brett Clark y Richard York, 2010, The ecological rift: Capitalism's war on the earth, Nueva York, Monthly Review Press.

Freeland, Chrystia, 2011, "The rise of the new global elite," The Atlantic, enero-febrero, <www.theatlantic.com/magazine/archive/2011/01/the-rise-of-the-new-global-elite/8343/>.

_____ y Fred Magdoff, 2009, The great financial crisis: Causes and consequences, Nueva York, Monthly Review Press.

_____, Brett Clark y Richard York, 2011, The ecological rift: Capitalism's war on earth, Nueva York, Monthly Review Press.

Freeman, Richard, 2010, "The great doubling: The challenge of the new global labor market", The Globalist, 5 de marzo, <http://www.theglobalist.com/StoryId.aspx?StoryId=4542>.

Fromm, Erich, 1969, Escape from freedom, Nueva York, Henry Holt.

George, Susan, 2005, "If you want to be relevant: Advice to the academic from a scholar-activist" en Richard Appelbaum y William I. Robinson, Critical Globalization Studies, Nueva York, Routledge.

Gibler, John, 2011, To die in Mexico: Dispatches from inside the drug war, San Francisco, City Lights Books.

Giddens, Anthony, 1990, The consequences of modernity, Cambridge, Polity.

Gill, Stephen, 1995, "Globalization, market civilization and disciplinary neoliberalism", Journal of International Studies, vol. 24, núm. 3.

Gilmore, Ruth, 2007, Golden gulag: Prisons, Surplus, crisis, and opposition in globalizing California, Berkeley: University of California Press.

Glyn, Andrew y Bob Sutcliffe, 1972, Capitalism in crisis, Nueva York, Pantheon Books.

Goff, Stan, 2006, "Sowing the seeds of fascism in America", Truthdig, 3 de octubre, <http://www.truthdig.com/dig/item/200601003_white_supremacism_sexism_militarism/>.

Golash-Boza, Tanya Maria, 2011, Immigrant nation: Raids, detentions, and deportations in post-9/11 America, Boulder, Paradigm Publishers.

_____, 2009, "The immigrant industrial complex: Why we enforce immigration policies destined to fail", Sociology Compass, núm. 3.

Gómez, José, 2006, "The mercenaries or the corsairs of the XXI century?", Zmag on-line magazine, 1 de julio, <http://www.zcommunications.org/the-mercenaries-or-the-corsairs-of-the-xxi-century-by-jose-gomez>.

Gonzáles, Alfonso, 2009, "The 2006 mega marches in greater Los Angeles: Counter-hegemonic moment and the future of El Migrante Struggle", Latino Studies, vol. 7, núm. 1.

Gosselin, Peter, 2009, "U.S. economy may sputter for years", Los Angeles Times, 19 de enero.

Gowan, Peter, 1999, The global gamble: Washington's bid for world dominance, Londres, Verso. Gnodde, Richard, 2007, "New actors play a vital role in the global economy", Financial Times, 12 de noviembre.

Graham, Steven, 2010, Cities under siege: The new military urbanism, Londres, Verso.

Gramsci, Antonio, 1971, Prison notebooks, Nueva York, International Publishers.

_____, 1957, The modern prince, Nueva York, International Publishers.

Greene, Kyra R., 2011, "Why we need more marxism in the sociology of race", Souls: A Critical Journal of Black Politics,

vol. 13, núm. 2.

Greenhouse, Steven, 2011, "The wageless, profitable recovery", The New York Times, 30 de junio, <http://economix.blogs.nytimes.com/2011/06/30/the-wageless-profitable-recovery/>.

Geschwender, James A., 1977, Class, race and worker insurgency: The league of revolutionary black workers, Nueva York, Cambridge University Press.

Gross, Bertram, 1980, Friendly fascism: The new face of power in America, Boston, South End Press.

Gross, Daniel, 2007, "Money in New York: The capital of capital no more?", New York Times, 14 de octubre, <http://www.nytimes.com/2007/10/14/magazine/14wallstreet-t.html? Pagewanted=all>.

Habermas, Juergen, 1975, Legitimation crisis, Boston, Beacon Press.

Hage, Ghassan, 2000, White nation: Fantasies of white supremacy in a multicultural society, Nueva York, Routledge.

Hall, Stuart et al., 1978, Policing the crisis: Mugging, the state, and law and order, Nueva York, Holmes and Meier Publishers.

Hanieh, Adam, 2011, "The internationalisation of gulf capital and palestinian class formation", Capital and Class, vol. 35, núm. 1.

_____, 2006, " 'Democracy promotion' and neo-liberalism in the middle east", State of Nature, <http://www.stateofnature.org/democracyPromotion.html>.

Hardt, Michael y Antonio Negri, 2000, Empire, Cambridge, Harvard University Press.

Harman, Chris, 2010, Zombie capitalism: Global crisis and the relevance of Marx, Chicago, Haymarket Books.

Harris, Jerry, 2009, "Statist globalization in China, Russia and the gulf states", Science and Society, vol. 73, núm. 1.

_____, 2005, "Emerging third world powers: China, India, and Brazil", Race and Class, vol. 46, núm. 3.

Harris, John, Karen Hunter y Colin M. Lewis (eds.), 1997, The new institutional economics and third world development, Nueva York, Routledge.

Harvey, David, 2006, The limits to capital [1982], Londres, Verso.

_____, 2005, The new imperialism, Nueva York, Oxford University Press.

_____, 1990, The condition of postmodernity, Londres, Blackwell.

Hayden, Tom, 2010, "War never-ending", Los Angeles Times, 28 de marzo.

Hedges, Chris, 2006, American fascists: The christian right and the war on America, Nueva York, Free Press.

Henwood, Doug, 2003, After the new economy, Nueva York, The New Press.

_____, 1998, Wall Street, Londres, Verso.

Herivel, Tara y Paul Wright (eds.), 2003, Prison nation: The warehousing of America's poor, Nueva York, Routledge.

Hilferding, Rudolf, 1981, Finance capital: A study of the latest phase of capitalist development [1910], Londres, Routledge.

Hirst, Paul y Graheme Thompson, 2009, Globalization in question, Cambridge, Polity.

Ho-fung Hung, 2008, "Rise of China and the global overaccumulation Crisis", Review of International Political Economy, vol. 15, núm. 2.

Holloway, John, 2005, Change the world without taking power, Londres, Pluto.

_____ y Sol Picciotto (eds.), 1978, State and capital: A marxist debate, Austin, University of Texas Press.

Holt-Giménez, Eric y Raj Patel, 2009, Food rebellions: Crisis and the hunger for justice, San Francisco, Food First Books.

Hoyos, Carola, 2009, "Burning ambition", Financial Times, 4 de noviembre.

Hristov, Jasmin, 2009, Blood and capital: The paramilitarization of Colombia, Aténas, Ohio University Press.

Human Rights Watch, 2012, "In the name of security: Counterterrorism laws worldwide since 9/11", 29 de junio, <https://mail.google.com/mail/?shva=1#inbox>.

Hyland, Julie, 2009, "La encuesta de la BBC muestra la desafección generalizada con el capitalismo", en World Socialist Web Site, 12 de noviembre. <http://www.wsws.org/en/articles/2009/11/bbcc-n12.html>.

International Labor Organization, 2011, Global employment trends 2011: The challenge of job recovery, Ginebra, International Labor Organization (ILO).

Isenberg, David, 2008, Shadow force: Private security contractors in Iraq, Nueva York, Praeger.

Jameson, Frederic, 2003, "Future city", New Left Review, mayo junio, en Paul Mason, 2012, Why it's kicking off everywhere: The new global revolutions, Londres, Verso.

Jessop, Bob, 2002, The future of the capitalist state, Cambridge, Polity Press, 2002.

______, 1982, The capitalist state, Oxford, Martin Robertson.

Kaplan, Erin Aubrey, 2006, "They're our jobs too: A new union contract in L.A. recognizes that hotels have to hire more african americans", Los Angeles Times, 25 de octubre.

Kentor, Jeffrey, 2005,"The growth of transnational corporate networks, 1962 to 1998," Journal of World-Systems Research, vol. 11, núm. 2.

_____ y Yong Suk Jang, 2004, "Yes, there is a (growing) transnational business community," International Sociology, vol. 19, núm. 3.

Kiely, Ray, 2006, "United States hegemony and globalisation: What role for theories of imperialism?", Cambridge Review of International Affairs, vol. 19. núm. 2. Konings, Martinj (ed.), The great credit crash, Londres, Verso.

Klare, Michael, 2003, "The new geopolitics", Monthly Review, vol. 55, núm. 3.

Klein, Naomi, 2007, The shock doctrine, Nueva York, Henry Holt.

Kliman, Andrew, 2012, The failure of capitalist production: Underlying causes of the great recession, Londres, Pluto Press.

Kotz, David M., 1978, Bank control of large corporations in the United States, Berkeley, University of California Press.

_____, Terrence McDonough y Michael Reich (eds.), 1994, Social structures of accumulation: The political economy of growth and crisis, Cambridge, Cambridge University Press.

Krippner, Greta R., 2012, Capitalizing on crisis: The political origins of the rise of finance, Cambridge, Harvard University Press.

Kuruvilla, Benny, 2006, "Services industry drives indian GATS negotiations", Focus on Trade, junio, <http://www.focusweb.org/content/blogsection/9/60/>.

Lacher, Hannes, 2006, Beyond globalization: Capitalism, territoriality and the international relations of modernity, Nueva York, Routledge.

Leakey, Richard y Roger Lewin, 1996, The sixth extinction: Patterns of life and the future of humankind, Nueva York, Anchor.

Lee, Don, 2009, "Era of global consumer may be dawning", Los Angeles Times, 4 de octubre.

Lefebvre, Henri, 1991, The production of space, Oxford, Blackwell.

Levine, Mark, 2005, Why they don't hate us: Lifting the veil on the axis of evil, Oxford, One World.

Lichtenstein, Nelson, 2009, The retail revolution: How Walmart created a brave new world of business, Nueva York, Metropolitan Books.

Luxemburg, Rosa, 1971, The accumulation of capital, Nueva York, Monthly Review Press.

Lynch, Merrill y Capgemini, 2011, World Wealth Report, <http://www.ml.com/media/114235.pdf>.

Mandel, Ernest, 1978, Late capitalism, Londres, Verso.

_____, 1968, Marxist economic theory, Nueva York, Monthly Review Press.

Mannheim, Karl, 1968, Ideology and utopia: An introduction to the sociology of knowledge [1929], Harcourt, Harcourt, Brace & World.

Maquiavelo, Niccolo, 1981, The Prince [1513], Nueva York, Bantam Books.

Marazzi, Christian, 2011, The violence of financial capitalism, Los Ángeles, Semiotext(e).

Margherio, Lynn et al., 1998, The emerging digital economy, Washington, Departamento de Comercio de Estados Unidos.

Marx, Karl, 1978, "For a ruthless crticism of everything existing" (Marx to Arnold Ruge), en Robert Tucker (ed.), The Marx-Engels Reader, Nueva York, W.W. Norton.

Marx, Karl y Friedrich Engels, 1978, "The german ideology", en Robert Tucker (ed.), The Marx-Engels Reader, Nueva York, W.W. Norton.

Mason, Paul, 2011, Why it's kicking off everywhere: The new global revolutions, Londres, Verso.

______, 2010, Live working or die fighting: How the working class went global, Chicago, Haymarket Books.

Mayer, Jane, 2010, “Covert operations: The billionaire brothers who are waging a war against Obama”, New Yorker, 30de agosto.

Mayes, Tessa, 2007, “Is there a new global working class?”, Institute of Contemporary Arts, 20 de noviembre, Culture Wars, <http://www.culturewars.org.uk/2007-12/workingclass.htm>.

McGreal, Chris, 2011, “Military given go-ahead to detain U.S. terrorist suspects without trial”, The Guardian, 14 de diciembre, <http://www.theguardian.com/world/2011/dec/15/americans-face-guantanamo-detention-obama>.

McKibben, Bill, 2012, “Global warming’s terrifying new math,” Rolling Stone, 2 de agosto, <http://www.rollingstone.com/politics/news/global-warmings-terrifying-new-math-20120719?print=true>.

McMichael, Philip, 2007, Development and social change: A global perspective, Thousand Oaks, Pine Forge Press.

McNally, David, 2010, Global slump: The economics and politics of crisis and resistance, Oakland, PM Press.

Merle, Renae, 2009, “Wall Street’s final ’08 toll: $6.9 trillion wiped out”, Washington Post, 1 de enero.

Meszaros, Istvan y John Bellamy Foster, 2010, The structural crisis of capital, Nueva York, Monthly Review Press.

Miller, T. Christian, 2007, "Contractors outnumber troops in Iraq", Los Angeles Times, 4 de julio, <http://articles.latimes.com/2007/jul/04/nation/na-private4>.

Miller, Todd, 2012, "Follow the money: The University of Arizona's border war", NACLA Report on the Americas, vol. 45, núm. 1.

Montgomery, Peter, 2010, "The Tea Party and religious right movements: Frenemies with benefits", documento presentado en la Conferencia sobre el Movimiento Tea Party, Berkeley, Universidad de California, 22 de octubre.

Moore, Jason W., 2014, "Capital, territory, and hegemony over the long duree", Science and Society, vol. 65, núm. 4.

Morton, Adam David, 2007, Unravelling Gramsci: Hegemony and passive revolution in the global economy, Londres, Pluto Press.

Mosca, Gaetano, 1960, The ruling class [1896], Nueva York, McGraw-Hill.

Murphy, Kim, 2011, "Has all the spending paid off?", Los Angeles Times, 28 de agosto.

Myeong-Cheol, Park et al., 2002, " Mergers and acquisitions in the telecommunications industry: Myths and reality", ETRI Journal, vol. 24, núm. 1.

Nevins, Joseph, 2002, Operation gatekeeper: The rise of the 'Illegal Alien' and the making of the U.S.-Mexico boundary, Nueva York, Routledge.

Newmann, Franz, 1942, Behemoth: The structure and practice of national socialism, 1933-1944, Oxford University Press.

Nieto, Catalina, 2011, "The For-Profit Con to Criminalize Immigrants", Commondreams, 4 de enero, <http://www.commondreams.org/view/2011/01/04-12>

North, Douglass C., 1990, Institutions, Institutional Change and Economic Performance, Cambridge, Cambridge University Press.

O'Brien, Kevin J., 2010, "Telecom industry ripe for consolidation," New York Times, 28 de marzo, <http://www.nytimes.com/2010/03/29/technology/companies/29iht-telco.html?pagewanted=all>.

O'Connor, James, 2001, The fiscal crisis of the state, Piscataway, Transaction Publishers.

_____, 1987, The meaning of crisis, Nueva York, Basil Blackwell.

Offe, Claus, 1974, "Structural problems of the capitalist state", en K. Von Beyme (ed.), German political studies, vol. I, Londres, Sage.

OGC, 2011, Federal Reserve System: Opportunities exist to strengthen policies and processes for managing emergency assistance, GAO-11-696, julio, Washington, Oficina General de Contabilidad del Gobierno de Estados Unidos.

Ohmae, Kenichi, 1996, The end of the nation state: The rise of regional economies, Nueva York, Free Press.

OIT, 1997, World Employment Report 1996-1997, Ginebra, Organización Internacional del Trabajo/Naciones Unidas.

Olin Wright, Eric, 1994, Classes, Londres, Verso.

Ollman, Bertell, 1076, Alienation, Cambridge, Cambridge University Press.

Palmisano, Samuel, 2009, "Multinationals Have Been Superceded," Financial Times, 12 de junio.

Parenti, Christian, 2012, Tropic of chaos: Climate change and the new geography of violence, Nueva York, Nation Books.

Patel, Raj, 2007, Stuffed and starved: The hidden battle for the world food system, Nueva York, Melville House.

Paxton, Robert, 2005, The anatomy of fascism, Nueva York, Vintage.

PDA (Project on defense Alternatives), 2011, "The Pentagon and deficit reduction", PDA Briefing Memo #47, 1 de marzo, Washington, Commonwealth Institute.

_____, 2010, "An undisciplined defense: Understanding the $2 trillion surge in US defense spending", 18 de enero, Washington, Commonwealth Institute.

Petruno, Tom, 2010, "Corporate giants awash in cash as economy picks up", Los Angeles Times, 24 de marzo.

Phinney, David, 2005, "Blood, sweat & tears: Asia's poor build U.S. bases in Iraq", Corpwatch, 3 de octubre, <http://www.corpwatch.org/article.php?id=12675>.

Pitts, Melisa, 2011, "Rising food prices: The role of pension funds", The Guardian, 16 de mayo.

Podur, Justin, 2012, Haiti's new dictatorship: The coup, the earthquake and the UN occupation, Londres, Pluto.

Polanyi, Karl, 2001, The great transformation, Boston, Beacon Press.

Poulantzas, Nicos, 1980, State, power, socialism, Londres, Verso [Estado, poder y socialismo, Ciudad de México, Siglo XXI Editores, 1997].

_____, 1968, Political power and social classes, Londres, Verso [Poder político y clases sociales en el estado capitalista, Ciudad de México, Siglo XXI Editores, 1991].

Pozo-Martin, Gonzalo, 2006, "A tougher gordian knot: Globalisation, imperialism and the problem of the state", Cambridge Review of International Affairs, vol. 19, núm. 2.

Prashad, Vijay, 2012, "World on a slope," Critical Sociology, vol. 38, núm. 3.

_____, 2007, The darker nations: A people's history of the third world, Nueva York, New Press.

Rai, Saritha, 2006, "I.B.M. India," New York Times, 5 de junio.

Rajan, Raghuram G., 2005, "Global imbalances–an assessment", IMF Research Department, <http://www.imf.org/external/np/speeches/2005/102505.htm>.

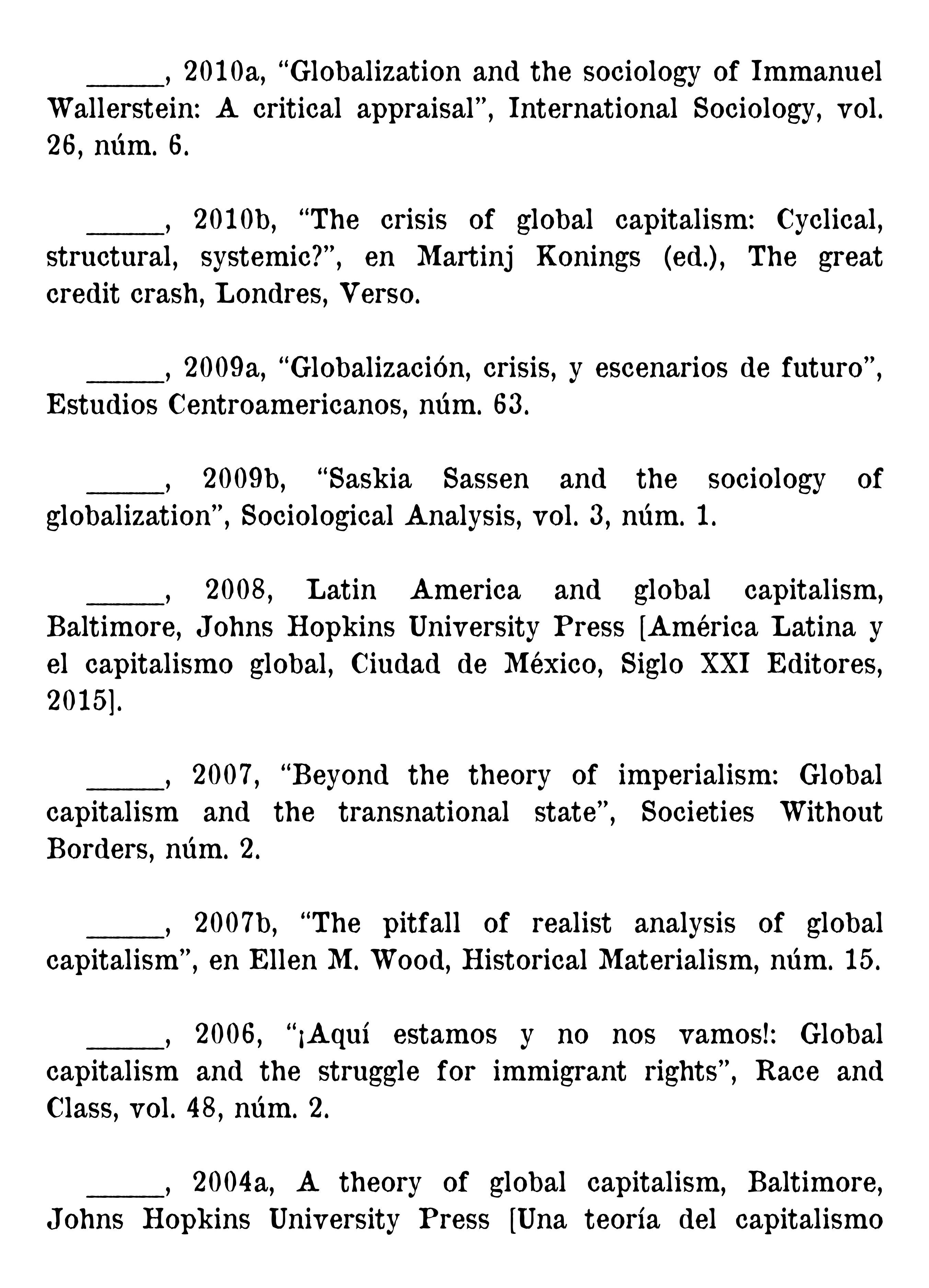
Ramadan, Tariq, 2012, Islam and the arab awakening, Nueva York, Oxford University Press.

Reich, Wilhelm, 1997, The mass psychology of fascism [1933], Londres, Souvenir Press Ltd.

Ridgeway, James, 2011, "Private prison companies strive to keep millions behind bars to keep their profits up", Al Jazeera, 28 de noviembre, <http://www.aljazeera.com/indepth/opinion/2011/11/20111127105458655442.html>.

Robinson, William I., 2012, Critical Sociology, vol. 38, núm. 3.

_____, 2011, "Global capital Leviathan", Radical Philosophy, núm. 165.


_____, 2010a, "Globalization and the sociology of Immanuel Wallerstein: A critical appraisal", International Sociology, vol. 26, núm. 6.

_____, 2010b, "The crisis of global capitalism: Cyclical, structural, systemic?", en Martinj Konings (ed.), The great credit crash, Londres, Verso.

_____, 2009a, "Globalización, crisis, y escenarios de futuro", Estudios Centroamericanos, núm. 63.

_____, 2009b, "Saskia Sassen and the sociology of globalization", Sociological Analysis, vol. 3, núm. 1.

_____, 2008, Latin America and global capitalism, Baltimore, Johns Hopkins University Press [América Latina y el capitalismo global, Ciudad de México, Siglo XXI Editores, 2015].

_____, 2007, "Beyond the theory of imperialism: Global capitalism and the transnational state", Societies Without Borders, núm. 2.

_____, 2007b, "The pitfall of realist analysis of global capitalism", en Ellen M. Wood, Historical Materialism, núm. 15.

_____, 2006, "¡Aquí estamos y no nos vamos!: Global capitalism and the struggle for immigrant rights", Race and Class, vol. 48, núm. 2.

_____, 2004a, A theory of global capitalism, Baltimore, Johns Hopkins University Press [Una teoría del capitalismo

global, Ciudad de México, Siglo XXI Editores, 2013].

_____, 2004b, "What to expect from U.S. 'Democracy promotion' in Irak", New Political Science, vol. 26, núm. 3.

_____, 2003a, Transnational conflicts: Central America, social change, and globalization, Londres, Verso [2011, Conflictos transnacionales, San Salvador, UCA Editores].

_____, 2003b, "What is a critical globalization studies? Intellectual labor and global society", en Richard Appelbaum y William I. Robinson (eds.), Critical globalization studies, Nueva York, Routledge.

_____, 2001, "Social theory and globalization: The rise of a transnational state," Theory and Society, vol. 30, núm. 2.

_____, 1996, Promoting polyarchy: Globalization, U.S. intervention, and hegemony, Cambridge, Cambridge University Press.

_____ y Mario Barrera, 2012, "Global capitalism and twenty-first century fascism: A U.S. case study", Race and Class, vol. 53, núm. 3.

Rios, Victor M., 2011, Policing the lives of black and latino boys, Nueva York, New York University Press.

Rodney, Walter, 1982, How Europe underdeveloped Africa, Washington, Howard University Press.

Rosset, Peter, 2009, "Food sovereignty in Latin America: Confronting the 'new' crisis", NACLA Report on the Americas, vol. 42, núm. 3.

Rothkopf, David, 2008, Superclass: The global power elite and the world they are making, Nueva York, Farrar, Straus y Giroux.

Sacks, Jeffrey D., 2006, The end of poverty: Economic possibilities for our time, Nueva York, Penguin Books.

Salas-Porras, Alejandra, 2012, "The transnational class in Mexico: New and old mechanisms structuring corporate networks (1981-2010)", en Murray y Scott (eds.), Financial Elites and Transnational Business.

Sassen, Saskia, 2007, A sociology of globalization, Nueva York, Norton.

_____, 2001, The global cities: New York, London, Tokyo, Princeton, Princeton University Press.

Scahill, Jeremy, 2008, Blackwater: The rise of the world's most powerful mercenary army, Nueva York, Nation Books.

Schneider, Christian, 2012, "The second battle of Wisconsin", National Review, 28 de mayo, <www.nationalreview.com/articles/301640/second-battle-wisconsin-christian-schneider#>.

Schumpeter, Joseph, 1951, Essays, Reading, Addison-Wesley.

Scott, James C., 1977, The moral economy: Rebellion and subsistence in southeast Asia, Londres, Yale University Press.

Sener, Yilmaz Meltem, 2008, "Turkish managers as part of the transnational capitalist class", Journal of World-Systems Research, vol. 13, núm. 2.

Shaw, Martin, 2000, Theory of the global state: Globality as an unfinished revolution, Cambridge, Cambridge University Press.

Silverstein, Ken, 2003, "Introduction", Tara Herivel y Paul Wright (eds.), Prison nation: The warehousing of America's poor, Nueva York, Routledge.

Sivanandan, A., 1990a, "All that melts into air is solid: The hokum of new times", Race and Class, vol. 31, núm. 1.

_____, 1990b, Communities of resistance: Writings on black struggles for socialism, Londres, Verso.

Sklair, Leslie, 2002, Globalization: Capitalism and its alternatives, Nueva York, Oxford University Press.

_____, 2001, The transnational capitalist class, Oxford, Blackwell.

Smith, Neil, 2011, "Uneven development redux", New Political Economy, vol. 16, núm. 2.

_____, 1996, The new urban frontier: Gentrification and the revanchist city, Nueva York, Routledge.

_____, 1990, Uneven development: Nature, capital and the production of space [1984], Cambridge, Basil Blackwell.

Soros, George, 1998, The crisis of global capitalism: Open society endangered, Nueva York, Public Affairs.

SPLC, 2011, Intelligence Report, núm. 141, Centro Legal sobre la Pobreza Sureña (SPLC).

_____, 2007, "Immigrant backlash: Hate crimes against latinos flourish", Intelligence Report, núm. 128, Centro Legal sobre la Pobreza Sureña (SPLC).

_____, 2006a, "Center exposes exploitation of immigrant workers", 16 de agosto, Centro Legal sobre la Pobreza Sureña (SPLC), <http://www.splcenter.org/>.

_____, 2006b, "Rebuilding New Orleans", 19 de agosto, Centro Legal sobre la Pobreza Sureña (SPLC), <http://www.splcenter.org/>.

Sprague, Jeb, 2012, Paramilitarism and the assault on democracy in Haiti, Nueva York, Monthly Review Press.

_____, 2011, "Empire, global capitalism and theory: Reconsidering Hardt and Negri", Current Perspectives in Social Theory, vol. 211, núm. 29.

Staples, Clifford L., 2012, “The business roundtable and the transnational capitalist class,” en Georgina Murray y John Scott (eds.), Financial elites and transnational business: Who rules the world?, Camberley/Northhampton, Edward Elgar Publishing Ltd.

_____, 2008, “Cross-border acquisitions and board globalization in the world’s largest TNCs, 1995-2005,” The Sociological Quarterly, núm. 49.

_____, 2006, “Board interlocks and the study of the transnational capitalist class,” Journal of World-Systems Research, vol. XII, núm. 2.

Stiglitz, Joseph, 2003, Globalization and its discontents, Nueva York, W.W. Norton.

Stone, Wade, 2011, “The decline of Trade Unions in the U.S. and Canada”, Global Research, Montreal-based Center for Research on Globalization, 7 de junio, <www.globalresearch.ca/the-decline-of-trade-unions-in-the-us-and-canada/25161>.

Strayer, Joseph R., 2005, On the medieval origins of the modern state, Princeton, Princeton University Press.

Struna, Jason, 2009, “Toward a theory of global proletarian fractions”, Perspectives on Global Development and Technology, núm. 8.

Stuart Mill, John, 1889, A system of logic, Londres, Longmans, Green and Co., apud John Bellamy Foster, Brett

Clark y Richard York, 2010, The ecological rift: Capitalism's war on the earth, Nueva York, Monthly Review Press.

Sullivan, Laura, 2010, "Prison economics help drive Arizona Immigration Law", National Public Radio, 28 de octubre, <http://www.npr.org/templates/story/story.php?storyId=130833741>.

Szymanski, Albert, 1983, Class structure: A critical perspective, Nueva York, Praeger.

Tabb, William K., 2012, The restructuring of capitalism in our time, Nueva York, Columbia University Press.

_____, 2009, "Globalization today: At the borders of class and state theory," Science and Society, vol. 73. núm. 1.

_____, 2009, "Globalization today: At the borders of class and state theory," Science and Society, vol. 73, núm. 1.

Taylor, Keeanga Y., 2006, "Life ain't been no crystal stair: Blacks, latinos and the new civil rights movement", Counterpunch, 9 de mayo, <http://www.counterpunch.org/taylor05082006.html>.

Teschke, Benno y Hannes Lacher, 2007, "The changing 'logics' of capitalist competition", Cambridge Review of International Affairs, vol. 20, núm. 4.

The Economist, 2012a, "Remittance corridors: New rivers of gold", The Economist, 28 de abril.

_____, 2012b, "International trade: Boxed in", The Economist, 8 de septiembre.

_____, 2011a, "Back to the futures", The Economist, 17 de septiembre.

_____, 2011b, "South-North FDI: Role reversal", The Economist, 24 de septiembre.

_____, 2011c, "Tata for Now," 10 de septiembre.

_____, 2009, "Yuan small step," The Economist, 11 de julio.

_____, 2008, "The challengers: A new breed of multinational company has emerged", The Economist, 12 de enero.

Therborn, Göran, 1985, Science, class and society: On the formation of sociology and historical materialism, Londres, Verso, 1985.

Thompson, E. P., 1966, The making of the english working class, Nueva York, Vintage.

Truman, Edwin, 2007, "Sovereign wealth funds: The need for greater transparency and accountability", Policy Brief PB07-6, agosto, Peterson Institute for International Economics.

Tucker, Sundeep y Jamil Anderlini, 2007, "Citic confirms appetide for expansion into America", Financial Times, 17 de octubre.

Unctad, 2005, World Investment Report 2005: Transnational corporations and the internationalization of R&D, Nueva York y Ginebra, Naciones Unidas.

_____, s.f., World Investment Report, Ginebra, United Nations.

United Nations Development Program, 2005, Human Development Report 2005, Nueva York, United Nations.

Upadhya, Carol, 2004, "A new transnational capitalist class? Capital flows, business networks and entrepreneurs in the indian software industry," Economic and Political Weekly, vol. 39, núm. 48, <http://www.nias.res.in/docs/carolepw04.htm>.

Useem, Michael, 1984, The inner circle, Nueva York, Oxford University Press.

Van der Pijl, Kees, 2012, The making of an atlantic ruling class, Londres, Verso.

_____, 2005, "A theory of global capitalism: Feature review", New Political Economy, vol. 10, núm. 2.

_____, 1998, Transnational classes and international relations, Nueva York, Routledge.

_____, 1997, "The history of class struggle: From original accumulation to neoliberalism", Monthly Review, vol. 49, núm. 1.

Vitali, Stefania, James B. Glattfelder y Stefano Battiston, 2011, "The network of global corporate control," Plos One, <www.scribd.com/doc/70706980/The-Network-of-Global-Corporate-Control-by-Stefania-Vitali-James-B-Glattfelder-and-Stefano-Battiston-2011>.

Wachtel, Howard M., 1986, The money mandarins: The making of a new supranational economic order, Nueva York, Pantheon.

Wallerstein, Immanuel, 2012, "Robinson's critical appraisal", International Sociology, vol. 27, núm. 4.

_____, 2006, "An american dilemma of the 21st century?", Societies Without Borders, vol. 1, núm. 1.

_____, 1974, The modern world system, Nueva York, Academic Press [El moderno sistema mundial, vols. i-iv, Ciudad de México, Siglo XXI Editores].

Wallsten, Peter, 2009, "Liberals watch Obama, and worry", Los Angeles Times, 16 de febrero.

Weber, Max, 1978, Economy and society [1922], Berkeley, University of California Press.

Williams, Donald K., 2010, God's own party, Nueva York, Oxford, 2010.

Williams, Raymond, 1976, Keywords: A vocabulary of culture and society, Nueva York, Oxford University Press.

Wilson, William Julius, 1997, When work disappears: The world of the new urban poor, Nueva York, Vintage.

Winslow, George, 1999, Capital crimes: A globe-spanning account of the violence of power and money – from street crime to corporate crime, Nueva York, Monthly Review Press.

Wolf, Naomi, 2012, "Revealed: How the FBI coordinated the crackdown of occupy", The Guardian, 29 de diciembre, <http://www.guardian.co.uk/commentisfree/2012/dec/29/fbi-coordinated-crackdown-occupy>.

Wong, Edward, 2007, "Iran is playing a growing role in Iraqi economy", The New York Times, 17 de marzo, <http://www.nytimes.com/2007/03/17/world/middleeast/17iran.html?pagewanted=all&_r=0>.

Wood, Ellen M., 2007, "A reply to critics", Historical Materialism, núm. 15.

_____, 2003, Empire of capital, Londres, Verso.

_____, 1995, Democracy against capitalism, Cambridge, Cambridge University Press.

Wray, L. Randall, 2003, "Let's create a real job czar for the jobless", University of Missouri–Kansas City, Policy Note No. 03/01/2003, Center for Full Employment and Price Stability, <http://www.cfeps.org/pubs/pn/pn0301.html>.

Xinhua, 2008, "Lawmaker says monopolistic M&As threaten China's economic security," Agencia de Noticias, cable fechado

el 10 de marzo, <http://www.gov.cn/english/2008-03/10/content_916121.htm>.

Zeitlin, Irving M., 2000, Ideology and the development of sociological theory, Englewood Cliffs, Prentice Hall.

Žižek, Slavoj, 2008, Violence: Six sideways reflections, Londres, Profile Books.

Zoellick, Robert B., 2010, "The end of the third world? Modernizing multilateralism for a multipolar world," discurso de Zoellick en el Woodrow Wilson Center for International Scholars, 14 de abril, <http://web.worldbank.org/WBSITE/EXTERNAL/NEWS/0,,contentMDK:22541126~pagePK:34370~piPK:42770~theSitePK:4607,00.html>.

ABREVIATURAS

ADPIC	Aspectos de los Derechos de Propiedad Intelectual relacionados con el Comercio (en inglés TRIPS)
ALEC	Consejo Americano de Intercambio Legislativo
APEC	Foro de Cooperación Económica Asia Pacífico
BM	Banco Mundial
BRICS	Brasil, Rusia, India, China y Sudáfrica
CAFTA	Tratado de Libre Comercio de América Central
CCA	Corporación Correccional de América
CCI	Cámara de Comercio Internacional
CCT	Clase capitalista transnacional
CMN	Corporaciones multinacionales
CTN	Corporación transnacional
ETN	Estado transnacional
FEM	Foro Económico Mundial
FMI	Fondo Monetario Internacional
FSM	Foro Social Mundial
G7	Grupo de los siete: Reino Unido, Estados Unidos, Alemania, Japón, Francia, Canadá e Italia (a vece
G20	Grupo de los veinte: la Unión Europea y 19 países más: Alemania, Arabia Saudita, Argentina, Austr
GATT	Acuerdo General sobre Aranceles y Comercio
I+D	Investigación y desarrollo
MENA	Medio Oriente y Norte de África
OCDE	Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico
OMC	Organización Mundial del Comercio

ONU	Organización de las Naciones Unidas
OWS	Ocupa Wall Street
TLCAN	Tratado de Libre Comercio de América del Norte
SB1070	Ley de Arizona SB1070 (antimigrante)
TI	Tecnologías de la información
TIC	Tecnologías de la información y la comunicación
Unctad	Conferencia de la Naciones Unidas sobre Comercio y Desarrollo
UE	Unión Europea

ÍNDICE ONOMÁSTICO Y TEMÁTICO